VAL ELANE

# MAREAS TORMENTOSAS

SIREN BOOKS

# VAL E. LANE

# MAREAS TORMENTOSAS

Traducción de Livia Espinosa Doncel



Primera edición: octubre 2023

© de la obra: Val E. Lane, 2022

© de la traducción: Livia Espinosa Doncel, 2023

© diseño de cubierta: Stefanie Saw/Seventh Star Art, 2022 © de las ilustraciones interiores: Rochak Shuklaa/Freepik

© de la corrección: Patricia Sevillano Mateo

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023

info@sirenbooks.es https://sirenbooks.es/

ISBN: 978-84-127237-8-6

IBIC: YFHR

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### Aviso de contenido:

Alcoholismo y violencia

«El corazón del hombre se parece mucho al mar, tiene sus tormentas, tiene sus mareas y en sus profundidades también tiene sus perlas».

Vincent van Gogh, Las cartas de Vincent van Gogh

# Lista de reproducción

Escanea el código para escuchar la lista de reproducción. Cada canción corresponde a un capítulo y hay más canciones al final. También puedes buscar la lista en Spotify por el título del libro en inglés (*From Tormented Tides*).



- 1. Caller of the tide Dmitry Ustinov, Atom Music Audio
  - 2. Watercolor eyes Lana Del Rey
  - 3. Devil on my shoulder Faith Marie
    - 4. Astronomical SVRCINA
    - 5. 13 Beaches Lana Del Rey
    - 6. Bad dreams (stripped) Faouzia
      - 7. *The haunting* Anberlin
    - 8. Behind the mask Ivy & Gold
    - 9. *Lost my mind* Alice Kristiansen
      - 10. Brave Riley Pearce
      - 11. *Blue* Faith Richards
    - 12. *this is me trying* Taylor Swift
      - 13. *Born to die* Lana Del Rey
        - 14. Secrets and lies Ruelle
          - 15. Smother me Kelaska
  - 16. Devil doesn't bargain Alec Benjamin
    - 17. Wake me when it's over Faouzia
      - 18. Ocean KAROL G
      - 19. Silhouette Aquilo

20. *Hurricane* - Zayde Wølf, FJØRA

21. The night we met - Lord Huron

22. *Anybody else* - Faouzia

23. *Red ribbon* - Madilyn

24. Save me - McKenna Breinholt

25. *Too far gone* - Hidden Citizens, SVRCINA

26. *Best part of me* (acoustic) - N3WPORT, SVRCINA 27. *Iris* - Ben Hazlewood

28. We could be stars (calm version) - Andreas Kübler

29. Minefields - Faouzia, John Legend

30. Hero (orchestral version) - Faouzia

31. *An ocean* - Calah Mikal

32. *Green book* - Ghostly Kisses

33. *Way way back* (acoustic version) - Lvly, Megan Wofford 34. *Find you* - Ruelle

35. Saturn - Sleeping At Last, Tim Fain

36. *My jolly sailor bold* - Ashley Serena

37. *Hurricane* - Tommee Profitt, Fleurie

38. Wicked game - Ursine Vulpine, Annaca

39. *Dead in the water* - Ellie Goulding

40. Dancing with your ghost - Sasha Alex Sloan

41. *Start of time* - Gabrielle Aplin

42. *Eres tú* - Matisse, Reik

43. Breathe underwater - Victoria Anthony



# PRÓLOGO

Cuando lo conocí, me esperaba el peligro. Al fin y al cabo, se suponía que debería haber muerto hacía siglos. Pero ni en las pesadillas que me atormentaban me habría imaginado que me haría esto.

Presionó la fría hoja del alfanje contra mi garganta mientras el capitán miraba desde la cubierta. Mis lágrimas saladas resbalaron en silencio, mezclándose con la agitada agua del mar.

- —No lo hagas —susurré, lo suficientemente bajo como para que el resto de la tripulación no pudiera oírme.
  - —Tengo que hacerlo —dijo entre dientes.

Podía sentir la hoja de acero moverse contra mi piel por el temblor de su mano.

¿De verdad era capaz de hacerlo? ¿Era capaz de matarme después de todo lo que había perdido? Sabía que se estaba dejando llevar por el dolor, pero seguía confiando en él. Éramos dos corazones rotos, destinados a un final trágico, y yo a estas alturas ya había aceptado el mío. Este sería mi último semestre. Estaba lista. Pero para él ni siquiera trescientos años eran suficientes. No me iba a dejar salvarlo.

Aflojó su agarre lo suficiente como para dejarme mover la cabeza. La giré y lo miré a los ojos una última vez. Recé para que mi mirada

desesperada bastara para hacerle cambiar de parecer. Parpadeó entre lágrimas y tragó. Por un segundo pensé que iba a cambiar de opinión. Y lo hizo. Apretó de nuevo con fuerza y bajó el filo de la espada a mi pecho, justo sobre el corazón.

Mis pesadillas eran reales. Siempre había sabido que el mar sería mi perdición. Pero pensé que sería diferente. Pensé que me ahogaría bajo las olas, no que me asesinarían brutalmente unos piratas. Pero ahí estaba, traicionada, con una espada sobre el pecho mientras las olas golpeaban el casco del barco, anunciando la tempestad que se avecinaba.

Una frase inquietante resonaba una y otra vez en mi cabeza, más alto que el sonido de la tormenta. Era una advertencia familiar a la que sabía que debería haber hecho caso desde el principio...

Nunca confíes en un pirata.



#### DESPLEGANDO VELAS

Mamá, ¿has tenido otra pesadilla?

Me resultaba imposible contemplar aquel cuadro sin oír el eco de mi propia voz infantil. Y ahí, en ese momento, al entrar en la habitación, no pude evitar que mis ojos se posaran sobre la pared donde colgaba. Recuerdo muy bien la habitación en penumbra, coloreada con tonos grises y oscuros, y la puerta entreabierta lo justo para dejar entrar un rayo de luz dorada desde el pasillo. La mujer de pelo oscuro estaba sentada en su cama, envuelta en tonos morados y azules, su sombra proyectada en la pared. El centro de atención estaba en la puerta, donde una niña pequeña en pijama se abrazaba a su oso de peluche.

Era fácil pensar que aquella pintura representaba a una niña que iba a la habitación de su madre para que la consolara de una pesadilla. Pero pocos habrían adivinado que, en realidad, era al revés. Con el tiempo, entendí por qué mamá tenía que emborracharse para dormir. Pero la comprensión no implicaba necesariamente el perdón.

Mi mirada se detuvo en aquel momento del pasado que capturé con mi pincel tantos meses atrás. Lo llamé *Pesadillas*. Desde su lugar en la pared, la acuarela aportaba un remanso de colores pastel a mi aburrida habitación de la Escuela de Arte Isabel en Constantine, Florida, a muchos kilómetros

de casa. Pese a las desafortunadas circunstancias que me inspiraron, estaba orgullosa de aquel ridículo cuadro en la pared. Recordé cada una de las horas que pasé extendiendo minuciosamente las acuarelas en el lienzo y el orgullo de firmar por fin en la esquina de la obra terminada: Katrina Delmar.

Sin embargo, cuando me recordaba que mi madre no había estado en casa, como hacía tres días, en mi decimonoveno cumpleaños, quería arrancarlo de la pared y esconderlo.

Me quedé ahí de pie, rememorando un pasado que intentaba enterrar, hasta que decidí que ya no quería seguir recordándolo. Tras contemplar el lienzo una última vez, lo arranqué de la pared y lo guardé bajo el somier con una mezcla amarga de emociones.

Feliz Halloween para mí.

Con el cuadro fuera de mi vista, me animé y volví a centrarme en el objeto que había venido a buscar. Me acerqué a la cómoda, donde seguía en la misma caja en la que había llegado por correo tres días antes. Un collar. Con movimientos lentos, lo cogí por la delicada cadena y me dirigí hacia la habitación de McKenzie, donde nos estábamos preparando para la fiesta de esa noche.

Intentamos hacerme algún peinado, pero sabía que mis ondas rebeldes reaparecerían hiciera lo que hiciera. Así se manifestaba mi lado cubano, en rizos sueltos y tirabuzones de un moreno oscuro casi negro, que enmarcaban mi cara en forma de corazón. Mis expresivas cejas eran igual de oscuras, pero mis labios carnosos las equilibraban. Mi piel aceitunada estaba algo más morena que cuando llegué. De alguna forma, había evitado quemarme a pesar del intenso sol. En general, y para mi desgracia, me parecía mucho a mi madre. Siempre había pensado que ella era guapa, pero todo lo demás me impedía verlo.

McKenzie había elegido un disfraz de animadora sexi y debo reconocer que le pegaba. Llevaba la melena pelirroja semirrecogida con un gran lazo azul marino, los labios de color granate y una minifalda que realzaba su esbelta figura. Por el contrario, yo sentía que mis ojos oscuros y mi pelo desentonaban con el vestido blanco como la nieve y las alas atadas a mi pequeño cuerpo. McKenzie me había dejado su disfraz de ángel del año anterior. Solo esperaba no ir demasiado ridícula.

—No te olvides del halo. —McKenzie me dio el halo, que iba unido a una cinta de pelo, y me lo coloqué en la cabeza a regañadientes.

Me sentía un poco desnuda con ese vestido de tubo satinado que apenas me llegaba a la mitad de los muslos. No era exactamente el disfraz que yo habría escogido para Halloween, pero no estaba en situación de ponerme exigente. Hasta que vendiera más cuadros en la tienda de antigüedades del centro, estaba a merced de la suerte, la generosidad de McKenzie y mi cuenta de ahorros, que menguaba rápidamente. Pero había una forma en la que podía dar mi toque personal al disfraz.

—¡Qué buena idea! ¡Queda superbonito con el disfraz! —Los ojos de McKenzie se iluminaron cuando volví con el collar. Me aseguré de abrocharlo correctamente alrededor del cuello mientras asentía levemente.

—Tienes razón —afirmé, mirándome al espejo.

Pero ese no era el motivo por el que me lo había puesto. Además de ser la única cosa que podía añadir que era verdaderamente mía, esperaba que me ayudara a mantener la cordura. Mi propio amuleto, un regalo de papá.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en él. Le prometí que me mantendría alejada del alcohol, pero hacía dos semanas me había emborrachado. Y mucho. Puede que lo entendiera. O puede que pensara que estaba destinada a seguir los pasos de mi madre. Y ahora me iba a *otra* fiesta.

—Sigo sin saber cómo mi padre pudo enviarme algo así por mi cumpleaños —dije, observando el colgante que se ajustaba perfectamente entre mis clavículas—. Normalmente me regala algo como material de pintura o algún accesorio raro para el coche. Ya sabes, regalos cutres de padre.

El colgante captó la luz cuando me moví, y su fina cadena de plata brilló como el destello azul y blanco del sol sobre la bahía. Sujeto por un delicado enganche de plata enrollada, tenía una forma casi ovalada pero no del todo simétrica, y era casi plano, parecido a una concha. Pero no era una concha, ni una joya, ni una piedra. Era diferente a todo lo que había visto antes, y tenía un aspecto natural, a pesar de su belleza etérea. Brillaba como el cristal a través de un fino esmalte nacarado, y resplandecía con una gama de colores que iban desde un azul glacial hasta toques de verde y plateado. No pude evitar la extraña sensación de *déjà vu* que me produjo mirarme con él puesto en el espejo, como si, de alguna manera, ya lo hubiera visto.

McKenzie me dio un codazo.

—La próxima vez avísale cuando sea *mi* cumpleaños. ¡Es precioso! — La energía de McKenzie parecía capaz de propulsar un cohete. Agradecí la

amplitud de los dormitorios del ala este de la EIA, con habitaciones pequeñas a cada lado y una minúscula cocina compartida en medio.

- —¿De dónde lo habrá sacado? —me esforcé en decir, todavía cautivada por el collar.
- —Ni idea, pero ¡qué más da! ¡Es increíble! —McKenzie sonrió ampliamente—. Vamos a hacernos una foto ahora que tenemos el pelo y el maquillaje bien. Cuando estemos en el yate se nos estropeará con la brisa del mar.
- —¿Yate? —repetí sorprendida, alzando la voz—. Dijiste que la fiesta era en la playa.

Sin responder, mi compañera pelirroja se puso de pie y desapareció un momento, antes de volver con su preciada Polaroid. Llevaba ese armatoste a todas partes y aprovechaba cada oportunidad que tenía para hacer una foto y añadirla a la colección que tenía colgada con pinzas de un hilo de luces encima de su cabecero.

- —Bueno, *es* en la playa —dijo, observando mi expresión tensa—. Solo que un poco más adentro.
- —¿Qué se supone que significa eso? —Me crucé de brazos. Estaba enfadada por haber dejado que me convenciera para ir a otra fiesta.
- —Los padres de Ty le dejan usar el yate para su fiesta de Halloween. Sé que no te gusta el mar, pero técnicamente ni siquiera tocaremos el agua. Hace demasiado frío. —La expresión de McKenzie regresó inmediatamente a su alegre estado natural al hablar de Florida en octubre a 27 °C.
- —Es incluso peor —solté, intentando reírme mientras gruñía para suavizar el sarcasmo al recordar la pesadilla de la noche anterior—. Estaré sobre él, rodeada de él.
- —Por favor, no te rajes. Pooorfa. Esta es la última fiesta a la que te arrastro. Te lo prometo.

Sabía que no era verdad. Y ella también lo sabía. McKenzie tenía un corazón de oro, pero se dejaba llevar por sus emociones.

—Eso dijiste la última vez —le recordé, bajando el mentón.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco y un escalofrío me recorrió los hombros. A veces, el entusiasmo de mi compañera de piso por intentar ayudarme a aprovechar al máximo mi estancia en la EAI era contraproducente. Como cuando en la última fiesta salí dando tumbos por la puerta después de beber demasiado.

—Lo sé, lo sé —salió de sus labios color rubí—, pero esta noche será

diferente. Es una fiesta de disfraces, no una fiesta en una habitación un viernes por la noche. Esto es una fiesta de verdad.

La observé en silencio, pensativa.

Bajé la mirada antes de hablar.

- —No es que no me gusten las fiestas, pero... —Cerré los ojos y respiré profundamente—. No quiero acabar como mi madre. Ella empezó a beber y nunca paró. Yo ni siquiera quiero empezar, pero en estas fiestas a veces me siento como un pez fuera del agua.
- —Vaya. —McKenzie dejó su pintalabios—. Vale, si de verdad crees que no deberías ir, no tienes por qué hacerlo.

Algo en sus palabras activó un mecanismo de defensa en mí.

¿De verdad no era capaz de controlarme? ¿Acaso estaba ya tan mal como mamá? Si fracasaba, no sería la primera vez. Pero si no lo hacía, era mi oportunidad para demostrarme que podía cambiar las cosas. Podía ser más fuerte que mamá.

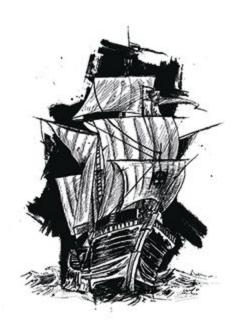
Por alguna razón, apreté el collar que llevaba al cuello, como si representara alguna motivación interna de mi padre.

- —No pasa nada —dije, más para mí que para ella—. Iré.
- —¡Bieeen! —McKenzie aplaudió tan rápido como un colibrí batiendo sus alas—. ¡Te debo un *chai latte* con canela de Sea Dogs! ¡No te vas a arrepentir, ya lo verás!

Ya lo veremos.

Sacudí la cabeza. Seguía sin tener muy claro lo de ir a la fiesta. Esperaba que al menos me inspirara para la exposición de arte del mes siguiente. El lienzo en blanco sobre la mesa de mi habitación era un recordatorio de que me había estancado. Últimamente la inspiración me esquivaba. Desde que las pesadillas habían vuelto, no encontraba la forma de concentrarme en mi trabajo. Me estaba costando encontrarle el sentido. Y no sabía si podría volver a pintar algo con el mismo impacto que el cuadro que me trajo hasta aquí.

—Vámonos. —Apreté los dientes, decidida a no repetir los errores de la última fiesta. Aquella noche supe que no quería volver a emborracharme. Era la peor sensación que había experimentado. Pero también, lo bueno de aquella noche, y lo que más me asustaba, era que había sido la primera vez en semanas, desde que me había mudado a aquel pueblo costero, que había dormido del tirón, sin pesadillas en las que me ahogaba.



#### COMO BARCOS EN LA NOCHE

Era hora de ponerse en marcha. Había tomado una decisión. Nos metimos en el Miata amarillo de McKenzie mientras retiraba la capota y nos dirigimos hacia el puerto, a unas pocas manzanas del campus. Pasamos por la zona exterior, donde se impartían la mayoría de mis clases de arte, frente a la residencia de la bahía de Matanzas. El recorrido a través del campus era espectacular, entre altísimos tejados de estilo español y elegantes estatuas coloniales colocadas en los caminos empedrados. Cuidadas palmeras se alineaban a lo largo de las aceras que serpenteaban por el terreno, meciéndose con la brisa de la bahía. Había algunos edificios antiguos que recordaban la época dorada de los descubrimientos, y otros nuevos que se habían construido con el mismo estilo. Era difícil negar que aquellos viejos edificios en forma de castillo tenían un aire romántico, sobre todo cuando su color dorado se iluminaba con el sol del crepúsculo.

Mientras íbamos en el coche contemplé la bahía, que se extendía a lo largo del límite entre Constantine y su ciudad vecina, San Agustín, separando ambas poblaciones de las playas del Atlántico. Mis ojos, que ven el mundo como si fuera una acuarela, no se resistieron a admirar el índigo de las aguas profundas y la luz blanca y cristalina del sol bailando sobre el mar, mientras los barcos fondeados cabeceaban. Las gaviotas se posaban en

el muro de piedra que bordeaba la bahía, burlándose de mí con sus graznidos antes de alzar el vuelo para regresar a lo alto del puente. Más allá del puente estaba el inmenso océano que había evitado a toda costa desde que llegué. ¿Cómo no iba a hacerlo? Después de sueños como el de la noche anterior era difícil no tener miedo al océano, y resultaba descorazonador, porque me atraía su belleza.

Cuando entramos en el muelle, levanté la vista hacia un letrero que decía Gull Marina, escrito con letras rosas, antaño rojas y ahora descoloridas por el sol de Florida. Allí nos encontramos con el «amigo» de McKenzie, Ty, dando la bienvenida a sus amigos a su lujoso yate familiar. Mi pulso se aceleró a medida que nos acercábamos al agua. Era casi como si estuviera bajo el mar, luchando por respirar mientras me esforzaba por dar pasos vacilantes hacia el barco. Cometí el error de mirar abajo, a las aguas turbulentas. Se me hizo un nudo en el estómago y sentí ganas de vomitar, aunque hice todo lo posible por evitarlo. Cuando embarqué, respiré profundamente, pero sentí como si respirara a través de un tubo. Avancé con pasos temblorosos, con cuidado para no caerme al pisar la rampa de embarque que conducía a la plataforma abierta de popa.

Me alegré de llevar las deportivas en vez de los tacones blancos que McKenzie había insistido en que me pusiera. Me costaba asimilar que estuviéramos a 28 °C a día 31 de octubre. En esta época del año en Arkansas, ya necesitabas llevar jersey.

El yate de Ty era impresionante. Incluso siendo uno de los más compactos, en la cubierta al aire libre de popa cabían dos mesas grandes. Había una escalera lateral que conectaba la proa con otra cubierta en lo más alto. La cabina tenía un salón donde estaban sentadas alrededor de una docena de caras desconocidas, bebida en mano, riéndose y comentando los disfraces de los demás. La música retumbaba con la primera canción de la noche, *Thriller* de Michael Jackson, un clásico en toda fiesta de Halloween.

De alguna forma, McKenzie conseguía que la invitaran a muchas reuniones como aquella. Conocía a todo el mundo, y todo el mundo la conocía a ella. Yo, por el contrario, me sentía como un pez fuera del agua. La mayoría de los que estaban en la fiesta parecían universitarios, aunque no creo que hubiera más de veinticinco o treinta personas. En Isabel había conocido a algunos, pero hasta ahora habíamos recorrido todo el barco sin toparnos con caras conocidas.

A las siete y media en punto, el barco dejó el puerto, con los últimos

destellos anaranjados difuminándose en el horizonte azul. Cuando el aire salado se intensificó a medida que nos adentrábamos en el mar, los nervios afloraron en mi pecho. Sentía el latido acelerado de mi corazón mientras el barco cabeceaba, ganando velocidad. Intenté no pensar en que lo único que nos rodeaba era el vasto océano, sin ningún sitio al que ir excepto hacia abajo.

¿Qué esperabas, Katrina? Solo son sueños. Aguanta.

Sin embargo, por mucho que me diese ánimos, no conseguía ahuyentar la pesadilla de la noche anterior, que se mostraba con claridad y mantenía cautivos mis pensamientos. Al contemplar el agua negra, todo volvió a cobrar vida en mi cabeza...

Una ola descomunal se cernía sobre mí, absorbiéndome como si no fuera más que un trozo de alga sin vida. El agua me golpeó el pecho como una roca aplastante. Todo era un borrón azul, con burbujas arremolinándose frenéticamente a mi alrededor. Intenté salir a la superficie pataleando desesperadamente, pero la corriente me lo impedía. La superficie, que brillaba sobre mí como burlándose, seguía fuera de mi alcance. El sonido de mis latidos acelerados me retumbaba en la cabeza. Parecía que los pulmones me iban a estallar, pero sabía que, si intentaba respirar, sería la última vez que lo hiciera. Sin embargo, era inútil. Ya no podía resistir la ardiente exigencia de aire que sentía mi cuerpo. La necesidad de inspirar era un fuego arrasador que me consumía por dentro y que, por fin, había ganado. Abrí la boca en busca de un aire que no había, y me preparé para sentir el ardor del agua salada que iba a llenar mis pulmones...

—No te preocupes, no pasa nada. —McKenzie debió de notar que me aferraba con fuerza a la barandilla del barco, donde nos habíamos sentado a contemplar el agua que se deslizaba por el costado de la nave.

—Lo sé, estoy bien —afirmé, pero mi voz temblorosa me delató.

No esperaba reaccionar así, pero la pesadilla había resucitado viejos miedos que no recordaba tan fuertes. Odiaba aquella pesadilla. La había tenido varias veces desde que me mudé a Florida, pero se había convertido en algo casi diario durante las últimas semanas.

—Ty lleva navegando desde los cinco años —intentó tranquilizarme—. ¡Lo tiene bajo control! No te preocupes. —Me dio una palmadita en la espalda mientras batía las pestañas.

Asentí sin estar convencida. Intentaba pasármelo bien, pero nada de esto era de mi estilo: el disfraz revelador, la bebida, la gente... Era una chica de

un pueblecito de Arkansas que de repente intentaba encajar con la élite de los estudiantes de arte cuya paga probablemente superaba los ingresos anuales de mi padre. Había intentado centrarme en la razón por la que estaba allí: la beca completa y la oportunidad de centrarme en mi arte y dejar atrás el pasado. Sin embargo, de alguna forma siempre acababa en aquellas fiestas sin sentido.

Poco después, McKenzie reconoció a otra persona al otro lado del barco y le hizo señas con los pompones, levantándose de sopetón para ir a su encuentro.

Intenté concentrarme en la belleza del agua en vez de en mi miedo a ella. Al mirar las aguas oscuras que corrían bajo el barco, su imparable naturaleza me cautivó. Los neones azules y dorados del yate bailaban sobre las olas a medida que avanzaba suavemente. Por alguna razón inexplicable, empecé a sentir menos miedo.

—¿Quién está listo para jugar a morder la manzana? —Ty se levantó de la silla junto al timón vestido de gladiador, alzando las manos como si fuera una especie de césar romano reclamando vítores de sus súbditos.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Me parecía un juego horrible para un barco en medio del mar.

Todo el mundo gritó y aplaudió. McKenzie volvió y se sentó a mi lado cuando todos se pusieron a jugar. Sabía que ella quería participar, pero se había quedado por mí. La culpa me golpeó como la brisa marina que trepaba por la borda.

Aunque en Ozark, Arkansas, no había nada para mí y apestaba a amistades marchitas, cotilleos de pueblo y recuerdos dolorosos, en aquel extraño momento lo eché de menos. Echaba de menos los octubres fríos, las hojas anaranjadas y rojizas que salpicaban las montañas a medida que avanzaba el otoño y la tarta de chocolate que papá compraba todos los años por mi cumpleaños.

Mientras los participantes seguían metiendo la cabeza en un cubo de agua que se derramaba con el movimiento del barco, Ty se puso de pie para hacer otro anuncio.

- —¡Vale, gente, la isla está a unos minutos, deberíamos llegar enseguida! Miré con pánico a McKenzie.
- —¿De qué está hablando? ¿Qué isla?

McKenzie se mordió el labio inferior y entornó los ojos para reconocer que había cometido un error.

- —¡McKenzie! ¿Qué está pasando? —Mi voz se rompió.
- —Puede que olvidara de mencionar que parte de la fiesta de Halloween es ir a la isla y hacer una hoguera durante unas horas para cazar fantasmas.

Inspiré profundamente para mantener la calma.

—Perdona, ¿qué?

La cara de McKenzie se volvió algo más seria, pero noté que seguía sin entender la gravedad del miedo que acababa de despertar en mí.

- —Aquí en Constantine, hay una pequeña isla alejada de la costa sobre la que hay un montón de historias de fantasmas espeluznantes y cosas así. ¿Lo sabías?
- —No, para nada. —Negué con la cabeza, instándola a continuar mientras me mordía el labio con angustia.
- —Ty había pensado que estaría guay comprobarlo y pasar parte de la noche allí. Ya sabes, hacer una hoguera y eso. Y puede que veamos un fantasma. O sea, ¡es Halloween!
- —McKenzie... —me quejé enfadada, pero no sabía cómo seguir la frase después de mencionar su nombre.
- —¡No te preocupes! —Sus ojos se iluminaron, como si acabara de descubrir la solución a un puzle—. Estoy segura de que nadie ha visto fantasmas allí de verdad ni nada por el estilo. Son solo cuentos. Por ejemplo, como el de una chica que murió allí misteriosamente en los ochenta o algo así. ¡Va a ir bien, te lo prometo!
  - —¿Y se supone que eso debe hacerme sentir mejor? —dije.

Bajó la mirada, entreabrió los labios y vi compasión en sus ojos.

—Seguro que te puedes quedar en el barco si prefieres no venir con nosotros.

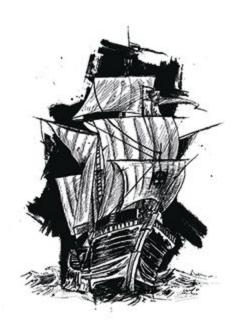
Hablaba en serio, pero la forma en que lo dijo me molestó. Por la copa casi vacía que tenía en la mano, me di cuenta de que ya iba un poco bebida. Me arrepentí de haber ido, respiré hondo y acepté que la única forma de pasar la noche era arreglármelas como pudiera.

Una silueta oscura saludó desde la banda opuesta del barco y la atención de McKenzie se desvió. Me dijo que volvería en un minuto y se levantó para correr hacia otro grupito de personas.

Me quedé donde estaba, en el borde del yate, y volví la vista atrás para contemplar el horizonte oscuro, pensando en lo que nos esperaba en la isla. Me parecía una idea terrible, pero qué iba a saber yo. Nunca había estado en un barco. No había crecido rodeada de océano y de todos sus misterios. Tal

vez fuera perfectamente seguro, tuve que decirme a mí misma para mantener el miedo a raya.

Mientras miraba hacia el mar, divisé una sombra amenazadora a lo lejos. Cuanto más me esforzaba por verla, más distinguía la gran silueta de otro barco flotando en el horizonte. Me giré para observar la cubierta del yate y me pregunté si alguien más lo habría visto, pero todo el mundo parecía demasiado bebido o inmerso en sus conversaciones como para haberse dado cuenta. Cuando volví a mirar, la silueta había desaparecido, de modo que supuse que había sido mi imaginación o tal vez un efecto de la luz. Aquella noche la presencia de la luna era mínima, y todo estaba más oscuro de lo habitual. Me convencí a mí misma de que el cielo de obsidiana y la negrura del agua hacían demasiado fácil ver cosas inexistentes.



# ¡TIERRA A LA VISTA!

—¡Tierra a la vista! —gritó Ty con picardía.

Desde mi asiento, le observé maniobrar el timón. Me había parecido un capitán bastante decente en general, pero a medida que el barco se acercaba a la isla, empecé a sentirme intranquila. Me preocupaba que su juicio se viera afectado por el alcohol que le había visto consumir en grandes cantidades desde antes de zarpar del puerto deportivo.

El ambiente en la cubierta se animó y la gente empezó a alzar la voz ante la oscura forma que se alzaba ante ellos. Iluminada tan solo por la luz del barco, la pequeña isla parecía levitar tenebrosamente sobre la superficie del océano. Cuando todos se acercaron entusiasmados a la borda para ver dónde estaba, el barco chocó con algo sólido en el fondo y se estremeció. Me agarré a la barandilla para mantener el equilibrio mientras buscaba a McKenzie. No la encontré.

Cuando el yate se deslizó sobre la arena, sentí sus vibraciones en los huesos. Me agarré más fuerte, intentando no entrar en pánico porque la gente se hubiera quedado en silencio. Ty empezó a maldecir al darse cuenta de que se había acercado demasiado a la orilla. Parecía haber un banco de arena oculto que se extendía más de lo que él creía.

Oh, no.

A unos metros de la zona en la que creía haber visto la sombra del barco, se atisbaba el borde de la isla. Afortunadamente, las luces de Constantine aún se veían a nuestras espaldas, recordándonos que no habíamos desaparecido totalmente en el vacío. Aun así, eran pequeños puntos que brillaban en la distancia y no cambiaban la realidad de que estábamos mucho más lejos de lo que esperaba.

Cuando el barco se quedó quieto, las conversaciones se reanudaron, pero esta vez con cierta sensación de pánico. La gente hablaba más rápido. Algunos tamborileaban los dedos con impaciencia. Algunos chicos se acercaron a Ty e intentaron decidir qué hacer a continuación. Me puse de pie para ver mejor.

McKenzie bajó corriendo los escalones desde lo alto del barco y se dirigió rápidamente hacia mí. No sé cómo consiguió mantener el equilibrio corriendo en tacones, nunca lo entenderé.

- —¿Estás bien? —exclamó.
- —Sí —dije, aún aferrada a la barandilla—, pero que sepas que esto no está ayudando. —Intenté que sonara como una broma, pero no lo era.
- —¡Seguro que todo va a ir bien! Ty nos sacará de aquí. Iré a preguntarle y veré qué está pasando.

McKenzie se fue antes de que me diera tiempo a pensar en una respuesta.

Me puse de pie, abrazada al pasamanos, viendo el agua moverse bajo el barco ahora inmóvil. Un par de chicos de una fraternidad aparecieron a mi lado, empujándose con mucha energía, como si estuvieran intentando venir hacia mí.

—Hola, guapa. —Uno de ellos se aclaró la garganta como si intentara aguantar la risa, apoyándose en la barandilla junto a mí—. Vaya capitán tenemos, ¿eh? —Se rio y las luces doradas del barco captaron el brillo de su pelo cobrizo engominado. Llevaba un traje de piloto de carreras de Wonder Bread, un claro homenaje a la película *Pasado de vueltas*. La cara de su amigo estaba cubierta de maquillaje, pero no era suficiente para esconder su expresión de superioridad.

Cuando asentí y medio sonreí como respuesta, el chaval disfrazado de Ricky Booby se me acercó. Me puse en guardia, solté la barandilla y me crucé de brazos con fuerza.

—Te recuerdo de la fiesta en la habitación de Caylin. Te tuvimos que llevar hasta tu habitación, ¡ibas fatal!

No recordaba el incidente del que hablaba, pero no podía negarlo. Esa noche *sí* que había bebido demasiado como para caminar recta. McKenzie me dijo que me tuvieron que ayudar a llegar hasta la puerta y subir las escaleras que llevaban a nuestra habitación. ¿De verdad fueron estos dos imbéciles los que hicieron los honores? Retrocedí, avergonzada de hablar con ellos si de verdad me habían visto así. Y no entendía por qué me importaba, dado que su presencia me resultaba bastante desagradable.

—Bueno, no os preocupéis, hoy no necesitaré ayuda para bajar de este barco. Ni siquiera puedo creer que me haya subido. —Intenté sonar alegre, pero mis nervios luchaban por ser el centro de atención. Lo peor era no ser capaz de distinguir si el estómago se me revolvía por mirar al agua demasiado tiempo o por los dos chicos repelentes que tenía al lado.

El chico esqueleto estaba de pie a mi izquierda y me puso una cerveza en la mano. Pasé el pulgar por la superficie fría de la botella antes de dejarla a mis pies.

- —Esta noche no —dije, sin maldad—, me gustaría salir de aquí por mi propio pie.
- —Anda, venga, no seas tan aburrida. —Ricky Bobby hizo pucheros a modo de burla—. ¿Cómo quieres aguantar cada vez más si te rindes tan fácilmente?
- —Agradezco tu preocupación, pero, de verdad, estoy bien —contesté, intentando sonar más insistente. Volví a mirar el agua, esperando encontrar, de alguna forma, un destello de lo que creía haber visto antes.
- —Haya lo que haya ahí fuera, nena, te prometo que no es tan interesante como lo que hay en este barco. —El chico esqueleto sonrió con una confianza irritante, desajustando la alineación de sus dientes con la de las líneas blancas de la calavera alrededor de su mandíbula.

Intenté girarme despacio, esperando que se dieran cuenta de que no estaba interesada en seguir la conversación, pero insistieron.

- —Si no te gusta ir de fiesta, ¿qué te gusta hacer? —Cara Calavera se rio, y suavizó la voz como si le estuviera hablando a un niño.
  - —Normalmente pintar. Por eso estoy aquí.
- —Pintar —repitió, mirándose los pies y dando una patada a algo invisible—. Mola, supongo.
- —Bueno, estamos en una escuela de arte —añadí, tragándome un nudo de falta de autoestima. Había vuelto a agarrarme de la barandilla, retorciendo nerviosamente la piel de la palma de la mano contra ella, como

si fuera el acelerador de una moto. No sabía de qué más hablar. No *quería* hablar. Aunque precisamente por eso me esforzaba en hacerlo.

- —Sí, pero ¿quién piensa en eso en un momento como este? Es como llevarte deberes en vacaciones. —Ricky Bobby se rio otra vez, mientras el tono de su voz subía y bajaba. Desde el casco llegaron voces maldiciendo que llamaron su atención—. Ha sido un placer hablar contigo, pero parece que Ty sigue sin tener ni idea. A lo mejor deberíamos ir a ofrecerle nuestra experiencia.
- —Sí —asintió Cara Calavera—. Mis padres me matarían si dejara su yate atascado así.

Se fueron sin decir nada más, y a pesar de la distancia pude oírlos reírse cuando Cara Calavera dio un codazo a su amigo.

—Vale, dame los veinte pavos que yo he dado el primer paso con la chica de las acuarelas.

Sacudí la cabeza. Me separé de la borda y miré a ver si faltaba menos para desatascar el casco.

No parecía que fuéramos a salir pronto de aquello. Tras intentarlo sin éxito durante un rato, y con el motor del yate rugiendo en vano, Ty nos aseguró que cuando subiera un poco más la marea, el barco quedaría libre. Solo era cuestión de esperar. Anunció a todo el mundo que la fiesta seguiría en la isla como habían planeado y que no íbamos a dejar pasar la oportunidad de hacer una hoguera en la playa y cazar fantasmas. Sorprendentemente, la idea de un yate encallado en una isla encantada en mitad del océano parecía despertar el entusiasmo general. La gente saltó por la borda, con el agua por las rodillas.

A mí, sin embargo, no me entusiasmaba la idea de caminar a oscuras por el agua para llegar a la orilla. Todo aquello me parecía muy peligroso y solo de pensarlo se me encogía el corazón. Al asomarme al borde del barco, mi mente regresó a la pesadilla, y fui incapaz de convencerme de que debía seguir a todo el mundo hasta la isla.

- —McKenzie, creo que me voy a quedar aquí.
- —¿Estás segura? Te vas a quedar sola.
- —Sí, iré un poco más tarde —le expliqué—. Os veo desde aquí. —Vi las primeras llamas anaranjadas de la hoguera que estaban encendiendo. La gente vitoreaba y se reía. Alguien encendió una radio.

McKenzie se despidió y siguió al resto de la gente que salía del barco en dirección a la isla. Yo me sentía mal por ser una cagada, pero a ella eso no

pareció afectarle lo más mínimo.

Sentada en aquel yate vacío, me puse a pensar en ideas para la obra de la exposición. ¿Debería utilizar papel de acuarela normal? ¿O tal vez ser menos tradicional y preparar un lienzo para acuarelas? Todo dependía de lo que fuera a hacer. Busqué a mi alrededor para inspirarme. Me fijé en las cenizas brillantes que ascendían desde la hoguera, el brillo y los colores de los disfraces, el paisaje del mar y el cielo a medianoche, fundiéndose en un vacío oscuro e infinito. Pero nada me convencía.

Mi teléfono sonó de repente. Era un mensaje de mi padre, Scott.

Feliz Halloween, Trina. Te amo.

Casi siempre me decía que me quería en español. Incluso después de vivir en Arkansas durante más de veinte años, los restos de su acento cubano aún decoraban sus palabras al hablar. Halloween era su fiesta favorita, y sabía que estaba solo. Mamá se había ido hacía más de un año. Me sentí fatal al darme cuenta de que no había hablado con él desde mi cumpleaños. Le envié un emoticono alegre y algo que esperaba que le hiciera sonreír.

Feliz Halloween, papá. Y, por cierto, no prometo nada, pero voy a intentar lo de la exposición. Por ti. Ojalá hubiera una forma de evitar la parte de ir vestida de etiqueta y la gala.

#### Contestó casi de inmediato.

Bueno, hija. Sabía que no dejarías pasar una oportunidad para dejarlos boquiabiertos.

Mis labios dibujaron una leve sonrisa por aquella expresión tan cursi, que desapareció cuando pensé en la exposición y en el hecho de que ni siquiera había empezado. Mientras esperaba en aquel barco vacío, recé porque me llegara la inspiración.

Haré todo lo posible, papá. Dentro de poco será Acción de Gracias y pasaré una temporada en casa. Te echo de menos.

#### Envié un emoticono de corazón justo a continuación.

Yo también te echo de menos, Trina. Y aunque me preocupa que estés tan lejos, sé que te mereces estar ahí.

Las palabras de ánimo de mi padre me hicieron sonreír con ternura. Siempre tenía algo reconfortante que decirme. Me preguntaba si estaría en casa o seguiría en el taller cubierto de grasa, trabajando en un coche que quería acabar.

Apoyé la cabeza sobre la barandilla y me quité la diadema del halo de la cabeza. Las estrellas brillaban en lo alto mientras el sonido de las olas contra el fondo del barco quedaba ahogado por el ruido de la playa, que retumbaba con la música a todo volumen, las charlas y las risas. Ya eran las ocho y media. La marea había subido ligeramente y algunos de los invitados de la fiesta se divertían caminando por el agua y bailando en la orilla. Empecé a preguntarme si a McKenzie le preocupaba tanto como a mí pasar aquí toda la noche. Busqué el pronóstico de las mareas en mi teléfono para tener una idea. Se suponía que la marea alta llegaría a su punto máximo en poco menos de una hora. Esperaba que fuera suficiente para salir de allí.

Reuní el valor para volver a mirar el agua por la borda. Había subido. Esperaba que Ty tuviera sentido común y se hubiera acordado de echar el ancla. Escribí a McKenzie, pero no respondió. Finalmente, me di cuenta de que, si quería hablar con ella, tendría que ser en persona.

Me acerqué a la borda y bajé por la escalera, poniendo mala cara cuando tuve que meter los pies en el agua.

Vamos, Katrina. Tú puedes.

Mi charla motivacional no fue de ayuda. Pero sabía que, si no les recordaba a McKenzie y a Ty la subida de la marea, quizá todos tuvieran que volver nadando. Seguía sin creerme que nadie se diera cuenta de lo peligrosa que era aquella situación. Pero yo no era de Florida, no había crecido junto al mar como ellos. El océano me aterraba. Tenía un poder y una fuerza superior a todo. No había forma de saber qué secretos escondía en sus profundidades. Y no me gustaba. Puede que estuviera paranoica con algo sobre lo que sabía poco, pero me daba igual. No me iba a quedar atrapada toda la noche en una isla a kilómetros de tierra firme porque estos juerguistas hubieran perdido la noción del tiempo.

Aquella posibilidad era el empujón que necesitaba para meter los pies en el agua. Estaba más alta que hacía una hora, pero no tanto como para no caminar por ella sin dificultad. En aquel momento agradecí que mi vestido de ángel fuera corto y que el dobladillo quedara justo por encima de la línea del agua. Se me hizo un nudo en el estómago y me temblaron las manos al entrar en ella, pero cuando di un paso al frente, el miedo se disipó ligeramente. Había algo en el contacto del agua con mi piel que, a pesar de ser tan extraño como inquietante, calmó mi respiración cuando noté que no me arrastraba. No se parecía en nada al mar de mis sueños. Aquel era brutal, implacable y usaba toda su fuerza contra mí. Pero esta agua cristalina y apacible envolvía mi cuerpo con delicadeza mientras bañaba mis piernas. Por un momento, no fue tan malo. Pero entonces empecé a adentrarme en un abismo negro que me impedía ver lo que había debajo.

Después de avanzar por el agua, intentando no pensar en lo que podría pisar, llegué a la orilla de la isla. Con un largo suspiro de alivio, avancé hacia la multitud, el brillo de la hoguera reflejándose en sus cuerpos mientras bailaban. Podía ver el vestido de animadora de McKenzie incluso desde allí. Me dirigí hacia ella, dejando pasar varias ofertas de copas o porros. No vi a nadie cazando fantasmas. Supuse que o se habían olvidado o se habían acobardado al ver que la isla era tan oscura y siniestra.

- —¡Bien! ¡Has venido! Has sido incapaz de quedarte lejos de la diversión, ¿eh? —balbuceó.
- —No, he venido a ver cómo estabas —respondí, algo más seca de lo que pretendía—. ¿Ty ha dicho a qué hora vais a volver al barco? La marea estará lo suficientemente alta en una hora o así.
- —Ah, bueno, sí. Estaremos bien. Seguro que lo sabe. Deja de preocuparte, Katrina. ¡Diviértete! —dijo intentando bailar y cayéndose en la arena, sin mirarme siquiera.

Estaba demasiado borracha como para tener aquella conversación.

En aquel momento me di cuenta de que estaba ahí atrapada, totalmente a su merced. Aquella era, sin duda, la última fiesta a la que McKenzie me iba a arrastrar.

Me di la vuelta, decidida a volver al barco antes de que la marea lo impidiera. Cuando volví a meterme en el agua, estaba mucho más alta. La sentía alrededor de mis caderas, una clara señal de que nos quedaba poco tiempo. Volví a cerrar los ojos en un intento de no mirar a mi alrededor; al dar un paso más, sentí que no hacía pie y el miedo me recorrió el cuerpo.

El repentino descenso del banco de arena me hizo tropezar y las malditas alas del traje hicieron de velas, ayudando a que la corriente me arrastrara mar adentro. Con la mitad de mi cuerpo sumergida, intenté resistir, pero me di cuenta de que era inútil. Estaba en medio de la corriente, el agua salada salpicando a mi alrededor. El pánico me invadió al recordar

el sueño de la noche anterior. ¿Era esto de lo que intentaba advertirme? Abrí la boca para pedir ayuda, pero en cuanto separé los labios, una ola arremetió contra mí, quemándome los ojos y obligándome a contener un grito.

Durante un momento, mi cabeza desapareció bajo el agua, las alas empapadas hundiéndome por el peso. No era la mejor nadadora, nunca había tenido muchas oportunidades para practicar, y las plumas caladas que tenía en la espalda solo hacían más difícil salir de la corriente. Se me cansaron los brazos de nadar para intentar volver al barco, pero vi que no estaba avanzando. Más bien al contrario, la corriente me estaba llevando cada vez más lejos. El corazón me latía tan deprisa que sentí como si se pudiera escuchar desde el fondo del mar.

El horror me arrastraba al fondo tan rápido como la corriente. Cuando pensaba que nunca saldría a la superficie, sentí que algo me sacaba de las profundidades del mar. Unos brazos fuertes y robustos me pusieron de nuevo a flote y me dejaron en la orilla. No pude ver a mi salvador por la oscuridad, pero fui transportada suavemente hasta la orilla, a un lugar de la isla lo bastante alejado de la fiesta como para poder recuperar el aliento tranquilamente. Tosí, expulsé el agua de mi garganta y me froté los ojos, que me escocían a causa de la sal. Después miré a mi alrededor, hacia los invitados de la fiesta, para intentar adivinar quién me había llevado hasta allí, pero no vi a nadie lo suficientemente cerca para lograrlo. Sabía que alguien me había ayudado. Quienquiera que fuese había desaparecido. Comprobé el estado de mi teléfono, agradecida de que siguiera protegido en su funda impermeable: me alegré de haber hecho una inversión tan inteligente al mudarme aquí.

Cuando recuperé el aliento, me puse de pie, arranqué las empapadas alas de ángel de mi espalda y me las puse bajo el brazo. Casi me habían matado, y no pensaba ponérmelas de nuevo. Empecé a acercarme a la fiesta, pero luego decidí que prefería no volver. Necesitaba un momento a solas, y regresar al barco vacío no era una opción después de lo que acababa de suceder. Buscando un poco de tranquilidad, me alejé de la hoguera y caminé por la orilla. La isla no era muy grande, probablemente demasiado pequeña como para aparecer en un mapa. Quizá se pudiera cruzar a pie en menos de cinco minutos atravesando el bosquecillo que crecía en el centro.

Me alegré de la presencia de esos árboles cuando doblé la esquina y quedé oculta por las palmeras salvajes y la maleza, que actuaban como barrera contra el caos que había a mis espaldas. Me dejé caer en la arena, cansada hasta los huesos. Como los árboles tapaban la luz del fuego y la luna estaba oculta en el cielo, aquel rinconcito estaba muy oscuro, pero no me importaba. Dejé el teléfono a mi lado por si McKenzie me escribía y eché la cabeza hacia atrás. Miré hacia arriba y observé las estrellas, cada una en su lugar de la bóveda celeste. Aquí parecían brillar más de lo que nunca antes había visto, y se agrupaban formando espirales luminosas. Por primera vez desde que llegué a Isabel, me sentí yo misma, sola bajo el cielo nocturno.

De repente, una voz desconocida me sobresaltó.



#### VIENTOS FAVORABLES

—¿Estás buscando constelaciones?

Giré la cabeza y descubrí a un chico más o menos de mi edad, quizá de último o penúltimo curso, sentado en la arena a unos cinco metros de mí.

¿Cómo es posible que me pasara desapercibido?

- —No, solo estoy tomando el aire —respondí, entornando los ojos para verlo en la oscuridad. Luego volví a alzar la mirada. Era difícil distinguir sus rasgos, pero al menos podía decir que tenía el pelo castaño oscuro, si bien le había dado tanto el sol que parecía dorado—. Aunque nunca antes había visto las estrellas tan nítidas.
- —Entonces debes salir más al mar. No hay mejor forma de ver las estrellas. —Se rio.

No pude evitar fijarme en su acento, que tenía una especie de atemporalidad, no era americano, pero tampoco británico. Era como seda para mis oídos.

—No, gracias. —Sacudí la cabeza e incliné el mentón hacia la gente—. Aún no entiendo cómo me han convencido para esto.

No respondió. La brisa marina me erizó la piel de los brazos y las piernas, y el minúsculo vestido no es que calentara demasiado. Me llevé las rodillas al pecho.

Estuvimos sentados en silencio durante un rato.

- —Por cierto, bonito disfraz —dije, fijándome en su ropa de pirata—. Aunque habría esperado una pata de madera o un parche.
- —Bueno, afortunadamente nunca he tenido ninguno —bromeó—. ¿Y tú, qué eres?
  - —Se supone que soy un ángel.

Asintió. Debió de darse cuenta de que temblaba, porque se puso de pie, se acercó y me ofreció una manta que apareció de la nada.

- —¿De dónde la has sacado? —Tomé la manta y la envolví alrededor de mis hombros desnudos.
- —La he traído del barco. Puede hacer frío cuando sales al mar. Solo necesitaba alejarme, un poco de paz.
  - —Yo también. Gracias.
  - —De nada.

Hubo otro minuto de silencio. Sentía una comodidad extraña con él, y ni siquiera lo conocía.

- —¿Cómo te llamas? —solté.
- —Milo. —El calor de su voz recorrió todo mi cuerpo.
- —Yo soy Katrina.
- —Encantado de conocer a una bella dama como tú, Katrina.
- —Vale, estás *demasiado* metido en el personaje. —Me reí.
- —¿Qué?
- —¿Una bella dama? —repetí.
- —Bueno, disculpa mis modales —dijo riendo—. Después de todo, has dicho que eras un ángel.

Puse los ojos en blanco, divertida. Se nos escaparon un par de carcajadas hasta que volvimos a estar en silencio por un momento. Yo fui la primera en romperlo.

—En Arkansas, solía sentarme fuera en las noches de verano para ver las luciérnagas junto al bosque que había detrás de mi casa. —Me apoyé sobre las manos, moviendo la manta hacia mis piernas. Dejé la vista fija en el cielo—. Es a eso a lo que me recuerdan las estrellas.

Incluso con el eco de la música de fondo, el único sonido que percibía era el murmullo de las olas a mis pies.

—¿Puedes ubicar la estrella polar?

Ubicar.

Esa frase, la forma en que hablaba, sonaba tan poético y formal como si

eligiera cada palabra cuidadosamente antes de hablar.

- —La verdad es que no tengo ni idea. —Me reí—. Lo siento.
- —No te disculpes. —Se acercó a mí, señalando al cielo—. Justo ahí, un poco hacia la izquierda. Esa es.

Asentí, con los ojos fijos en aquel punto brillante en el cielo.

- —Impresionante —dije—. ¿Cómo lo haces?
- —Cualquier buen marinero puede encontrarla. Si calculas el ángulo entre la línea del horizonte hacia el norte y la estrella, podrás determinar la posición del barco.
  - —Debes de pasar mucho tiempo en el agua —reconocí.
  - —Se podría decir que sí.

De pronto nos interrumpió la voz de McKenzie llamándome y el sonido de pasos sobre la arena húmeda. Al levantar la vista, la vi acercarse. Sin decir una palabra, me cogió de la mano y me ayudó a levantarme.

- —Vamos, tenemos que volver al barco antes de que la marea suba demasiado —dijo.
  - —¡Eso es lo que intentaba decirte! —exclamé.

Ignorando mi respuesta, tiró de mí en dirección a la fiesta. Me giré para asegurarme de que Milo también venía, pero cuando miré por encima del hombro ya no estaba. Abracé la manta que me había dado. Esperaba verlo de nuevo en el yate.

Las crecientes olas se acercaban cada vez más a la orilla, apagando las últimas brasas de la hoguera. Era hora de moverse, o tendríamos que nadar por aguas profundas para llegar al barco.

El agua me llegaba ya casi a los muslos y me agarré con fuerza a la mano de McKenzie, que caminaba delante de mí. Sus traspiés me ponían nerviosa. Miré el agua y agradecí que la luz delantera del yate iluminara el banco de arena, ya totalmente sumergido. Intenté no pensar en mis pesadillas mientras el mar helado me acariciaba la piel.

Todo el mundo aplaudió cuando la última persona subió a bordo por la escalera. Esperamos en el barco un rato, dejando que la marea alcanzara su punto máximo. Sin avisar, McKenzie sacó su Polaroid de la mochila que llevaba.

—Creo que esto pide una foto. —Empezó a reírse en alto—. Déjame probar la luz. ¡Una sonrisa para mí!

Sonreí forzosamente, y ella sacó una foto mientras una luz brillante me daba en la cara. La cámara imprimió la foto con su sonido característico. La imagen empezó a revelarse y a mostrar mi cara y mi cuello iluminados, en contraste con el fondo oscuro de la noche. McKenzie dejó la foto en el borde del barco y se acercó a mí para hacernos un selfi. Forcé otra sonrisa durante la milésima de segundo que duró el disparo. Mientras la cámara imprimía, un golpe de aire se levantó de repente y se llevó la foto que McKenzie me había hecho antes. Seguí con la mirada el pequeño rectángulo blanco que volaba en dirección a la isla. Sentí un hormigueo extraño al pensar que una foto mía quedaría flotando en mitad del océano, pero me olvidé en cuanto se empezó a oír el ruido del motor.

Me acordé de Milo y busqué a mi alrededor, esperando verlo.

—Oye, McKenzie... —Le toqué el hombro para llamar su atención mientras ella observaba con una alegre sonrisa su nuevo selfi. Me miró, con la máscara de pestañas corrida por el sudor y el mar, al tiempo que sus ojos aguamarina seguían brillando con intensidad—. ¿Conoces a alguien aquí que se llame Milo? Va disfrazado de pirata.

Se mordió el labio, pensando por un segundo.

—Em, creo que no. Al menos no que yo sepa. No conozco a nadie de Isabel que se llame Milo.



#### LEVANDO ANCLAS

En cuanto nos acomodamos y el yate se preparó para partir, me puse a buscar mi teléfono entre mis cosas, pero no lo encontré. Me di cuenta de que me lo había dejado en la isla. Recordaba haberlo puesto sobre la arena antes de hablar con Milo, pero no haber vuelto a cogerlo. Me invadió una profunda sensación de terror. ¿Cómo iba a recuperarlo? Eso si la marea no se lo llevaba antes. Se lo conté a McKenzie, que inmediatamente gritó a Ty que parara el barco.

—¡Espera! Katrina tiene que volver a por su teléfono.

Irritado, Ty se puso un chaleco salvavidas.

—Pues ya nos podemos dar prisa. Voy a intentar acercarme un poco. — Me lanzó un chaleco salvavidas y me lo ajusté mientras acercaba el barco un par de metros a la orilla—. Vamos. —Saltó del puente de mando con una linterna en la mano.

Lo seguí hacia el costado del barco y bajé rápido.

- —Lo siento —dije con resignación.
- —Da igual —gruñó—. Solo asegúrate de que sabes dónde lo has dejado.

Me dirigí rápidamente hacia el lugar donde Milo y yo nos habíamos sentado, observando el horrible espectáculo de botellas vacías y brasas

consumiéndose en la hoguera. Ty me siguió con su linterna, iluminando el camino.

—¡Está ahí! —grité.

Me lanzó la linterna a las manos.

—Ve a por él. ¡Rápido!

Casi temblando, avancé dejando atrás a Ty, que parecía contento de esperar allí. Mi teléfono seguía sobre la arena, en el mismo punto. Me agaché a cogerlo.

Justo cuando daba media vuelta, la arena pareció moverse bajo mis pies y me detuve de inmediato. Una brisa extraña, inquietante y gélida soplaba desde el océano.

Oí un leve silbido en la brisa, que pronto se convirtió en un intenso quejido de madera chirriante y viento. Las suaves olas de la orilla se hicieron cada vez más altas y agresivas, revolviéndose y girando sobre sí mismas hasta que, como pétalos, se abrieron y revelaron un hueco en la superficie del agua, a escasos treinta metros de la orilla.

En ese momento, el terror se apoderó de mí y me dejó helada. El agua giraba y levantaba una bruma que se filtraba a través de la luz de la linterna, produciendo un efecto de niebla. Algo amenazador surgió del agua, acompañado de un quejido de madera vieja quebrándose bajo presión. El viento se hizo más fuerte, revolviéndome el pelo. Las intensas ráfagas doblaban los árboles a mi alrededor con tanta fuerza que pensé que se partirían por la mitad. Un barco, un galeón podrido y cubierto de algas, surgió del océano ante mis ojos, como una ballena saltando a la superficie.

La tenue luz de la luna me permitía distinguir con claridad infinitas capas de percebes que trepaban por el casco y recubrían la sirena esculpida en la proa, corroída desde hacía mucho tiempo. El agua salada caía a raudales por la borda mientras el barco se enderezaba sobre la superficie del mar.

Las olas empezaron a calmarse y el viento a amainar. Las velas se desplegaron en los mástiles, desgastadas y agujereadas. Aun así, el fuerte viento seguía empujándolas.

Una voz áspera y ronca gritó desde el interior del barco.

—¡Izad la bandera! ¡Hombres a las velas!

Una bandera desgastada se elevó despacio a lo largo del mástil, igual de deteriorada por el tiempo que las maltrechas velas. Cuando llegó a lo alto, el viento la desplegó, dejando al descubierto la emblemática bandera negra

con una calavera y dos tibias cruzadas.

Del barco empezaron a salir más voces de hombres que gritaban, pero no podía entender lo que decían. Ponía todo mi empeño en mover las piernas, hasta que por fin encontré fuerzas para girarme y esconderme entre la maleza. Desde allí, me asomé por detrás de una palmera.

Apareció una figura sombría que se alzaba orgullosa en la proa, controlándolo todo. Estaba pensativo y se imponía a los demás hombres en cubierta. Su sola estatura habría bastado para hacer que alguien corriera en dirección contraria. Su capa de capitán, de un rojo intenso como la sangre, se movía con el viento, dejando al descubierto la pistola que llevaba colgada al pecho. Podría tener la edad de mi padre. El ceño fruncido sobre su mirada fría le daba un aspecto de estar enfadado con el mundo y dispuesto a desquitarse con quien tuviera la desgracia de hablarle. Se colocó el sombrero negro de capitán en la cabeza para evitar que se volara y miró hacia mi escondite. Sentí que se me helaba la sangre cuando la luz de la luna le iluminó la cara. Me miró fijamente, con la mirada vacía de un hombre roto y la cara de haber perdido todo y estar furioso por ello. Su expresión inquietante no se alteró; entonces el terror me invadió y recé porque no pudiera verme.

Podía sentir su mirada penetrante a través de los árboles mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho. Las voces del barco no tardaron en hacerse más fuertes y su mirada fulminante se desvaneció cuando se giró al oír una voz que lo llamaba.

- —¡Despejado a estribor, capitán, y anclas levadas! ¿Hacia dónde navegaremos esta noche? —Entre el tintineo de las espadas, el metal y las cadenas, apenas podía entender lo que hablaban.
- —Echad de nuevo el ancla —ordenó el capitán, cuyas palabras emanaban como un humo oscuro mientras miraba hacia la costa que nos separaba—. No tengo previsto abandonar la isla esta noche. —Y por fin, encontré la fuerza en mis piernas para darme la vuelta y correr.

Estaba agitada y sin aliento cuando llegué a donde estaba Ty. Pasé corriendo por su lado y me lancé al agua sin pensármelo dos veces, impaciente por abandonar la isla.

—¿Qué diablos te pasa? Relájate —gritó Ty a mis espaldas mientras se esforzaba por alcanzarme.

Demasiado sorprendida como para dar una respuesta coherente, me limité a subir al barco por la escalerilla, recuperando el aliento, empapada por el agua del mar.

—¿Tienes el teléfono? —preguntó McKenzie.

Temblando, asentí con la cabeza. Me planteé contarle lo que acababa de ver, pero no sabía cómo expresarlo.

Ty tiró el chaleco salvavidas al suelo y volvió a la cabina sin inmutarse. ¿No había notado el viento extraño o visto la espuma de las olas?

Miré hacia atrás por si aún podía vislumbrar el barco que sabía que había visto. La isla había hecho de escudo para los que estaban en el yate, ocultando cualquier suceso sobrenatural que estuviera ocurriendo en la otra orilla del mar. No había nada. Ni rastro del barco pirata. El agua de la isla ni siquiera parecía agitada. Yo, sin embargo, continuaba temblando. Ahora entendía por qué se rumoreaba que la isla estaba encantada.

- —¿Estás bien? —quiso saber mi amiga—. Parece que hayas visto un fantasma.
  - —¿Qué dirías si te dijera que lo he visto? —conseguí decir entre jadeos.
- —¡Yo diría que Feliz Halloween, pringados! A eso hemos venido gritó Ty desde lo alto de la cubierta.

Las carcajadas estallaron por todo el barco. Estaba claro que no me creerían si se lo contaba, así que para evitar seguir haciendo el ridículo mantuve la boca cerrada el resto de la noche, y deseé volver a tierra.

Era algo pasada la medianoche.

Mi piel estaba pegajosa de la velada en el mar. El pelo alborotado se me pegaba a los brazos y al cuello por la humedad. La arena del vestido me picaba y me rozaba la piel. Ansiaba volver a la residencia, darme una ducha y dormir en mi cama.

Sabía que McKenzie no estaba en condiciones de conducir, así que cogí las llaves de su mochila y me senté en el asiento del conductor. McKenzie se dejó caer en el asiento del copiloto, sin rechistar.

El trayecto de vuelta a Isabel desde el puerto deportivo era corto, solo un par de manzanas, aunque se nos hizo eterno. Aparqué, salí del coche de un salto y caminé deprisa hasta nuestro edificio.

Éramos de las pocas personas que vivían en la planta alta. La intimidad era inmejorable, pero a veces resultaba algo sobrecogedora, como hoy, cuando no vagaba ni un alma por el pasillo con vistas a la bahía. Al abrir la puerta principal, McKenzie posó una mano sobre mi hombro con torpeza.

- —¿Estás enfadada conmigo? Pareces... molesta. —Me di cuenta de que estaba haciendo pucheros por el tono dramático de su voz.
- —No. —Suspiré, sin darme la vuelta—. Sinceramente, me alegro de haber vuelto de una pieza y de que esta vez haya sido sobria.

Perdón si parezco borde. Acabo de ver al Holandés Errante saliendo del mar.

McKenzie ni siquiera llegó a ducharse; se tumbó en la cama todavía vestida de animadora y, al cabo de un minuto, oí unos suaves ronquidos. Entré cansada a darme una ducha caliente y sentí un alivio apacible cuando el agua tibia me quitó la sal de la piel.

Me entraron ganas de vomitar, pero al menos esta vez sabía que no era por la bebida. Me puse una camiseta ancha, me acurruqué en mi manta verde salvia y cerré los ojos.

Pero no podía dormir. Tenía el estómago revuelto y un torbellino en la cabeza. No podía dejar de pensar en el barco pirata. Una parte de mí se preguntaba si lo había soñado. ¿Me lo había inventado todo? ¿Me estaba haciendo efecto algo que no recordaba haber tomado? Mi cordura parecía un caso perdido.

Me senté de repente en la cama y me puse un par de calcetines. Sin encender la luz, me levanté y salí de puntillas al balcón del pasillo exterior, después al vestíbulo del segundo piso. El frío de la piedra en mis pies descalzos contrastaba con el calor húmedo y pesado que me invadió al salir. Bajo el arco, envuelta en mi manta, me apoyé en la barandilla espiral de hierro y contemplé la oscuridad de la bahía. Nuestra residencia, en el ala este del campus, estaba tan aislada de todo lo demás que el cielo y el mar parecían mucho más oscuros. Un tenue resplandor rosado procedente de las luces del centro de la ciudad flotaba en el aire como un fantasma. Me arrimé a la pared de estuco y me deslicé hasta sentarme con la espalda apoyada en ella. Mi mente no podía dejar de recrear cada detalle del barco de madera que surgió de las profundidades del agua, casi esperando que volviera a aparecer ante mí allí, en la bahía. Al cabo de un rato, el rumor lejano del agua me arrulló hasta que me dormí.

A la mañana siguiente, McKenzie me encontró tirada en la puerta de la residencia.

—¿Qué haces aquí? —Su voz me asustó—. *Tienes* que contarme qué está pasando. Sé que pasa algo desde anoche —dijo.

Suspiré, sentándome y alzando la cabeza.

—Te juro que te estás comportando todavía más raro que aquella noche que te emborrachaste.

Sabía que con McKenzie no había forma de ocultar la verdad. Mentir se me daba fatal, y ella era implacable. La pregunta era... ¿me creería?

Tiré de ella, indicándole que se sentara. Se dejó caer junto a mí en la entrada.

—Vale, te lo cuento, pero te va a parecer una locura —cedí.

Sonrió con satisfacción y entrecerró los ojos a través de la gruesa montura de sus gafas. Solo se las ponía en la residencia.

—Menos mal que me gustan las locuras —respondió.

Respiré hondo y traté de pensar en cómo contarle lo que había sucedido en la isla la noche anterior.

—Cuando regresé con Ty... Él se quedó atrás. Distinguí algo en el agua. Al volver a por mi teléfono, juraría que vi un barco, un barco pirata, salir del océano, justo en la costa al otro lado de la isla.

McKenzie abrió mucho los ojos.

- —¡No te creo, no te creo! ¿Estás segura?
- —Sinceramente, no, no lo estoy. Todavía sigo preguntándomelo —dije, mirándome las manos—, pero sin duda me ha afectado.

McKenzie se echó a reír.

- —¡Qué locura! Supongo que las historias no salen de la nada...
- —¿Historias? ¿Qué historias? —pregunté inmediatamente.
- —Ya sabes. —Puso los ojos en blanco—. Constantine es como el corazón de las historias de fantasmas. Hay una historia de fantasmas para todo.
  - —Entonces, ¿me crees?

Parecía sorprendida de que le preguntara.

—¡Bueno, sí! —gritó—. Creo que un poco de drama de piratas fantasma es perfectamente posible, sobre todo en esta ciudad históricamente pirata. Tienes suerte. Eres la única que consiguió ver algo guay anoche.

Me sentí aliviada de que no pensara que estaba loca, pero también me inquietó un poco su actitud despreocupada. ¿De verdad podía creerme y mostrarse tan indiferente?

- —McKenzie, no se lo cuentes a nadie —le supliqué—. Ya me siento lo bastante rarita.
- —Sí, ¡no te preocupes! —No sabría decir si lo decía en serio o de broma—. Siento que Ty fuera un idiota contigo anoche.

—No pasa nada —suspiré. *Ahora mismo es el menor de mis problemas.* 

Aquella noche llamé a papá con la esperanza de despejarme, aunque fuera unos minutos. Hablamos de lo de siempre. De su garaje. El coche nuevo en el que había empezado a trabajar. Mis clases. Pero en cuanto terminó la llamada, mi cabeza volvió a centrarse los acontecimientos de la noche anterior.

En algún momento tenía que convencerme de que me lo había imaginado todo. Era la única posibilidad lógica. Quizá había bebido y no me acordaba. Tal vez todo había sido una alucinación.

Le di vueltas en mi cabeza hasta que no pude más. Empecé a bostezar. Podía oír la voz apagada de McKenzie a través de la delgada pared que separaba nuestras pequeñas habitaciones practicando una presentación para su clase de comunicación del día siguiente. Decidí meterme en la cama. Ya había tenido demasiada acción en los últimos días.



### **PERDIDA**

El lunes siguiente fue duro. Por supuesto, el barco pirata se encargó de asolar mis sueños durante toda la noche, así que no descansé mucho. Tuve que hacer un gran esfuerzo por concentrarme durante la clase de Historia de la Ilustración, ya que mi mente no dejaba de divagar.

En cuanto terminó mi última clase a las tres y media, me dirigí inmediatamente a donde había aparcado, pero me detuve y pensé que era mejor quedarme en el campus. Al día siguiente tenía que entregar un trabajo que había olvidado completamente tras los acontecimientos del fin de semana. Aunque me alegré de que el profesor nos lo recordara en clase, sabía que iba a pasar horas intentando terminarlo a tiempo. Cada vez me resultaba más difícil concentrarme en la residencia, así que decidí quedarme en el campus y trabajar allí.

Me llevé el portátil y la mochila al Jardín Sur, donde era habitual encontrar a los estudiantes en una mesa de picnic o en una hamaca estudiando o pasando el rato, incluso hasta bien entrada la noche. Elegí un lugar bajo un árbol y abrí el documento, con la mirada perdida en la pantalla. Lo había empezado la semana anterior, pero hasta entonces solo había conseguido escribir un párrafo. Me quedaban cinco páginas.

Luchando contra mis pensamientos, tuve que apartar de mi cabeza el

deseo de soñar despierta con el barco fantasma el tiempo suficiente para escribir algo. Cuando miré el reloj, eran más de las ocho y había anochecido. Estaba terminando el último párrafo. Tenía la mente agotada y ni siquiera me había parado a pensar en el hambre que sentía. Cerré el portátil y me levanté para dirigirme a la biblioteca del campus e imprimir el documento terminado.

Caminaba a paso ligero. Tenía ganas de acabar y volver a casa. Por suerte, la Biblioteca de Queens estaba justo enfrente del Jardín Sur, así que no había que andar mucho y, por lo que tenía entendido, la biblioteca abría hasta tarde la mayoría de las noches.

La distribución de la universidad era bastante sencilla, básicamente una gran plaza con un patio adoquinado en el centro. La mayoría de las actividades académicas y las clases tenían lugar en la zona norte, compuesta por un conjunto de antiguos edificios de estuco inspirados en la arquitectura española, entre los que se encontraba la Biblioteca de Queens. Cuando pasé junto a las imponentes palmeras que rodeaban la fachada del edificio y entré por las puertas arqueadas, los últimos rayos del sol se ocultaron tras el edificio.

Imprimí el trabajo rápidamente y me dirigí hacia la puerta, pero algo me llamó la atención. En un rincón de la biblioteca, vi una sección de libros llamada «Historia de Constantine». Por un momento me pregunté si tendrían algo sobre los mitos y leyendas de fantasmas de la ciudad y pensé que tal vez valiera la pena intentar encontrar algo sobre el barco fantasma. Ni siquiera el rugido de mi estómago pudo aplacar mi curiosidad.

Me dirigí a las estanterías, apartadas del vestíbulo principal de la biblioteca. Al fijarme en los títulos, no encontré nada que pareciera contener el tipo de información que buscaba.

Imágenes de San Constantine

*Constantine bajo tres banderas* 

Historias de la antigua Constantine

Castillo de San Romero

La historia oculta de Constantine

Leyendas de San Constantine

El último me llamó la atención. Lo cogí y hojeé rápidamente las páginas entre mis manos. Vi relatos sobre la antigua cárcel de Constantine, el Castillo de San Romero y otros lugares, pero no había nada sobre la isla frente a la costa. Pasé al final del libro, donde la última página concluía con

una nota: «Constantine es una de las ciudades más antiguas de Estados Unidos, y por tanto ha habido varios informes de personas que han visto siluetas, fantasmas de soldados, piratas y otros. ¡Esta ciudad de casi quinientos años tiene una gran tradición de fantasmas!».

Al leer esto, me di cuenta de que probablemente yo era una de las muchas personas que creían haber visto «algo» acechando en las sombras. Nunca había creído en fantasmas ni en lugares encantados, así que me sentí ridícula al pensar hasta qué punto el barco pirata me había atormentado. Pero tenía que haber alguna explicación para lo que había visto. Intenté restarle importancia, pensando que quizá estaba exagerando un poco, pero seguía sin poder deshacerme de la duda.

Cuando cerré el libro, me sobresaltó una voz suave a mis espaldas.

—¿Un libro interesante?

Al darme la vuelta, vi frente a mí a un chico alto y atractivo, con el pelo negro azabache y unos penetrantes ojos azules como el cielo. Sonreía levemente, y sus pobladas cejas se alzaban de forma persuasiva, como si esperara ansiosamente mi respuesta. Era difícil no darse cuenta de que era bastante guapo. El azul de sus ojos era el complemento perfecto de su mandíbula recién afeitada. Esperaba que no reparara en que lo había mirado de arriba abajo durante una fracción de segundo, fijándome en su singular atuendo de pantalones negros metidos desordenadamente en unas botas de cuero oscuro, camisa gris, chaleco y chaqueta por encima. Parecía mucha ropa para un clima tan cálido como el de Florida. Tenía un aire atrevido pero clásico, sin duda muy suyo.

- —No lo suficiente —respondí, devolviendo el libro a su lugar en la estantería.
- —Vaya. ¿Qué buscabas? —preguntó. Su acento elegante me pilló por sorpresa.
  - —Solo estaba mirando —dije, sin saber cómo responder a su pregunta.
- —Perdona —se disculpó—, había pensado que tal vez podría serte de ayuda. Es mi último año. He pasado mucho tiempo en esta biblioteca.
  - —¡Qué bien! —Sonreí—. Yo he llegado aquí este semestre.
  - —Se nota. —Se rio entre dientes.
  - —¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, un poco molesta.
  - —Lo siento. ¿Dónde están mis modales? Soy Bellamy.
  - —Katrina.
  - —Encantado de conocerte, Katrina —dijo con esa encantadora voz suya

—. Si necesitas algo, estaré encantado de ayudarte. Sé que el primer semestre puede ser duro.

Empecé a alejarme lentamente del pasillo de los libros y Bellamy se puso a mi lado.

- —Vale, gracias —contesté, sin saber muy bien a dónde quería llegar—. Entonces, ¿eres un estudiante extranjero de intercambio? —pregunté, cuestionándome su acento.
- —Bueno, no exactamente. Mis padres son europeos y nos mudamos aquí hace unos años. Querían sol y playa, supongo —bromeó.
- —Debió de ser todo un cambio —comenté en voz baja, sin dejar de mirar al frente.
- —Desde luego que lo fue. Pero me gusta estar aquí. —Hizo una pausa, acariciándose el labio inferior con el pulgar—. ¿Volveré a verte?

Su pregunta atrevida y su actitud descarada me sorprendieron. Sin embargo, tuve que admitir que no me habría importado volver a verlo. Su carácter misterioso me atraía.

- —Puede que sí —respondí, curvando los labios en una sonrisita burlona.
  - —¿Cuándo y dónde tengo más posibilidades? —preguntó.
- —Bueno, mañana tengo clases —expliqué—, pero después de eso estoy libre.
- —¿Alguna posibilidad de volver a vernos en el Jardín Sur mañana por la tarde, digamos a las ocho?
- —Sí, em, me viene bien —dije, colocándome el pelo detrás de la oreja con nerviosismo.
  - —Perfecto. Hasta entonces, Katrina.

Se dio la vuelta para marcharse.

- —Espera. —Se detuvo al oír mi voz—. ¿No necesitas mi número o algo?
  - —No te preocupes, te encontraré.

A pesar de su tono amistoso, la respuesta me sorprendió. Inquieta, no supe qué responderle mientras lo vi alejarse. Una bibliotecaria mayor apareció en la esquina y se acercó para colocar unos libros.

—Perdone —me interrumpió con delicadeza—, señorita, ¿con quién está hablando?

Me fijé en Bellamy, que ahora estaba a unos pasos, dirigiéndose a la puerta.

La miré y me di cuenta de que parecía confusa, como si no supiera a qué o a quién estaba mirando.

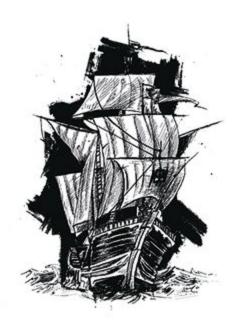
¿No podía verlo?

Me rugieron las tripas. Pensé que quizá eso me hacía ver visiones. Tenía que volver y comer algo.

Ya en la habitación, me puse a pensar en mi padre. Estuve a punto de llamarlo mientras caminaba por el campus bajo las luces de las farolas, pero de repente el teléfono empezó a sonar y apareció su foto en la pantalla.

Extraña coincidencia.

- —Hola, papá —respondí, pensando en lo raro que era que me llamara a aquellas horas.
  - —Katrina, tengo que contarte algo. —Sonaba estresado.
  - —¿El qué? ¿Va todo bien? —pregunté, de repente preocupada.
  - —He encontrado a tu madre.



## CAÑONAZO DE ADVERTENCIA

Sus palabras atravesaron el teléfono como cuchillos clavándose en mi pecho. Sentí un nudo en el estómago.

- —No sabía que la estuvieras buscando —dije.
- —Ya lo sé, hija. No la estaba buscando exactamente —contestó con voz triste—. Intenté llamarla un par de veces más, pero... ha vuelto por su propia cuenta. Me ha dicho que ha estado en Misuri, intentando que las cosas se calmen. —Permanecí en silencio, sin saber qué pensar—. Solo quería que supieras que está a salvo y que... dice que está mejor.

Finalmente, hablé.

—Eso... está bien, supongo.

Me resultaba difícil asimilarlo. Estaba contenta de saber que estaba a salvo, pero el resentimiento seguía siendo muy fuerte. Además, tampoco la creía. No era la primera vez.

- —Está aquí, y le gustaría hablar contigo —añadió.
- —Vale.
- —Katrina... —Escuchar su voz al otro lado era irreal, casi me produjo un escalofrío. Sobre todo teniendo en cuenta que sonaba coherente, para mi sorpresa. No recordaba la última vez que la había escuchado así.
  - —¿Qué, mamá? —dije fríamente.

—Solo quiero que sepas que siento mucho todo. Nunca quise que las cosas fueran así.

No respondí.

- —Tuve que irme un tiempo. Intentaba manteneros a Scott y a ti fuera de esto. Sé que estás cansada. Sé que no me crees, pero tienes que intentar entender que hay cosas que no puedo controlar —suplicó.
- —Sí, lo sé —contesté—, y la mayor de todas eres tú. —No era mi intención que sonara tan duro, pero no tenía nadie más a quien dirigir la ira que albergaba. No respondió. Suspiré y cerré los ojos, intentando calmarme antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme—. ¿Dónde has estado?
- —Te prometo que he intentado desintoxicarme. No quería volver hasta estar...
- —Estábamos muy preocupados. Pero me alegro de que estés bien añadí, intentando suavizar mi tono—. ¿Puedo hablar con papá?
  - —Claro, cielo —dijo. Sonaba cansada.

Escuché ruidos al otro lado de la línea. Luego, la voz de mi padre.

- —Pensaba que debías saberlo, Trina.
- —Gracias. —Hice una pausa—. Entonces, ¿se está quedando en casa?
- —Por ahora, sí.
- —Vale, podemos seguir hablando en otro momento. Buenas noches.
- —Lo sé, Trina. Llevará un tiempo. Buenas noches. También de parte de mamá.

Colgué.

¿Cómo se suponía que tenía que gestionar esto? ¿Todo este tiempo sin su presencia y de repente pensaba que podía volver como si nada hubiera pasado? Eventos, momentos importantes... no había estado para verlos. Durante el último año estuvo por ahí, sola, mientras nosotros intentábamos seguir sin ella. Intenté ayudarla muchas veces, a menudo sintiéndome decepcionada tras enfrentarme a ella, como cuando volvía a casa del colegio y me la encontraba dormida en el sofá, con las botellas tiradas a su alrededor. ¿Cuántas veces había esperado verla en mis exposiciones, a las que había prometido ir, para luego acabar allí de pie solo con papá, sintiéndome una tonta? No recordaba la última vez que habíamos hablado por teléfono.

Atravesé el umbral de la puerta despacio y me encontré con McKenzie, que estaba actualizando su perfil en redes sociales tirada en el sofá.

—Bueno, bueno, ¿otra noche larga? —bromeó—. ¿Has visto el

fantasma de algún otro pirata?

La miré con los ojos entrecerrados, deseando que me dejara en paz. Estaba de mal humor por las noticias sobre mi madre. Preferí pensar en Bellamy.

—En realidad —repliqué—, he conocido a alguien en la biblioteca.

Una sonrisa enorme apareció en su cara, y se levantó del sofá como una bala.

- —¿Has conocido a alguien? Katrina, ¡no me cuentas nada! ¿Quién es?
- —Un chico que se llama Bellamy. De último curso. ¿Lo conoces?

McKenzie empezó a darse golpecitos en la barbilla y a hacer muecas dramáticas mientras pensaba.

- —Em, nop, creo que no. ¿Sabes su apellido? Vamos a cotillear su Facebook.
  - —¡Qué va!
- —¡Vaya! Bueno, no puede haber demasiados chicos que se llamen Bellamy por aquí. Lo encontraré.

McKenzie se puso a buscar enseguida en sus redes sociales.

—Bueno, avísame cuando lo encuentres —respondí divertida—. Voy a descansar un rato —dije, quitándome la camiseta para darme una buena ducha.

Dejé que el agua caliente cayera sobre mí, y sentí que todos los problemas se iban con ella por el desagüe. Mi madre, el barco fantasma... Por no hablar de que mi primer examen era en unos días y acababa de caer en que no había estudiado.

A lo mejor debería empezar a beber.

Me enfadé conmigo misma por pensarlo. Me puse una camiseta ancha, unos pantalones cortos de algodón y me envolví el pelo en una toalla. Salí de mi habitación y me encontré a McKenzie tirada en su cama, que seguía buscando algo en su teléfono.

- —¿Lo has encontrado? —le pregunté.
- —Ven y mira. ¿Es alguno de estos?

Me acerqué y miré los resultados de su búsqueda.

- —Nop, ninguno.
- —¡Me rindo! —exclamó McKenzie—. ¡Consigue una foto suya pronto!
- —No es nada serio. Ni siquiera sé qué me parece.
- —¿Es mono?
- —Bueno, sí, la verdad es que sí. Pero no sé, es un poco misterioso.

McKenzie arrugó la nariz y puso una sonrisa traviesa.

- —Bueno, si quieres saber todos sus trapos sucios, consígueme su nombre completo. Mi primo es detective en el departamento de policía y está a un mensaje de distancia.
- —No te preocupes, no creo que sea un asesino en serie ni nada. Solo un poco... diferente.
- —¡Suena sexi! —exclamó McKenzie—. Si no te lo quedas tú, lo haré yo.

Me reí y le di las buenas noches. Volví a mi habitación y me quité la toalla de la cabeza, usándola por última vez para secarme el pelo, que me llegaba hasta la cintura. Enseguida me puse un poco de acondicionador porque, si no, mis ondas rebeldes se encresparían por la humedad de Florida.

Me tumbé y cerré los ojos, pensando en qué más podría deparar el día siguiente, porque aquel había estado lleno de sorpresas inesperadas.

A la mañana siguiente me desperté tarde. Mi primera clase no era hasta las diez. Aproveché el tiempo extra para quedarme tumbada bajo las sábanas, jugando con el colgante de la cadena que llevaba al cuello. No me había quitado aquel collar desde la noche de la fiesta. Sentía que me protegía de manera especial.

Estaba mirando el techo cuando empecé a pensar en la conversación de la noche anterior con mi madre, y me pregunté si entonces cambiarían realmente las cosas. Por un momento, tuve la esperanza de que fuera así. Apreté el collar al pensar en ella, como para capturar el rayo de esperanza mientras siguiera allí. Me aferré a él, pero al revivir todas las promesas rotas de los últimos años, perdió su intensidad, y lo dejé ir.

Cuando regresaba a toda prisa a mi habitación tras la última clase de la tarde, una voz me llamó.

—Espero que esta noche no haya una fiesta loca —me dijo Russell, el encargado, cuando pasé por las puertas del ala este.

Sonreí levemente con una mirada culpable mientras él continuaba fregando el pasillo de la primera planta. Parecía estar siempre atento a los estudiantes. Su actitud humilde en un lugar tan extravagante me hacía sentir más cercana a él que a la mayoría. No tenía queja sobre ninguno de mis profesores, pero a veces la gente allí parecía un poco ajena a la realidad.

Subí corriendo las escaleras, abrí la puerta de nuestro dormitorio y lo encontré vacío. Las llaves de McKenzie no estaban en su lugar habitual, la mesa cuadrada junto a la puerta. Supuse que estaría fuera en alguna de sus aventuras, así que aproveché para sentarme y contemplar mi lienzo en blanco un poco más, con la esperanza de que apareciese alguna fuente de inspiración.

Me fijé en la manta que me había regalado Milo, que seguía tirada a los pies de la cama, donde la dejé aquella noche al llegar a casa. Su dulce voz resonó en mi mente. Estaba demasiado oscuro para verle la cara con claridad, pero jamás podría olvidar aquella voz aterciopelada. Por un momento, reviví nuestra conversación en la isla. ¡Eso era! Oí claramente en mi cabeza sus palabras sobre la estrella polar en mi cabeza. Ese iba a ser mi punto de partida.

Mojé el pincel en una pastilla azul y empecé a pintar el fondo. Al pasarlo por el lienzo sentí que la idea de un cielo nocturno reflejado en el mar iba tomando forma. El reflejo de la luz de la estrella polar sería el centro. Después pensaría qué más podía añadir, pero al menos ya tenía algo.

Mientras mezclaba algunos pigmentos azules y blancos, y dibujaba líneas y surcos sobre la fina capa que ya había aplicado, recordé claramente la estrella polar que Milo había señalado, parpadeando sin cesar en el horizonte. Quería usar los colores para plasmar la idea que tenía en mi cabeza, hacer que la luz de la estrella se reflejara en olas de plata derretida.

Miré el reloj de pared y vi que ya eran las siete y diez. Tuve que esforzarme en abandonar los pinceles. Me levanté y empecé a desnudarme, intentando decidir qué ponerme para ver a Bellamy y no perder más tiempo. Hacía más calor del que debería en noviembre, así que opté por un top sin mangas de color ciruela con unos vaqueros claros y unas chanclas de piel.

Cogí la máscara de pestañas y un pintalabios neutro. La cajita del collar que había recibido por correo el día de mi cumpleaños se cayó al suelo. Decidí que más tarde limpiaría un poco, aun sabiendo que las probabilidades de que tal cosa ocurriera eran escasas. El papel de seda se cayó cuando me agaché para recoger la caja. Fue entonces cuando vi algo escrito en un papel del tamaño de una tarjeta de visita metido entre el envoltorio de regalo.

Te toca a ti tener esto. Llévalo siempre contigo. Dicen que es útil contra las pesadillas. Tal vez incluso pueda acabar con ellas, siempre y cuando descubras cómo hacerlo. Serías la primera en nuestra familia. Lo han intentado durante mucho tiempo. Hagas lo que hagas, no lo pierdas. Es la única oportunidad que tenemos.

No sabía qué pensar del mensaje. La letra no parecía la de mi padre, pero ¿quién más podría haberlo enviado? Él sabía que yo había tenido pesadillas de niña. ¿Pero cómo sabía que habían vuelto? ¿Podría ser de mamá? Me negaba a pensar que hubiera escrito algo tan críptico cuando apenas podía hilar ideas con sentido.

Lo ignoré por el momento. Por extraño que me pareciera el mensaje, sabía que no tenía tiempo para pensar más en ello. Ya llamaría a papá más tarde, pero por ahora llegaba tardísimo a mi cita con Bellamy.

El camino desde los dormitorios era bastante corto, así que dejé aparcado mi viejo Cherokee. Al entrar en el Jardín Sur, empecé a cuestionarme si debía haberlo hecho.

¿Y si es un asesino en serie?

Sin duda Bellamy tenía un atractivo bastante siniestro. Y dijo que me encontraría. No sabía exactamente qué quería decir con eso. Mi incertidumbre aumentó y pronto me convencí de que debía irme. No era propio de mí relacionarme con un «chico malo».

Había dado unos pocos pasos para volver a los dormitorios cuando vi que Russell tenía problemas para meter unas cajas en una furgoneta aparcada junto al césped.

- —¿Necesita ayuda? —pregunté tímidamente, esperando no ofenderle.
- —Estoy bien, señorita, usted preocúpese de no meterse en líos pronunció con su voz áspera. Me gustaba pensar que la tenía curtida por la brisa marina de alguna vida pasada en su juventud como pescador.

#### —¡Katrina!

Giré la cabeza en dirección a la voz que me llamaba. Bellamy se acercaba por la derecha, vestido de oscuro como el día anterior, pero esta vez con pantalones negros y una chaqueta gris abotonada que le llegaba a la cadera. Seguía siendo un *look* bastante clásico, y le favorecía.

Se acercó, casi obstaculizando a Russell, que seguía peleándose con las cajas.

—Permítame que le eche una mano con eso —se ofreció Bellamy, cogiendo una de las cajas de las manos de Russell antes de que le diera

tiempo a contestar.

Noté cierta tensión entre ellos cuando Russell observó fríamente a Bellamy y él le devolvió una mirada seca, casi de advertencia. Percibí algún tipo de rivalidad incomprensible que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer ante mí.

- —¿Qué haces? —preguntó Russell en voz baja.
- —Solo le estoy ayudando, señor —respondió Bellamy de forma educada, pero algo en su forma de decirlo sonó extraño.

La tensión era agobiante, como un peso aplastante que no podía ignorar. Russell lanzó a Bellamy una última mirada con los ojos entrecerrados antes de darse la vuelta para ponerse al volante de la furgoneta.

—Muy amable por tu parte —dije—. ¿Os conocéis?

Bellamy se encogió de hombros.

- —Es un... amigo de mi padre. No están en su mejor momento. —Hizo una pausa y cambió de tema—. Espero que tengas hambre.
  - —Mentiría si dijera que no. —Le sonreí.

Su cara de preocupación se transformó en una sonrisa. Seguía sin estar convencida. Pero al menos ahora sabía que a pesar de la extraña experiencia que había tenido en la biblioteca, otras personas podían ver a Bellamy. Al menos no me estaba volviendo loca del todo.

- —¡Vamos! ¿Dónde te gusta comer por aquí?
- —Tú eres el experto, ¿recuerdas? —contesté—. Llevas aquí mucho más tiempo que yo. Elige tú.
- —Ah, sí —asintió, apartando la cara. Fue entonces cuando vi el pendiente de su oreja, un pequeño aro de plata alrededor del lóbulo—. Vayamos al pueblo y decidamos allí.

El campus estaba cerca del animado centro histórico de Constantine. Unas cuantas manzanas y allí estábamos, caminando en un agradable ambiente de farolas y charlas de turistas, y una preciosa vista nocturna de la bahía. Conversamos un poco por el camino, y sentí que bajaba un poco más la guardia con Bellamy. Empecé a sentirme mal por haberlo juzgado tan duramente.

Mientras paseábamos por el casco antiguo, las palmeras que flanqueaban las aceras se mecían con la brisa del atardecer, esparciendo el aroma de la sal y el pescado. Las calles solían estar abarrotadas de turistas, pero como era otoño, la temporada de vacaciones se estaba acabando y el ambiente era más íntimo.

Me fijé en una pequeña y pintoresca cafetería frente al mar, sobre la bahía, con mesas de picnic en la terraza.

—Parece un buen sitio —sugerí.

Nos sentamos en una de las mesitas de madera, iluminadas tan solo por las luces que colgaban encima.

- —¿Has estado aquí alguna vez?
- —No, la verdad es que no —contestó, pasándose la mano por los rizos desordenados y suaves que caían rebeldes sobre su frente. Una ligera sombra de barba asomaba alrededor de sus labios y su mandíbula, realzando sus pómulos marcados. Sus rasgos parecían irreales, y sus ojos seductores y atrevidos calaban hasta lo más profundo, despertando mi lado más salvaje —. Cuéntame tu historia —comenzó Bellamy, apoyando los codos en la mesa—. ¿Qué te hizo elegir esta universidad?

Me recorrió una sensación de vergüenza, aunque no sabía muy bien por qué.

- —Bueno, crecí en Arkansas, así que aquí no era exactamente donde pensaba acabar, pero quería irme lejos. —Bajé la mirada—. Empecé a solicitar becas para estudiar arte dos años antes de acabar el instituto. No creía que fuera lo bastante buena, pero supongo que Isabel sí lo pensó. Me dieron una beca completa.
- —¿Qué tipo de arte es tu especialidad? ¿La música? —Los ojos de Bellamy brillaron con interés. Me reí ante la idea.
- —No, qué va. Pinto. —Mi confianza aumentó enormemente al hablar con orgullo de mi pasión—. Sobre todo acuarelas.
- —Eso es fascinante. Espero que alguna vez puedas enseñarme alguno de tus cuadros.
  - —De hecho, hoy mismo he empezado uno.
- —¿En serio? —Bellamy se inclinó hacia delante, dejando ver sus dientes perfectos.

La camarera apareció con su delantal manchado de kétchup para tomar nota de nuestros pedidos, sacándonos a ambos del momento con su voz chirriante.

- —¿Qué queréis, chicos?
- —Una hamburguesa con aros de cebolla, por favor —pedí.

Cuando la camarera miró a Bellamy, él pareció casi sorprendido.

- —Yo tomaré lo mismo.
- —Yendo a lo sencillo. Me encanta. —Cerró su bloc de notas y se

marchó.

- —Entonces, ¿qué planes tienes para después de la graduación? pregunté, volviendo a centrarme en Bellamy.
- —Em, yo... —Hizo una pausa y miró hacia abajo, siguiendo las grietas de la mesa con el dedo—. Si te soy sincero, no he pensado en ello. Vivo el presente. Quién sabe lo que nos deparará el futuro.

Se detuvo de repente para estirarse y se quitó la chaqueta, dejando al descubierto una camisa con mangas que apenas le llegaba a los codos. No pude evitar fijarme en los tatuajes que tenía en el antebrazo, desde un complicado dibujo de un gorrión hasta un corazón anatómicamente correcto atravesado por dos flechas.

—Espero que no te importe un poco de tinta. —Se rio.

Seguí admirando los diseños y finalmente mis ojos se posaron sobre el tatuaje de una estrella.

Se me escapó un grito de emoción.

- —¿Es la estrella polar?
- —Sí —dijo, acariciándola con orgullo—. ¿Cómo lo sabes?
- —Bueno, en realidad forma parte de lo que estoy pintando ahora mismo, lo creas o no.
  - —Me tomas el pelo. —Se rio otra vez—. ¿Y qué te dio la idea? Pensé en Milo.
- —Esto puede parecer una locura, pero hace unas noches fui a una fiesta en un barco y nos quedamos atrapados justo en la orilla de una pequeña isla a unos kilómetros de la costa. Allí conocí a alguien que me enseñó la estrella polar en el cielo, y desde entonces no he dejado de pensar en ello.

De pronto, la expresión amable de Bellamy se convirtió en una mirada de gran curiosidad.

- —¿Una isla? —Su pregunta me pilló desprevenida.
- —Sí, justo al lado de la playa de Constantine. ¿La conoces?

Asintió con la cabeza, aunque su rostro parecía tenso, como si estuviera resolviendo alguna complicada ecuación matemática en su cabeza.

- —La conozco. —Dejó que sus palabras flotaran en el aire antes de continuar—. Es un lugar peligroso. A veces las mareas son incontrolables en esa zona. No deberías haber ido.
- —Créeme, lo descubrí de mala manera. Pero no te preocupes. Levanté de broma las manos en señal de rendición—. Solo he ido una vez, pero si de mí depende, no pienso volver a esa isla tenebrosa.

—Es lo mejor —contestó solemnemente.

Sentí que de repente se había puesto un poco extraño. No estaba segura de si mencionarle lo del barco fantasma. ¿Pensaría que estaba loca?

- —Bueno... ¿Alguna vez ha pasado algo raro allí? ¿Un barco hundido, tal vez?
  - —Hay rumores.

No me esperaba una respuesta tan calmada. Supuse que la pregunta le parecería fuera de lo normal, pero no pareció sorprenderse en absoluto. Apartó la mirada, poco dispuesto a añadir nada más, pero yo quería saber. Seguía queriendo respuestas a lo que había presenciado, y la forma en que eludía mis preguntas me hacía sospechar que sabía algo.

—Cuéntamelos —le pedí, con voz alegre—. Me has despertado demasiado la curiosidad.

Suspiró y puso los ojos en blanco de broma.

- —Vale, está bien. Tú ganas. —Se inclinó hacia mí y su mirada se volvió más seria. Yo también me incliné más cerca.
- —Algunos dicen que en la época de los piratas había un cruel capitán que capturó a la última sirena que existía cerca de la isla. Supuestamente, la cola de una sirena tenía poderes mágicos. —Casi susurró la última frase, con los ojos clavados en los míos como si estuviera contando una historia de miedo en una hoguera—. Pero antes de que la tripulación pudiera matarla, ella se cortó su propia cola y utilizó la magia para enviar una tormenta. Desató un torbellino destinado a matar al capitán y a sus hombres, y una maldición que los condenó a revivir el mismo destino eternamente. La leyenda dice que están atrapados con su barco en el fondo del océano, y que reaparecen con la marea desde el ocaso hasta el amanecer.

Me recorrió un escalofrío al recordar el barco pirata y de repente volví a creer en los fantasmas. Estaba segura de lo que había visto. Me sonaban las tripas, pero ya no era de hambre.

Me di cuenta de que lo estaba mirando intensamente a los ojos e intenté calmarme. Lo que había contado sonaba ridículo, pero era innegable que coincidía con lo que yo había visto. Noté que estaba conteniendo la respiración y tuve que recordarme a mí misma que tenía que soltar el aire. Para mi sorpresa, Bellamy se echó a reír.

- —Esa es la leyenda. Algo así —terminó, recostándose en la silla y rompiendo su aire de seriedad.
  - —Así que... ¿sirenas? —pregunté.

- —Sirenas. Eso dice la leyenda.
- —¿Cómo sabes tanto?

Bellamy dudó un momento, pero justo cuando abrió la boca para responder, la camarera se acercó con nuestros platos de comida.

—Menos mal, me muero de hambre —dijo Bellamy.

Me pareció un momento inapropiado para presionarlo más, así que me limité a picotear mi propio plato de aros de cebolla, intentando ignorar mi falta de apetito.

Bellamy siguió haciendo preguntas sobre mí el resto de la noche. Le conté más cosas sobre mi casa en Arkansas y sobre mi padre. La conversación se volvió mucho más distendida y durante un rato me olvidé de interrogarlo sobre la historia del fantasma.

- —Aunque parezca mentira, jamás había visto el mar hasta este año. No me lo puedo creer. A menudo le preguntaba a mi madre si podíamos ir de vacaciones a la playa, pero nunca le gustó la idea. Siempre pensé que quizá le daba miedo el agua o algo así. Ella era más de cabañas en el bosque.
  - —¿Era? —se atrevió a preguntar Bellamy.
- —Bueno, aún siento como si no estuviera. Acaba de volver después de un año haciendo quién sabe qué. Ha tenido algunos... asuntos que resolver.
  —De repente, la conversación se volvió triste. Hubo un momento de silencio. Sin pensarlo, pasé de juguetear con mi pelo a coger inconscientemente la cadenita que llevaba al cuello, enroscarla entre mis dedos y dejar el colgante a la vista.

La mirada de Bellamy se fijó de repente en mi collar y se quedó misteriosamente callado. Durante un segundo pareció distraído, casi asustado, y luego recuperó la normalidad. Sin embargo, yo sentí que algo acababa de cambiar.

- —¿Echas de menos Europa? —pregunté, con la esperanza de romper la tensión.
- —Bueno… echo de menos mi antigua vida, sí. —Miró hacia la bahía—. Pero hay cosas que no están hechas para durar.

La forma en que dijo esa última frase no me pasó desapercibida. Era como si evocara un recuerdo doloroso o triste. Aquello hizo aflorar mi propio dolor.

—Sé a qué te refieres —dije, deteniendo mi mirada en la pintura de la mesa—. Me pasa lo mismo con mi madre. Aún recuerdo cuando parecía que éramos una familia, antes de que se volviera loca. Pero como has dicho,

no duró.

Levantó la vista, con aire derrotado, y arqueó una ceja. Empezó a hablar, pero se detuvo, como intentando encontrar las palabras.

- —Parece que quieres decirme algo —lo insté.
- —Tengo mucho que contarte, Katrina. —Su voz sonó más profunda, más elegante que nunca—. Solo trato de averiguar cómo.
  - —Para ser sincera, me estás liando un poco. Dilo de una vez.

Me miró fijamente desde el otro lado de la mesa. La tenue luz que nos envolvía hacía resplandecer su cara con un brillo dorado. Estaba muy serio. No sabría decir si me sentía incómoda o halagada por su profunda mirada.

Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó algo. Con cuidado, lo deslizó por la mesa hacia mí. Allí, bajo su mano, estaba la foto que McKenzie me había hecho con su Polaroid la noche de la fiesta, la que se había llevado el viento. Casi se me paró el corazón.

Acosador. Asesino en serie. Ambos.

- —¿Cómo... cómo la has encontrado? —pregunté, aún sorprendida.
- —Bueno, digamos que ella me encontró a mí —hizo una pausa—, en la playa.
  - —¿Qué playa? —Me incliné hacia delante.
- —La de la isla por la que tienes tanta curiosidad. —Sus palabras salieron sin esfuerzo, sobresaltándome.

Por dentro, todo me daba vueltas. No podía entender cómo era posible. ¿De verdad el viento le había llevado la foto? ¿De qué otra forma la habría conseguido? ¿Estaba mintiendo? ¿Dónde estuvo aquella noche? No recordaba haberlo visto en el barco durante la fiesta. Estaba segura de que no había estado allí. Las preguntas me arrollaban como olas gigantescas. Sentía que me estaba volviendo completamente loca.

- —¿Estabas en la isla? ¿Cómo es posible? —quise saber, inclinándome otra vez.
- —¿Quién crees que te sacó de la corriente? —Su expresión se tornó seria y la confesión me dejó sin aliento—. Cuando vi esta foto, pensé que quizá tenías algo que te estaba poniendo en grave peligro. Ahora sé que mis sospechas eran ciertas.
- —¿De qué demonios estás hablando? —Me levanté, empujando la silla de metal en la que estaba sentada, lista para irme si era necesario—. Eso sigue sin explicar cómo conseguiste la foto.
  - -Katrina, te lo juro, la foto voló con la brisa marina... hasta la isla

después de que te fueras. Algo la llevó hasta allí. Y allí estaba yo esa noche. Todos lo estábamos. Cuando vi esta foto, y me fijé en lo que llevabas en el cuello, supe que tenía que encontrarte antes que ellos.

- —¿Nosotros? ¿Ellos? —dije con rabia, arqueando las cejas—. ¿Quiénes son ellos? ¿Y cómo es que estabas en la isla después de que nos fuéramos? No había nadie más que nosotros.
- —Puedo explicarlo. —Bellamy levantó la mano, parecía preocupado—. Pero debes calmarte.

Me llevé los dedos a las sienes, frotándomelas mientras cerraba los ojos. Me convencí de que debía quedarme a escucharlo y me senté enfadada.

- —Tienes que explicarme todo esto en cinco minutos o menos porque ahora mismo siento que me estoy volviendo loca.
- —Lo intentaré. —Bellamy asintió y luego me señaló la garganta—. El collar que llevas. Es especial, ¿lo sabes?
  - —Sí, supongo, fue un regalo de cumpleaños.
  - —Vale, ¿pero sabes *qué* es?

Me quedé en silencio.

La voz de Bellamy se convirtió en un susurro.

- —Es una escama. Una escama de sirena.
- —Perdona, ¿qué? —Tuve que contener una carcajada al pensar que mi cita estaba delirando.
- —Podría estar equivocado, pero he visto bastantes escamas de sirena, y desde luego eso que llevas en el collar parece una.
- —Sirenas —repetí para confirmarlo—. ¿Hablas en serio? Dios, esta ciudad es cada vez más rara. —No creía que las sirenas fueran reales, pero sentía una pizca de curiosidad que me hacía dudar. Hace unos días tampoco creía en los espíritus, hasta que vi el barco fantasma. Ya no estaba segura de lo que era real y lo que no.
- —Me esperaba que dijeras algo así. —Bellamy se puso en pie y me tendió la mano—. Pero puedo mostrarte algo que quizá te ayude a entender.
  —Me puse de pie a regañadientes y, con temor, tomé la mano de Bellamy.



## LOS MUERTOS VIVIENTES NO CUENTAN CUENTOS

Tiró suavemente de mí hacia delante, y se alejó de la mesa conmigo. Me agarraba con firmeza, pero sin brusquedad.

—No podemos irnos sin pagar —le recordé.

Noté un atisbo de picardía en sus ojos cuando me miró por encima del hombro.

—Tienes razón. Espera aquí un momento. —Su voz era seductora y convincente. Le vi dar la vuelta y dejar lo que supuse que era el dinero sobre la mesa.

Bajamos un tramo hasta el gran muro de piedra que separaba las aceras y las calles de las aguas de la bahía de Matanzas.

- —Em, no, aquí no. Esto no va a funcionar. —Miró a su alrededor, como si hubiera perdido algo—. Tenemos que ir al océano.
  - —¿Por qué?
  - —Quieres creer en las sirenas, ¿no?
  - —No, creo que  $t\acute{u}$  quieres que crea en las sirenas.
- —Solo quiero que veas las cosas como son en realidad. —El viento despeinó sus rizos negros—. ¿Te apetece dar un paseo?

Metí los pulgares en los bolsillos e incliné la barbilla.

- —Solo si se supone que podré entender esto.
- ¿Estaba loca por sentir tanta curiosidad como para aceptar aquello?
- —Lo entenderás —respondió.

Con paso firme, Bellamy empezó a caminar delante de mí. Cruzamos el puente en dirección al otro lado de la playa. Hablamos poco por el camino. Supongo que Bellamy intuía que cualquier otra cosa que dijera solo conseguiría confundirme aún más y, sinceramente, yo tenía demasiado miedo como para hacer más preguntas. Debería haber propuesto ir en coche para acortar el misterio más largo que había vivido nunca.

Llegamos a la rampa de la playa y avanzamos por las dunas. La orilla estaba vacía, tal y como podría esperarse un martes por la noche en aquella época del año.

- —Solo por saberlo. No vas a matarme, ¿verdad? —pregunté medio bromeando.
- —Qué poca fe tienes en mí. Soy un caballero, aunque no lo creas. Sonrió.

En pocos minutos llegamos a la orilla. Las olas rompían a pocos metros y subían por la arena. El tenue resplandor anaranjado de las luces de la ciudad se percibía como una especie de halo lejano. Kilómetros de arena se extendían ante nosotros, siguiendo la línea de un mar de árboles entre Constantine y el parque estatal de San Agustín. En el horizonte, la luz de la luna se mecía sobre el espejo negro del agua.

—Si no pensaras que estoy loco y no estuviera intentando demostrar que te equivocas, esto sería hasta romántico —dijo Bellamy, mirando al frente mientras caminábamos.

Puse los ojos en blanco a modo de burla. Estaba esperando su próximo movimiento, más intrigada que nunca, pero con miedo de no saber qué esperar.

—Aquí. —Tomó mi mano y paró de golpe. Me acercó hacia él, colocándome para que mirara el océano. Me soltó y dio un paso hacia atrás, en dirección al agua. Un paso más. El agua oscura cubrió la suela de su bota y luego desapareció con la marea.

Me incliné hacia delante, sin apartar la vista de sus pies. Casi esperaba que apareciera un remolino místico.

Entonces, la bota comenzó a desvanecerse, al tiempo que una luz blanca ascendía rápidamente por su pierna. Su contorno se difuminó, como si fuera niebla. Extendió la mano para tocarme la cara; estaba demasiado

confundida como para resistirme. Cuando sus dedos tocaron mi mejilla, sentí un torbellino helado por las venas. Todo su cuerpo brillaba de un blanco translúcido. Luego se desvaneció a escasos centímetros de mí, y pude ver a través de él. Poco a poco fue perdiendo el color hasta convertirse en una sombra blanca con los rasgos de Bellamy.

En una extraña mezcla de terror y fascinación, alcé la mano para tocar la que me acariciaba la cara. Me di cuenta de que no podía tocarla y que mi mano había atravesado la suya. El caos y los interrogantes inundaron mi mente como una riada. Luché por salir de mi estado de *shock* y retrocedí para apartarme de su tacto fantasmal.

—¿Qué... qué acaba de pasar? —pregunté, con la voz entrecortada—. ¿Qué te está pasando? —me corregí a mí misma, tragándome el nudo seco que tenía en la garganta. Mi voz se había convertido en un débil susurro.

Bellamy no respondió. En su lugar, soltó una carcajada que me puso la piel de gallina. Dio un paso adelante, saliendo del agua, y como la primera pincelada de una acuarela sobre el papel, su piel recuperó su palidez, besada por la luz de la luna. Incluso en la oscuridad, sus ojos azul topacio brillaban como el mar Caribe.

—Katrina, hay mucho más en este mundo de lo que crees. Y no todo es lo que parece. —Lucía una sonrisa sarcástica, como si le hiciera gracia mi confusión—. ¿Sigues sin creer en las sirenas?

No respondí, en parte porque me molestaba su risa inoportuna, pero sobre todo porque seguía dándole vueltas a lo sucedido.

- —Perdona que me ría. Se me olvida lo aterrador que debe de ser. Pero verte llegar a la conclusión de que estoy diciendo la verdad ha sido muy divertido.
- —Vale, pero ¿qué tiene que ver todo esto con las sirenas? Te acabas de convertir en un fantasma. ¿Cómo es posible? —El sonido histérico de mi propia voz era estremecedor. Inspiré, tratando de calmarme.

Me miró con el ceño fruncido y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Recuerdas la historia de la sirena? ¿Y la maldición? —Hizo una pausa y dio un paso hacia mí. Se inclinó, y acercó sus labios a escasos centímetros de mi oreja. Sentí un cosquilleo en el lóbulo cuando me susurró —: ¿Y si te dijera que todo es verdad? ¿Y si te dijera que soy uno de esos condenados a morir en el mar cada día por toda la eternidad?

Se alejó. Como si quisiera explicar lo que acababa de decir, se puso la

mano delante de la cara y sin siquiera pestañear, como si respondiera a una orden, su antebrazo se volvió completamente transparente.

- —Así que tú... —Di un paso atrás, con todos los músculos en tensión.
- —Llevo muerto trescientos años, Katrina.

Nos miramos fijamente, como si un tirante lazo invisible nos uniera y ninguno de los dos estuviera dispuesto a ser el primero en romperlo apartando la mirada.

Al cabo de un momento, su brazo volvió a su estado normal.

—Ahora en serio —empezó—, cuando vi tu foto, supe que tenía que ser yo quien te encontrara.

Dio un paso hacia mí. Retrocedí.

Dio otro paso y volvió a estar frente a mí. Levantó mi mano, entrelazando suavemente sus dedos con los míos.

Cuando levanté la barbilla para mirarlo, noté que me estaba observando. Mi mente parecía haber perdido la conexión con mi cuerpo, así que permanecí allí, contemplando su hermoso rostro. Su mirada se separó lentamente de la mía y sentí que sus ojos se deslizaban por mi cuello. De repente, me soltó la mano y atrapó un mechón de mi pelo entre sus dedos con suavidad. Sentí un escalofrío en la nuca.

—No me tengas miedo, Katrina.

Noté que me miraba justo por encima del pecho, o tal vez un poco más abajo. Mi cuerpo ardía cuando me soltó el pelo y me acarició la barbilla, con un gesto suave pero firme. Una parte de mí deseaba huir por instinto, pero la otra quería dejarse llevar. Sus dedos rozaron mi oreja y luego bajaron hasta el collar, recorriéndome la clavícula. Empecé a apartarme, rompiendo el hechizo en el que me había sumido.

—No lo hagas —murmuró en voz baja y volvió a agarrarme la mano con la que tenía libre. Mientras me acariciaba los dedos, sentí otra ola de calor y de miedo. Me agarró con más fuerza y respiré profundamente. Olía a especias, humo de leña y un toque de ron. En cierto modo, me pareció embriagador, y eso no me gustó—. Pero ahora que lo sabes, necesito pedirte algo. —Levantó la mano y sostuvo el colgante entre los dedos—. Necesito que… —respiró— me des esto.

El suave tirón que sentí al principio se hizo cada vez más fuerte y pensé que acabaría arrancándome el collar. Alcé la mano para detenerlo. Pero no fue necesario, porque algo lo detuvo en mi lugar.

Una voz fuerte pero juvenil gritó detrás de Bellamy.

—¡No!

Una figura misteriosa empujó a Bellamy. El impacto me hizo caer al suelo. Sentí cómo la cadena se soltaba cuando Bellamy tiró de ella, llevándosela consigo.

—¡Me has estado siguiendo! —bramó Bellamy mientras se zafaba de los brazos de su atacante.

El océano estaba a mi espalda; ellos se alzaban por encima de mí a pocos metros. Vi mi collar en la arena, a los pies de Bellamy. Debía de habérsele caído.

- —No soy tonto. A diferencia de Valdez, no me fío de que vayas a traernos la escama. —El adversario gruñó con una voz que me resultaba familiar.
- —¡No tienes derecho! —estalló Bellamy. Percibí en él una desesperación que jamás habría imaginado.

Asustada, me lancé hacia delante y cogí el collar, dispuesta a escapar. Cuando intenté incorporarme, sentí un fuerte dolor en el pie. Me había torcido el tobillo al caer en la arena. Traté de soportar el dolor y me puse de pie torpemente. Pensé que podría esquivarlos si iba hacia la izquierda, donde quedaba un hueco entre ellos y el mar, pero me equivoqué. Bellamy me agarró mientras corría, me sujetó con un brazo y rodeó mi espalda con el otro, reteniéndome con fuerza.

—¡Suéltame! —grité, aferrándome al collar con todas mis fuerzas.

El atacante me apartó de Bellamy.

—¿Dónde está? —preguntó, con una voz que me resultaba aún más familiar.

Bellamy se abalanzó sobre él, pero el hombre lo agarró y lo empujó hacia un lado, haciéndole perder el equilibrio. Mientras Bellamy se tambaleaba, el hombre le asestó un puñetazo en la mandíbula. Bellamy seguía recuperándose del golpe cuando su agresor cambió de rumbo y se arrojó sobre mí. Me agarró por los brazos y me atrajo hacia él. Lo miré a la cara con miedo, con la luz de la luna llena iluminando sus facciones. Para mi sorpresa, lo reconocí.

—¿Milo? —exclamé, aterrorizada.

Sus ojos color avellana me miraban a través de su revuelta melena. El carácter dulce que observé en la isla había desaparecido, reemplazado por un ímpetu feroz y descontrolado. Parecía tan sorprendido de verme como yo a él.

- —¿Tú? —Parecía confundido. Su expresión se suavizó y parpadeó perplejo—. No… no te voy a hacer daño —dijo en voz baja y señaló con la cabeza el collar que yo guardaba en el puño cerrado—. Pero no puedes dejar que eso caiga en manos de Bellamy. Corre. Ahora.
- —¡No, Katrina, no lo escuches! —Bellamy gritó desesperado, poniéndose de nuevo en pie. Milo me empujó suavemente hacia atrás, con los pies cubiertos por la creciente marea. Me protegió con su brazo y se acercó a Bellamy.
- —Entonces, ¿sufrimos eternamente? —replicó Milo, con un atisbo de dolor en la voz—. Esta puede ser nuestra única oportunidad. La tripulación no debería pagar por los pecados de Valdez. Todo por culpa de tu egoísmo.

Mientras Milo se acercaba a Bellamy con aire amenazante, sacó dos espadas que llevaba a los costados y arrojó una a los pies de Bellamy. La hoja era blanca y fantasmal, como de otro mundo. Levantó la otra espada, y la luz de la luna reveló la silueta curva de un alfanje.

—Cógela y acabemos con esto.

Armados, cargaron el uno contra el otro con furia. Bellamy fue el primero en atacar, pero Milo desvió el golpe con la hoja. Las espadas soltaban chispas en la oscuridad, lanzando esquirlas de metal como fuegos artificiales.

Temblando de miedo y acelerada, corrí hacia el bosque que había cerca de la orilla. Hacía tiempo que había perdido las sandalias. Descalza, me tropecé y un poco de arena salió volando. Me caí torpemente y sentí una punzada de dolor en el tobillo. Me asomé por el borde de la duna y traté de vislumbrar algo entre las sombras.

Empuñaban sus alfanjes y esquivaban los golpes; sin embargo, Milo se mostraba implacable. Era ligeramente más bajo que Bellamy, pero parecía más rápido. Su arma se movía como un rayo por el negro horizonte. Paraba todos los golpes con facilidad.

Bellamy luchaba bien. Por momentos, creí que superaría a Milo, sobre todo cuando se lanzó a su cuello, pero este lo bloqueó en el último segundo. El metal resonaba en la noche. Milo blandió su espada en el aire, apuntando al hombro de Bellamy, pero él también la desvió con facilidad.

Era una situación extraña: dos hombres batiéndose en duelo por la noche junto a la orilla, recordándome a los temibles piratas del pasado. De repente, entendí el estilo de Bellamy. Las capas, las botas. Todo muy pirata, pero con un toque moderno. Y allí estaban, blandiendo sus armas en la

orilla como si estuviéramos en el siglo xvIII. Había cierta belleza en la forma en que las esgrimían, deslizándose sobre la arena en un peligroso juego de persecución. Estaba fascinada.

Fascinada y confundida. Aún no entendía qué querían de mí, ni sabía a quién creer. Bellamy era un fantasma. Milo era un pirata. Mi collar era, supuestamente, una escama de sirena. Era demasiado. Me las arreglé para convencerme de que tal vez solo era otra pesadilla, una diferente. Mientras los observaba, con todo aquello dando vueltas en mi cabeza, Bellamy intentó asestar a Milo un golpe en la cabeza, pero este lo esquivó a una velocidad increíble, al tiempo que conseguía atravesar el abdomen de Bellamy con su espada.

Un grito aterrador salió de mis labios cuando vi que Bellamy se agachaba y se arrancaba el sable, sin inmutarse. La sangre empezó a mancharle la camisa, pero no hizo ni una mueca de dolor. Tiró la espada al suelo, le dijo a Milo algo que no pude oír y se convirtió de nuevo en un fantasma mientras se presionaba la herida con la mano. Volvió al agua y levantó la mano con gesto burlón, en señal de rendición. De repente, sentí sus ojos clavados en mí.

—Diga lo que diga, Katrina, no le hagas caso —gritó. Después se desvaneció en un remolino de niebla bajo el agua, como el humo que envuelve una vela recién apagada.

Milo se giró y me miró. Empezó a caminar hacia mí, y mi corazón, ya acelerado, latió tan fuerte que creí que iba a explotar. Quería correr, pero sabía que no conseguiría escapar.

Abrí la mano rápidamente y miré el collar escondido en mi palma sudorosa. En un último esfuerzo por mantenerlo a salvo, me lo metí en el sujetador justo antes de que me alcanzara.

- —¿Estás bien? —Su voz era dulce, diferente a la de Bellamy, algo menos profunda, y me hizo sentir una calidez inesperada. Pero no podía olvidar lo que acababa de ver.
- —Lo... ¡lo has apuñalado! —solté entre sollozos, al borde de las lágrimas.

Levanté la vista. La arena caía de mi pelo enmarañado y tenía la cara manchada de barro. Me miró, vestido con sus vaqueros oscuros metidos por dentro de unas botas negras y una camisa marrón larga y holgada, que se había desabrochado para dejar al descubierto una camiseta blanca. Su espada colgaba de una vaina de cuero marrón cruzada sobre el pecho. Se

pasó la mano por la frente para secarse las gotitas de sudor, en las que se reflejaba la luz de la luna. Seguía jadeando y sus labios carnosos y rosados se entreabrieron para mostrar una hilera de dientes relucientes. El pelo espeso y despeinado que le llegaba hasta la mitad del cuello suavizaba sus rasgos angulosos. Un pequeño mechón le cubría la barbilla y las mejillas.

No respondió, tan solo se giró para observar el lugar donde había puesto fin al duelo con Bellamy. Después volvió a mirarme.

La cabeza me daba vueltas y sentí que me iba a desmayar. Milo se agachó y me levantó de entre las dunas y los arbustos. Noté que empezaba a perder la consciencia.

Esto tiene que ser una pesadilla.



# LA CALMA ANTES DE LA TORMENTA

La oscuridad que se había apoderado de mí se desvaneció poco a poco. Mis ojos se abrieron. Por un momento solo vi las estrellas, agrupadas en el cielo despejado. Giré la cabeza ligeramente para ver a Milo.

De repente, el recuerdo de lo que acababa de pasar me invadió. Reviví la pelea entre Bellamy y Milo en la orilla, antes de que Bellamy desapareciera en el océano, justo después de que Milo lo apuñalara.

Me puse de pie en el acto, dispuesta a escapar de aquel psicópata.

—Espera —dijo.

No le respondí. Recuperé el equilibrio y me di la vuelta. Él se levantó lentamente.

- —¿Seguro que estás bien? —preguntó.
- —No, claro que no estoy bien. —Sentía que me ardía la cara y tenía todos los músculos del cuerpo tan tensos como cables—. Esta semana he visto cómo salía un barco pirata del fondo del océano, he tenido una cita con un chico que resulta que está muerto y, por si eso fuera poco, acabo de presenciar cómo intentabas matarlo. —Mis palabras se agolpaban por salir.

Saqué el móvil del bolsillo de mi vaquero, agradecida por que siguiera ahí después de todo ese caos. Iba a llamar a alguien para que me recogiera,

tal vez a McKenzie o a la policía, la verdad es que no había decidido a quién, aunque daba igual, porque me di cuenta de que no tenía cobertura.

—Bueno, si no entregas la escama, no será la última vez que esto ocurra. Ellos, nosotros, no dejaremos de venir a por ella.

Me detuve. No sabía qué decir. Las palabras de la nota que venía en la caja del collar me vinieron a la mente.

Llévalo siempre contigo.

¿Sabía papá que quizá fuera una escama de sirena? No me podía creer que mi padre, tan cursi y tan lógico, tuviera algo que ver con algo tan extraño. Pero ¿por qué la persona que escribió la nota me dijo que lo mantuviera a salvo?

Y las pesadillas. ¿Y si ese maldito collar era mi única esperanza de acabar con ellas? La nota decía que podía ayudar con eso. Tal vez también pudiera ayudar a mamá...

A mi espalda escuché unos rítmicos pasos en la arena que me sacaron de mis pensamientos. Milo se había puesto a mi lado.

- —No he matado a Bellamy —dijo.
- —Obviamente, pero lo has intentado —repliqué, guardándome el teléfono.

El tobillo me dolía a cada paso que daba. Debía de habérmelo torcido aún más al tropezarme en las dunas. Sin embargo, continué hacia la orilla.

—No *puedo* matarlo. No puede… no *podemos* morir porque ya estamos muertos. —Habló de manera despreocupada, tranquila, como si fuera algo completamente normal.

Ralenticé la marcha y lo miré con los ojos entrecerrados.

- —Entonces, ¿qué le ha pasado?
- —Ha regresado al océano. Es probable que vuelva al barco. Se repondrá de sus heridas esta noche, y estará como nuevo en la siguiente marea. Morimos todas las noches. Está acostumbrado.
  - —Entonces... ¿tú también eres un fantasma?

Milo fingió examinarse los nudillos y esbozó una sonrisa burlona y seductora que hizo que deseara seguir mirándolo.

- —Nunca he pensado en nosotros como fantasmas. A decir verdad, no sé lo que somos. Somos un punto intermedio entre los vivos y los muertos. Nuestras almas pertenecen al mar. Pero puede que fantasma sea una buena forma de definirlo.
  - —¿Y qué pinto yo en todo esto? ¿Por qué los dos queréis mi collar? —

Cambié el peso a la otra pierna para aliviar el dolor.

—Katrina, no puedo explicártelo todo ahora. Pero mientras lo tengas, estás en peligro. —Se dirigió hacia el bosque cercano—. No es seguro estar en la orilla ahora mismo. Bellamy puede volver, o incluso algo peor. Entraremos en el bosque para protegernos y lo atravesaremos para salir de aquí.

Me quedé quieta.

- —No lo entiendo. Bellamy me ha dicho que no confíe en ti, y el problema es que no creo que pueda confiar en ninguno de vosotros. —Tenía la garganta irritada por la sed, y la brisa marina no ayudaba.
- —En realidad, nunca puedes confiar del todo en un pirata. Pero ahora mismo no tienes elección. Entiendo que esto te resulte confuso —añadió precipitadamente—, pero no tenemos mucho tiempo. Me aseguraré de que estés a salvo. Te llevaré a casa. Sin embargo, no puedo protegerte del todo sin el collar. Bellamy solo te estaba utilizado para hacerse con él. No sé qué te habría hecho si no se lo hubieras dado. Pero yo no te haré daño. Por favor, créeme. —Aunque su voz sonaba desesperada, yo no estaba dispuesta a confiar en él tan fácilmente.

Me aseguraré de que estés a salvo.

Sus palabras resonaron en mi cabeza. Nadie me había dicho nunca algo así. Aunque no quisiera aceptarlo, era agradable.

Lo sorprendí mirándome el pecho y el cuello. Debía de estar buscando la codiciada joya.

- —¿Do… dónde está el collar, Katrina?
- —Se me debe de haber caído. No lo sé —mentí, evitando mirarlo.
- —Estás mintiendo. Lo sigues teniendo.

Me estaba poniendo nerviosa con su insistencia.

- —¿Cómo sé que no me estás utilizando para lo mismo que Bellamy? pregunté, imperturbable.
- —Katrina, por favor, escúchame, te lo suplico. —Me retuvo por el brazo para detenerme. Intenté resistirme.

Estaba cansada de que aquellos hombres me pusieran las manos encima. Su majestuosa voz no sirvió para calmar mi ira. Sin pensármelo dos veces, me giré hacia él y le abofeteé la cara.

Se sobresaltó, sorprendido.

- —¿Siempre eres tan complicada? —comentó, frotándose la mandíbula.
- —¿Qué yo soy complicada? —solté—. Tú eres el que me ha agarrado.

- —Tienes razón. —Habló después de una larga pausa—. Lo siento, supongo que me lo merecía.
- —Sí. Te lo merecías. —Me sorprendió mi propia seguridad, pero más aún su disculpa. Aunque no era suficiente.

Seguí sin esperarle, pisando raíces cubiertas de musgo y metiéndome entre la densa masa que formaban los enormes robles y palmeras de Florida. Me encogía silenciosamente a cada paso. El terreno no era el más adecuado para ir descalza.

—¡Ni siquiera sabes a dónde vas! —gritó Milo tras de mí.

Me quedé quieta. Tenía razón. No estaba muy segura de en qué dirección estaba mi casa, pero hasta donde yo sabía, el parque tenía kilómetros de extensión y cerraba al anochecer. No habría nadie que pudiera encontrarme allí, vagando en la oscuridad.

- —Mira... —Me mordí el labio y suspiré enfadada mientras me giraba despacio—. Explícame qué está pasando exactamente y entonces quizá, *quizá*, podamos hablar del collar. Dime quién eres. La verdad. ¿Para qué queréis Bellamy y tú este collar?
- —Supongo que no tengo otra opción. Iremos por la costa, pero debemos ocultarnos entre los árboles. —A pesar de la impenetrable oscuridad que nos rodeaba, Milo fue abriéndose camino entre los altos robles y a través de las cascadas de ramas verdes y nudosas que caían de ellos—. Hay muchas personas buscándote ahora mismo, Katrina.
- —¿Por qué me buscan? Estoy cansada de este juego de adivinanzas. Dímelo.
- —A su debido tiempo, te lo prometo. Solo un poco más lejos. Caminaba cada vez más despacio. Miró a su alrededor, observando los troncos de los árboles—. Por aquí. —Se adentró en una zona llena de ramas, apartando las hojas con el antebrazo. En mi intento por seguirlo, el dolor del tobillo creció a medida que el terreno se volvía más irregular. Me quejé en silencio, pero Milo se dio cuenta—. Estás herida.
  - —Un poco, pero no pasa nada. Sigamos.
  - —No, deberías descansar. Solo un momento.

Observé un lugar bajo un árbol que parecía tranquilo y no discutí. Me acerqué cojeando y me dejé resbalar por el tronco. Estaba agotada. Quitar el peso del tobillo me alivió al instante. Milo se sentó a mi izquierda, ajustándose la espada que llevaba a la espalda para poder apoyarse en el árbol. Era un roble recio, con mucho espacio para que nos apoyáramos los

dos.

Dejé escapar una risa forzada. No podía negar que por muy imposible que pareciera todo aquello, era real.

- —¿Qué? —Milo me miró, un poco molesto.
- —No sé. —Eché la cabeza hacia atrás—. Estoy aquí, sentada en el bosque, con un pirata fantasma. ¿Por qué no llevas lo mismo que en la isla? Llevabas ropa de pirata. Era como si fueras Jack Sparrow.
- —No sé quién es Jack Sparrow, pero resulta que eso *era* lo que llevaba hace trescientos años cuando el barco se hundió. Desgraciadamente, el castigo eterno no venía con vestuario. —Había un toque de humor en su voz regia. Recordé cómo me había hecho sentir en la isla, y me di cuenta de que volvía a tener esa misma cálida sensación de seguridad.
- —Bueno, veo que te has puesto al día, más o menos —dije refiriéndome a su *look*, más moderno, pero claramente marinero. La ropa drapeada y los colores terrosos sin duda hablaban de su pasado como hombre de mar, pero podían ser perfectamente una representación de moda vanguardista.
- —Tenemos que pasar desapercibidos. Después de un tiempo, nos dimos cuenta de que, si veníamos a tierra firme, al menos teníamos que dar la talla. Nos las vamos arreglando.
  - —Bueno, tú mantén la espada en ese lado —bromeé.
- —Agradecerás esta espada si nos encuentran. —Su forma de hablar, junto con su acento y aquella sonrisa rematada por hoyuelos hicieron que se me acelerara el corazón. Por un momento sentí vergüenza. Afortunadamente, pareció no darse cuenta. Y si lo hizo, no lo manifestó.
  - —Bueno, es el momento de hablar. ¿Quiénes son *ellos*?

Milo bajó la mirada. Una ligera brisa agitó el pelo que le caía por la frente.

- —La tripulación. Los piratas —contestó solemnemente—. En la isla dejaste una foto tuya.
- —Lo sé. No la dejé allí a propósito. —Podía imaginarme a Bellamy en la bahía sosteniendo mi foto entre sus dedos.
- —Bueno, a propósito o no, Bellamy no es el único que la vio. Con solo una mirada, el capitán reconoció la escama en tu cuello. Sabe lo que es. Y la quiere. Bellamy se ofreció voluntario para encontrarte y llevársela, pero creo que tiene sus propias intenciones.
- —¿Entonces qué? —Lo miré atentamente, animándole a continuar—. ¿Me la vas a quitar tú?

- —Bueno, no exactamente. Quiero decir, al menos no como lo haría Bellamy. Soy un poco más paciente.
  - —Entonces, ¿para qué la quiere tu capitán?
  - —Para romper nuestra maldición. Bellamy te lo contó, ¿no?
  - —Creo que sí. ¿La maldición de la sirena?
- —Sí. —Miró al frente, sin pestañear—. Antes de volver al agua, ella dijo algo sobre atar nuestras almas al mar. «A no ser que a las profundidades se devuelva lo que quedó de ella». El capitán lleva siglos intentando averiguar a qué se refería. La mayoría de nosotros nos dimos por vencidos hace tiempo, pero él no deja de buscar la respuesta. Yo creo que era su forma de burlarse de nosotros, maldiciéndonos con una condición imposible de cumplir porque ella era la última de su especie, y se aseguró de que nunca la volviéramos a encontrar. —Suspiró y apoyó la cabeza contra el árbol, mirándome de reojo—. Pero si lo que llevas en el cuello es realmente un trozo de la magia de la sirena... Valdez cree que podría ser la respuesta que hemos estado buscando. —Se produjo un silencio entre nosotros mientras yo trataba de asimilar sus palabras. Luego volvió a hablar —. Por lo general, odio estar de acuerdo con Valdez, pero esta vez creo que puede estar en lo cierto. Quizá la escama sea capaz de romper la maldición. ¿Quién sabe? Llegados a este punto, probaría cualquier cosa para acabar con este infierno.
- —¿Qué es exactamente *este infierno*? —Mi mirada se clavó en él, deseando comprender.
- —Estar congelados en el tiempo. No envejecer, ni morir, ni sentir los placeres simples de la vida, aunque cada noche estén delante de nosotros. Revivir el mismo final una y otra vez, suplicando la muerte a estas mareas tormentosas hasta que la noche se apiada de nosotros.
- —Vale, a ver si lo entiendo. —Me llevé los dedos a la frente, intentando descifrar las reglas de ser un fantasma pirata—. ¿Tú y tu barco resurgís por la noche?
- —Sí, con la marea del atardecer. —Mientras hablaba, alzaba y bajaba las manos—. Cuando sale la luna y sube la marea, nosotros aparecemos. Y al amanecer, regresamos a nuestro destino, como la primera vez que nos arrastró la tormenta que desató la sirena. Nuestro barco, nuestros cuerpos, nuestras almas. Es un ciclo sin fin.
- —¿Cómo es posible? —Parpadeé, buscándole sentido en mi cabeza—. ¿Qué se siente?

—Imagina, si puedes, que tus pulmones empiezan a arder a medida que te ahogas, pero que no te mueres. Que el agua te golpea en todas partes y sientes como si te estuvieran desmembrando. Imagina que no hay un fin a ese tormento. El mar busca su venganza en nuestras almas, porque la carne y el hueso no lo soportarían. Por eso has visto a Bellamy como un fantasma cuando ha entrado en el agua. Has visto su alma.

Me aparté el pelo de los ojos.

- —Entonces, por la noche sois... ¿normales?
- —Bueno, más o menos. La primera vez que nos dimos cuenta de que podíamos pisar tierra firme y caminar entre los vivos nos entusiasmó. Pero cuando empezamos a comer, a beber y a tocar, nos dimos cuenta de que no sentíamos nada... bueno, excepto dolor. Esa sensación permaneció. —Soltó una risa rota, como si deseara que todo aquello no fuera más que una broma pesada—. Cada día, desde hace doscientos noventa y un años, esperamos que la marea nos saque de ese purgatorio. Pero es solo algo temporal y cruel.

Aquello era demasiado para asimilarlo. Si no hubiera visto el barco fantasma con mis propios ojos, jamás lo hubiese creído. Pero no podía negar lo que había visto. Lo miré, ansiosa por saber más.

—Entonces... —Tragué saliva, intentando humedecer mi boca seca—. Si la escama vuelve al océano, ¿romperá la maldición?

Milo se encogió de hombros. Sus ojos se volvieron hacia mí.

- —No lo sé con certeza. Todas las mañanas cuando las profundidades nos reclaman, el mismo remolino que envió por primera vez Cordelia, la sirena, vuelve a hundir el barco. Valdez cree que hay que devolver la escama. Devolverla a las profundidades, como ella dijo.
- —¿Y si intentamos simplemente ponerla en el agua? ¿Y si solo hace falta devolverla al mar? —Me levanté, ignorando el dolor de mi tobillo, y me dirigí hacia la orilla.
- —Supongo que vale la pena intentarlo —contestó Milo, aunque no parecía muy seguro.
- —Mira, si es tan fácil acabar con la maldición, estaré encantada de ayudar. Nadie debería pasar por lo mismo que tú. —Me di la vuelta, con mejor humor. No quería dejar que Milo o Bellamy sufrieran eternamente si podía acabar con ello tan fácilmente.
  - —Si esto funciona —dijo, siguiéndome—, moriré.
  - —Creí que habías dicho que ya estabas muerto.

- —Sí, pero... —No conseguía terminar la frase—. Supongo que desapareceré para siempre.
  - —¿Quieres romper la maldición? —pregunté.
- —Claro. —No dudó—. Solo espero que haya algo de esperanza para mí en el otro lado. No sé hasta qué punto se tiene piedad de un pirata.
  - —Bueno, yo rezaré por ti —bromeé.

Me sentía más atrevida de lo normal con él, y no entendía por qué. Pero no me importaba.

Al llegar a la orilla, me arrodillé. Miré por encima del hombro para ver si Milo me observaba y saqué el collar de su escondite, con cuidado de que no viera dónde lo había guardado. A la luz de la luna, la «escama» del collar brillaba con una iridiscencia nacarada. Aunque no fuera mágica, lo parecía.

—¿Estás listo? —tanteé.

Milo asintió.

Puse el colgante en el agua con cuidado de no soltarlo. Volví a mirar a Milo, que estaba de pie con los ojos cerrados. Parecía tener miedo ante la incertidumbre de lo que estaba a punto de suceder.

Me preparé por si ocurría algo extraordinario. Al fin y al cabo, nunca antes había roto una maldición.



# CIERREN LAS ESCOTILLAS

Dejé la escama bajo el agua durante al menos un minuto o dos, pero no pasó nada sobrenatural. Las olas ni siquiera cambiaron de ritmo. Nada de nada.

—No pensaba que fuera a funcionar, pero tenía esperanzas. —Se acercó y se arrodilló a mi lado.

Saqué el collar del agua con rapidez y lo agarré con fuerza. Me sentí un poco como Gollum de *El Señor de los Anillos*, por mi necesidad de protegerlo.

- —Tranquila. —El tono de Milo era suave pero burlón—. Te he dicho que no voy a hacerte daño.
- —Quiero ayudarte —dije—, de verdad. Pero no puedo deshacerme de este collar. Todavía no. Creo que lo necesito para algo. Para... para romper una maldición. Se podría decir que personal.

Pasé de estar arrodillada a sentarme en la arena, fuera del alcance del agua. Milo se sentó frente a mí.

- —¿Tienes una maldición?
- —Digamos que creo que debo protegerlo. Si no, no sé qué pasará. Mi madre... no está precisamente bien. Y creo que este collar podría ayudarla.

*Y* a mí, si las pesadillas siguen viniendo.

- —Em. —Apoyó la barbilla sobre su mano y entornó los ojos—. Entiendo.
- —Entonces, ¿por qué no me matas o algo así y te llevas la escama? No te ofendas, pero ¿los piratas no sois asesinos despiadados? —No pude resistirme a preguntar.
- —No soy un asesino. —Milo estaba tenso, como dispuesto a defenderse de un ataque.
- —Pero si la sirena maldijo a tu tripulación por capturarla, eso significa que ayudaste a hacerlo. —Mis palabras sonaron a desconfianza.

Milo se puso aún más a la defensiva.

- —Nunca quise ser parte de eso. Lo juro. Admito que he hecho cosas por Valdez de las que me arrepiento. Ojalá hubiera podido detenerlo. Pero era imposible desafiar a un capitán como él.
  - —Suena a que tenías miedo.
- —No sabes nada sobre mí, Katrina. —De repente, sus palabras sonaron frías como el hielo, totalmente opuestas a la dulzura habitual de su voz—. Todos nos arrepentimos de algo. No finjas que tú no.

Lo que dijo me hizo pensar en mis propios remordimientos.

No se equivocaba. ¿Cómo podía haber insinuado que él había sido débil cuando yo también me había dejado llevar por el miedo? El miedo a sentirme fuera de lugar me había empujado a hacer muchas cosas que de normal no habría hecho. El miedo a que me hicieran daño hacía que fuera fría con mi madre. Y a veces el miedo a convertirme en ella me paralizaba.

—Valdez es un hombre cruel y, si te encuentra, le dará igual lo que te ocurra.

Solo una voz como la suya podría hacer que palabras tan amenazadoras sonaran como una nana.

- —Creo que vi a Valdez. —Me acordé del hombre del barco con los ojos salvajes y el sombrero de capitán la noche de Halloween—. Era aterrador.
- —Lo es. —Milo ladeó la cabeza—. Y se hará con el collar, cueste lo que cueste.
  - —¿Y para qué lo quiere Bellamy?
  - —No estoy seguro del todo, pero no creo que planee dárselo a Valdez.
  - —¿Y tú sí? —Parpadeé—. ¿Para escapar del infierno oceánico?
- —Infierno oceánico —repitió Milo en voz baja—. Bueno... no te equivocas, pero hasta ahora nadie lo había llamado así. —Se le escapó una risa—. Pero sí, pienso llevárselo. Llevo casi trescientos años esperando que

cese este dolor. Odio cumplir las órdenes de Valdez más que nadie, pero si eso significa que nuestras almas al fin pueden descansar... —Se quedó en silencio, dejando la frase a medias.

Todo me parecía absurdo, surrealista. Estaba con una persona inmortal y maldita que me acababa de contar que regresaba al infierno cada mañana y que mi collar podría salvarlo. En parte me sentía culpable. Pero no me fiaba del todo, ni de él ni de su historia. Hasta donde yo sabía, Bellamy podría haberme contado la verdad. Si el collar era mágico como él decía, tal vez consiguiera acabar con mis pesadillas. Si supiera descifrar cómo hacerlo, podría ayudar a mi madre. A lo mejor lograría cambiarla, salvarla. Y después estaría dispuesta a dárselo a los piratas si hiciera falta. Pero sin duda, sería una carrera a contrarreloj.

- —¿Cómo está tu tobillo? —Me sorprendió el repentino cambio de tema.
- —Parece que está algo mejor. Seguro que puedo seguir.
- —¿Puedo echarle un vistazo?
- —No está sangrando ni nada —protesté.

Se incorporó, acercándose a mi pierna izquierda. Puso la mano sobre mi tobillo con cuidado, como si fuera a acariciar a un animal salvaje.

- —No pasa nada, no muerdo —comenté al darme cuenta de su cautela. Sacudió la cabeza, como intentando salir de su propia mente.
- —Lo siento —respondió, casi fascinado—, es solo que me acabo de dar cuenta... —tragó como si sus emociones lo ahogaran— de que es la primera vez en doscientos noventa y un años que toco a alguien así. Sin embargo, no te siento. —Mantuvo su mano sobre mi tobillo, presionando mi piel suavemente.
  - —Estás caliente —dije en voz alta.
  - —¿Te esperabas otra cosa?
  - —Bueno, estás muerto o algo así.
- —O algo así —repitió—. Pensándolo bien, a lo mejor si que te llevo ante Valdez...

Fruncí los labios y puse los ojos en blanco.

—No te preocupes. Estoy bromeando. —Volvió a mirarme el tobillo. Su mano pasó de mi talón hasta la mitad del gemelo—. Más o menos —añadió con una pequeña sonrisa.

Sentí un suave cosquilleo cuando las yemas de sus dedos se deslizaron por mi piel. Quizá él no me sintiera, pero yo sí lo sentía a él. Su tacto me tranquilizaba y una parte de mí deseaba acercarse y tocarlo. Quería confiar

- en él, pese a la advertencia de Bellamy. Sin embargo, no quería apresurarme.
- —No está roto, solo un poco hinchado. —Retiró las manos y se puso de pie—. ¿Puedes seguir?
  - —Estaré bien, sí. —Tomé la mano que me tendía.

Continuamos por el sendero del bosque junto a la orilla, apartando hojas de palmera cuando nos desviamos del camino principal.

- —Si ni siquiera sabes dónde vivo, ¿a dónde me llevas?
- —Solo quiero ir lejos de la orilla, al otro lado. Desde ahí podrás seguir tu camino. Créeme, sé a dónde voy.

Puse los ojos en blanco a modo de respuesta. Pero seguimos adelante.

Perdí la noción del tiempo, así que no hubiera sabido decir si habían pasado cinco o treinta minutos. Utilicé la linterna del móvil para alumbrarnos un poco, ya que las gruesas copas de los robles ocultaban completamente la luz de la luna. A Milo le fascinaban todas las cosas que podía hacer mi teléfono, pues evitaba relacionarse en lo posible con el mundo moderno. Yo no entendía cómo Bellamy y él podían pertenecer a la misma tripulación y, sin embargo, ser tan diferentes. Así que le pregunté.

—Vale, de nuevo, no te ofendas, pero ¿cómo es que tú eres tan medieval, y Bellamy parece tan... —busqué la palabra adecuada—integrado?

Recordé la seguridad y el desenfado de Bellamy cuando me habló en la biblioteca. Me había convencido de que era otro estudiante de la EAI.

—Pasa mucho tiempo en tierra firme. Siempre buscando problemas o creándolos. Es listo, estudia. Será quien tenga que ser para conseguir lo que quiere.

Su desprecio por él era evidente, y me pregunté a cuándo se remontaría aquella rivalidad. No le hice más preguntas. Sin embargo, la advertencia de Bellamy me despertaba un sentimiento de inseguridad sobre Milo.

Dejamos atrás la maleza y no tardamos en llegar a un claro en el límite del parque. El paisaje era llano, y a lo lejos pude ver una zona iluminada por la luz anaranjada de una farola que me resultaba familiar. Reconocí el aparcamiento. Estaba cerca de la entrada a la playa de Constantine. No había ni un alma. Solo un camión, probablemente de un pescador nocturno, y una moto aparcada a un lado entre las sombras.

Ahora que habíamos dejado atrás la densa arboleda, volvía a sentir el aire fresco del océano en mis mejillas.

- —¿Puedes volver desde aquí? —Se giró hacia mí.
- —Creo que sí. Pero es un camino largo. Tengo que cruzar la bahía.
- —Eso está demasiado lejos —replicó.
- —Bueno, ¿qué otra opción tengo? Podría llamar a un Uber —sugerí, caminando delante de él por el aparcamiento.
  - —No sé qué es eso —dijo Milo—, pero tengo una idea mejor.

El sonido de un motor arrancando me sobresaltó. Me di la vuelta y vi a Milo pasando una pierna por encima de la moto que había en el aparcamiento, en concreto una antigua Triumph Cafe Racer.

- —¡No puedes robar una moto así como así! —grité por encima del rugido del motor mientras se acercaba.
- —¿Quién ha dicho que la esté robando? —Se rio entre dientes—. Cuando llevas tanto tiempo por aquí como yo, encuentras la forma de hacer que las cosas sigan siendo interesantes.
  - —Entonces, ¿es... es tuya?
- —Bueno, sí. La encontré hace unos años. Me fascinó. Al principio no funcionaba, pero he tenido tiempo de sobra para aprender a arreglarla.
- —Genial. Así que eres un pirata fantasma que va en moto. —Me reí, sacudiendo la cabeza sin acabar de creérmelo.
- —¿Ves?, no soy tan medieval después de todo. —Se rio, acelerando el motor.
- —De todas las cosas raras que me han pasado últimamente, esta es probablemente la más rara.

Puso los ojos en blanco, bromeando.

—Sube. —Señaló con la cabeza hacia el asiento trasero, mientras unos mechones de pelo se agitaban sobre su frente.

Me acerqué a la moto, aún sin poder creerlo. Había montado en una o dos en toda mi vida. Cuando era pequeña, y mi padre tenía que reparar una, a veces me dejaba acompañarlo a dar una vuelta para probarla. Pero esto era muy diferente. Indecisa, subí al reposapiés, coloqué las manos sobre los hombros de Milo para no caerme y pasé la pierna por encima. Fue entonces cuando dudé qué hacer con las manos. Me costó abrazarlo por la cintura, pero me sentí muy cómoda y segura cuando lo hice. No dijo nada, ni esperó a que me acomodara. Con un golpe de muñeca en el acelerador, arrancó la moto y nos pusimos en marcha.

Las luces de la ciudad se difuminaban, y la brisa marina y la velocidad de la moto hacían volar mi pelo. Hundí la cara en su espalda para evitar el aire frío de la noche. A mitad del trayecto me di cuenta de lo fuerte que me abrazaba a él. Estaba encantada de tener una excusa que me permitiera acercarme a su cuerpo.

Levanté la vista el tiempo justo para fijarme en la luna casi llena, más grande de lo habitual, una esfera blanca y fluida que brillaba sobre nosotros mientras pasábamos por el puente. No había el tráfico de costumbre en las carreteras y todo excepto nosotros parecía haberse detenido. Seguía sin saber qué hora era.

Milo redujo la velocidad y paró frente al campus. Me bajé mientras él apoyaba la moto en el caballete. Se quedó sentado en el asiento de cuero y me miró. No pude evitar pensar en lo atractivo que parecía a la luz de la luna, montado en la Triumph granate y con el pelo alborotado por el viento. El impulso de enredar los dedos en su pelo me resultó difícil de contener, pero lo conseguí.

—Muy bien, accediste a que, si te lo contaba todo, me darías el collar.—Tendió la palma de la mano.

Casi tartamudeando, di un paso atrás.

- —Bueno…, eso no es exactamente lo que dije. Dije que hablaríamos del collar.
  - —Ah, claro, cómo no… —replicó con sarcasmo.
- —Ese era el trato. —Intenté que mi voz sonara lo más firme posible, frunciendo el ceño con una mirada asesina.
- —Está bien, pero debes saber que te estás poniendo en peligro. Si ni Bellamy ni yo volvemos con la escama, es posible que el mismo Valdez venga a por ella. *No* puedes estar cerca del agua por la noche. No puede saber dónde encontrarte. Bellamy no dirá que lo sabe. Valdez piensa que está de su lado, pero no sé cuánto durará.
  - —Parece bastante fácil —acepté.
- —Para ti —soltó—. Yo, sin embargo, es posible que me lleve una buena paliza cuando se enteren de que te he ayudado.

Me sonrojé al sentir que indirectamente me estaba culpando.

—Quiero ayudarte, Milo. —Las palabras salieron como un susurro. Saqué el collar que había escondido en la camiseta, preocupada por su reacción—. Y lo haré. Pero tengo que intentar salvar a mi madre, y hasta que no lo haya conseguido, no puedo deshacerme de él. —Lo guardé en mi mano. Ni siquiera hizo intención de tomarlo—. Tengo muchas preguntas y muy pocas respuestas. Es la única pista que tengo.

Se frotó la nuca con la mano, llevando el pelo a un lado. Apretaba la mandíbula por los nervios. Parecía estar pensando antes de volver a hablar.

—En parte lo esperaba. Y lo entiendo. Si es real, quizá tenga el poder que necesitas. Y quizá haya algún tipo de redención esperándome en mi próxima vida si termino con esta maldición con algo de honor. No te lo voy a quitar a la fuerza. —Me miró fijamente a los ojos, y sus palabras calaron en mí como una ola. A pesar de tener presente la advertencia de Bellamy, me resultaba muy fácil confiar en él. Intercambiamos una breve mirada, y traté de entender las emociones que me invadían.

¿Por qué me resultaba tan atractivo? Quería estar cerca de él, tocarlo. Pero tuve que recordarme a mí misma algo que podía suponer un problema.

Es un maldito fantasma, Katrina.

- —De nada. —Rompió la tensión con su repentino sarcasmo, cambiando de tono.
  - —Sí que eres un pirata raro —comenté sin dejar de mirarlo.
- —Bueno, a lo mejor deberías alegrarte de que lo sea. —Sonrió—. Pero mi tendencia a *no* matar ni saquear no me hace especialmente popular entre el resto de la tripulación.
- —Lo siento. —Me puse seria—. ¿De verdad será tan malo cuando vuelvas?
- —Puede. Aunque no tienen por qué saber que te he encontrado. Guiñó un ojo y se mordió el labio—. Y no es algo por lo que no haya pasado antes. Siempre pienso en algo para cubrirme las espaldas. —Hubo una pausa. Mi expresión delataba inquietud. Se frotó el hombro, nervioso —. No te preocupes. Tampoco pueden matarme.
- —Vale, a ver... —Se me escapó un suspiro; me había resignado a renunciar a la escama si eso suponía romper su maldición, con una condición—. Si me ayudas a averiguar de dónde ha salido esta cosa y cómo se supone que debo usarla para ayudar a mi madre, entonces... —No encontré las palabras para terminar la frase.
- —No tienes por qué hacerme ninguna promesa, Katrina. Estoy seguro de que cuando descubras la verdad, sea cual sea, harás lo correcto. —Su voz se escuchó por encima del sonido del motor.

¿Por qué tenía tanta fe en mí? No es que fuera la mejor a la hora de tomar decisiones. Y menos últimamente.

—Averigua lo que necesites. Pronto. Te conseguiré más tiempo, mantendré a la tripulación fuera de tu camino —dijo Milo—. Cuando lo

tengas, llámame.

Lo miré confundida.

- —Quiero decir que, cuando estés lista, dejes un mensaje en el muelle que solo yo pueda reconocer. En el segundo poste a la izquierda. Es muy importante que vayas solo durante el día. Yo lo veré por la noche cuando suba la marea, y te encontraré.
  - —Bueno, ¿y qué es lo que reconocerías solo tú? —pregunté.
- —Em. —Levantó la vista hacia el cielo y después me miró—. Recuerdas nuestra conversación sobre las estrellas en la isla?
  - —Claro.
  - —¿Puedes dibujar una estrella de ocho puntas?

Casi me reí.

- —¡Estudio artes! Sí, puedo dibujar una estrella.
- —Perfecto. —Inclinó el mentón—. Talla una estrella en el poste y sabré que has sido tú. Como esta. —Se subió la manga y dejó al descubierto el mismo tatuaje de la estrella polar que tenía Bellamy.

Me pregunté si era una marca de la tripulación.

- —Bellamy tiene el mismo tatuaje —comenté—. ¿Qué significa?
- —Es protector. Algo así como un amuleto de la buena suerte. Era como un faro de esperanza cuando nos enfrentábamos a mareas peligrosas. Siempre nos conducía a un lugar seguro.

Asentí, conmovida por su significado.

- —Vale. —Inspiré. —¿Cómo sabes que lo haré?
- —No lo sé —dijo llanamente—. Solo espero que lo hagas. Si no, puede que tenga que matarte después de todo.

Pensaba que era una broma, pero seguía sin confiar plenamente.

—Eso último era broma. —Sonrió.

Le golpeé en el brazo para devolvérsela.

Deseaba que se quedara, preguntarle más cosas, pero quitó el caballete antes de que pudiera hacerlo.

—Date prisa, no puedo garantizar tu seguridad por mucho tiempo. Hasta pronto, Katrina.

Desapareció en la noche, dejándome frente a los dormitorios del ala este del campus.



# EN AGUAS TURBULENTAS

Al girar el pomo de la puerta de la residencia, recordé mi conversación con Milo. Me parecía imposible, pero no podía negar la realidad: lo había visto con mis propios ojos.

Entré en la habitación a oscuras. El reloj del microondas me avisó de que era casi la una de la madrugada. Supuse que McKenzie estaría dormida en su cama, así que fui al baño de puntillas para no hacer ruido, aunque resultaba difícil con el tobillo magullado.

Me duché en silencio, me tapé con la sábana y me refugié en la seguridad de mi cama. Recordé que la manta de Milo seguía a los pies, así que estiré la mano para ponérmela encima. Tenía que admitir que Milo me resultaba atractivo en más de un sentido y ahora que se había ido, anhelaba volver a estar cerca de él. Nuestra conversación resonaba en mi cabeza y el recuerdo de su voz firme y relajante me arrulló hasta adormecerme. Apreté los dedos alrededor de la tela, que olía a salmuera y ámbar.

Sin embargo, cuando rocé el collar que me había vuelto a poner, un oscuro pensamiento me devolvió a la realidad. Tenía que llamar a mi padre en algún momento para preguntarle por la «escama». No sabía por dónde empezar. El miedo se apoderó de mí y ahuyentó a Milo de mis sueños.

Estuve despierta lo que me pareció una eternidad, pensando en qué le

iba a decir a papá cuando lo llamara al día siguiente. ¿Sabía qué era lo que me había dado? ¿Me lo había dado él? Algo me decía que no, pero me resistía a creerlo.

Me sumí en un profundo sueño y las preguntas se desvanecieron. Por desgracia, aquella noche tuve una pesadilla.

Sin embargo, era distinta. Nueva.

Una sombra planeaba sobre mí y yo no conseguía escapar. Mientras dormía, no sabría decir cómo, notaba que me observaba.

Abrí los ojos, pero mi cuerpo permaneció inmóvil. Los mantuve fijos en el techo, tratando de recuperar el aliento que parecía haber perdido durante el sueño. Una rendija en la persiana americana dejaba pasar la tenue luz de la luna, que se extendía por mi pequeña habitación. Vi una sombra y me asusté. Todo parecía en su sitio, pero sentía que allí había algo. Mi mirada se detuvo en la ventana, y me pregunté qué podría ser.

Me levanté cautelosamente y cuando planté el tobillo en el suelo, sentí una punzada de dolor. Me acerqué a la ventana que, aunque solo distaba unos pasos de mi cama, me pareció que estaba a un kilómetro. La sensación de que alguien me miraba era palpable. Me faltaba el aire y no me atrevía a pestañear. Armándome de valor, subí la persiana americana y encontré el balcón vacío, iluminado por la luz de la luna. Miré a la derecha y a la izquierda, pero no vi nada. Todo estaba tranquilo.

—¿Hay alguien ahí? —susurré con voz ronca, intentando no despertar a McKenzie.

Me di la vuelta y eché un vistazo a la habitación, buscando alguna señal de una presencia extraña.

Me desperté sobresaltada, con la sensación de despertarme por segunda vez.

Había sido un sueño. Por muy real que hubiera parecido, había sido un sueño. Era una sensación inquietante, pero poco a poco me quedé dormida hasta la mañana siguiente.

Por desgracia, aquel día había clase. Era miércoles. Tenía Redacción de Inglés I a las ocho y media. ¿Se suponía que tenía que continuar como si lo de la noche anterior no hubiera ocurrido? Una cosa estaba clara, debía averiguar tan pronto como fuera posible de dónde había sacado papá el collar. No podía esperar. Lo llamé casi antes de abrir los ojos. No respondió. Era pronto para mí, aunque tarde para él. Sabía que a estas horas estaría bajo el motor de algún coche y habría soltado el teléfono sobre el

mostrador. Así que le dejé un mensaje en el contestador y, por si acaso, también le envié un WhatsApp.

Oye, papá. Tengo curiosidad por la nota que iba con el collar. ¿De dónde lo sacaste? ¿Y qué significa la nota?

Mientras esperaba su respuesta con impaciencia, me dirigí a la cocina para encender la cafetera. McKenzie ya se estaba tomando un café.

—¡Hola, tía! —saludó—. Uy, tienes mala cara. ¿No has dormido bien? ¿Saliste con Bellamy? —Su expresión preocupada se convirtió al instante en un gesto travieso.

Solté un quejido.

—Más o menos —dije, frotándome la cabeza—. Pero no pasó nada.

Al menos no lo que estás pensando.

—¡Me lo tienes que contar todo! Madre mía. ¡Vas cojeando!

Era demasiado temprano para aquello.

—Estoy bien. Solo está un poco hinchado. Me... caí —contesté con desgana.

McKenzie echó un vistazo a su horario.

—Tengo Química a las nueve y Francés a las once y media. ¿Quieres que nos pongamos al día entre clases?

Asentí, aunque no quería que nos pusiéramos al día. ¿Cómo me las iba a apañar para que todo lo que había pasado sonara remotamente normal?

- —Me viene bien.
- —¡Genial! ¡Qué bien! —McKenzie sonrió, corriendo a su dormitorio para hacer lo que fuera que hacía a aquellas horas de la mañana.

Miré el teléfono con impaciencia. Seguía sin tener respuesta de papá.

La señora Loftemberger no paraba de hablar de la importancia del heroísmo en la *Odisea* mientras yo luchaba por mantenerme despierta. La punta de mi lápiz iba de un lado para otro dibujando pequeñas estrellas polares en el cuaderno. Una vibración en mi bolsillo me avisó de que alguien me había escrito. Miré la pantalla a toda velocidad y leí el mensaje.

¿Collar? ¿Nota?

Sí, el que me enviaste por mi cumpleaños.

Trina, yo no te envié un collar. Creía que te lo había dicho. Mi regalo se retrasó.

No fui capaz ni de responderle.

Lo que me temía. ¿Quién iba a ser sino la misma persona que había decidido volver a aparecer en mi vida en el último momento? Mamá. Mamá me había enviado el collar. La nota sobre las pesadillas y mantener el collar en un lugar seguro era suya. El simple hecho de tener que preguntárselo me revolvía el estómago. Ya era bastante difícil hablar con ella sin volverme loca.

La clase terminó y yo seguía pensando que tendría que llamar a mamá antes o después para hablar del asunto, así que empecé a recoger mis cosas. Se suponía que había quedado con McKenzie en la cafetería Sea Dogs para charlar sobre mi cita con Bellamy, pero antes debía pasar por la residencia. Me dirigí a los buzones de los alumnos tan rápido como el tobillo me lo permitió y abrí el nuestro. Efectivamente, había un pequeño paquete para mí, con la letra de papá en el sobre. Ponía que se había entregado dos días después de mi cumpleaños.

Allí mismo abrí el pequeño sobre acolchado. Como me había imaginado, era una tarjeta regalo para una tienda de material de bellas artes y un llavero de una paleta. Era el tipo de regalo que podía esperar de mi padre, no un collar mágico. Toqué la escama que llevaba al cuello. Ahora que sabía que era de mamá, quería quitármela y meterla en un cajónm pero no podía deshacerme de ella por si de verdad tenía algún tipo de magia ancestral de sirena.

Le envié a papá un mensaje dándole las gracias y pidiéndole perdón por la confusión, sin más explicaciones. No quería que se pusiera a discutir con mamá y que ella se sintiera mal. Tenía que asegurarme de que se quedaba el tiempo suficiente para obtener algunas respuestas. La llamé al salir del edificio, con mucho miedo. Cada vez que sonaba un tono, me encontraba peor. No quería hablar con ella todavía, pero sabía que debía hacerlo. Así que cuando no respondió, me costó distinguir el alivio de la frustración porque, aunque no estaba lista para enfrentarme a ella, tampoco me apetecía que unos piratas fantasma me secuestraran. Volví a llamar. No contestó.

Típico de ella. Nunca está ahí cuando la necesito.

Metí los regalos de papá en la mochila y salí de nuevo a la calle, intentando llegar a Sea Dogs lo más rápido posible sin castigar el tobillo herido. No sabía qué hacer. El cielo estaba nublado y caía una llovizna casi invisible que formaba charcos brillantes en las calles empedradas. Procuré no meter el pie en ellos. Mi cabeza estaba tan nublada como el día.

Cuando llegué a la cafetería, pedí lo de siempre para las dos mientras esperaba a McKenzie. Pensé que mi parada de última hora me habría retrasado, pero fui la primera en llegar. Unos minutos más tarde entró ella, con los rizos pelirrojos saltando a cada paso. Las palabras brotaron de su boca antes de que el cuaderno que llevaba tocara la mesa y su mochila cayera al suelo.

—Bueno, ¿cómo fue?

¿Qué se suponía que le tenía que decir? Aunque a su manera me creyó cuando le conté lo del barco pirata, decirle que había tenido una cita con un fantasma... era demasiado incluso para McKenzie.

- —Estuvo... —levanté la vista, mirando las luces de la cafetería mientras buscaba las palabras— bien.
- —¿Bien? —Bromeando, golpeó la mesa con las palmas de las manos—. ¿Eso es todo?
- —Bueno, parecía esconder algo. —Eso técnicamente era verdad—. Y sentía que me estaba utilizando. —Otra verdad.
- —O sea, ¿quería meterse en la cama contigo? —Los ojos de McKenzie se agrandaron.

Mi experiencia sexual era limitada, por no decir otra cosa, pero no se lo había confesado a McKenzie. Tuve un novio en el instituto, aunque duró poco y nunca llegó tan lejos. Nada serio. Tal vez por eso Bellamy me pareció tan seductor cuando se acercó. Nadie me había tocado nunca con tanto cariño. Me atrajo como una fruta prohibida. Pero no podía contar que lo que buscaba era mi collar. Sonaría ridículo.

- —Sí, era como si solo quisiera eso, ¿sabes? —asentí, mirando por la ventana hacia el carro tirado por caballos lleno de turistas que paseaba bajo el cielo nublado—. Parecía un ligón.
  - —Jo, lo siento, Katrina. —McKenzie posó su mano sobre la mía.
- —No pasa nada —repliqué—. Aun así, creo que he soñado con él. Enseguida me arrepentí de haberlo dicho.
  - —Vaya, enamorándote del chico malo.

Puse los ojos en blanco a modo de negación cuando vi la sonrisa de McKenzie; pero en cierto modo no se equivocaba del todo. *Había* algo tentador en Bellamy.

—Veremos qué pasa —añadí—. Pero no te hagas muchas ilusiones.

El camarero dijo nuestros nombres y McKenzie se levantó de un salto a por los cafés antes de que yo pudiera reaccionar.

Aún con las bebidas en la mano, decidí contarle lo de mi madre. Esperaba que hablar de ello me hiciera estar más preparada para hablar con ella cuando discutiéramos sobre el collar.

- —Bueno, al parecer mi madre ha vuelto —solté. McKenzie dio un sorbo a su café. Sus ojos se abrieron de par en par al oírlo. Me limité a asentir—. Casi no he hablado con ella. Lo intentó, pero es demasiado... difícil. —Las palabras sonaron débiles.
- —Bueno, seguro que entiende todo lo que te ha hecho pasar. Yo creo que no hablaría con ella hasta que se disculpara.

Sonreí ante la inocencia de McKenzie. Sus padres parecían tan perfectos. Siempre, en verano y en invierno, organizaban unas vacaciones familiares por todo lo alto. Por lo que me había contado, no creía que McKenzie se hubiera peleado nunca con su madre.

- —Se disculpó. De hecho, lo hace mucho. Lo que pasa es que sus disculpas no es que signifiquen demasiado.
  - —Entonces, ¿qué vas a hacer?
- —Aún no lo sé. Pero le tengo que preguntar una cosa, así que más me vale aclararlo.
  - —¿Qué le tienes que preguntar?

McKenzie no era consciente de lo cotilla que era. No iba a ser capaz de ocultárselo, al menos no todo.

- —Este collar —señalé el colgante sobre mi pecho—, resulta que fue ella quien me lo dio. Y quiero saber por qué haría algo así después de todo este tiempo.
  - —A lo mejor intenta demostrarte que lo dice en serio.

Caí en la cuenta de que aún no había probado el café cuando vi que ella ya se había acabado el suyo.

- —Tal vez. Pero no es propio de ella. No lo entiendo. —Bajé la vista a mi taza antes de seguir hablando—. Bueno, ¿y a ti cómo te va?
- —¡Todo genial! Ty me llevó a jugar al golf el otro día. Es genial. Por esa parte todo bien. Pero me preocupa un poco suspender Geometría Analítica. Uf, ¿por qué tenemos que dar clase de matemáticas en una escuela de *arte*? —Las palabras salían a borbotones de su boca y me reí—. ¿Qué? —Sus ojos azules brillaron. No recordaba un momento en que no pareciera despreocupada, ni siquiera cuando se quejaba de las matemáticas. De repente se acordó de algo—. ¡Ah, sí! —Buscó por su bolso y sacó un trozo de papel bien doblado. Lo sostuvo en alto, agarrándolo por la parte

superior, como si fuera un trofeo—. ¿Has dejado tú esto sobre la mesa de la cocina? Lleva tu nombre.

Tomé el papel de sus dedos con perfecta manicura, y observé aquella atractiva caligrafía con la que estaba escrito mi nombre. El papel era mío, *mi* papel de acuarelas, pero yo no había hecho el dibujo que había dentro. Cuando lo desdoblé completamente y vi aquella imagen, me quedé helada. Era un dibujo a mano de un corazón con dos flechas, un boceto sencillo del mismo tatuaje que llevaba Bellamy.

Pensé en negar lo del dibujo, pero tampoco quería asustar a McKenzie. Así que mentí.

—Sí. —Parpadeé, sorprendida—. Se me debió de caer. No podía dejar de mirar las palabras escritas bajo la imagen.

Milo no es el único al que puedes llamar. Aquí tienes la forma de llamarme a mí cuando descubras la verdad. Ten cuidado en quién confías.

Bellamy.

Lo de anoche no había sido un sueño después de todo. Había *estado* allí. De repente, el peso de todo aquello cayó sobre mí como las gigantescas olas de mis sueños. No podía ignorarlo; no cuando un pirata, un muerto viviente, había estado merodeando por nuestra habitación. Y sabía dónde vivía.

¿De qué más sería capaz aquella tripulación maldita? ¿Y si de verdad estaba en peligro? Hasta aquel momento no había comprendido la magnitud de la situación.

No podía comprometer a McKenzie metiéndola en todo eso. Si así era como iban a ser las cosas, tenía que resolver el misterio del collar cuanto antes; lo que significaba que, aunque me costara mucho admitirlo, mamá era mi única esperanza.



# BORRACHA COMO UNA CUBA

Pasé el resto del día agotada. Quería hablar con mamá antes de clase. Observé el pasillo vacío de la residencia mientras sacaba el móvil, tal vez para asegurarme de que no había nadie alrededor o para retrasar la llamada. Tal vez para ambas cosas a la vez. Busqué entre mis contactos hasta encontrarla. Había pasado más de un año desde que había marcado ese número.

En el fondo no quería que me contestara todavía. Aún no sabía qué le iba a decir, y no me apetecía averiguarlo. Me fastidiaba la idea de que otros piratas fantasma pudieran dejarme mensajes desagradables; aunque de momento, el hecho de tener que mantener una conversación a solas con mamá me daba aún más miedo. Sin embargo, lo intenté y fui recompensada con el saludo de un contestador antiguo y mensajes de texto ignorados.

Llamé y escribí varias veces a lo largo del día, cada vez que podía, pero como era de esperar, tampoco obtuve respuesta.

A pesar de todo, le envié un mensaje a papá y le pregunté si mamá andaba por allí. No quería que sospechara o se preocupara porque algo pudiera ir mal, así que intenté que no pareciera urgente, aunque lo fuera. Cuando me devolvió la llamada, tuve la certeza de que no podía ser nada bueno.

—No quería tener que contarte esto aún, Trina. —La voz de papá transmitía una desesperación tan familiar para mí que me rompió el corazón. Lo escuché atentamente.

Había recaído otra vez. Y había pasado casi todo el día fuera. Volvió a casa dando tumbos unas horas antes, por eso no había obtenido una respuesta a ninguna de mis llamadas o mensajes.

Cero sorpresas.

En aquel mismo momento, quise llamar a Milo y decirle que tomara el collar y se fuera. Sentía que no merecía la pena. ¿Por qué estaba arriesgando mi vida por mamá cuando ella no podía ser fuerte por mí tan solo unos días? Pero debía recordar que no se trataba solo de sus sueños, sino también de los míos. Quizá fuera una locura, pero aún me preguntaba si el amuleto que llevaba colgado al cuello sería lo único que podría evitar que corriera el mismo destino de mi madre. Si al menos entendiera cómo funcionaba...

Aquella noche, con discreción para que McKenzie no sospechara nada, comprobé obsesivamente que todas las puertas de la habitación estaban bien cerradas. Tras revisar satisfecha la última cerradura, me encerré en mi cuarto.

Se suponía que tenía que estar haciendo un trabajo. Estábamos leyendo *El gran Gatsby* tanto para la clase de Arte como para la de Literatura, así que nos habían pedido que escogiéramos un tema del libro e hiciéramos una ilustración. Sin embargo, debido a las circunstancias, yo tenía otras cosas en la cabeza.

Mamá no había sido de gran ayuda aquel día, pero no pensaba dejar que eso me detuviera. Decidí indagar en su familia. Años atrás, la primera vez que ingresamos a mamá en un centro de rehabilitación, la escuché mencionar algo sobre depresión y alucinaciones en la familia, una información que había permanecido escondida en el fondo de mi mente. Tal vez ahora me resultara útil. Quizá pudiera encontrar un diagnóstico o algún trastorno que fuera el responsable de aquellas pesadillas.

Me apoyé contra el cabecero de la cama con la manta de Milo sobre las piernas, abrí el ordenador y empecé a buscar en Ancestry cualquier información con el único dato de que disponía: Gatlin, el apellido de soltera de mamá. No dudé en registrarme en una conocida base de datos de árboles genealógicos para obtener un período de prueba gratuito, aunque anoté mentalmente que tendría que cancelarlo una semana más tarde para que no

me cobraran. Quizá me sintiera como una detective implacable en una misión contrarreloj, pero no podía olvidar mi condición de estudiante universitaria sin un dólar.

Los resultados mostraron veintiséis familias diferentes con ese apellido. Supe que estaba consultando el árbol genealógico correcto porque reconocí el nombre de Lydia, mi difunta abuela. Murió antes de que yo naciera, así que no tenía recuerdos de ella, pero sí conocía su nombre.

Me metí de lleno, impaciente por encontrar algo interesante. Por desgracia, solo había certificados de matrimonio y defunción, y algún que otro registro de la propiedad, que indicaban que los antepasados de mamá siempre habían vivido cerca de casa, en Misuri o Arkansas. A medida que iba analizando los datos, observé una circunstancia que se repetía. Elaboré una lista en la que anoté una a una las fechas de defunción, remontándome todo lo que me permitía el registro.

Lydia Gatlin – 2003 Nelda Gatlin Harrows – 1971 Esther Graves – 1952 Alma Whitlock – 1922 Edith Barnes – 1900 Martha James Shores – 1874 Sarah Shores – 1840 Marina Samuels – 1819

Marina fue lo más lejos que pude llegar.

Algo me inquietaba, y no eran los nombres de la lista, sino la similitud de las fechas. Después de calcular minuciosamente y comprobar dos y tres veces los resultados, llegué a una conclusión aterradora: ninguna mujer en todo mi linaje había vivido más de cuarenta y seis años.

Mamá tenía cuarenta y cinco.

Cuando me tranquilicé y recuperé el aliento, solo fui capaz de pensar en una cosa: el collar. Saqué la nota del armario, que continuaba desordenado. Mamá daba a entender que la joya había pertenecido a la familia durante mucho tiempo. A *su* familia. Me moría por saber si todas aquellas mujeres

habían tenido ese collar en su poder en algún momento. ¿Quién lo encontró? ¿Alguna de ellas explicó cómo utilizarlo?

No sabía por dónde empezar a descifrar todo aquello, pero sí que tenía que hacerlo o me volvería loca, si es que no lo estaba ya. Y si no lo resolvía rápidamente, corría el riesgo de que los piratas se presentaran en mi dormitorio.

Cada vez me pesaban más los ojos, como si fueran anclas. Me froté los párpados en un intento por mantenerlos abiertos y miré el móvil por última vez. No quería ver una respuesta de mamá, pero sabía que la necesitaba, sobre todo después de lo que acababa de averiguar. Respiré aliviada cuando comprobé que no había ningún mensaje.

El cansancio me nublaba la mente, así que caí rendida, apretando el collar contra mi pecho y mirando hacia la puerta para comprobar que estaba cerrada antes de acurrucarme entre las sábanas.

Mañana hablaría con mamá. Juré que lo haría.

No sé qué fue exactamente lo que me llevó hasta el mar al día siguiente, después de clase. Por fin, me armé de valor para llamar a mamá. Unos días antes no me hubiera atrevido a ir allí, pero tras la discusión con Bellamy en la orilla, ya no me daba tanto miedo. Subí a mi Jeep y me dirigí a Half Moon Beach. El trayecto era un poco más largo que hasta la playa de Constantine, pero el hecho de que hubiera menos gente era tentador.

Quería sentirme invulnerable cuando la llamara. Si respondía, necesitaba la fuerza del mar a mi lado. El mar y yo compartíamos una relación de amor-odio, igual que con mamá, y mirar al mar era como mirarla a ella.

Me adentré en la arena blanca de la playa y respiré profundamente la brisa salada. Entre susurros contenidos, repetí el discurso que había ensayado previamente en mi cabeza para cuando mamá cogiera el teléfono. No era exactamente como imaginaba mi primera excursión a la playa.

Mamá, necesito que me escuches. Sé que me enviaste el collar por mi cumpleaños. ¿Por qué no me has dicho nada al respecto? Y, lo más importante, ¿de dónde salió? ¿Cómo acaba con las pesadillas?

Durante años, había soportado que ese nombre de cuatro letras de mi lista de contactos dejara sin respuesta montones de llamadas y mensajes de texto. Y sin embargo, allí estaba, intentándolo otra vez como una tonta. Me mordí el labio inferior mientras buscaba el valor para seguir. Entonces pulsé «llamar».

«Has llamado a Grace Delmar. Por favor, deja tu mensaje».

No debería haberme enfadado tanto al oír el contestador, pero no pude evitarlo. Lo primero que pensé fue que estaría dormida después de haber bebido algún licor fuerte a mediodía. Colgué y me mordí el labio con más fuerza.

Volví al coche cojeando, casi avergonzada de mí misma por haberlo intentado.

Cuando cerré la puerta del Jeep, el teléfono empezó a sonar y apareció «Mamá» en la pantalla. El pánico me invadió. Sentí como si ella tuviera el control, y no era justo. Era ella quien me llamaba y eso no me gustaba. Por una vez, quería que respondiera a mi llamada. Pero la necesitaba, así que cedí.

Sentada en el coche, puse el altavoz. Nadie podía escucharme.

—¿Hola? Katrina... ¿Me has llamado? ¿Hola?

Me di cuenta de que aún no había hablado. Tragué saliva y me obligué a contestar.

- —Mamá. —De momento, la conversación no iba según lo previsto. No recordaba nada de lo que había pensado decirle.
  - —Sí, estoy aquí. ¿Qué pasa, Trina?

No me gustaba que siguiera utilizando mi apodo. Papá parecía ser la única persona con derecho a hacerlo. No ella. Ella no debería llamarme así.

- —Tengo... tengo que preguntarte algo.
- —Vale... Dios, qué dolor de cabeza.

El interior del coche parecía una jaula, me estaba asfixiando con el calor del sol que se concentraba allí dentro. Salí y empecé a caminar por la arena.

- —Me enviaste tú el collar, ¿verdad?
- —¿El collar? Ah, sí. Sí, fui yo. —Se rio, aunque sonó forzado, y eso me produjo una sensación de incomodidad, pues me di cuenta de que no estaba precisamente sobria—. Pensé que ya era hora de que lo tuvieras tú. A lo mejor te ayuda. Creo que es demasiado tarde para mí. Si alguna de las dos debe tenerlo… esa eres tú.
- —¿Por qué? ¿Qué quería decir la nota con lo de que puede ayudarme con las pesadillas?
- —Ah, eso... —Soltó un quejido—. Bueno, no... no lo sé exactamente. Es una leyenda familiar. Nunca he creído en ella... pero empiezo a hacerlo.

- —Se rio de forma extraña—. Tu abuela sí... lo intentó. Ella creía que era verdad... pero creo que para mí ya es demasiado tarde.
- —¿La abuela? —repetí, apretando el teléfono—. ¿La abuela también tenía pesadillas?
- —Sí. —Hipó—. Constantemente. Como nosotras... ¿Nunca te lo llegué a contar? Vaya... Por eso tienes que llevarlo siempre encima. Por eso lo traje de vuelta. Mamá siempre pensó que podía... podía... hacer que estuviéramos mejor. Pero no lo sé, puede que sea algo que nunca lleguemos a entender, sabes...

Me mordí el labio al escuchar sus palabras, o lo que pude entender. Sonaba como si acabara de despertarse.

- —Katrina —aspiró—, lo siento... Ahora mismo...
- —¿Has vuelto a beber?

Silencio.

—Mamá, sé que has vuelto a beber. Era una pregunta retórica.

Solo esperaba que estuviera mentalmente presente, lo justo para responder a las preguntas que necesitaba hacerle.

- —No. —Tomó aire—. Quiero decir, sí, estoy bebiendo... Bueno, he bebido antes. Pero no lo entiendes. Los sueños no paran. Parece que han ido incluso a peor desde que te envié el collar... Peor que antes... Nunca habían llegado a esto. Ya ni siquiera me ayuda el alcohol... Debería haberlo intentado antes. A lo mejor debería habérmelo quedado... Pero no pude hacerlo. No pude averiguarlo. Tal vez ese maldito collar es solo una mentira y somos unas lunáticas sin esperanza. Pero ahora te toca a ti. Yo no he podido, pero tal vez tú sí. Tú... tú eres lista, como lo era tu abuela.
- —Mamá, no te culpes. —Era el primer asomo de dulzura que detectaba en mi voz desde que habíamos empezado a hablar. Recordé las fechas de las muertes que había anotado antes—. Así que al parecer nos volvemos locas por las pesadillas. Entonces, ¿qué le pasó a la abuela? ¿Qué sabía? pregunté.

Mamá balbuceó y dudó antes de contestar.

Por un momento me pregunté si me había oído. Repetí la pregunta.

—Bueno, mamá... creía de verdad en ese collar. Que podía... que podía acabar con nuestras pesadillas. De algún modo. Sea lo que sea... nadie lo sabe. Murió antes de descubrirlo. Lo llevaba para dormir. Decía que a veces la ayudaba, pero yo creía que era todo psicológico. Ella pensaba que estaba cerca de averiguarlo... Yo creía que estaba loca. Pero tal vez si la hubiera

escuchado... antes... Dios, mi cabeza. —Mamá tosió, como si intentara camuflar su tono de pena.

Suspiré. Sabía lo que le había pasado a la abuela. Mamá se la encontró ahorcada en su habitación. Y ahora empezaba a entender por qué. Parecía que se había vuelto loca.

¿Realmente era aquel collar la solución a nuestra maldición o una sentencia de muerte?

- —¿Qué quieres decir, mamá?
- —Yo no... —Respiró débilmente e hizo una pausa—. Cuando la encontré, tuve una razón más para no creer en aquella tontería del collar... No quería tener aquello cerca. Me deshice de él. Pero ahora... Eso tampoco ayudó. Así que ya no sé... Tal vez sí que haga algo. Porque no hay nada que funcione. Sabes que no puedo dormir... Últimamente me pasa hasta cuando estoy despierta, no puedo respirar. —Sus palabras salieron entre sollozos, que se hacían más fuertes cuanto más intentaba hablar. Su respiración agitada hacía que cada vez me costara más entender aquellas frases a medias.
  - —No pasa nada, mamá. Intenta tranquilizarte.

Le di un momento para recomponerse antes de hacerle la siguiente pregunta. Lo último que había dicho se me había quedado grabado en la mente.

No puedo respirar.

- —Mamá, ¿cómo *son* tus pesadillas exactamente? ¿Qué... qué ves? Las palabras fluían como un torrente. Sentía el latido de mi corazón en el pecho.
- —Siempre... siempre es... agua. Como si me estuviera ahogando. Siempre.

Se me encogió el corazón. Creía que iba a dejar de latir.

- —¿Cómo si te ahogaras? —repetí.
- —Sí —dijo con voz temblorosa—. Sé que parece... parece una locura, ¿verdad? ¿Por qué crees...? ¿Por qué crees que nunca te he llevado a la playa? Pensaba que era una advertencia... no quería arriesgarme. —Me quedé mirando la orilla frente a mí en silencio. Entonces volvió a hablar—. La rehabilitación, los medicamentos... lo anestesiaban todo..., pero nunca resultan lo bastante fuertes. Ya... no sé qué hacer. No sé... no sé cuánto más podré aguantar.

De repente, en esa explicación, cada ataque de rabia que había sentido

por ella se convirtió en compasión. Sabía cómo eran esos sueños. Ojalá no se me hubiera escapado ese detalle durante todos aquellos años: soñábamos lo mismo. No podía ser una coincidencia.

- —Intenta descansar, mamá. Por favor. Podemos arreglarlo. Vamos a arreglarlo.
- —Yo... No, no lo sé. Lo intentaré. Lo estoy intentado. —Le dio hipo mientras lloraba—. Eres una buena chica, ¿sabes? Aún no es demasiado tarde para ti. Eres lista. Aún puedes lograrlo... Debes tener cuidado... Hagas lo que hagas. Ah, y feliz cumpleaños atrasado.

La estaba perdiendo, lo notaba.

—Mamá, espera —le supliqué—. Por favor, quédate con papá. ¿Está papá contigo? —Escuché la desesperación en mi voz.

No contestó.

—Mamá, tú... túmbate y quédate en casa. No te quedes sola. Va a ir bien —le aseguré, aunque yo también necesitaba oír aquellas palabras.

Hubo un silencio incómodo, ninguna de las dos sabía cómo terminar la llamada. Al final hablé yo.

—Mamá, me tengo que ir.

Escuché su hipo.

—Ten cuidado.

Y colgó.

Volví a mi coche. Sentí una pesadez que me calaba hasta los huesos. Me senté en el asiento del conductor, deseando que llegara un poco de calor y me quitara el frío invernal que acababa de apoderarse de mí. Ni siquiera el buen tiempo de Florida era suficiente.

Jugueteé con el colgante que llevaba al cuello. Lo último que deseaba era presionar a mamá con preguntas tan profundas, pero no tenía otra opción. Las dos queríamos desvelar los secretos del collar. Era la única manera.

Por primera vez en mucho tiempo, mi madre se convirtió en un pequeño rayo de esperanza, en un faro en la distancia. Empecé a preguntarme si el collar podría ser la clave para arreglar nuestras diferencias. Quizá no solo podía romper antiguas maldiciones de sirenas y piratas. Parecía haber surgido entre nosotras una conexión que no existía antes. Aunque fuera un secreto, era mejor que nada.

Cuando volví a la residencia, los pensamientos aún daban vueltas en mi cabeza. Sabía que no estaba más cerca de desvelar los secretos del collar de lo que lo había estado aquella mañana. Si seguía pensando en ello, me volvería loca. Aunque me encontraba agotada anímicamente, sentí un momento de inspiración para la obra que debía exponer. Me di el gusto de disfrutar de aquel breve instante, que me permitía mantener los pies en la tierra.

Preparé unos vasitos de agua, pasé los dedos sobre el papel para asegurarme de que la última capa se había secado completamente y me puse a trabajar en ello.

La estrella había empezado a tomar forma, pero tenía que difuminar mucho más y añadir nuevas capas para conseguir que «brillara» sobre el papel. La superficie del océano llenaba la parte inferior del paisaje, así que decidí representar la esperanza con un faro solitario en medio del mar. Tomé uno de los pinceles de punta fina para dibujar una figura imponente en la distancia. En un primer momento podría pasar desapercibido, pero ahí estaba, escondido a simple vista: un secreto oculto en el mar en mitad de la noche.

Aquella noche llovió. No tuve pesadillas ni la inquietante sensación de que había alguien allí. Había decidido llevar el colgante incluso cuando dormía. Quizá mamá tuviera razón. Los sueños habían sido menos frecuentes desde que lo llevaba. Al menos eso parecía. O tal vez fuera solo mi imaginación. Porque no habían desaparecido del todo, así que cerrar los ojos siempre era arriesgado.

Allí tumbada, resistiéndome a la tentación de quedarme dormida mientras giraba la escama entre los dedos, no pude evitar pensar en Milo. Era inexplicable lo mucho que deseaba tenerlo allí para contárselo todo. Quería hablarle de los inquietantes descubrimientos acerca de la familia de mi madre y de cómo me atormentaba la conversación que había mantenido con ella. Pero era una tontería. ¿Por qué iba a importarle?

Al escuchar la lluvia caer sobre el tejado, me pregunté dónde estaría. ¿Qué hacía una tripulación pirata maldita en mitad de la noche?

Comprobé la hora en el teléfono. 23:06. La marea hacía rato que había subido, liberándolo de su prisión por unas horas. Cerré los ojos y lo imaginé en el barco fantasma, navegando entre las sombras, atrapado en un mundo

que no podía explorar. ¿Estaría él también pensando en mí? ¿O yo era solo una solución para él? Sería injusto por mi parte esperar otra cosa. Ni siquiera lo conocía desde hacía tanto tiempo.



# IZAR LA BANDERA

Era viernes. Había transcurrido una semana desde que me topé con el barco en la isla, y un par de días desde que conocí a los dos piratas. Todo estaba sorprendentemente tranquilo, aunque no podía evitar mirar por encima de mi hombro a cada momento. Después de las clases, me dirigí a la residencia con los libros en la mano y pensando en demasiadas cosas a la vez. Milo. Bellamy. Mamá. El collar. El examen de la semana siguiente. Escuché que alguien me llamaba.

—¡Oiga! —Era Russell, el encargado. Se acercó cojeando con su desgastado mono caqui, que contrastaba con su piel oscura.

Me di la vuelta, pensando que tal vez había pisado donde no debía o algo así.

- —Perdone, ¿cómo se llama, señorita?
- —Katrina —dije, esperando no haberme metido en problemas.

Russell asintió.

- —¿Tiene un minuto? —preguntó.
- —Em, claro.

Nada podría haberme preparado para lo que vino a continuación. Me puso las manos sobre los hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Ese chico con el que estuvo la semana pasada no es de fiar.

- —¿Se refiere a Bellamy?
- —Me refiero a *cualquiera* de los dos. —Exhaló y miró a su alrededor
  —. No son de este mundo.
- —Lo sé —contesté, dudando de mis palabras—. Sé que están... muertos.
- —¡Son demonios! —Alzó la voz y los ojos casi se le salieron de las órbitas.

Di un paso atrás, sorprendida por la expresión de terror que vi en su cara.

Bajé la mirada a mis deportivas antes de hablar.

—¿A qué se refiere? ¿Cómo... cómo lo sabe?

Como si esperara que le preguntara eso, señaló su furgoneta al otro lado del campus, aparcada en frente del edificio principal.

—Hay algo que tiene que ver. —Empezó a cojear hacia el vehículo y lo seguí de cerca.

No podía imaginar lo que pensaba enseñarme. No sabía qué esperar.

Abrió la puerta del conductor y se puso a buscar algo que había dejado bajo el asiento. Después se giró y me miró con los ojos vidriosos, casi llorando. Me colocó un periódico entre las manos.

- —No entiendo nada —confesé.
- —Léalo. La portada. —Su voz titubeó mientras señalaba el periódico que sostenía entre las manos.

Era viejo. Toqué el papel amarillento y noté la capa de polvo y humedad que se había instalado en él. Tragué, bajé la vista y leí el titular, de fecha del 19 de julio de 1988: «Una artista local que actuaba como sirena se ahoga en el mar».

- —¿Esto debería significar algo para mí? —pregunté, algo desconcertada por la referencia a las sirenas.
- —Serena era mi hija. Ellos lo hicieron. —Su tono se endureció—. No se ahogó por accidente. La asesinaron. No pudieron probar nada, pero  $s\acute{e}$  lo que vi.

Sentí como mi pulso se aceleraba y me sentí incómoda.

- —¿Y qué es lo que vio?
- —Ella actuaba como sirena en algunos espectáculos. Le gustaba bucear a pulmón. Un día, fue al embarcadero y se la llevaron. Yo estaba pescando allí cerca ese día. Vi a aquel chico, Bellamy. Lo vi husmeando por la orilla, y a otro chico con él, uno rubio.

Supuse que era Milo. Lo animé a que continuara con una mirada de súplica.

—Sabía que no tramaban nada bueno. Iban por debajo del embarcadero. Cuando escuché su voz, sus gritos, salí corriendo. Pero el embarcadero es muy largo. Cuando llegué, no estaban. Se habían desvanecido, y ella también. Me encontré una mujer inconsciente. La llevé hasta una cabina telefónica y llamé a una ambulancia.

Respiré profundamente por la nariz. Tenía que resultarle muy doloroso revivir el accidente en su cabeza mientras me lo contaba.

—Inmediatamente después fui a buscar a Serena en mi barco de pesca. Sabía que era ella la que había gritado. Estuve en el agua toda la noche. La encontré cerca de la isla, flotando en el agua, cubierta de sangre. Los cabrones la habían abierto en canal. —Hizo un corte imaginario por su pecho con el dedo, con un dolor evidente en cada movimiento. Sus labios no pararon de temblar hasta que terminó de contar la historia.

Me quedé ahí de pie, sin palabras, pensando en todo lo que había dicho.

—De repente, de la nada, ese barco maldito apareció delante de mí. El capitán, el mismísimo diablo, me dijo que regresara a la orilla. Dijo que mataría a mi mujer y a mi hijo si volvía. Le disparé, pero las balas lo atravesaron, y se rio. No lo podía matar. Bellamy y el otro estaban allí con él. Obviamente, cuando le conté a la policía lo que había sucedido, no me creyeron. El barco había desaparecido, con su capitán y todos los demás a bordo. Pensaron que estaba loco. Mi testimonio no les importó en absoluto. Se concluyó que había sido un suicidio y se cerró el caso, así sin más. — Russell chascó los dedos mientras pronunciaba esa última frase. Hizo una larga pausa, como si aguantara la respiración.

Yo no fui capaz de encontrar las palabras adecuadas para llenar aquel silencio. De pronto, volvió a hablar.

—Mi Serena. —Pasó los dedos por encima de la imagen de la joven sonriente que aparecía en el periódico—. Tenía solo dieciocho años.

Lo que me había contado y la desgarradora expresión de su rostro me conmocionaron. Aquel encargado tan tranquilo y alegre estaba a punto de derrumbarse. Le temblaban los labios mientras intentaba contener su tristeza. ¿Quién se iba a imaginar que aquel anciano que se encargaba cuidadosamente de la EAI llevaba tanto tiempo soportando esa pesada carga?

—Russell, lo siento mucho. No sé qué decir. —Puse una mano sobre su

hombro.

—No diga nada —repuso—. Solo tenga el sentido común de mantenerse alejada de ellos antes de que le pase lo mismo.

Hubo otro silencio incómodo. Volví a bajar la mirada.

- —¿Podría hacerle una foto al periódico? —pregunté tras reunir el valor para levantar la vista.
- —No la va a compartir con todo el mundo en una de esas cosas de las redes sociales, ¿verdad? —dijo Russell con tono molesto.
- —No. —Negué con la cabeza enérgicamente, como si al agitarla con fuerza asegurara que estaba diciendo la verdad—. No, claro que no.
  - —No me cree. Usted también piensa que estoy loco.
- —No. Yo... le creo. De verdad, no es lo más descabellado que he escuchado últimamente. —A medida que hablaba, sentí que la ira me inundaba el estómago y el pecho. Si aquello era cierto, me aseguraría de que Bellamy y Milo no volvieran a verme, ni a mí ni a mi collar. Si era cierto, algo en mí decía que merecían aquella maldición. Me habían mentido, sobre todo Milo. En lo que sí le daba la razón era en que nunca se puede confiar en un pirata—. Quiero tener algo que poder usar contra ellos, algo que no puedan negar si vuelven a buscarme. —Cerré los dedos alrededor del collar por instinto.

Russell se quedó en silencio, y yo ya me iba a marchar cuando una idea me hizo dirigirme de nuevo a él.

- —Por casualidad no sabrá nada sobre este collar, ¿no? —Russell examinó el colgante que llevaba al cuello.
- —Lo siento, no. —Sacudió la cabeza, como si lo hubiera confundido con mi pregunta—. ¿Se supone que debería saber algo?
- —No —suspiré, intentando que mis palabras no le causaran más conmoción—. Solo me preguntaba si lo había visto antes.

O si sabía cómo utilizar su poder para salvar a una alcohólica con alucinaciones.



# **IMPREDECIBLE**

Volví cabizbaja a la residencia. Algunos pasajes de la historia de Russell seguían rondándome por la cabeza. El capitán Valdez era un verdadero monstruo. Intenté no morderme el labio demasiado fuerte por la frustración y me planteé si Bellamy y Milo podrían ser igual de crueles.

Cuando crucé la puerta de la habitación, me recibió un agudo «¡Hola!» de McKenzie. Se estaba tomando un café, muy sonriente. Pero yo no estaba de humor. Estaba tan concentrada en aquella horrible historia que no le contesté. En vez de eso, me dirigí a mi habitación.

—Oye, ¿va todo bien?

La pregunta de McKenzie me molestó. Todo a mi alrededor me molestaba. Nunca había sentido tanta ira acumularse tan rápido. Me había enfadado muchas veces en mi vida, como cuando mi madre rompía sus innumerables promesas de «ponerse bien»; pero que alguien, dos personas para ser exactos, que acababa de llegar a mi vida me traicionara intencionadamente, me generó una ira incontrolable.

- —Estoy bien —gruñí.
- —¿Estás segura? —Se alejó de la cafetera y se acercó a mí.
- —¡Sí! ¡Estoy segura! ¿Puedes quedarte con esa respuesta, por favor? Las palabras salieron como cuchillos, y al instante deseé no haberlas

pronunciado. Pero el daño ya estaba hecho.

—Vale, perdón —soltó, volviendo su atención al café.

En los cuatro meses que hacía que la conocía, nunca había escuchado tanto abatimiento en su voz. Avergonzada, e incluso más enfadada, me metí en la habitación y cerré la puerta despacio. Me quedé de pie, suspiré y liberé mis emociones. De pronto me fijé en la ridícula manta arrugada sobre mi cama. Pensé en destrozarla, pero tenía tan pocas fuerzas que no lo conseguí. La tiré al suelo.

Al caer la tarde, dejé de darle vueltas al asunto y, con pocas ganas, alargué la mano hasta el portátil. Sentada en el suelo, lo puse sobre mis piernas y apoyé la espalda contra la mesilla. Tecleé la información en el buscador a toda prisa, mientras observaba la foto que había hecho al artículo de Russell.

«Serena Alice Loveday, 1988».

Empecé a revisar los pocos datos que pude encontrar. Al parecer, había habido rumores en torno a su muerte, pero ninguno coincidía con lo que Russell me había contado. En algunas páginas sobre crímenes decían que había huido con un amante aquella noche y que había aparecido muerta con el pecho abierto. Otra fuente afirmaba que había sufrido mucho estrés por el espectáculo y había decidido ahogarse después de una actuación especialmente complicada.

No tardé en darme cuenta de que el misterio en torno al caso había hecho que las autoridades lo cerraran lo más rápido posible. Después de todo, imaginé que les habría resultado difícil encontrar a un fantasma. Pero aquello solo significaba que internet no me iba a dar ninguna pista real. Tendría que buscar en otra parte.

La puerta de la entrada se cerró y el ruido me desconcertó. McKenzie se habría marchado. De repente me acordé de lo mal que la había tratado. Puede que no hubiera avanzado en el caso de la muerte de Serena o con mi madre, pero arreglar las cosas con McKenzie era algo que sí podía hacer.

Me levanté. Cuando llegué estaba tan enfadada que no me había quitado ni los zapatos, así que estaba lista para irme. Corrí a la puerta principal, la abrí y asomé la cabeza, mirando en ambas direcciones. Por suerte, atisbé su cabello pelirrojo al final del pasillo, justo cuando desaparecía por las escaleras. Aceleré el paso y al aproximarme grité su nombre.

Me detuve arriba mientras recuperaba el aliento. Ella se paró al final del primer tramo y me miró.

- —¿Sí? —Aquel tono apagado no encajaba con su ánimo habitual.
- —McKenzie, lo siento mucho. —Bajé las escaleras—. He tenido un mal día, pero eso no es excusa para haber sido tan imbécil antes contigo —le supliqué con los ojos, esperando una respuesta.

Estuvo de pie sin decir nada durante lo que me parecieron horas.

—Bueno, agradezco tus disculpas. —Subió las escaleras, con su sonrisa de siempre en menos de un segundo. Nos cogimos del brazo, frunció el ceño y, con cara de pena, bromeó—: Pero intenta no volver a hacerlo, por favor. Nunca te habías portado así.

Me alivió que me perdonara tan fácilmente.

- —Eso está hecho. —Sonreí, y viendo su cara perfectamente maquillada, pensé que debía de parecer una vagabunda con mis ojos cansados—. De todas formas, ¿a dónde vas? —pregunté.
- —Ah. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Ty me ha hablado para quedar. Está en la primera planta. ¿Quieres venir?
- —¿Crees que él querrá? —Fruncí ligeramente la comisura de los labios, no muy segura de que a Ty le hiciera mucha gracia que me presentara con su novia o lo que fuera para él—. Me parece que lo molesté en la fiesta de Halloween.
- —Ah, estoy segura de que ya se le habrá olvidado. —McKenzie tiró de mi brazo, aún unido al suyo, y me llevó escaleras abajo—. No voy solo yo. Ha invitado a un par de amigos más.

Tomé aire. En realidad no quería ir, pero pensé que era mejor que estar sola en mi habitación con un asesinato misterioso atormentándome.

—Vale, voy un rato —accedí.

McKenzie giró el pomo de la habitación de Ty con confianza. Abrió la puerta y nos vimos engullidas por una nube afrutada de vaho procedente del cigarrillo electrónico de alguien que vapeaba en el sofá. Además de Ty, había tres personas más: una pareja sentada el uno casi encima del otro, compartiendo una silla de la sala de estar, y un chico junto a Ty que, como él, estaba mirando su móvil y jugando una partida de trivial en la pantalla de la televisión.

- —Hola, tía buena. —Ty le guiñó el ojo a McKenzie mientras cerraba la puerta—. Y hola…, em… ¿cómo se llamaba tu amiga? —Me miró.
- —¿Te acuerdas de Katrina? Estuvo en la fiesta en el barco —le recordó McKenzie, orgullosa.

Entrecerró los ojos, intentando reconocer mi cara.

—Ah, sí. —Habló con tan pocas ganas que apenas lo oí con la música del juego—. La chica de los fantasmas.

Puse los ojos en blanco, con ganas de dar media vuelta e irme.

—No te lo tomes tan a pecho. —Se recostó en el cojín—. Sentaos y jugad. Hay cervezas en la nevera.

McKenzie se acercó a la mininevera que había en la esquina y sacó dos botellines. Me ofreció uno y, no sé por qué, lo cogí, aunque lo dejé inmediatamente sobre la mesa. Pensé en tomar un par de sorbos, aunque solo fuera para evadirme de todos aquellos pensamientos que me rondaban por la cabeza, pero decidí no hacerlo cuando recordé mi última conversación con mamá.

—No te preocupes, a nadie le importa si no bebes —me aseguró McKenzie.

Asentí, agradecida de que hubiera estado más pendiente de que no me encontrara incómoda que la última vez.

Jugué un par de rondas del trivial con el resto y, una hora más tarde, me pareció que era el momento de irme. Tuve la fuerte sensación de estar fuera de lugar. Sabía que todos iban un poco bebidos y, aunque intenté ignorarlo, la situación me estaba afectando.

—Creo que voy a volver a la habitación —le susurré a McKenzie.

Me dio un par de toques en la espalda con su pálida mano, como si fuera una niña.

—Claro. Yo iré enseguida.

Me puse de pie, me despedí de todo el mundo un poco incómoda y pasé por delante de la televisión, agachándome para no tapar la pantalla a nadie.

Apenas cerré la puerta, vi que un brazo me pasaba por encima del hombro y se apoyaba en el dintel del pasillo de la derecha. Solté un grito ahogado, me di la vuelta y vi a Bellamy recostado contra la pared. Si no hubiera sido por las luces que parpadeaban en el pasillo, no habría podido distinguir su rostro, pero reconocería esa sombra melancólica y la chaqueta oscura en cualquier parte.

—¿Te vas tan pronto? ¿Ni siquiera te tomas una? Al menos podrías haber cogido una para mí. Llevamos sin ron trescientos años.

No pude reprimir la risa cuando se acercó.

- —No me gustó tu notita de la otra noche. ¿Cómo... cómo sabes dónde está mi habitación?
  - —No fue difícil de averiguar, amor. —Esbozó una sonrisa que me

esforcé en evitar—. Me contaste toda tu vida en la cena.

- —No uses apodos cariñosos conmigo. —Me arrepentí de haberle contado *tanto* sobre mí. Aquella encantadora imagen de la mentira allí de pie me puso de muy mal humor.
- —Vaya. —Sonrió, pero su voz delató su decepción—. Es fascinante ver lo rápido que Milo te ha puesto en mi contra.
- —No me ha puesto en tu contra —lo corregí, apartándome de la cara una polilla que revoloteaba por las luces del pasillo. El corazón me iba tan rápido como sus alas—. Lo has hecho tú solito. Si tanto quieres este collar, ¿por qué no te lo llevaste aquella noche que entraste en mi habitación?

Me precipité hacia su izquierda en un intento de apartarme de él, pero extendió el brazo para impedírmelo.

—Te *estaba* protegiendo. De cualquier visita no deseada.

Me mordí el labio y tragué, conteniendo el nudo que tenía en la garganta. Me negué a mirarlo a los ojos, no quería que viera que estaba sonrojada, así que dirigí la vista al frente. Su fuerte brazo me retenía.

—¿Tanto te gustan los nombres cariñosos? Yo tengo uno para ti —giré la cara y lo miré a los ojos—: asesino.

Relajó el brazo, y aproveché la oportunidad para zafarme y seguir adelante.

Sin volver la vista, sentí que sus ojos me observaban mientras me dirigía a la escalera.

- —¿De qué estás hablando? —me gritó.
- —Serena Loveday —dije por encima de mi hombro para que lo escuchara—. Debería sonarte.

Como no respondió, me detuve junto a las escaleras, aún de espaldas a él, esperando que pusiera alguna excusa patética o intentara explicarse.

Sin embargo, escuché que un pomo giraba y el eco de la delicada voz de McKenzie resonando en el frío cemento del vestíbulo.

—Katrina, ¿con quién estás hablando?

Me giré, miré el pasillo y vi que no había más que sombras. Estaba vacío, menos por McKenzie asomada por la puerta. Bellamy se había marchado.

—Con nadie —contesté, intentando encontrar alguna excusa—. Solo estaba... cantando.

Eso suena superridículo, Katrina.

McKenzie se movió con la gracia de una bailarina y me acompañó al

pie de la escalera.

—Bueno, me alegro de que estés de mejor humor. —Sonrió.

Para nada.

Si supiera que el corazón se me quería salir del pecho mientras luchaba contra aquel tsunami de emociones... Pero ella solo me veía ahí de pie, en frente de unas escaleras, sin la menor idea de que un momento antes había estado discutiendo con un pirata fantasma desalmado.



## EN LA ESTACADA

Mientras volvía arriba con McKenzie, retorcí los dedos nerviosa, debatiéndome entre si contarle o no el caso de Serena. Teniendo en cuenta la cantidad de pódcast de «crímenes reales» que le había oído escuchar a través de la pared, pensé que era muy probable que lo reconociera. De pronto, me acordé de algo que había dicho hacía tiempo. La noche que le hablé por primera vez de Bellamy. No podía quitarme la idea de la cabeza. No podía esperar, cuando quizá la solución fuera la persona que tenía al lado. Me preparé para preguntarle, maquinando cómo hacer que sonara lo menos sospechoso posible.

McKenzie se quitó los zapatos junto a la puerta y se retiró a su habitación con un delicado bostezo. Me quedé plantada en medio de la cocina, dudando si entrar o no en mi dormitorio. La soledad me invadió al pensar a lo que me enfrentaba. Si la historia era cierta, y Milo y Bellamy habían ayudado a matar a Serena, ¿de verdad podía yo evitar que se llevaran lo que habían venido a buscar? Lo dudaba. En mi interior, tenía la sensación de que cuanto más tiempo mantuviera alejado el collar del psicópata de su capitán, más se convertiría todo en un juego de supervivencia. Me giré y arrastré los pies hasta la puerta de mi compañera.

-McKenzie, ¿me dijiste que tu primo trabaja en el departamento de

policía, no? —Las palabras salieron de mi boca antes de que me diera tiempo a pensarlo. Estaba más desesperada de lo que creía.

- —Sí, ¿por? —Me hizo señas para que entrara en su habitación. Estaba sentada en un puf mullido que prácticamente la engullía. Me senté a su lado en el suelo.
- —Puede que esto suene raro, pero estoy haciendo un proyecto para subir nota. —Me lo estaba inventando sobre la marcha, y esperaba que el resultado no sonara demasiado ridículo—. Tengo que encontrar una fuente alternativa sobre este artículo antiguo del periódico y escribir sobre ello. Busqué entre mis fotos, me detuve en la que le había hecho al artículo y se la enseñé—. Pero me está costando encontrar más información.

Los ojos de McKenzie recorrieron la página, esforzándose por leer la pequeña letra. Me di cuenta de que había llegado a la parte del cadáver en el océano porque sus cejas se elevaron tanto que casi le tocaban la línea del pelo.

- —Dios, esta es la leyenda de la isla que te conté. ¡Qué miedo! Supongo que pasaría de verdad. —Alzó las cejas de nuevo—. Es un proyecto un poco raro. —Se recostó sobre el puf con el ceño fruncido. Sentí que sospechaba algo.
- —Ya, es un trabajo rarísimo. —Me sentía mal por mentirle, pero no tenía otra opción. No había forma de hacer que la verdad sonara normal.

McKenzie se quedó en silencio.

Por favor, créetelo.

- —Em... —Se mordió el labio inferior. Traté de imaginar lo que podía estar pensando y contuve la respiración. De repente, se levantó de su asiento—. Eh, qué demonios. ¡Vamos a preguntarle!
  - —¿En serio? —Mis ojos se llenaron de esperanza.
- —¡Sí! Le voy a escribir para que me dé su correo. Luego podemos ver si te puede ayudar. Pero no prometo nada. En realidad, no sé cómo funcionan todas esas cosas.

McKenzie le escribió al momento y me aseguró que por la mañana me diría si su primo había contestado.

Pasé los brazos por detrás de mi cabeza, me estiré y me incorporé para ir a mi habitación. Cuando salí por la puerta pensé que era una suerte tener a McKenzie. Me giré y me apoyé en el marco.

—Oye —le sonreí y levantó la cabeza de la pantalla del móvil—, gracias por ayudarme. Eres una amiga genial.

- —¡Shh! No seas tonta. —Agitó una mano de forma despreocupada.
- —Solo quería que lo supieras. —Le dediqué una última sonrisa.
- —Por ti lo que sea, amor. —Cerró los ojos y frunció los labios, como si lanzara un beso.

Salí de su habitación sintiéndome ligera. Anhelaba que llegara el día siguiente, porque sabía que mi mente no estaría en paz hasta que resolviera el misterio.

Antes de meterme en la cama, pensé en quitarme el collar y ponerlo en algún lugar seguro. ¿Pero dónde lo estaría realmente? Si Bellamy ya se había colado en nuestra habitación para dejar la nota, él o Milo podrían volver fácilmente a por él. Bellamy ya lo había intentado cuando estaba despierta, de modo que sabía que no lo repetiría. Pero no me creía nada de lo que había dicho sobre protegerme. Y si de verdad habían matado a Serena, robar el collar sería un juego de niños. Si lo escondía en algún lugar de la habitación, les sería más fácil encontrarlo mientras dormía.

Llévalo siempre contigo... Es la única oportunidad que tenemos.

Repetí las instrucciones de la nota en mi cabeza, poniendo una mano sobre el collar, presionándolo sobre mi pecho. Me recosté en la almohada, con mi pelo largo suelto alrededor e inspiré profundamente, con la esperanza de que al día siguiente podría conseguir algunas respuestas.

Empecé a tararear suavemente una canción para mantener a raya mis pensamientos. Había surgido de la nada, como un recuerdo lejano que no lograba ubicar. La melodía me resultaba familiar. ¿Dónde la había oído antes?

Mientras aquella extraña canción de cuna me ayudaba a conciliar el sueño, deseé poder descansar toda la noche, aunque sabía que era poco probable.

A la mañana siguiente me desperté sin haber tenido ningún sueño, ni bueno ni malo, y sin figuras acechando entre las sombras. Me sorprendió especialmente ver que eran más de las doce y media cuando abrí los ojos. Era muy raro sentirme tan descansada.

Comprobé el teléfono y vi que McKenzie me había escrito un mensaje por la mañana e inmediatamente lo abrí.

Me emocioné cuando leí que me había enviado un contacto: Teniente Jared Burke. Sin perder un segundo, escribí un correo en mi móvil, presentándome y pidiéndole la información disponible sobre el caso cerrado de Serena Loveday.

Durante una hora revisé el correo electrónico sin parar, mientras me extendía el acondicionador para proteger mi pelo rebelde de la humedad de Florida y me aplicaba máscara en las pestañas, ya oscuras de por sí. Pero por más que actualizaba mi bandeja de entrada, no recibía respuesta alguna. Sabía que estaba siendo demasiado impaciente. Era sábado, así que asumí que era poco probable que el primo de McKenzie se metiera en su correo aquel día.

Sabía que aprovecharía mejor el tiempo si investigaba la oscura historia de la familia de mi madre y el collar. No estaba dispuesta a dárselo tan fácilmente a esos piratas cuando era la única pista que poseía para cambiar el fatídico destino de mi madre... y quizá el mío.

Desayuné en la cocina, engulliendo los cereales azucarados antes de empezar otro día de investigación. Acurrucada en un banco del Jardín Sur, analicé todo, cada fecha y cada nombre. Tomé notas en mi cuaderno de bocetos como una conspiranoica obsesiva. Prácticamente conocía de memoria mi ascendencia materna. Fechas de matrimonios, bautizos, censos, historiales médicos. Acumulaba toda la información que podía encontrar, pero nada estaba relacionado. Mi tataratataratataratatarabuela Martha ingresó en un manicomio. Interesante. Nada explicaba el porqué, aunque yo tenía mis propias teorías.

Conseguí encontrar un PDF de mala calidad de una carta manuscrita de finales del siglo xvIII dirigida a Marina, en la que alguien le suplicaba, o más bien le exigía, que no se casara y se mudara con un pescador al puerto de Massachusetts. El autor se refería a Marina como «mi hija», así que me pareció útil para encontrar información anterior a ella. Gran parte de la carta estaba demasiado borrosa como para entenderla, y el nombre de quien la escribía estaba medio perdido. La única cosa que reconocí fue la primera letra del nombre, una gran G mayúscula. Guardé una copia en mis archivos, junto con todo lo demás que había encontrado, aunque esta parecía otra pieza inútil del puzle. Nada me aportaba información sobre el collar o sobre qué desencadenó las pesadillas.

Cuando me di cuenta, el sol se estaba poniendo. No sabía dónde estaría más segura, pero sí que no debería permanecer sola al ocaso si de verdad había un capitán sanguinario buscándome por la noche. Me puse de pie para pensar, y de repente escuché una voz familiar no muy lejos, así que miré alrededor para encontrar de dónde venía.

Miré hacia el paso de cebra que tenía delante y, para mi sorpresa, vi a

Ty bromeando y riéndose con un pequeño grupo de amigos entre los que estaba McKenzie. Mi primer instinto fue apartar la mirada y esperar que no me hubieran visto, pero recordé que mi objetivo era no ser vulnerable. Ellos eran la solución perfecta. Crucé el paso de cebra y me aseguré de que McKenzie me viera. Y funcionó.

- —¡Katrina! —gritó. Creí ver cómo Ty ponía los ojos en blanco, pero pensé que probablemente estaba siendo paranoica—. Te iba a invitar a venir con nosotros, pero seguías durmiendo. ¿Qué haces?
- —He venido a hacer... deberes. —Me encogí de hombros—. ¿Vosotros qué hacéis?
- —Ah, un poco de todo, la verdad. Hemos ido a comer a un sitio muy chulo cerca del muelle. Y ahora íbamos a ir de compras. —McKenzie se giró hacia el grupo de gente que había junto a ella, todos ellos estudiantes —. Estos son Jade, Liam y Caylin. Puede que los recuerdes de alguna fiesta.

No los reconocí, pero asentí igualmente. En la fiesta de Halloween estaba demasiado traumatizada como para prestar atención a nadie. Además, todo el mundo iba disfrazado. En el resto de fiestas solo intentaba llegar al final de la noche.

—¡Me acuerdo de ti! Eres la chica de las acuarelas. —Caylin sonrió, entrecerrando los ojos. Se apartó un mechón rubio de la cara mientras agarraba a Liam del brazo.

Ahora sí me acordaba de ellos. Caylin era la que me dijo que estaría bien si mezclaba tres bebidas distintas en una hora. No estaba segura de haber oído hablar a Liam alguna vez, pero parecía simpático.

La otra chica, Jade, me miró secamente con sus ojos color avellana. El pelo negro le caía sobre los hombros. Sonrió, pero era una sonrisa fría y distante. No pude evitar fijarme en la forma en que miraba a Ty mientras McKenzie hablaba.

- —Justo íbamos a algunas tiendas en San Agustín. ¿Quieres venir? preguntó McKenzie, con los ojos brillando de entusiasmo.
- —Pues la verdad es que sí. Estaría genial. —Lo decía en serio, pero sabía que era raro que sonara tan emocionada.
- —¿En serio? Pues vamos. Qué bien que lleves deportivas. Hay que caminar mucho por el casco antiguo. ¿A que sí, amor? —Miró a Ty, que no parecía muy contento de que me uniera al grupo.

Subimos al Range Rover de Jade y cruzamos la ciudad de Constantine hasta llegar a la vecina San Agustín, más grande, para pasar una tarde de compras de lujo. Yo fui de espectadora. Cada vez que entrábamos en una tienda, me acercaba a algo que me llamaba la atención, miraba el precio y casi me atragantaba. Llegó un punto en que dejé de hacerlo y acepté que no iba a comprar nada.

Pasé gran parte del tiempo escuchando las constantes y animadas discusiones entre Ty y McKenzie, sin perder de vista a Jade, a quien le gustaba interrumpir con sus propias bromas. Me preguntaba si McKenzie era consciente de que estaba intentando ligar con Ty o si simplemente le daba igual. Liam y Caylin eran muy reservados, pero a veces ella intentaba hablar conmigo cuando la conversación se quedaba en silencio. Me enteré de que su padre era abogado mercantilista y de que su madre tenía un elegante salón de belleza en la ciudad. Solo estaba en la EAI por vivir la «experiencia», pero su especialidad era el teatro. Liam estudiaba diseño de videojuegos. Eran una buena distracción.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó Caylin.

Se lo agradecí muchísimo. Había digerido los cereales hacía mucho y el estómago me sonaba desde hacía horas.

- —¿Volvemos a Constantine para cenar y tomar algo? —sugirió Jade. Fue una de las pocas veces que se dirigió a todo el grupo.
  - —Me parece bien —dije.

Jade puso mala cara, aunque se relajó cuando Ty también asintió. Solo esperaba que eligieran algo que no costara la mitad de lo que yo ganaba con la venta de uno de mis cuadros en la tienda de antigüedades de la esquina.

Mientras volvíamos a la zona de pintorescos restaurantes y cafeterías de Constantine, pasamos por delante de la terraza donde Bellamy me había hablado por primera vez de la maldición de las sirenas. Me recorrió una repentina sensación de miedo cuando me fijé en la mesa en la que nos habíamos sentado. Algo cambió y tuve una corazonada.

El grupo se decidió por un restaurante griego con terraza bajo un entramado de hiedra y luces sin preguntarme. Había estado demasiado ocupada con mis pensamientos como para dar mi opinión. Mientras esperábamos para sentarnos, nos apoyamos en una pared de ladrillo justo al lado de las mesas de fuera y escuchamos las baladas clásicas que el músico en vivo interpretaba con su guitarra. Me rugió el estómago cuando los camareros pasaron cargados de pan fresco. El olor a aceite de oliva y queso feta me hizo la boca agua.

A estas alturas, todos estábamos demasiado cansados y hambrientos

como para charlar, así que la conversación que habíamos tenido durante el camino casi desapareció. Mientras me debatía entre si pedir *souvlaki* o ensalada, ocurrió algo que me quitó el apetito.

Entre la multitud que pasaba por la zona, me llamó la atención un grupo particular. Eran unos seis o siete hombres, unos de mediana edad y otros de unos treinta años, que merodeaban y observaban con recelo a cada persona con la que se cruzaban. Caminaban por las pasarelas con sus vaqueros rotos y sus pesadas botas, y su presencia amenazadora enturbiaba el ambiente. Me di cuenta de que intentaban pasar desapercibidos, pero yo tenía claro que no iban simplemente de paseo por la ciudad. Algo en su modo de observar a los demás viandantes me secó la garganta y me heló el cuerpo. Cuando se acercaron al lugar donde estábamos esperando, me rodeé el cuerpo con mis propios brazos en actitud defensiva.

De pronto divisé una melena rubia que conocía muy bien. Entre las siluetas de los tres fornidos hombres que iban a la cabeza del grupo, pude distinguir a Milo, que se comportaba igual que ellos. Les dijo algo y cambiaron completamente de dirección, como si les hubiera dado una orden. Mientras los observaba, con los ojos muy abiertos y las manos sudando, la mirada de Milo se cruzó con la mía. Frunció el ceño como si estuviera preocupado, sin dejar de mirarme. Los hombres seguían enzarzados en una acalorada discusión. Milo hizo un gesto con la mano para que me fuera, y en silencio pronunció: «escóndete». Bajé la mirada al suelo pestañeando, con miedo de todo lo que aún ignoraba sobre él.

El corazón casi se me salía del pecho. Aun así, me arriesgué a echar un último vistazo y observé que todos tenían algo en común. Los aros de las orejas y los tatuajes de marinero en los brazos indicaban que se trataba de una banda de moteros o de una tripulación de piratas inmortales, y no era difícil adivinar cuál era de las dos.

Me solté la coleta para que mi espesa melena me cubriera la cara y el cuello, al tiempo que me servía de las sombras de mis amigos como barrera. Me recorrió un escalofrío. Estaban aquí, buscándome, tal y como Milo dijo que harían. Y ahora Milo me estaba avisando. Pero ¿por qué? Si fue capaz de hacerle algo tan terrible a Serena, no se esforzaría tanto en ayudarme. A menos que... fuera de eso de lo que quería redimirse.

Tenía un nudo en el pecho. Supliqué en silencio al destino que nos dejara una mesa libre para poder apartarnos de su camino. Con los nervios a flor de piel y la mandíbula en tensión, seguí mirándolos por el rabillo del

ojo a través de mi cortina de pelo. Por suerte, me resultó bastante fácil permanecer oculta tras el cuerpo musculoso y atlético de Ty. Pero si por casualidad se acercaban y se daban cuenta de mi presencia, no tenía a dónde ir. Agarré el collar con fuerza e intenté moverme hacia la pared cubierta de hiedra que teníamos detrás.

El miedo se apoderó de mí cuando Ty, que se había dado cuenta de que aquellos hombres extraños nos acechaban, les hizo una peineta.

—¿Puedo ayudaros en algo, idiotas? —gritó.

Para mi sorpresa, surtió efecto y los hombres apartaron la mirada.

Al asomarme entre Caylin y Liam, vi que Milo estaba hablando de nuevo con los hombres. Esta vez casi parecía estar discutiendo con ellos, y señalaba en dirección contraria. Tras un breve debate con uno de los mayores, todos volvieron a centrarse en la dirección por la que habían venido. Un momento después, regresaron por el mismo camino. Tres de ellos se separaron del grupo y se dirigieron a una calle cercana, escudriñando con una mirada agresiva.

Suspiré aliviada y sentí que la sangre me volvía al rostro. Cuando la camarera vino a ofrecernos una mesa, noté que ya no tenía hambre, solo el estómago revuelto.

Si Milo quería matarme, ¿por qué parecía que intentaba salvarme? Quizá Russell se equivocaba. En ningún momento dijo que hubiera visto a Milo llevándose a Serena. Tal vez Bellamy tuviera algo que ver con la muerte de Serena, pues parecía que tenía algo que ocultar. ¿Pero Milo? No. Me negaba a creerlo.

El resto de la noche fue borrosa. Me esforcé por comer un poco e intervine solo lo preciso en la conversación, pero mi mente estaba en otra parte.

- —Bueno, chicos, ha estado genial, pero tenemos que irnos —dijo Jade apoyando las manos sobre la mesa—. Si queréis que os lleve de vuelta al campus, hablad ahora.
  - —¿Qué? —objetó McKenzie—. ¡Pero si no es tan tarde!
- —No, pero algunos de nosotros tenemos que ir a trabajar por la mañana. No me puedo permitir ir cansada.
- —¿Trabajas? —Caylin arqueó sus cejas castañas con una sonrisa burlona. Yo me quedé igual que ella.
- —No preguntes. Mi padre me obliga a hacerlo por la *experiencia*. Precisamente tú deberías entenderlo, Caylin, teniendo en cuenta que

literalmente estás en la EAI por lo mismo.

El rostro de Caylin se ruborizó bajo el maquillaje.

- —En fin, si alguno quiere que lo lleve de vuelta al campus, es ahora o nunca —repitió Jade, poniéndose de pie y cogiendo su bolso sin perder un segundo.
  - —Uf, vale —refunfuñó Caylin.
  - —Yo también me apunto. —Ty se unió de repente.

McKenzie se quedó boquiabierta y lo miró sorprendida, como si acabara de hablar en otro idioma.

- —Bueno, yo aún no estoy lista para volver, ¿vale? —espetó—. Así que no contéis conmigo.
- —Como quieras —replicó Jade con suficiencia, sin mirarla siquiera—. ¿Katrina?

Cuando pronunció mi nombre, sentí como si me echara un vaso de agua fría en la cara. Miré a McKenzie. Sabía que ella no iba a cambiar de opinión.

- —Me quedo con McKenzie —contesté. Y añadí—: No puedo dejarla sola.
  - —Como quieras. Es vuestra decisión, chicas.

No pude evitar fijarme en Ty, y en la forma en que los ojos de Jade observaban cada uno de sus rasgos.

Todos se despidieron y regresaron al coche, dejándonos a McKenzie y a mí solas fuera del restaurante.

- —Bueno, ¿y ahora qué? —pregunté girándome hacia ella.
- —No lo sé. ¿Por qué no vemos qué se puede hacer por aquí? Es sábado por la noche. Tiene que haber algo interesante.

Oh, sí que hay algo interesante.

Miré a mi alrededor, asegurándome de que no hubiera piratas persiguiéndonos. No podían andar muy lejos si se habían quedado en la ciudad. Empezamos a caminar por el camino iluminado por las farolas. Un coche de caballos pasó junto a nosotras, con sus estridentes cascos resonando sobre el adoquinado como una melodía romántica.

- —¿Puedo preguntarte algo? —le solté a mi amiga pelirroja.
- —Em, ¿claro? —dijo bromeando.

Yo también me reí, pero luego me aseguré de sonar seria.

—¿No te das cuenta de que Jade está colada por Ty? Y a él ni siquiera parece importarle.

- —Sí —suspiró—. Lo sé. Pero así son los tíos. No se dan cuenta de que se comportan como idiotas.
- —¿No te preocupa que se haya ido con Jade? Quiero decir, ni siquiera se ha ofrecido a quedarse contigo. Si yo no me hubiera quedado, ¿te habría dejado sola?
- —Esa es una buena pregunta. —McKenzie se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice—. Puede que tengas razón.

Doblamos la esquina. La calle estaba menos concurrida y los callejones eran un poco más oscuros.

- —Lo que quiero decir es... que tengas cuidado. No me gustaría que...
  —Me tragué las palabras, incapaz de terminar la frase, al notar movimiento entre las sombras frente a nosotras.
  - —¿Qué? —preguntó McKenzie, mirando en la misma dirección.

Ella no había visto al hombre corpulento con la calavera tatuada en la frente volverse hacia nosotras. Pero yo sí. Y tenía los ojos clavados en él cuando le contesté a McKenzie.

—Corre.



## **EN APUROS**

Nos dimos la vuelta sin pensarlo y salimos corriendo hacia el pueblo. El hombre no dudó en seguirnos, y al echar un vistazo por encima del hombro, me di cuenta de que no estaba solo. Otros dos hombres de la tripulación que acompañaban a Milo habían aparecido de la nada y lo flanqueaban. Pero ¿dónde estaba Milo?

La multitud empezaba a disminuir a esas horas de la noche, pero aún había suficiente gente en las aceras como para crear un laberinto de cuerpos perfecto para abrirnos paso y distanciarnos de nuestros perseguidores. El pulso me latía en los oídos como el redoble de unos tambores de guerra. Atravesamos las calles a toda velocidad, cruzando de acera mientras esquivábamos los taxis y las motos que nos pitaban. Los hombres nos seguían con una rapidez increíble.

—¡Por aquí! —Pensé velozmente, metiéndome por un callejón estrecho apenas visible entre dos edificios que vi en el último momento.

Las paredes de ladrillo se estrechaban como un embudo a medida que nos adentrábamos en las sombras. Solo podíamos ir en una dirección: hacia delante. Los piratas estaban cerca, y sabía que tendría que improvisar algo para deshacernos de ellos. Seguro que conocían cada rincón de aquellas calles. Habían tenido siglos para hacerlo.

Al final del callejón se levantaba un muro cubierto enteramente de hiedra. Trepamos por él nerviosas y asustadas. McKenzie no cayó de pie, pero la agarré del brazo y la ayudé a levantarse.

- —¿Quiénes son? —preguntó jadeando McKenzie, con la voz chillona a causa del pánico.
- —No… no lo sé. Unos idiotas repugnantes. —No podía decirle la verdad—. Da igual, solo tenemos que alejarnos de ellos.

Me dolía el tobillo. Casi se me había curado, pero tanto correr lo había empeorado.

Seguíamos oyendo las bocinas de los coches cuando cruzábamos, hasta que llegamos al extremo opuesto de la ciudad. Por una fracción de segundo, consideré la posibilidad de lanzar el collar a aquella maldita tripulación y no mirar atrás, pero recordé que podía ser la única clave para salvar a mamá. Así que me aferré a él y seguí corriendo.

El miedo me arrastraba como una corriente antes de que pudiera pensar en nada. No fui consciente de a dónde me llevaban los pies hasta que leí el letrero de una calle conocida en el cruce. Bay Side Relics, la tienda de antigüedades donde vendían mis cuadros, estaba a la vuelta de la esquina.

Sin pensarlo dos veces, giramos a la derecha, ocultándonos tras el edificio de la esquina. Miré hacia atrás para asegurarme de que nuestros agresores no estaban a la vista y me acerqué al único lugar que conocía. Un segundo después, empecé a tirar de la puerta de la tienda de antigüedades, desesperada por encontrar la forma de entrar. McKenzie aporreó la puerta, mirando a través del cristal la escasa luz que iluminaba el interior. Estaba cerrada, como me temía.

Sabía que los piratas nos estaban alcanzando. En cualquier momento doblarían la esquina y nos tendrían acorraladas. No había forma de recuperar el tiempo perdido intentando entrar en la tienda.

—¡Allí! —señalé, con cuidado de no levantar la voz y llamar la atención.

Corrí hacia un viejo Bronco de los setenta aparcado cerca. Estaba abierto. De un salto me subí a la parte trasera del coche. McKenzie me siguió y nos agachamos.

La espera en silencio se me hizo eterna. Hubiera asegurado que el latido de mi corazón nos iba a delatar. Sabía que pronto oiríamos pasos, así que cuando sonaron las botas sobre el asfalto, no me sorprendí. Pero estaba aterrorizada.

Entonces las pisadas se hicieron más lentas. Me aplasté en el fondo del coche, conteniendo la respiración.

Los pasos se ralentizaron aún más; parecía que se habían detenido justo al lado del vehículo. McKenzie estaba hecha un ovillo con la cara apretada contra el asiento trasero. Me miraba con los ojos muy abiertos y vidriosos, con una visible expresión de angustia.

Esperamos y esperamos. El silencio era insoportable.

Agucé el oído intentando escuchar. Por fin, alguien habló.

- —No está aquí —refunfuñó un hombre con voz áspera.
- —Señor, ¿seguro que era ella? —inquirió otro, tan inexpresivo como el anterior.
- —Tenía que serlo —respondió la voz áspera—. Ahora sigamos buscando o las perderemos definitivamente. No pueden estar lejos.

Sentí un gran alivio. Miré a McKenzie para ver si ella también las había escuchado, pero parecía que no.

Mejor. Menos preguntas.

En ese momento, una campana tintineó a unos metros. Reconocí aquel sonido. Era el timbre de la puerta de la tienda, que sonaba cada vez que alguien entraba o salía.

- —¿Buscaban algo? Si es así, vuelvan mañana —intervino una voz engreída, molesta y mucho más joven que las anteriores—. La tienda está cerrada.
- —Ya nos íbamos. No se preocupe —dijo el de la voz áspera, aunque por el tono parecía dispuesto a atacar, el cambio de volumen me indicó que se alejaba.

Esperé a que las pisadas se desvanecieran en la noche antes de asomar lentamente la cabeza por el borde de la puerta trasera. No vi a nadie. Volví a agacharme y me acerqué a McKenzie con el pulgar hacia arriba, indicando que algo pasaba fuera. Las dos nos incorporamos despacio y vimos a un tipo de más o menos nuestra edad en la puerta de la tienda, revolviendo un juego de llaves en la cerradura.

Giró y se dirigió al Bronco, murmurando en voz baja y mirando al suelo. Cuando levantó la vista y reparó en las dos chicas agotadas y sentadas en los asientos traseros, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Fuera de mi coche! —Sus profundos ojos marrones se clavaron en nosotras, especialmente en McKenzie.

Mi amiga levantó las manos e intentó explicárselo.

—¡Nos estábamos escondiendo! Lo sentimos, ¡pero esos hombres nos estaban persiguiendo!

Asentí cuando vi que nos miraba alternativamente.

- —¿En serio? —enarcó una ceja.
- —Lo juro —suplicó McKenzie.
- —Vale. Bueno, ahora que se han ido, ¡fuera de mi coche!
- —¿En serio? —McKenzie se cruzó de brazos. Si seguía nerviosa, lo ocultaba muy bien—. ¿No vas a ofrecerte a llevarnos? No podemos ir solas con esos tíos asquerosos por ahí sueltos.
  - —¿Cómo sabéis que yo no lo soy? —se burló.
- —No lo sé. Pero una cosa sí sé y es que no eres muy simpático. ¿Cómo te llamas?
- —Noah —contestó sonriendo con sarcasmo. Sus blancos dientes contrastaban con la piel oscura iluminada por la luz de la luna. Parpadeó un par de veces antes de volver a hablar—. Mirad, lo siento. —Suspiró—. Ha sido un día duro en la tienda.
- —Yo soy Katrina. Parecemos el trío perfecto. Todos hemos tenido una mala noche —dije—. Pero McKenzie tiene razón. ¿Podrías llevarnos a Isabel? No creo que volver andando sea la opción más segura ahora mismo. Se está haciendo tarde.
- —Sí, vale —refunfuñó Noah. De pronto pareció reparar en que sus manos vacías—. ¡Mierda! He olvidado el ordenador. Esperad aquí... Bueno, la verdad es que podéis venir conmigo. No quiero que atraigáis más bichos raros.

Sin protestar, lo seguimos hasta la tienda. Las luces estaban apagadas excepto por unas lámparas de poca intensidad en el escaparate, que daban un tenue resplandor al lugar. Eché un vistazo a las antigüedades, los muebles viejos, los tocadiscos y las diversas obras de arte expuestas por todo el local. Detuve la vista en un viejo retrato lleno de polvo, el primero de una pila de marcos, apoyado contra la pared. Me acordé inmediatamente de haberlo visto meses atrás, cuando había traído mis propias obras para venderlas. Pero en aquel instante, algo en él me cautivó, y entendí por qué el collar me había resultado tan familiar cuando lo vi por primera vez. La mujer del retrato, que me miraba fijamente con ojos profundos y crueles, lo llevaba colgado por encima del cuello de su vestido de estilo victoriano. Un escalofrío me recorrió como una ráfaga de viento.

—Noah, ¿de dónde es este retrato? ¿Sabes quién se supone que es? —

Señalé el cuadro cuando se acercó con el ordenador en la mano.

- —Ah, no lo sé. Creo que todo lo de esa esquina fue una donación de un antiguo asilo de Kentucky. Se deshicieron de la basura y nos la dieron. Lleva aquí un tiempo. Nadie quiere estas cosas.
- —Yo sí —solté, interesada por la mención del asilo—. Me lo llevo. Ahora mismo. —McKenzie me miró, perpleja—. Para una de mis clases de arte —añadí, para que no sospechara.

Noah gruñó.

- —Mira, no tengo tiempo para esto. Me quiero ir a casa.
- —Toma —dije, sacando todo el dinero de mi cartera—. Coge lo que quieras por él.
- —El dueño ni siquiera ha puesto precio a estas cosas. No sé... —Se puso nervioso—. Mira, llévatelo. Ni siquiera está en el inventario. Nadie lo echará de menos.

Sin dudarlo, tomé el retrato, dándole las gracias una y otra vez. Mi gratitud solo parecía molestarlo aún más. Cerró la tienda por segunda vez y se sentó en el asiento del conductor de su Bronco.

—De nada. Me alegro. Pero deja de hablar tanto, me duele la cabeza.

Nos montamos en la parte trasera descubierta y me mantuve en silencio, con el retrato traqueteando contra el suelo. Traté de ocultar mi rostro mientras observaba la calle en busca de piratas.

Me sorprendió mucho que Noah se interesara de repente por los hombres que nos perseguían. Dejé que McKenzie hablara para que no me lo reprochara después.

- —¿Sabéis qué querían? —preguntó Noah.
- —No es difícil de adivinar. —McKenzie arrugó la nariz—. Un grupo de hombres. Dos universitarias caminando solas. Ata cabos.
  - —Bueno, deberíamos llamar a la policía —soltó.
  - —Vaya, mira a quién le importa ahora, ¿eh? —McKenzie se burló.
- —Esos tipos estaban merodeando por la tienda. Me tocaba cerrar y la verdad es que no quiero un robo en mi turno.

En mi cabeza, la idea me pareció casi cómica, a pesar de la seriedad del asunto. No sabían que ni siquiera cien informes policiales servirían contra aquellos hombres. Era inútil.

Si tú supieras...

Agradecí que Noah nos llevara de vuelta al campus. Me dolían mucho los pies, sobre todo el tobillo, que hasta entonces se había recuperado bien.

Cuando McKenzie y yo estábamos a punto de separarnos para ir a nuestras habitaciones, me sonrió amigablemente.

- —Sé que esta noche ha sido una locura, pero más allá de eso, me ha encantado que vinieras con nosotros. Nunca pensé que llegaría el día en que quisieras quedar con mis amigos —sonrió.
  - —Ha estado bien —asentí.

Excepto la parte en la que nos perseguían piratas inmortales.

Pero incluso entonces, me alegré del tiempo que había pasado con ella.

Le devolví la sonrisa y la abracé.

—Me alegro de que las dos estemos bien.

En cuanto McKenzie se metió en su habitación, extraje el retrato de su marco, desesperada por ver qué pistas escondía. Cuando lo miré por segunda vez, me di cuenta de que en el dorso del lienzo había algo escrito con tinta negra que casi se había desvanecido.

«Martha James Shores, 22 de marzo de 1851».

Reconocí el nombre gracias a la información que había recabado. Era una de mis antepasadas, o la artista o la modelo. O tal vez ambas. En cualquier caso, había una cosa clara: el collar era muy, muy antiguo.

Durante las siguientes horas de la noche intenté conciliar el sueño sin éxito. Con cada sombra que pasaba, me estremecía. Imaginaba ruidos. Detrás de mi puerta, al otro lado de la habitación, golpeando la ventana. Por primera vez, me daba más miedo estar despierta que dormida. Aquella noche casi habría preferido una pesadilla con tal de poder cerrar los ojos un momento. ¿Es que mi destino era volverme loca?

Tal vez debería tomarme una copa. Eso no lo había probado. No.

Cuando perdí la esperanza de dormir, encendí la lámpara y me acerqué en silencio al cuadro. La oscuridad del océano que se extendía bajo la luz de las estrellas necesitaba un retoque. Algo que sugiriera una presencia inquietante acechando entre las sombras. Difuminé un poco de negro y gris en las esquinas del agua. Unos toques de morado y azul para crear profundidad.

Mientras se secaba, cogí un trozo de papel y empecé a dibujar algo solo para mí. Con el bolígrafo, tracé el contorno de un barco sumergiéndose, medio hundido. En la parte inferior, bajo el agua, apliqué unos toques de naranja, blanco y rosa para crear el reflejo de un amanecer, y en la parte

superior pinté el cielo nocturno. De día, ahogándose en las profundidades. De noche, emergiendo con la marea en medio de la oscuridad.



## RECUPERANDO EL TIEMPO PERDIDO

Cuando abrí los ojos, el sol de la mañana iluminaba la habitación. Tenía la cara pegada a la mesa, contra algo húmedo. Levanté la cabeza, con pintura en la mejilla, y miré el boceto emborronado del barco, poco más que un irreconocible caleidoscopio azul y naranja. Me veía a mí misma en aquella mancha distorsionada de colores mezclados.

¿Qué me estaba pasando? Afortunadamente, no me había quedado dormida sobre el trabajo de la exposición.

Pasé el domingo en el Jardín Sur. Terminé el libro que estaba leyendo en un intento de ahuyentar los pensamientos que me consumían. Me encantaba estar al aire libre cuando podía, porque tan pronto como se hacía de noche me encerraba hasta la mañana siguiente.

Quería volver a llamar a mamá para seguir hablando de nuestra «maldición», pero no sabía qué podía preguntarle que no le hubiera preguntado ya. Además, no estaría como para hablar. Me preguntaba si sabría algo de nuestras antepasadas y su corta esperanza de vida. Y si se lo decía, ¿empeoraría las cosas? ¿Qué motivación tendría si creyera que no iba a vivir ni un año más? Necesitaba respuestas. Necesitaba hacer algo. Hasta que lo resolviera, podía centrarme en el otro misterio que me atormentaba:

Serena.

Aquella noche, busqué el nombre de Serena de nuevo en Google, en vano. No sé por qué pensaba que el resultado sería distinto, pero al igual que la última vez, no había nada sobre su caso que mereciera la pena. Y el teniente no me había respondido.

Traté de encontrar información sobre las sirenas y la magia, pero todo estaba relacionado con los típicos mitos y cuentos de hadas, y ninguno de ellos contaba maneras de utilizar la escama que no se me hubieran ocurrido ya. Me sentía atrapada en el tiempo, y lo odiaba. Estaba estancada en una parte de la historia que tal vez nunca pudiera descifrar, y no sabía cómo seguir adelante.

El bloqueo me duró unos días. Papá me enviaba mensajes de texto diariamente para ponerme al día sobre mamá. Y siempre era lo mismo: desmayada, tambaleándose o finalmente dormida.

Esperé, le envié otro correo al teniente y volví a esperar.

Después de terminar los deberes, me pasaba todas las noches intentando comprender las fechas y los nombres de los ancestros de mi madre.

Cada día que pasaba sentía que la amenaza estaba más cerca. Mis pesadillas seguían siendo imprevisibles, y cuando aparecían, eran cada vez peores. Cantar aquella nana extraña a veces me ayudaba, aunque incluso su efecto era irregular, así que nunca sabía qué esperar. Nada me aterrorizaba más que la idea de dormir, aunque mi cuerpo me lo pedía constantemente. Tenía miedo de lo que podía entrar en mi mente y en mi habitación mientras dormía, así que permanecía despierta cada noche, esperando lo peor.

Encerrada en el dormitorio, me mantenía ocupada con los deberes y añadiendo cualquier pequeño detalle imaginable a la obra que iba a exponer. A medida que pasaban los días, me iba convenciendo de que no había pasado nada, que el barco pirata, la maldición de la sirena, Bellamy, Milo, Valdez... todo eran imaginaciones mías. Sin embargo, la delicada cadena que llevaba al cuello me recordaba constantemente lo contrario.

Además, parecía absurdo, pero estaba convencida de que alguien me vigilaba. O eso o me estaba volviendo loca. Todas las tardes cuando volvía a la residencia después de clase, un pájaro blanco con alas oscuras, mucho más grande que una gaviota, planeaba junto a mí y se posaba en el muro de la bahía. Se quedaba allí hasta el anochecer y, entonces, levantaba el vuelo y se perdía en la puesta de sol. Lo cierto es que no estaba segura de si lo hacía para vigilarme o para protegerme.

El miércoles siguiente, la alarma me despertó. Tenía clase a las ocho y media y era la tercera vez que sonaba, así que disponía de apenas quince minutos para vestirme y salir por la puerta. Sin inmutarme, me di la vuelta para coger el móvil y lo acerqué mientras hundía la nariz bajo las sábanas. Con ojos somnolientos, abrí el correo electrónico, suplicando tener noticias del policía. Casi grité de alegría cuando vi que el nombre del teniente aparecía en la bandeja de entrada. Por fin.

Hola, Katrina:

¡Tienes suerte de conocer a McKenzie! Estos informes son públicos, pero probablemente te habría costado mucho encontrarlos si no me hubieras preguntado a mí directamente. Hay muchas historias raras respecto a ese suceso, por lo que espero que esto te ayude. Suerte con tu proyecto.

Teniente Burke

En el correo venía adjunto un PDF con los informes escaneados. Me temblaban los dedos, pero abrí el archivo lo más rápido que pude. Sabía que debía prepararme para ir a clase, pero me daba igual. Con los ojos clavados en el informe, eché un vistazo a la información que ya conocía y busqué desesperadamente algo nuevo. Y entonces lo vi. El nombre y la dirección de la única persona que había presenciado el incidente. El nombre de la única persona que podía decirme lo que necesitaba saber, la propietaria del Circo Marino Vista Laguna, Cynthia Gutiérrez.

Con el nombre y la dirección en la cabeza, busqué rápidamente en Google dónde se encontraba. Quedaba a unos veinticinco minutos de Isabel en coche. Se me ocurrió que tal vez la dirección hubiera cambiado, teniendo en cuenta que aquel informe se había escrito hacía más de treinta años. Tal vez Cynthia ni siquiera siguiera viva, pero era mi única oportunidad de acercarme a la verdad.

Veía avanzar la hora en la pantalla de mi móvil. Ya llegaba tarde. Faltaban cinco minutos para la clase, pero mi mente se había desbocado y era incapaz de frenarla. Aunque normalmente era muy estricta con la asistencia, hoy me daba igual. Conocer la verdad sobre los dos piratas misteriosos que luchaban por mi lealtad era lo más importante. Nuestros destinos estaban en juego.

Decidí no ir a clase y me vestí a toda prisa. Me colgué la mochila al hombro y salí por la puerta, ignorando el ligero dolor del tobillo y rezando porque aquel viaje no fuera en vano.

El trayecto no hizo más que aumentar mis expectativas, igual que cada semáforo intensificaba mi sensación de urgencia. Contuve la respiración al llegar a la zona, cuestionándome mi propia estabilidad mental. ¿De verdad estaba haciendo eso? Hablar con desconocidos no era mi punto fuerte, algo que no había pensado hasta ese momento. ¿Mi plan consistía en llamar a la puerta de una persona desconocida y preguntarle por un asesinato de los años ochenta?

Agarré el volante con más fuerza debido a los nervios. La voz robótica del GPS me indicó que girara a la derecha y obedecí. Era allí. La calle Lucille. Ahora tenía que encontrar el número 405. Conduje el Cherokee entre las hileras de casas adosadas sin despegar los ojos de los buzones e intenté calmar el miedo que me revolvía el estómago.

Por suerte, había una mujer en el porche de la pequeña casa amarilla del 405 de la calle Lucille. La única plaza de aparcamiento estaba ocupada, así aparqué junto al bordillo. Cerré los ojos y respiré hondo por última vez antes de salir del coche.

Procuré acercarme amistosamente a la mujer que estaba regando las plantas. Aparentaba unos treinta años, parecía cansada y llevaba el pelo color caramelo recogido en un moño suelto. Me dedicó una sonrisa insegura, tratando de ser amable. Noté que desconfiaba, así que levanté la mano para saludarla.

- —¡Hola, buenos días! —Intenté sonar lo más dulce posible, deseando que mi voz sonara tan encantadora como la de McKenzie—. Me llamo Katrina. Estoy buscando a la señora Cynthia Gutiérrez. Antes vivía aquí. ¿La conoce?
- —Yo soy Cynthia. —La mujer cerró la llave de la manguera y el agua cesó—. ¿En qué puedo ayudarte? —No parecía molesta, pero tampoco derrochaba simpatía.

Me sorprendió un poco su edad. ¿Cómo era posible que hubiera tenido un negocio treinta años atrás y pareciera más joven que mi madre?

—Bueno —dije preparándome para la mentira—, estoy haciendo un proyecto de investigación en la universidad y me gustaría preguntarle acerca del Circo Marino Vista Laguna. ¿Usted era la propietaria?

La mujer hizo una pausa, mirándome como si acabara de confesar algún tipo de secreto del que no debería estar al corriente. Bajó la mano con la que sujetaba la manguera y su mirada fue endureciéndose según hablaba.

- —Esa es mi madre. Nos llamamos igual —contestó, poniéndose seria.
- —¿Está... está aquí? —Me sentí incómoda y culpable por molestar a aquellas desconocidas.

Cynthia suspiró.

- —Está aquí, pero... —sus palabras se interrumpieron— no está en muy buenas condiciones.
- —Lo siento. —Bajé la mirada y me aclaré la garganta, seca por los nervios. Mi yo habitual habría aceptado aquella respuesta y se habría marchado, pero no podía abandonar tan fácilmente—. ¿Cree que sería capaz de responder a una o dos preguntas? Solo será un minuto. —Intenté sonar convincente.
- —Su Alzheimer ha empeorado últimamente. No va a ser capaz de responder a nada.

Se me partió el corazón al escuchar hablar de la enfermedad. Si el tiempo había hecho estragos en lo único que necesitaba de ella, su memoria, mis esperanzas de descubrir la verdad de lo ocurrido aquella noche se reducían.

Cynthia me observaba fríamente. Empecé a darme la vuelta, rendida, cuando el chirrido de la puerta mosquitera del porche me devolvió a la realidad. Una figura pequeña y débil asomó sigilosamente la cabeza.

—¿Qué... qué... está pasando? —Una anciana frágil envuelta en una bata rosa y con una taza de café en la mano se abrió paso hasta el porche.

Cynthia me miró irritada mientras soltaba la manguera y se acercaba a la anciana. Le quitó la taza e intentó conducirla de vuelta a casa.

—No es nadie, ma. Vuelve dentro. —Le dijo en español.

Papá no me había enseñado mucho, pero aprendí lo necesario de las emisoras de salsa que ponía siempre en el taller.

La anciana se negó a obedecer a su hija y me miró intensamente. Era como si tratara de reconocer a alguien. Entornó los ojos, casi cerrados por la flacidez y las arrugas de sus párpados.

- —Serena, ¿eres tú? —Aquellos ojos arrugados se abrieron de par en par y una chispa de alegría encendió su rostro e hizo vacilar su voz. —No te veía... desde Navidad.
- —No, señora Gutiérrez, me llamo Katrina Delmar —corregí, dando un paso adelante—. Pero conozco a Serena. O al menos, sé cosas de ella.

La mirada de ilusión de la anciana se fue transformando poco a poco en confusión. Cynthia, que seguía mirándome, también parecía desconcertada.

- —¿Quién es Serena? —preguntó.
- —No seas tonta, hija —la regañó la señora Gutiérrez—. Conoces a Serena. Serena, la Reina. Es... es... —hizo una pausa, respirando hondo—

nuestra artista estelar.

Me hizo un gesto con su mano temblorosa y arrugada.

—Ven aquí, reina.

Subí los escalones de madera para encontrarme con ella en el porche. Me cogió de la mano y de repente habló con más suavidad.

- —Reina, tienes que ensayar para el espectáculo de mañana... Las nuevas aletas... ¿Has visto las aletas? Hechas a medida...
- —Señora Gutiérrez. —Aspiré el húmedo aire de Florida—. No soy Serena. Pero ¿puede hablarme de ella?
- —Oh, em... —contestó—. ¿Y cuándo has llegado? ¿Quién... quién eres?

Por la forma en que movía los ojos me di cuenta de que seguía terriblemente confundida. Fue entonces cuando saqué el móvil del bolsillo trasero de mis pantalones cortos y le enseñé la foto de Serena en el periódico.

- —Soy Katrina —le recordé.
- —Oh. ¿Dón... dónde está Serena? —Dio un respingo, como si buscara a la chica.
  - —Siento decirle esto, pero Serena murió hace unos años.

Cynthia giró la cara hacia mí con mirada amenazante.

Las manos de la señora Gutiérrez temblaron cuando me cogió el teléfono. Examinó la imagen durante lo que parecieron horas, mientras Cynthia y yo esperábamos su reacción. Esperaba no haberla molestado.

La anciana se dio la vuelta, todavía con el teléfono en la mano.

—¿Mamá? —Cynthia puso una mano sobre el hombro encorvado de su madre.

Oímos una melodía temblorosa que salía de los labios de la anciana. Comenzó como un murmullo, pero luego su voz creció hasta que las palabras fueron claras. Cantaba la letra a la perfección, sin trabarse ni tartamudear.

Ven a verme una vez más junto a la orilla del mar. A la luz de la luna ámame y déjame. Y al amanecer, persígueme para toda la eternidad. Cuando terminó la canción, apreté instintivamente el collar. Desprendía un calor inusual.

- —¿Qué canción es esa, mamá? —preguntó Cynthia, desconcertada por la repentina lucidez de su madre.
- —Serena solía cantarla. Todo el tiempo. De hecho, la estaba cantando cuando...
- —¿Cuándo qué? —No era mi intención intervenir, pero sus palabras me habían cautivado y no podía permitir que se parara ahí.

Se volvió para mirarme por encima del hombro.

—Cuando se la llevaron.

Pese al desdén de su hija, la señora Gutiérrez me invitó a una taza de café Bustelo. Cynthia era incapaz de discutir con aquella enérgica anciana. Era todo lo que me hubiera gustado que fuera la abuela que nunca llegué a conocer.

—Me recuerdas tanto a ella... —Su voz se entrecortó cuando me acarició la mano desde el otro lado de la mesa.

Sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa mientras recorría con la mirada la pequeña cocina. El color rojo cereza de la mesa contrastaba con el amarillo pastel de los armarios y las cortinas blancas con volantes. El olor a talco y café inundó mi olfato.

- —Parece que a Serena la quería mucha gente —comenté soplando el café humeante de mi taza.
- —¡Sí, era muy querida! —La señora Gutiérrez cerró los ojos—. Era una estrella. Le encantaba actuar. Brillaba cuando se ponía esas aletas. Estaba más cómoda nadando que caminando. Siempre bromeábamos con que era una sirena de verdad. —De pronto, se llevó un dedo a la mejilla—. Ahora que lo pienso, ¡creo que tengo algunas fotos! —Se giró hacia Cynthia—. Oye, hija. Tráeme el álbum pequeño de la estantería. El azul.

Cynthia sacudió la cabeza y se puso de pie para hacer lo que le había pedido. Volvió con él y lo dejó frente a su madre, que sonrió encantada, con el pintalabios rosa cuarteándose en sus labios arrugados. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció tan rápido como había aparecido.

- —¿Por qué…? ¿Qué es esto?
- —Me has pedido el álbum de fotos, ma.

- —Yo... ¿Se está quemando el café? ¿Hiciste... la compra ayer?
- Cynthia suspiró y cerró los ojos un momento.
- —Creo que deberías irte —dijo cuando abrió los ojos.
- —No seas maleducada —la regañó la señora Gutiérrez—. Enséñame las fotos.

Con un gruñido de derrota, Cynthia hojeó el álbum hasta que su madre la detuvo en las fotos del espectáculo.

—Mira —señaló—. Mira a Serena. Naranja..., le encanta el naranja. Y las trenzas... doradas en el pelo...

Me incliné sobre la mesa, contemplando la fotografía. Aunque estaba algo borrosa por el paso del tiempo, podía distinguir fácilmente la imagen de una chica que saludaba radiante a los espectadores que la observaban a través de una barrera de cristal. Su cola era como el naranja del atardecer, con toques dorados, con un sujetador a juego de color coral con conchas y estrellas de mar que contrastaba con su delicada piel morena. Por un momento fue fácil olvidar su terrible destino.

—Parecía maravillosa. —Asentí—. ¿Dónde era el espectáculo exactamente?

La anciana se inclinó hacia atrás.

- —Bueno, recuerdas... un lugar en el centro. Junto a la bahía, ¿ves? Su dedo se detuvo sobre la imagen de una estructura con grandes letras amarillas típicas de circo y cortinas de rayas azules que colgaban en la entrada. Podría haber sido en cualquier lugar del centro de San Agustín o Constantine, pero supuse que eso no tenía mayor importancia—. A veces, Serena hacía una aparición especial junto al océano, cerca de la playa de Constantine. A ellos les encantaba. —La anciana se quedó pensativa un rato.
  - —¿A ellos? —pregunté.
- —Los turistas. La gente del pueblo. Los niños... Admiradores. Le dejaban notas... Le enviaban... le enviaban flores. Pero había uno al que ella correspondía. Venía a verla por las tardes, y ella lo invitaba al camerino. A veces los pillaba cuando volvían de nadar a la luz de la luna. Era un tipo muy guapo. Pelo negro, cara bonita. Ya sabes.

Presté atención cuando mencionó a ese admirador especial.

—¿Y qué le pasó, si no le importa que pregunte?

De repente, el tono cálido de la mujer se volvió frío.

—Bueno, tienes el recorte del periódico. Ahí dice lo que pasó.

Parpadeé e intenté contener la vergüenza.

- —Sí, pero ¿de verdad cree que se ahogó a propósito? —Forcé la pregunta.
- —No lo sé... ¿Se ahogó? ¿Quién? No... ella no haría eso. ¿Está aquí? —Su respuesta fue seca. Miró a su alrededor, llamándola—. Serena, reina, ¿a dónde has ido, querida?

Tenía la sensación de que la anciana sabía más. Si pudiera sacárselo... Necesitaba conseguir que tuviese otro momento de lucidez. De pronto me acordé de Russell, de que Valdez lo había amenazado para que no se lo contara a nadie. Tal vez había actuado del mismo modo con la señora Gutiérrez. Busqué dentro de mí el valor para presionarla un poco más.

—¿Puede contarme lo que pasó realmente aquella noche? ¿Esa noche? —Señalé el recorte de periódico.

Cynthia se levantó de golpe, casi tirando la silla.

—Vale, ya es suficiente.

Pero para mi sorpresa, la señora Gutiérrez extendió la mano y le indicó a su hija que volviera a sentarse.

- —No pude... no pude demostrar lo que pasó. Nadie me creyó... Nadie... nadie me creerá. —Sus ojos caídos empezaron a brillar. Supuse que intentaba contener las lágrimas.
- —El padre de Serena la creería. Sabe que no se suicidó. Sabe que la policía lo encubrió porque no era capaz de resolverlo. —Hice una pausa, y no sé de dónde saqué el coraje para hacerlo, pero posé la mano con cuidado sobre la suya al otro lado de la mesa—. Y creo que usted también lo sabe.

La anciana se echó a llorar y, con la cabeza gacha, sollozó desconsoladamente.

Cynthia maldijo en voz baja y volvió a levantarse.

- —Me da igual, chica, tienes que irte. Mira lo que le estás haciendo. Vienes aquí preguntándole todas estas cosas raras, reviviendo un pasado que apenas recuerda...
- —Oh, no, hija. —La señora Gutiérrez aspiró, intentando recomponerse
  —. Lo recuerdo bien. Demasiado bien. Pero creen que estoy loca. Tú también lo crees. —Hizo una pausa, mirando a su hija con el ceño fruncido
  —. Pero ahora puede que haya alguien que me escuche.

La miré, aferrándome a sus palabras. Nunca había experimentado tal desesperación.

La señora Gutiérrez se acomodó en su silla y empezó a mirar un punto

en el suelo.

- —Estuve con ella aquella noche —dijo sin moverse—. Fue justo después de nuestro espectáculo... un viernes. Se llevó las aletas al muelle para nadar a solas. Estaba aprendiendo a bucear con ellas. Por supuesto, yo la acompañé, por seguridad. La cola pesaba mucho. No sé cómo nadaba tan bien con ella... —Hizo una pausa—. ¿Qué te he contado? Lo... lo siento.
  - —Ha dicho que era viernes por la noche y estaba con Serena.
- —Ah, sí... Yo la estaba esperando en la orilla. Se había sumergido hacía un rato. Me estaba preocupando. Me pareció que la inmersión duraba demasiado. Pero de pronto salió sonriendo. Le dije que se estaba haciendo tarde y que deberíamos irnos. Mientras volvía a la furgoneta, Serena se quedó un momento mirando las olas. Entonces...

Su voz se entrecortó y sus ojos empezaron a brillar. Asentí para tranquilizarla.

—Un hombre... nos atacó. No sé de dónde salió. Fue como si hubiera emergido del agua. Y tenía... una espada. Una daga. Recuerdo... Pero no pude verle bien la cara porque tenía una barba muy larga. Fue muy raro. Pensé que a lo mejor era un artista callejero que se había perdido o algo, pero sus ojos eran los del diablo. Él... él quería algo... de Serena.

Yo no paraba de mover el pie para intentar tranquilizarme. Sospechaba que estaba hablando de Valdez. Si se parecía al hombre que había visto en el barco, entonces sabía exactamente a qué se refería.

Respiró hondo y prosiguió.

—Intenté pararlo, pero me dejó inconsciente. Me desperté... solo un minuto. No podía moverme, pero lo vi llevarse a Serena. De repente, dos jóvenes salieron corriendo de la nada para detenerlo.

Bellamy y Milo.

—Conocía a uno de ellos, su amante. No paraba de chillar «¡no es lo que crees!». Le suplicó que la dejara. No reconocí al otro chico, pero tenía más o menos la misma edad. Intentaron separarlo de ella... y yo perdí el conocimiento antes de ver lo que pasó. Alguien me puso a salvo. Me desperté en el hospital.

Russell.

Cynthia nos miraba a su madre y a mí. Por su expresión, me di cuenta de que se pensaba que las dos estábamos desequilibradas. La señora Gutiérrez se secó una lágrima que amenazaba con caer por su arrugada mejilla.

—No pude demostrar nada de eso. Descartaron la idea de un asesinato. No había pruebas.

Busqué las palabras para responder. Su dolor me recordaba a Russell derrumbándose ante mí.

—Siento mucho que tuviera que vivir aquello. Y siento lo de Serena. No se lo merecía. —Apreté su mano y ella levantó los ojos para encontrarse con los míos—. Pero hay alguien más que necesita saber la verdad. El padre de Serena cree que su admirador colaboró en su muerte. Puede que le dé consuelo saber que intentó salvarla.

La señora Gutiérrez asintió y sacó las fotos de Serena del álbum.

- —Llévale esto y repítele lo que te he dicho. Explícale quién soy. Si aun así no te cree, pídele que venga aquí y se lo contaré... se lo contaré yo misma.
- —Muchas gracias, señora —dije mientras tomaba las fotos—. Me alegro de haberla conocido a usted y a su hija. Significa mucho para mí que haya sacado tiempo para hablar conmigo.

Cynthia, cruzada de brazos, seguía mirándome como si fuera un incordio. A pesar de eso, le dediqué una sonrisa sincera.

- —Espero que hayas conseguido lo que necesitabas para tu proyecto. Hizo el signo de las comillas al mencionar la palabra.
- —Así es. —Incliné la barbilla en su dirección—. Era justo lo que esperaba. Y no tengo palabras para agradecérselo.
- —Gracias, Katrina —nos interrumpió la señora Gutiérrez—, porque ahora no me tengo que llevar a la tumba lo que le pasó en realidad a Serena Loveday.

Me invadió una gran sensación de alivio. Estaba eufórica pensando que Russell por fin conocería la verdad, y tal vez pudiera poner fin a su odio hacia Bellamy y Milo.

Cuando bajé los escalones del porche, la anciana asomó la cabeza por última vez para despedirse. Me sentí muy agradecida por su hospitalidad y un poco triste por tener que marcharme.

Cuando me giré para irme, volvió a hablar.

- —¿Quién... quién eres, cariño? Creo que no nos conocemos. Debía de estar arriba durante tu visita.
- —Soy Katrina. Katrina Delmar. Soy... —Pensé en algo rápido—. Soy una amiga de Serena. —Sonreí.
  - —Oh... *Delmar*. Un apellido muy apropiado.

- —Entonces supongo que estoy en el lugar indicado. —Volví a sonreírle.
- —Oh, sí, ya lo creo que sí, nena. ¡Dios te bendiga! ¡Y no te olvides de la compra! —Y después de eso, se volvió a meter en la casa y cerró la puerta.

Al alejarme, no pude evitar fijarme en la pequeña casa amarilla de la esquina, con su puerta mosquitera y sus cestas de flores, y pensar en el secreto que había guardado durante todos esos años. Había una cosa que empezaba a entender de Constantine y es que nada era nunca lo que parecía.



## NAVEGANDO POR AGUAS TURBULENTAS

Sentía que se me partía el corazón mientras volvía al campus. Todavía estaba tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. Sospechaba que Bellamy era el admirador del que hablaba la señora Gutiérrez. Y eso significaba que tuvo que ver morir a Serena después de no haber podido salvarla. Y yo me había portado fatal con él la última vez que lo vi. Lo había acusado de asesinar a la mujer que amaba.

Y en cuanto a Milo, lo había considerado capaz de hacer algo tan horroroso, cuando en realidad había sido todo lo contrario: intentó salvarla. Ambos lo habían hecho. Pero ¿por qué parecían odiarse ahora? ¿Y para qué querría Bellamy una escama de sirena si no fuera para romper su propia maldición? Mi mente era un caos.

Dándole vueltas llegué a la conclusión de que necesitaba ver a Milo y a Bellamy. No solo para arreglar las cosas, sino también para ver si había alguna posibilidad de romper su maldición de otra forma. Puede que Bellamy supiera cómo hacerlo sin tener que entregar la escama. Si fueran conscientes de que esa era la única clave para salvar a mi madre, seguro que entenderían que no se la diera. Quizá fuera su oportunidad de arreglar lo que se había roto entre ellos. Podía llamarlos por la noche y averiguar entre

los tres qué hacer con la escama.

Me desvié hacia el muelle.

Era difícil hacer algo discreto en la playa a la hora de comer. Incluso en noviembre, siempre había gente, normalmente envuelta en una manta leyendo un libro o paseando por la orilla. Pero hice caso omiso de su presencia y de algunas miradas curiosas y avancé por la entrada del muelle.

Las rocas que había debajo creaban un saliente sobre el que reposaba el embarcadero, detrás del cual se encontraba el muelle de pesca de pago. Como no necesitaba ir por arriba, sino por debajo, pasé una pierna por encima de la barandilla que bordeaba el saliente y bajé con cuidado por las rocas hasta la arena. Las olas llegaban hasta los postes, acercándose lo justo para rozar el tercero, pero sin llegar del todo al segundo.

Fui hacia la izquierda. Milo me dijo que tallara la estrella en el segundo poste. ¿Pero con qué? Con todo el entusiasmo por llamarlos, había olvidado aquel detalle. Pensé que bastaría con las llaves del coche, hasta que me acordé de que llevaba un cúter en la guantera, un pequeño obsequio de papá. Él siempre decía que debía llevarlo por si ocurría alguna emergencia con el cinturón de seguridad o cualquier otra situación de las que preocupan a los padres.

Volví a trepar por las rocas y regresé medio corriendo al Cherokee, que había aparcado en la arena justo frente al acceso a la playa.

Tomé la cuchilla y me la guardé en el bolsillo mientras bajaba por el borde. Sentí en la piel el cálido sol, que contrastaba con la brisa marina de noviembre. Cuando llegué a la sombra del embarcadero, hacía incluso un poco de frío y metí la cara dentro de la sudadera. Como llevaba pantalones cortos, no pude hacer mucho para taparme las piernas.

Bajo el muelle había una espesa capa de arena y burbujas de espuma. Los postes crujían y chirriaban por el peso de la pasarela. Se me puso la piel de gallina al pensar que podría ser allí donde Serena estuvo la noche de su muerte.

Me coloqué frente al segundo poste, apreté la cuchilla en el lugar indicado y empecé a tallar. La hoja arañó los restos de óxido del poste metálico y me dejó las yemas de los dedos naranja. Grabé la estrella lo mejor que pude, tratando de separar sus ocho puntas de los garabatos y nombres escritos con rotulador en el metal; curiosamente, había menos de los que esperaba. Confiaba en que Milo hablara en serio, porque me sentí un poco ridícula. Entonces me acordé de Bellamy. Aunque en su momento

me molestó que me dejara su «tarjeta personal», ahora lo agradecía. Solo esperaba que buscara en el mismo sitio.

Hice un último retoque con la hoja y di un pasito atrás para admirar mi trabajo. El contorno de la estrella polar y un corazón atravesado por dos flechas resaltaban como hilos amarillos grabados sobre los caracolillos rodeados de óxido rojo. Era imposible que no los vieran si sabían qué buscar. Sonreí satisfecha.

Mientras volvía al coche, pensé en lo que Milo me había dicho sobre resurgir con la marea nocturna. Podía quedarme allí para asegurarme de que supieran que los había llamado. Toqué la pantalla del móvil para hacer una búsqueda rápida.

Consulté los horarios de la marea en una página web de pesca y enseguida supe que empezaría a subir justo después de la puesta de sol. No me movería de allí para vigilar. Recordaba que Milo me había avisado de que no era seguro estar cerca del agua, pero teniendo en cuenta el altercado con la tripulación unos días antes, pensaba que no estaba realmente a salvo en ningún sitio. Igualmente, él ni siquiera sabía dónde estaba mi dormitorio, ¿no? Dudaba que Bellamy hubiera compartido esa información con él. Seguramente, desde mi posición, sería capaz de ver que se acercaba un barco pirata antes de correr ningún peligro de que me alcanzaran. Claro que eso no fue lo que le pasó a Serena...

Mientras esté sobre el muelle, y no debajo... ¿No?

Sopesé mis opciones. Muy consciente del peligro, y quizá estúpidamente, decidí arriesgarme. Además, no podía permitir que dos piratas irrumpieran en mi dormitorio con McKenzie allí.

De vuelta a la EAI, pensé en la clase que me había saltado por la mañana y en si me habría perdido algo importante. Miré el correo de clase en el móvil y vi la fecha, 18 de noviembre. La gala de exposición era a finales de aquella semana, y me entró el pánico. Todos esos disparates de los piratas fantasma y la maldición familiar me habían tenido tan ocupada que había perdido la noción del tiempo. Necesitaba desesperadamente trabajar en mi cuadro. No quedaba mucho para terminarlo, pero sabía que aún le faltaba algo. Había un par de detalles que debía revisar ahora que todo se había secado lo suficiente como para pintar encima. Estaba perdiendo clases, así que pensé que sería sensato hacer algo productivo.

Sin embargo, lo primero era encontrar a Russell para darle las fotografías y contarle qué le pasó en realidad a su hija. Solo esperaba que me creyera. Deambulé por el campus, buscando por todos los lugares en los que solía verlo. No estaba cerca del Jardín Sur y no vi su furgoneta en el aparcamiento. De pronto me fijé en una mopa y un cubo junto a los baños del centro de estudiantes y lo esperé allí.

Pasaron unos minutos hasta que salió, con la señal de suelo mojado en una mano y una bolsa de basura llena en la otra. Caminaba con los mismos pasos cortos de siempre y había recuperado su expresión benévola y amable. Cuando lo paré, la sorpresa en su rostro era evidente.

Di un paso hacia él, sin saber cómo empezar la conversación. Afortunadamente, no hizo falta, pues miró mis manos y reconoció las fotos de su hija inmediatamente. No cruzamos ni una palabra, pero le ofrecí las fotos. Las tomó en silencio, todavía sin palabras.

—He... he hablado con la dueña. Ella estuvo con Serena aquella noche. Es la mujer a la que usted salvó. —Empecé, aclarándome la garganta seca para poder hablar—. El capitán la atacó y se llevó a Serena. Pero Bellamy y Milo intentaron detenerlo. Cynthia lo vio todo.

Esperé a que dijera algo, pero mantenía la vista fija en las fotos que sostenía entre sus manos. Pasó el pulgar sobre los bordes de la primera. Seguí esperando a que hablara. Me pregunté si debería mencionar la relación entre Bellamy y Serena, pero no lo hice. Algo me decía que él ya lo sabía. No había nada más que explicar. Solo él podía decidir si lo aceptaba o no.

Los segundos se hicieron eternos, pero Russell no levantó la vista ni habló. Lo observé respetuosamente mientras trataba de asimilarlo, y deduje que no podía esperar otra cosa.

Tras unos instantes de incómodo silencio, me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —murmuró con un leve asentimiento. Lentamente se dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo, miró sobre su hombro y añadió—: Por favor, ten cuidado.

Lo único que podía hacer era irme yo también, esperando que hubiera creído la verdad.

Pocos minutos después, subía con una energía renovada los escalones que llevaban a mi dormitorio. De repente, albergaba la esperanza de que las cosas no fueran tan premonitorias como parecían. Me había quitado un

extraño peso de encima, y esperaba que Russell también lo hubiera hecho.

El dormitorio estaba en silencio cuando entré, y supuse que McKenzie seguía en clase. Con el cuadro en mente, preparé el agua y me puse a trabajar. Pensé en cómo el muelle se había convertido en algo tan importante. Era el lugar donde yo, la tímida Katrina Delmar, podía mantener un encuentro personal con los fantasmas del pasado. Y cuantas más vueltas le daba, más irreal me parecía. Empecé a cuestionármelo todo de nuevo. ¿Algo de aquello era real? Tal vez todo era un sueño muy largo y aún no me había despertado. No lo sabía, pero internamente tuve la extraña sensación de haber atado algunos cabos.

Pinté el muelle. Fue fácil incorporarlo. Apliqué pintura oscura sobre la que ya había, una mera sombra. Me planteé añadir la silueta de una chica, esperando a ver qué traía el mar, pero decidí no hacerlo. Aún no estaba segura de eso.

Cuando terminé de pintar el muelle a mi gusto, lo dejé secar. Me pregunté qué hacer a continuación para mantenerme ocupada hasta por la noche, cuando tenía previsto volver al embarcadero. Estudiar era siempre una posibilidad, pero mi cabeza estaba fuera de control. En lugar de eso, me levanté para buscar algo que me llenase el estómago. Cereales, barritas de proteínas, plátanos y *noodles* eran lo único que había en la cocina. McKenzie y yo todavía le estábamos cogiendo el truco a eso de vivir en la residencia y hacer la compra, así que opté por una barrita de proteínas y un plátano y volví a mi habitación.

El cansancio no tardó en apoderarse de mí. Me pesaban los ojos y me invadió una sensación acogedora. Nunca dormía bien y sabía que me quedaría despierta la mayor parte de la noche si quería hablar con Milo y Bellamy. Por lo tanto, tumbada boca abajo sobre la cama, dejé que el sueño se apoderara de mí.

Las olas me envolvían mientras luchaba por salir a la superficie. El agua salada me quemaba los pulmones y la piel, que sangraba por las heridas abiertas que me cubrían los brazos, como latigazos. El agua pesaba, como una toalla mojada cubriendo cada centímetro de mí y de la que no me podía deshacer. Intenté aguantar con todas mis fuerzas las sacudidas implacables del océano, pero la oscuridad me envolvió. El azul del mar se volvió negro a mi alrededor y una presencia siniestra se cernió sobre mí. Levanté la vista, con los ojos irritados como si me hubieran arrojado pimienta. Sobre mi cabeza apareció la parte inferior de un barco de madera, que cubría el mar

con su sombra allá por donde pasaba.

Me despertó un mensaje de McKenzie. Suerte que tenía un sueño ligero. Me di cuenta de que, mientras dormía, me había enredado en la manta de Milo, que estaba doblada a los pies de la cama cuando cerré los ojos. Temblando y bañada en sudor, o en agua de mar, no podría decir en qué, agarré el móvil torpemente para leer el mensaje. Decía que no me preocupara si llegaba pasada la medianoche.

Perfecto.

Todavía estaba intentando refrenar las emociones que me había causado el sueño, y suspiré aliviada al pensar que McKenzie no estaría allí cuando me fuera. No sería necesario inventar una excusa para ocultar que me iba a reunir con Bellamy y Milo, así que le respondí que yo también estaría fuera hasta bastante tarde.

Me contestó con un emoticono de una cara dando un beso y me mordí el labio, consciente de que estaba llevando una doble vida. Envidiaba a otros estudiantes cuya mayor preocupación en esta época del año era aprobar los parciales. Pero a mí me tocaba esconderme de piratas fantasmas, resolver maldiciones de sirenas y leyendas familiares, y mantenerlo todo en secreto. No tenía elección.

Esperé en el borde del muelle, cerrado a esas horas de la noche. No me costó nada saltar la verja de la entrada y pasar al otro lado. Me movía con la paranoia de quien intenta ocultar un cadáver. No podía dejar de mirar por encima del hombro para asegurarme de que nadie me observaba.

Maldije en silencio no llevar nunca gomas de pelo. El viento del mar me lo sacudió en todas direcciones cuando llegué a la orilla. Miré el móvil por enésima vez y vi que solo habían pasado seis minutos. Hacía tiempo que el sol se había puesto. En noviembre atardecía antes, así que estaba prácticamente sola mirando a lo lejos en el muelle iluminado por la luna. Decidí que, al final, pintaría a la chica del muelle.

Sopló un viento extraño, que me acarició con una frialdad de hielo y me recordó al que había sentido en la isla cuando vi surgir el barco pirata por primera vez. Me ceñí la chaqueta vaquera para protegerme del viento fantasma. Como si me hubiera infundido algo de sentido común, empecé a pensar que aquello era una mala idea. ¿Qué pretendía? ¿Decirles a Bellamy y Milo que sentía haberlos acusado falsamente de un asesinato de hacía

treinta años y luego pedirles que se dieran la mano y se reconciliaran? ¿Vendrían siquiera? En cualquier caso, aquello no cambiaba el hecho de que necesitaban mi collar. Y yo no estaba dispuesta a dárselo hasta que supiera cómo acabar con las pesadillas de mamá. Sin embargo, tal vez resolver un problema nos llevara a solucionar el otro.

De no ser por aquel viento extraño, la noche sería tranquila: olas suaves y cielo ligeramente salpicado de nubes.

Miré la hora una vez más. Seguramente la nave ya habría ascendido. ¿Podría verla desde allí? ¿*Quería* verla?

Después de lo que me pareció una eternidad, distinguí una pequeña silueta oscura en el brumoso horizonte del océano. Me escondí tras la barandilla del muelle, con la respiración entrecortada y tensa. Cada vez se acercaba más, hasta que el sonido acompasado de los remos contra el agua llegó a mis oídos. De repente, se detuvieron y el bote se balanceó un momento en el agua, junto al muelle. El pánico se apoderó de mí y di media vuelta, con miedo de haberme convertido en un blanco fácil para aquella tripulación pirata que supuestamente me perseguía.

El muelle estaba vacío, no había nadie a la vista. Nerviosa, y arrepintiéndome de haber ido hasta allí, ordené a mis pies que se movieran más deprisa. Cuando llegué al final del muelle, a punto de saltar la verja cerrada y de hacer una pausa antes de llegar al aparcamiento, oí una voz a mi izquierda que disipó mi miedo.

—Te dije que no te acercaras al agua de noche. Y menos aquí —me recordó Milo desde abajo.

Miré, y allí estaba él, brillando como un ser sobrenatural, metido en el agua hasta los tobillos.

- —Pensaba que, si no lo hacía, no vendrías. —Me crucé de brazos.
- —¿Por qué no? ¿No he cumplido todas las promesas que te he hecho hasta ahora? —Se subió a una roca que apenas asomaba por encima del agua. El resplandor se desvaneció al instante y adoptó su forma de humana, con una piel dorada que añadía un toque de calidez a aquel oscuro paisaje.
- —Bueno…, sí. Menos la semana pasada, cuando algunos de tus compañeros nos atacaron a mi amiga y a mí.

Los ojos de Milo se oscurecieron y se llevó una mano a la frente.

—¿Tú crees que yo les ordené hacer eso? Se separaron para buscarte. Intenté mantenerlos alejados, pero no tengo ojos en todas partes. Ojalá confiaras un poco más en mí.

- —Bueno, tenía miedo de *fiarme* de ti. Pensaba que habías hecho algo terrible.
- —He hecho muchas cosas terribles. —Se le tensó la mandíbula—. Soy un pirata.
- —Lo sé. Pero me has estado protegiendo… creo. ¿Por qué ibas a hacer eso si eres tan terrible?
- —Ya te lo dije. Tengo que redimir mi alma de algún modo. Y ahora mismo, tú eres mi única oportunidad. —Hizo una pausa, mirando de nuevo hacia el agua—. Pero muchos empiezan a dudar de mí. Se están dando cuenta. Y por eso no puedes estar aquí cuando suba la marea. Te encontrarán. Ya sospechan de mí. No creen que esté ayudando a Bellamy a encontrarte, y él tampoco está contribuyendo a que piensen que estoy de su parte.
- —Espera. Déjame asegurarme de que lo entiendo. ¿Tanto Bellamy como tú habéis convencido a la tripulación de que me estáis buscando? ¿Y ambos intentáis mantenerlos alejados de mí, pero por separado? —Sentía que la cabeza me daba vueltas intentando encontrar el sentido.

Lógica pirata.

—Sí, pero no me cabe duda de que Bellamy no ha tenido ningún problema en hacer que la tripulación sospeche de mí para poder ir por su cuenta sin que se enteren. —Su voz sonaba cansada.

Me incliné sobre la barandilla para verlo mejor. De los pies a la cabeza, volvía a ser un pirata de capa y espada, con su túnica holgada del siglo xvIII ondeando al viento. Milo seguía de pie entre las rocas que golpeadas por las olas; me miró y apoyó la mano en uno de los postes. No podía negar que su manera de moverse me resultaba atractiva.

Temblé cuando se subió a las rocas y me miró desde la arena, al otro lado de la barandilla. Cuando le vi la cara, ahogué un grito. Un tajo rojo le cruzaba la mejilla y sus ojos estaban apagados.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, llevándome la mano a la cara.

Ignoró mi pregunta. Su voz se hizo más dulce, pero aún podía sentir su decepción.

- —No deberías esperarme aquí. Iba a ir a buscarte.
- —Lo sé, lo siento. —Aparté la mirada, reprochándome no haber hecho caso de sus advertencias—. Tenía miedo de que no lo hicieras. Ha pasado tanto tiempo. Tenía que hablar contigo y con Bellamy de algo.
  - —¿Por qué ibas a llamar a Bellamy? —saltó.

- —Porque pensaba que ambos habíais hecho algo horrible, y luego descubrí que me equivocaba. Y quiero saber por qué os odiáis, porque ¿cómo puedo ayudaros si no sé a quién creer? Quiero ayudaros, pero aún no os puedo dar la escama. Tiene que haber algo que podamos hacer. Bellamy parece saber mucho sobre ella. Pensaba que quizá si hablábamos con él...
  —Las palabras salieron de mi boca sin apenas pensarlas.
- —Bueno, mira a tu alrededor. ¿Lo ves? —Milo extendió las manos mientras señalaba el espacio vacío a nuestro alrededor—. Da igual. Bellamy es el único que no quiere romper la maldición, y no va a cambiar de opinión.
- —Solo porque sea el único, eso no quiere decir que esté equivocado. ¿Cómo voy a saber quién tiene razón y quién no?
- —Porque no se trata de quién tiene razón o no. Se trata de arrepentimiento o venganza. Y Bellamy quiere lo segundo.
  - —¿Venganza? —Entorné los ojos—. ¿Contra quién?

Milo escudriñó el océano. Iluminado tan solo por la débil luz de las estrellas y la luna, costaba interpretar sus pensamientos.

Pensaba que estaba a punto de responderme cuando de repente su semblante se oscureció y su respiración se aceleró.

—Dame la mano, deprisa. —La urgencia en su voz me heló la sangre.

Se acercó y me tendió una mano. No pude evitar mirar hacia el horizonte para ver qué le había provocado tal reacción. La silueta del navío solo se distinguía entre la niebla si se buscaba. Parecía levitar sobre el agua.

No hicieron falta más palabras. Lo había entendido.

La tripulación se aproximaba.



### EN MARCHA

—Vamos, rápido —insistió Milo.

Tomé su mano y me ayudó a pasar por encima de la barandilla. Me guio en la dirección opuesta al estacionamiento.

—¡Espera! —le dije—. He venido en mi coche, vamos.

Se limitó a asentir y nos dirigimos al Cherokee, que había dejado en el aparcamiento junto al muelle.

Milo subió al asiento del copiloto y antes de que cerrara la puerta, yo ya estaba arrancando.

- —¿A dónde voy? —pregunté.
- —Aléjate de ellos. Ve tierra adentro —me ordenó—. Deben de haberme seguido. No sé si podían verme desde allí, pero van a empezar a buscarte.
  - —¿Cómo han llegado tan rápido?
- —El Desdén de la Sirena puede sumergirse cuando sea y volver a aparecer en otro lado. Un barco maldito no tiene muchas limitaciones.
  - —¿El qué? —Levanté una ceja.
  - —Es el nombre del barco.
  - —Oh. —Asentí—. Supongo que tiene sentido.

Saqué el coche de la zona de la playa, conduciendo sin rumbo por la carretera que bordeaba la costa, intentando alejarme.

- —Si me hubieras escuchado, esto no estaría pasando. —Milo apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.
- —Sé que he cometido un error, ¿vale? —confesé—. Pero no pensaba que fuera a ser para tanto.
- —¿Esto no te parece para tanto? —Milo giró la cabeza hacia mí e inclinó la barbilla, captando mi atención hacia el corte en su cara.
- —¿Qué...qué te han hecho? —pregunté temblando mientras intentaba centrarme en la carretera.
- —El capitán ha sido tan amable de hacerme esta bonita *advertencia* antes de salir a buscarte, por haberte perdido la primera vez. Para recordarme que esté más... atento.

Hubo un silencio entre nosotros, en el que solo se escuchaba el ruido de la carretera.

- —¿No tienes miedo de lo que pueda hacer si sigues mintiéndole? quise saber.
- —¿Y qué me puede hacer, exactamente? ¿Matarme? —Soltó una risa seca.

Por el rabillo del ojo vi cómo dudaba antes de volver a hablar.

- —Ya te lo dije. Esto no es lo que quiero ser. Nunca pedí ser parte de la tripulación. Les ayudé a hacer cosas terribles en vida, pero me he pasado todo este tiempo en la otra vida, o lo que sea esto, intentando evitar que hagan más.
  - —¿Por eso intentaste salvar a Serena? —solté sin pensar.

Si el corazón de Milo latía, en aquel momento reaccionó como si se le acabara de parar.

- —¿Cómo sabes eso? —Le tembló la voz, como a un niño en problemas.
- —Conozco a su padre. Trabaja en la universidad. Me dijo que me mantuviera alejada de Bellamy y de ti.

Milo parecía pensar qué decir a continuación.

- —Nosotros no la matamos. Fue Valdez.
- —Lo sé. De eso quería hablar con vosotros —añadí—. Pero estoy segura de que ahora Bellamy me odia. La última vez que lo vi, lo llamé asesino. Fue antes de descubrir la verdad. No lo sabía.
- —Bellamy no necesita tus disculpas. —Milo soltó las palabras como veneno.
- —Claramente no, viendo que no ha aparecido. —Giré por una calle estrecha en un barrio muy pequeño, sin tener ni idea de a dónde iba.

- —De todas formas, ¿cuándo hablaste con él? ¿Lo has vuelto a ver desde aquella noche que te llevé a tu casa?
  - —Sí —contesté—. Se... se presentó en el pasillo de mi residencia.
- —¡No tiene vergüenza! —Se notaba el nerviosismo en su voz—. ¿Te hizo daño?
- —N-no. No te preocupes. No le di el collar. Estaba demasiado ocupada acusándolo de matar a alguien.
- —Ya lo veo —dijo Milo bruscamente, observando la joya que llevaba al cuello.

En aquel momento, el zumbido de un helicóptero empezó a hacerse cada vez más fuerte hasta que fue imposible ignorarlo. El ruido se hacía mayor cuanto más avanzaba, y el temblor del volante evidenció que no se trataba de un helicóptero, sino de que había pinchado una rueda.

Encendí las luces de emergencia y paré junto a la acera. No conocía el barrio, pero sabía que la universidad no debía de quedar muy lejos porque nos encontrábamos a pocos kilómetros del puente que cruzaba la bahía de Matanzas.

- —Genial. —Nerviosa, apagué el motor y me bajé para comprobar el pinchazo de la rueda delantera izquierda, que seguía desinflándose mientras hablaba—. Tiene que ser una broma.
  - —¿Tienes otra? —preguntó Milo.
  - —¿Te refieres a una de repuesto?

Se encogió de hombros.

Cerré los ojos y apreté los labios al recordar que supuestamente debería haber comprado una de repuesto hacía un mes, pero que pasé de hacerlo porque necesitaba el dinero. Mis cuadros no se habían estado vendiendo muy bien en la tienda de antigüedades y el dinero de la rueda era mi único recurso. Un secreto que había conseguido ocultarle a mi padre mecánico.

—Estoy seguro de que el barco ya ha llegado a la orilla. Ya te estarán buscando —comentó Milo.

Me crucé de brazos y miré alrededor. El barrio era pequeño: alguien saldría enseguida si nos oyera, ¿y qué verían? Un Jeep con una rueda pinchada que revisaban una joven nerviosa de diecinueve años y un pirata.

- —Tenemos que salir de aquí, Milo. ¿Y si alguien nos ve?
- Milo giró la cabeza y observó el barrio detenidamente.
- —Allí. —Empezó a correr hacia un callejón donde había una Yamaha de los noventa apoyada junto a un garaje. No era difícil de adivinar qué

estaba pensando.

—¡No puedes llevártela sin más! —Intenté gritarle, pero tuve que susurrar mientras lo seguía.

Pero era demasiado tarde. Ya estaba sobre la moto, arrancándola con seguridad.

—¿Tienes alguna idea mejor? —respondió—. Hay que ir a algún sitio donde nadie nos localice. Si me encuentran a mí, te encuentran a ti.

Miró hacia el asiento trasero.

No podía negarlo. Tenía razón, y robar una moto de *cross* me parecía el menor de mis problemas en aquel momento. Así que me subí y, antes de que pudiera rodearle la cintura con los brazos, arrancó y nos fuimos.



# LA VIDA PIRATA

Avanzábamos por las calles a toda velocidad, zigzagueando entre el tráfico. La gente nos pitaba, y no podía evitar preguntarme cómo nos verían, un pirata engreído y una chica en moto. Me sonrojé al pensar en lo extrañamente atractivo que me parecía el hombre que tenía delante, con su aspecto tosco. Nunca admitiría que aproveché las curvas cerradas y las inclinaciones de la moto como excusa para acercarme más a él.

De repente, se desvió de la carretera y atravesó un bosque lleno de árboles cubiertos de musgo. Las copas impedían el paso de la luz de la luna, así que solo contábamos con el faro delantero de la moto. Me aferré a Milo por seguridad. Todo parecía muy inestable cuando aceleró sobre el suelo del bosque, levantando polvo y hojas a nuestro paso.

- —¿A dónde vamos? —chillé, para que Milo me escuchara entre el ruido del motor y del viento.
- —A algún lugar donde no vayan a ir. Al menos no esta noche —dijo, manteniendo la vista en la carretera.

No pude evitar fijarme en que me estaba llevando de nuevo hacia la playa por un atajo que no conocía. Me di cuenta cuando cruzamos un puente que pasaba por encima de un río y parecía llevar décadas sin utilizarse.

- —¿Vamos hacia la playa? ¡Pensaba que habías dicho que me mantuviera alejada del agua!
- —¡Confía en mí! —gritó, mirándome de reojo—. Ya no están en el agua. Tienes que salir de Constantine.
  - —Me dijiste que no confiara en un pirata —repliqué.

Confiar en él.

¿Acaso tenía otra opción?

Después de unos minutos, las copas de los árboles fueron desapareciendo y dieron paso a la luz de la luna llena. El suelo del bosque se convirtió en arena y Milo levantó el pie del acelerador. Avanzamos lentamente por aquella orilla desconocida. Nos habíamos alejado unos quince o veinte kilómetros del punto de partida. No estaba segura, pero no se parecía a ninguna otra playa a la que hubiese ido desde que vivía en Florida.

Había formaciones rocosas junto a la orilla. No eran artificiales como las del muelle, sino salientes naturales a lo largo de la costa. La arena que nos rodeaba estaba llena de plantas silvestres, trozos de madera y algas. Parecía como si no la hubieran tocado en años. Entre las rocas había un viejo faro con moho y la pintura descolorida por el sol en las paredes exteriores de piedra. La parte superior estaba parcialmente destruida, como si la hubiera arrancado un huracán, y los restos se habían desmoronado, pasando a formar parte de los cimientos rocosos de abajo.

—¿Dónde estamos? —pregunté, alzando la voz por encima del sonido del agua que chocaba contra las rocas.

Antes, el oscuro océano que tenía ante mí me habría helado la sangre, pero parecía menos peligroso en aquel lugar tranquilo.

—Este viejo faro lleva aquí un tiempo —dijo Milo—. No conozco su nombre.

Apagó el motor y me hizo un gesto para que me bajara de la parte de atrás. Giré la pierna para apearme y apoyé las botas sobre la dura arena. Me alegré de haber elegido vaqueros ajustados y botas Chelsea, porque el terreno rocoso no parecía agradable para ir en sandalias, y el aire frío era peor aquí fuera.

- —¿Y crees que estaremos a salvo en este lugar?
- —Creo que no les daría tiempo a llegar aquí si están en tierra firme, al menos no antes de que baje la marea. Y a Valdez le costaría mucho acercar la nave con tanta roca.

- —Si tú lo dices… —murmuré—. ¿Y vamos a pasar aquí toda la noche?
- —Bueno, la otra alternativa es volver y arriesgarnos a que te encuentre. Podemos hacer eso si quieres. —La voz de Milo, aunque sonaba como siempre, estaba plagada de sarcasmo. Empezó a caminar por las rocas en dirección al faro—. Por suerte para ti, Bellamy está intentando que te pierdan el rastro, y parece que funciona. Valdez siempre ha tenido debilidad por él.
  - —¿Por qué hace eso por mí? —Lo seguí con cuidado por las rocas.
  - —No lo hace por ti. Lo hace por sí mismo.
  - —Vale, una pregunta: ¿por qué lo odias tanto?

Milo saltó de una gran roca a otra más abajo con la elegancia de un gato y se giró para mirarme.

- —No lo odio. —Ladeó la cabeza—. Es que... bueno, nosotros... no estamos de acuerdo.
  - —¿En qué?

Se pasó una mano por el pelo y maldijo.

- —¿Alguna vez dejas de hacer preguntas?
- —Bueno, ¿qué otra cosa voy a hacer? —Me puse las manos en las caderas—. El mes pasado era un bicho raro que estudiaba arte e intentaba no pillar otra resaca, y ahora estoy en mitad de la nada con un pirata de trescientos años escondiéndome de otros piratas. ¿Y esperas que no haga preguntas?

Me tendió la mano para que bajara hasta la roca donde se encontraba. Me intimidaba un poco la caída y acepté su ayuda, a pesar de estar molesta con él.

—Lo siento —se disculpó, ajustándose el cinturón que le sujetaba el chaleco a la cintura—. Es que Bellamy no quiere acabar con nuestra maldición. Quiere que Valdez siga sufriendo por lo que le hizo a Serena.

Me estremecí cuando una fría ráfaga de aire roció agua a nuestro alrededor. Milo me dio la espalda y levantó la barbilla hacia el faro, a unos metros de distancia.

—Salgamos de este viento —propuso.

Me quedé atrás, admirando la majestuosidad de la piedra agrietada y el aspecto de castillo del antiguo faro.

—¿Llevas la luz esa encima? —preguntó cuando entramos en la torre. De pie en el umbral sin puerta junto a Milo, alcé la vista hacia la inquietante negrura.

—¿Te refieres a mi móvil?

Mi risa resonó en las paredes de piedra. Lo saqué y encendí la pequeña linterna.

- —Sí, eso.
- —Esto es espeluznante. ¿Se puede subir? Seguro que las vistas son increíbles —sugerí, pensando en todas las ideas que la cima de la torre podía darme para el próximo cuadro.
- —Lo son. —Milo se metió en el hueco de la escalera que había sobre nuestras cabezas.
  - —¿Has subido antes?

Me pregunté con qué frecuencia visitaba aquel lugar.

—Muchas veces. —Me sonrió mientras se adelantaba—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre las estrellas en la isla? —Asentí—. Es el mejor lugar para verlas. —Su voz tenía una energía que no le había escuchado antes. En todo aquel caos, parecía realmente emocionado por la simple mención de las estrellas.

A medida que ascendíamos por la escalera de caracol hasta la parte más alta, la oscuridad se hacía más densa. Ralenticé mis pasos. La falta de luz me preocupaba. Temía tropezar con uno de los escalones de piedra y caerme. Pero seguí con ganas al pensar en las vistas.

Sin que le diera pie, Milo retomó la conversación sobre Bellamy donde la había dejado, casi como si estuviera pensando en voz alta.

—Entiendo por qué Bellamy quiere que Valdez sufra para siempre. Serena lo quería. —Su suave voz resonó en la torre vacía, dando calidez a aquella húmeda oscuridad—. Y él debía de amarla para estar dispuesto a vivir con esta maldición eternamente y sentir que la está vengando. — Sacudió la cabeza—. Pero los demás no tendríamos que pagar eternamente por los actos de Valdez. No si hay una salida. Si hubiera manera de escapar de este infierno, nada me impediría hacerlo.

Me quedé callada. El aire era denso. La sensación de humedad se mezclaba con el frío de las paredes de cemento del faro. Sentí el dolor en la voz de Milo.

—Puede parecerte increíble, pero antes de que Valdez matara a Serena, Bellamy y yo éramos amigos. Le dije que no pasara tanto tiempo en tierra firme —prosiguió—. Pero él estaba más desesperado que nosotros, y buscaba por todas partes una respuesta a la maldición. Se mezcló con gente de todas las épocas, supongo que buscando nuevas emociones, a pesar de

mis advertencias. Cuando *la* conoció, le salió el tiro por la culata.

La forma en que Milo dijo «la» me hizo sentir un cosquilleo en la espalda. Esa manera de expresar tanta emoción, arrepentimiento, asombro y rencor en una sola sílaba.

—¿Y tú? ¿Alguna vez te has enamorado de alguien? —No pude contener mi curiosidad y me arriesgué a hacerle la pregunta. Era encantador e indiscutiblemente atractivo, para ser sincera. Seguro que en su vida anterior hubo alguien especial.

La oscuridad empezó a rendirse a la luz de la luna y supe que estábamos cerca de la cima. A falta de un escalón, me resbalé y perdí el equilibrio. Busqué algo para apoyarme en la pared, pero no encontré nada a lo que aferrarme. Me sobresalté cuando sentí que me iba hacia atrás, pero una mano firme me agarró por el brazo y tiró de mí hasta lo alto de la escalera. Milo me acercó a él. Me apoyé en sus hombros. Su mirada se clavó en la mía y anhelé quedarme entre sus brazos.

Respondió a mi pregunta con un tono abatido y una mirada triste.

—No. —Y me soltó.

Se apartó de mí y se acercó al borde de la torre.

—Solo alguna aventura efímera con varias muchachas de taberna. — Soltó una débil risita, mirando al océano—. Nunca he tenido la oportunidad de enamorarme. Valdez me obligó a unirme a su tripulación con apenas quince años.

Me acerqué con cuidado al borde, junto a él. La parte superior de la construcción estaba en ruinas, le faltaba el tejado y solo se conservaba la plataforma para el faro. Nos quedamos bajo un cielo abierto, con muchas más estrellas brillando que la noche en que nos conocimos.

- —¿Cuántos años tienes ahora? —Lo miré, pero él mantuvo la vista fija en el horizonte—. Eh, quiero decir, cuántos años tenías cuando…
- —Veintiuno. —Se pasó las manos por detrás de la cabeza, como si se estirara, y se giró hacia mí.
- —Siento que hayas tenido que formar parte de la tripulación de Valdez durante tanto tiempo. —Era la forma más extraña de simpatía que había intentado ofrecer, pero era sincera—. Parece un verdadero imbécil.

Una sonrisa torcida iluminó la cara de Milo, produciendo un efecto de calidez en mi interior. Recordé la forma en que me había hecho sentir hacía unos segundos al parar mi caída. La sensación de sus brazos a mi alrededor era eléctrica, y quería volver a sentirla. Pero sus palabras retumbaron en mi

cabeza.

Nunca confíes en un pirata.

He de admitir que nunca pensé que tendría que aplicarlo en la vida real. Intenté cambiar de tema.

—¿No se supone que los piratas dicen cosas como «arrrg» y «que me parta un rayo»?

Milo arqueó una ceja, mirándome por encima del hombro.

—Em... No, siento decepcionarte, pero esa es la cosa más absurda que he escuchado en la vida. —La forma en que se rio hizo que me diera un vuelco al corazón—. ¿Arrrg? —repitió.

Me reí con él.

—Lo siento. —Me cubrí la sonrisa con la mano—. Puedes culpar a las películas.

—¿Películas?

Tenía una idea que seguro que relajaría el ambiente.

—¿Sabes qué? Deja que te lo enseñe.

Me moví a una parte de la plataforma donde aún quedaba pared y me senté con las piernas cruzadas, apoyando la espalda contra la superficie. Milo me siguió, pero, por la expresión de su rostro, más por curiosidad que por sospecha, parecía estar cuestionándose mis acciones.

Mis dedos se deslizaron sobre la pantalla del teléfono mientras buscaba en una página web escenas emblemáticas de cualquier película de piratas que se me ocurriera. Sin dar explicaciones, señalé la pantalla. Los ojos verdes de Milo brillaron al ver las imágenes en movimiento, aunque su asombro se convirtió en confusión al ver la icónica escena de Johnny Depp como el Capitán Jack Sparrow cantando sobre su tarro de tierra.

- —¿Así pensáis que eran los piratas? —Se giró hacia mí y me preguntó, casi como sintiéndose ofendido. No pude evitar reírme ante su desconcierto.
- —Lo siento. —La risa se convirtió en una carcajada que no pude contener—. Pero tu reacción no tiene precio.

Me sentí aliviada cuando, en lugar de enfadarse, se empezó a reír conmigo y me dio un ligero codazo.

—Bueno, me alegro de poder ofrecerte algo de entretenimiento — bromeó.

Las risas llenaban el ambiente nocturno. Lo miré y me enderecé, contenta de que me tapara el viento.

—Vale, entonces, ¿cómo era ser un pirata de verdad? —pregunté—. ¿Y

de verdad cazabais sirenas?

- —En verdad, la mayoría de los piratas no eran más que marineros y oficiales navales explotados que se cansaron de que se aprovecharan de ellos. No los culpo, pero yo nunca elegí ser uno.
  - —Entonces, ¿cómo acabaste en el barco de Valdez?
- —Pues... —Se llevó las rodillas al pecho y las utilizó para apoyar los codos—. Vivíamos en Nassau. Iba a convertirse en una colonia, pero acabó llena de piratas. Había tabernas y burdeles por todas partes. Era la anarquía absoluta. El paraíso de los piratas. Mi padre no tuvo más remedio que trabajar con ellos para sobrevivir, pero yo pensé en mudarme al Cabo Cod para buscarme la vida cuando pudiera permitirme mi propio barco. Empezó a deslizar el pulgar por una grieta que había en el suelo—. Éramos comerciantes, así que me pasé toda la vida navegando. Sacábamos un gran beneficio de los negocios en el mercado negro. Desgraciadamente, mi padre se asoció con Valdez y transportó gran parte de su mercancía a puertos en los que estaban prohibidos los piratas. Pero un día Valdez le pidió demasiado a mi padre. —Miró al frente, a la oscuridad del cielo, y tragó.

—¿Qué pasó? —lo insté a seguir.

Milo respiró profundamente antes de seguir hablando. Su voz empezó a sonar cortante.

—Valdez quería que transportáramos a un par de sirenas. Le ofreció a mi padre una buena suma de dinero por el trabajo, pero era una línea que mi padre no estaba dispuesto a cruzar. No quería formar parte del comercio de sirenas. Se negó y Valdez lo amenazó, así que salté a defenderlo. Valdez le disparó delante de mí, me dijo que aprendiera de sus errores y me obligó a unirme a su tripulación. Con las cartas de navegación de mi padre, y mis conocimientos sobre rutas comerciales, tenía un valor incalculable para Valdez. Desde entonces, soy el oficial de navegación del barco.

Lo observé mientras hablaba. Puede que fuera un efecto de la luz de la luna, pero me pareció ver el destello de una lágrima en su ojo izquierdo. Le habían arrebatado demasiados sueños. Se me encogió el corazón. Me habría gustado encontrar las palabras para consolarlo. Sabía que era una locura sentirme atraída por él, pero su historia me cautivó aún más.

—Lo siento mucho —susurré—. Mi madre no murió, pero me abandonó durante un tiempo. En más de un sentido. Y sé que duele.

Se rascó la mandíbula, aunque parecía utilizarlo como una excusa para reprimir sus emociones.

—Siento lo de tu madre. Espero que se dé cuenta de la gran hija que se ha estado perdiendo.

Sonreí con tristeza.

- —Sé que parece una locura, pero creo que este collar guarda algún secreto que puede hacer que mejore. Creo que lleva generaciones en nuestra familia. Si logro averiguar cuál es su poder o qué se supone que tengo que hacer con él, tal vez pueda ayudarla...
- —No te culpo por intentarlo. Yo haría lo mismo. Mi madre murió cuando yo era pequeño —confesó—. Ojalá pudiera haber pasado más tiempo con ella.
  - —Siento que tu vida haya sido tan dura.

No me había dado cuenta hasta ese momento de lo cerca que estábamos. Hombro con hombro, nos apoyamos el uno en el otro. Estaba tan cerca que podía ver la parte de debajo de sus pestañas mientras me observaba con la mirada cansada.

—¿Dura? Puede ser. Pero así es la vida de un pirata —dijo.

Hubo un largo silencio. Las olas se mecían como una canción etérea en la distancia, hasta que volví a hablar.

- —¿Tuviste que ayudar a Valdez a capturar sirenas? —presioné, esperando que no acabara la conversación con lo que acababa de decir. Parte de mí no quería saber la respuesta, pero sabía que la necesitaba.
- —Sí. —Sopló, apartándose un mechón de pelo de los ojos—. Se creía que las sirenas eran una leyenda. Hasta que dejaron de serlo. —Se volvió hacia mí y la mitad de su rostro quedó oscurecida por las sombras—. Cuando se descubrió que la cola de las sirenas era mágica, no había precio demasiado alto. Reyes, nobles, oficiales… Todos querían un poco de esa magia.
  - —¿Pero de verdad eran mágicas?
- —No lo sé. Las sirenas tenían su propia magia, pero si alguien consiguió averiguar cómo servirse de ella, nunca llegué a saberlo. La tripulación les cortaba la cola y se la enviaba a compradores privados que creían en las historias. Pero debía de haber algo lo suficientemente real como para que siguieran comprándolas. Algún secreto entre la alta sociedad, supongo. —Se encogió de hombros—. Cuando una sirena está demasiado tiempo fuera del agua, acaba teniendo piernas. Pasaba lo mismo cuando les cortaban la cola. Tomaban su forma humana. Podrían haber sobrevivido... si no fuera por su corazón.

—¿Qué pasa con el corazón?

Milo me dirigió una mirada sombría.

- —Corría el absurdo rumor de que quien poseyera el corazón de una sirena podría vivir eternamente. Como podrás imaginar, esa leyenda hizo que la élite enloqueciera. No había precio demasiado alto para el corazón de una sirena.
- —¿Por eso Valdez mató a Serena? ¿Pensaba que era una sirena de verdad?

Milo asintió.

—Pensaba que era posible, que a lo mejor era la última que quedaba, escondida, viviendo su vida en tierra firme. Y él no se arriesga. Fue otro de sus intentos fallidos por romper la maldición. Pensó que entregar a Serena al mar la rompería. Y le arrancó el corazón pensando que podría engañar a la muerte mientras el resto nos enfrentábamos a nuestro final. Está loco. Ha perdido la razón. Es el resultado de todos estos años de tormento.

Me horroricé al pensar en el informe del pecho abierto de Serena. Me llevé la mano al mío instintivamente, como para asegurarme de que seguía intacto.

- —Lo sé —prosiguió, bajando la mirada—. No pienses que no tengo remordimientos por trabajar para Valdez. Tenía el monopolio de las sirenas porque contaba con Cordelia.
  - —La sirena que os maldijo, ¿no?
- —Sí —explicó—. Valdez la manipuló para que creyera que la quería. La utilizó como un peón para encontrar más sirenas, hasta que el mar no tenía más para ofrecer. Fue entonces cuando Valdez intentó capturarla, ella se dio cuenta de su error y se volvió contra él. Se cortó la cola y la destruyó con su magia. Nadie fue capaz de detenerla. Destruyó todas las pruebas y registros del comercio de sirenas de Valdez. Con sus nuevas piernas, nos maldijo y desapareció en el mar.

Me imagine la situación. Una sirena conjurando una tormenta para arrastrar al fondo del mar a las almas que le habían hecho daño. Me parecía una reacción apropiada. ¿Era justo acabar con la condena de Valdez después de todo lo que había hecho? ¿Era justo habiendo masacrado a tantas sirenas? Pero Milo... no se merecía aquel castigo eterno.

—Sé que probablemente pienses mal de mí —añadió Milo, interrumpiendo mis pensamientos—. Pero solo quiero que sepas que pasé muchas noches en vela sabiendo que había sirenas capturadas a bordo a las

que trataban como mera carga. Pensé en todas las formas posibles de ayudarlas, pero no pude hacer nada. Al final tuve que acostumbrarme... para sobrevivir. Pero noto el peso en el alma. Si pudiera volver atrás en el tiempo, desafiaría a Valdez, aunque sin duda me habría costado la vida. — Se le oscureció la mirada—. Pero al menos habría muerto sin estar condenado a este eterno destino. —Vi como apretaba el puño y se le tensaban los músculos.

Luché contra el impulso de tomarle la mano al hablar, quería que supiera que mis palabras eran sinceras.

- —Milo —su nombre salió de mis labios como un susurro—, te prometo que cuando descubra qué se supone que tengo que hacer con la escama para salvar a mi familia, quiero liberarte. Haré todo lo que pueda por romper tu maldición. —Pensé en mis propias palabras, dándome cuenta de que no sabía cuánto tiempo podría llevarme, o si *podría* romper alguna de nuestras maldiciones. Me arrepentí de hacer una promesa así al instante, por miedo a no poder cumplirla.
- —Gracias por querer intentarlo —dijo—, pero no deberías hacer promesas que quizá no puedas cumplir.
  - —Pero puedo prometer que lo intentaré.
- —Supongo que eso es todo lo que puedo pedir de ti. Puede que en algún momento me hubiera planteado desaparecer con el collar, pero puedo esperar un poco más.

Sus ojos bajaron lentamente, siguiendo la curva de mi cuello. Sentí su mirada sobre el collar. De pronto empezó a bajar aún más, recorriendo el resto de mi cuerpo. Intenté reprimir el calor que sentía en las mejillas.

- —Podrías llevártelo en cualquier momento. Podrías arrancármelo del cuello y desaparecer. —Tenía la voz algo ronca por la brisa salada.
  - —No creas que no me tienta —susurró, clavando sus ojos en los míos.

Extendió la mano y tocó el collar. La dejó ahí unos segundos y después deslizó sus rugosas manos por mi piel. Sentí un cosquilleo. Me recorrió el cuello con cuidado hasta llegar a la barbilla y la movió en su dirección. Me quedé mirando su hermosa cara. El pelo alborotado y la barba descuidada suavizaban sus marcados rasgos. Me sostuvo la mirada un instante.

La tensión se desvaneció de su frente y puso una mano sobre mi mejilla. Me quedé paralizada, pero no de miedo. Estaba quieta, esperando. Quería que siguiera, que se acercara más a mí. De pronto, Milo pareció recordar algo importante. Cerró la mano y la retiró rápidamente de mi cara.

—Pero no lo haría. —Se aclaró la garganta, como intentando borrar aquel tierno momento que acabábamos de compartir—. Sé que primero tienes que romper tu propia maldición.

Miré al suelo para intentar calmarme.

¿Por qué le importaba lo que yo quería o necesitaba? ¿De verdad era para redimirse de las cosas que había hecho como pirata? ¿O había alguna otra razón? Porque la forma en la que acababa de mirarme hizo que me preguntara si buscaba algo más que la redención de su alma.



# CAMBIAR DE RUMBO

Me puse de pie, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Me asomé al borde del faro y miré las estrellas. Tenía un tema infalible para acabar con aquella incomodidad persistente.

—Vale, chico estrella —bromeé—, ¿hay alguna otra constelación importante que deba conocer?

Milo se acercó al muro, a un brazo de distancia de mí. Empezó a hablarme de los patrones del cielo. Me explicó cómo se movían las estrellas de este a oeste y cómo todo marinero que se preciase lo sabía. Lo escuché atentamente mientras me describía la navegación celeste. El entusiasmo en su voz, ya de por sí bonita, me hizo sonreír.

- —¿Qué? —Dejó de señalar la Osa Menor y me miró desconcertado.
- —Nada. —Sacudí la cabeza con una sonrisa—. Es solo que cuando hablas de estrellas, tienes un brillo especial. Valga el juego de palabras.

Por una vez, fui yo la que lo dejó sin palabras. Parpadeó sorprendido y esbozó una sonrisa.

—¿Qué puedo decir? Lo llevo en la sangre. Siempre seré un marinero, pirata o no. —Movió las manos con resignación—. Seguro que a ti también te apasiona algo.

Me mordí el labio.

- —Pintar —balbuceé.
- —Vale. —Se cruzó de brazos y me miró a través de un mechón de pelo rubio—. Te toca. Cuéntamelo todo.
- —Bueno —me puse recta—, la acuarela es lo que más me gusta. Es algo... caótica y tranquila a la vez, si es que eso tiene sentido. Pero también es complicada, porque si cometes un error, puedes estropearlo todo. Intentas controlar algo tan fluido como el agua. Hay formas de arreglar algunos errores, pero tienes que saber lo que haces.

De pronto me di cuenta de lo mucho que estaba hablando. Sonaba casi como McKenzie, divagando sobre pintura. Nunca me había sentido tan cómoda con alguien y desde luego nunca había soltado tantos datos sobre acuarelas a la vez. Y, sin embargo, Milo me escuchó con la misma atención que si le estuviera dando instrucciones para llegar hasta un tesoro escondido.

—Sabes, tú me diste la idea para la obra que voy a exponer.

Milo alzó las cejas.

- —¿De verdad?
- —Sí, después de que me hablaras de la estrella polar en la isla. Decidí pintarla. —Sonreí orgullosa—. Solo me quedan los últimos detalles, pero está casi acabada. —De repente tuve una idea increíblemente estúpida, pero algo me hizo reunir el valor suficiente para decirlo en voz alta—. La exposición de arte es bastante importante. Me hace mucha ilusión llevar el cuadro. Es parte de una gala, tendré que ir arreglada y todo. —Hice una pausa—. Y…—No fui capaz de acabar la frase.

Milo apoyó el codo en el muro. Sus ojos me instaron a continuar. De repente, al darme cuenta de lo que intentaba preguntar, no pude mirarlo a la cara. Di media vuelta y me alejé hacia el centro de la plataforma, donde habría estado el foco del faro.

—¿Y? —Sentía su mirada en mi espalda.

Me giré ligeramente, y miré al océano, pero no a él directamente.

—Y... podrías ver el cuadro. Si vinieras, podría enseñártelo. —Tragué incómoda, arrepintiéndome de mis palabras.

Las botas de cuero de Milo se acercaron sigilosamente.

—¿Estás insinuando que podría acompañarte?

Hice una mueca, avergonzada.

—Bueno... solo si tú quieres. Quiero decir, eso si para entonces no he roto tu maldición o tu capitán no me ha matado.

Intenté disimular mi vergüenza con sarcasmo, pero no sirvió de nada. De repente, que me capturara una tripulación pirata parecía la mejor opción.

—Katrina —Milo se acercó más—, no creas que no quiero. Si nuestras circunstancias fueran otras, si yo no... —Hizo una pausa—. Hay demasiadas razones por las que no es una buena idea.

Apreté los labios con nerviosismo.

- —Claro, no sé en qué estaba pensando. Lo siento.
- —No tienes por qué disculparte. —Su dulce voz llegó a mis oídos como el delicado aleteo de un ruiseñor—. Pero tienes que entender que no debemos intimar demasiado. Podría ser peligroso para ti. Y... —dudó— no quiero confundirte. Esto tiene que quedarse en romper la maldición. Nada más.

Nada más.

Aquello fue un golpe directo al corazón. Eso era lo que quería de mí. ¿Estaba loca por pensar que había una remota posibilidad de que un pirata fantasma pudiera ser mi cita para la gala? Cuestioné mi cordura por siquiera habérmelo planteado.

No lo culpaba por rechazarme. Había pocas cosas más importantes para una persona que escapar del tormento eterno, pero su manera de mirarme me había confundido.

- —Claro. Tienes toda la razón. —Aproveché aquella oportunidad para cambiar el rumbo de la conversación—. Bueno, ¿cuándo crees que será seguro volver?
- —Te llevaré justo antes de que amanezca. —Volvió a sentarse en el suelo, apoyándose sobre las manos y mirando el cielo—. Así que tal vez quieras ponerte cómoda.

Suspiré, cansada.

—Va a ser una noche larga.

Me senté en el suelo, pero dejé cierta distancia entre los dos para no aumentar la confusión. No dijimos nada, pero nos quedamos tumbados en la plataforma el uno junto al otro, contemplando las estrellas mientras el mar chocaba contra el faro.

No me di cuenta de que me había quedado dormida. No era mi intención, pero no sabía en qué momento mis ojos habían decidido por mí. Últimamente las pesadillas no me dejaban dormir mucho, salvo algunas

noches en las que parecían quedarse a raya. El cuerpo me pedía descansar constantemente.

Me sacudí, luchando contra las olas de mis pesadillas. Abrí los ojos y vi a Milo arrodillado junto a mí, con cara de preocupación mientras gritaba mi nombre.

Recuperé el aliento, lo miré y noté el suelo bajo las manos. Tenía la piel helada, pero la pesadilla me hizo hervir la sangre.

Lo siento mucho —me disculpé, con la respiración entrecortada—.
 Pesadillas.

Me incorporé, tratando de recomponerme.

- —No tienes que pedirme perdón —dijo Milo—. Yo solía tenerlas también.
  - —¿En serio?
- —Sí —asintió—. Después de que Valdez matara a mi padre, y después de ver lo que les hacía a las sirenas, casi nunca descansaba una noche del tirón. —Se miró la mano, que empezó a difuminarse—. Por suerte ya no importa, porque no dormimos.

Me reí por la ironía, pero luego me puse seria.

- —Estás desapareciendo —señalé, mirando su brazo.
- —Pronto amanecerá —respondió—. La marea está bajando. Tenemos que llevarte de vuelta.

Bajamos corriendo las escaleras del faro. Montamos de nuevo en la moto y regresamos a Constantine. Los tonos tenues del amanecer anunciaban su llegada sobre el llano horizonte de Florida mientras Milo llevaba la moto al límite.

Me puse a pensar en lo que haría cuando volviera a la residencia. ¿Acaso podía seguir con aquella peligrosa rutina nocturna durante mucho tiempo? Sabía que tenía que esforzarme más por descubrir los secretos de la escama, y tenía que hacerlo pronto. Milo no podía protegerme para siempre. Y si no lo hacía, el destino de mamá estaba escrito.

Paró junto a unos arbustos al lado de la entrada a la universidad. Se adelantó a comprobar que no había nadie. Cuando estuvo convencido de que no había peligro, volvió a por mí. Parecía que le habían drenado el color. Sabía que no quedaba mucho para que tornase a las profundidades del océano.

- —Tengo que volver al barco —susurró.
- —Lo sé. —Parpadeé—. Gracias por ayudarme. La próxima vez te

prometo que no esperaré en el muelle.

- —Bien —asintió con firmeza—. Pero voy a ser sincero contigo, Katrina. No sé cuánto tiempo más vamos a poder evitar que te encuentren. Sobre todo, trabajando por separado. Sea lo que sea lo que tengas que hacer, hazlo rápido. Al final te encontrarán.
- —Lo sé, lo sé. —Suspiré—. Déjame hablar con mi madre otra vez. Puede que se me haya pasado algo. La llamaré mañana.
- —Está bien. —Sonrió con suficiencia, pero sus ojos tenían una mirada triste. Sabía que temía el tormento que lo acechaba.

Entreabrió los labios como si fuera a añadir algo más, pero luego retrocedió y se limitó a pasarse los nudillos por la barba.

—Si puedes, dile a Bellamy que siento lo que le dije. —Decidí pedirle el favor, aunque no estaba segura de que fuera a hacerlo.

Enarcó las cejas e inclinó la barbilla, como diciéndome que lo iba a hacer, pero sabía que estaba dudando.

—Nos vemos mañana.

Sin más explicación, se alejó a toda velocidad entre la neblina.

¿Mañana?

Tenía poco tiempo para averiguar el poder del collar.



# DETENER LA MAREA

Entré sigilosamente en mi dormitorio y cerré la puerta sin hacer ruido. Las sombras del exterior iban tiñéndose de dorado a medida que salía el sol. Sentí una punzada de tristeza al imaginar que el barco volvía a las profundidades, y que Milo se hundía con él.

También me pregunté qué le haría el capitán si continuaba fingiendo que desconocía mi paradero. No podía seguir así. Me di cuenta de que Milo empezaba a importarme, más de lo que probablemente debería. Y eso significaba que, si podía salvarlo de aquel destino, se lo debía.

La mañana pasó volando. Mientras nos preparábamos, McKenzie no paró de vacilarme por haber pasado fuera toda la noche. No tenía energía para rebatírselo, así que dejé que pensara lo que quisiera. En su cabeza, estaba aprovechando al máximo mi experiencia universitaria con un nuevo novio que estaba buenísimo. Nada más lejos de la realidad. Estaba agotada. No podía concentrarme en clase. Y aunque hubiera dormido toda la noche, dudaba que me hubiera podido concentrar.

¿Cómo podía pensar en Redacción de Inglés I sabiendo que alguien que me importaba estaba sufriendo? Conté los minutos a medida que avanzaba el día y antes de comenzar la última clase, escribí un mensaje rápido a papá. Pasó media hora antes de recibir una respuesta. Lo más seguro es que estuviera ocupado mirando un motor o bajo un elevador. Cuando el teléfono vibró, casi se me cayó por querer mirarlo demasiado rápido.

Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada. Había pensado en llamarte. Últimamente se comporta de manera extraña.

Genial. ¿Qué significaba eso? La muerte de mi abuela y de mis bisabuelas me pasó por la mente. Tenía que averiguar por qué la estúpida reliquia que llevaba al cuello era la clave para acabar con aquello, y se me acababa el tiempo. Necesitaba hablar con ella más que nunca.

Ni siquiera esperé a marcharme del campus y volver a mi habitación. Al salir de clase, aún en el pasillo de la facultad, saqué el teléfono y pulsé el icono con la cara de mamá. Me temblaban las manos. Ni siquiera había pensado qué le iba a decir, pero me negaba a colgar sin conseguir una nueva pista. Tenía que haber algo más, *lo que fuera*.

No hubo respuesta. Le dejé un mensaje de voz urgente, suplicándole que me llamara. Frustrada, guardé el teléfono en el bolsillo, aunque volví a sacarlo para enviarle un mensaje.

Mamá, llámame en cuanto puedas.

Me fui a la habitación, esperando que el móvil sonara a cada paso que daba, pero me llevé una decepción.

De repente, recordé de que mi coche seguía tirado en mitad de un barrio cualquiera con una rueda pinchada. Entré por la puerta con un fuerte suspiro, sin saber que McKenzie ya estaba en casa, sentada con los pies enfundados en unos calcetines de pelo apoyados en la mesa y haciendo los deberes.

- —Hola, Julieta gruñona. —Guiñó un ojo—. Me sorprende que no estés por ahí con Romeo. ¿Cómo se llamaba? ¿Miles?
- —Milo —contesté—. Pero no, está ocupado hasta por la noche. Eh... trabaja de día. —Satisfecha con la mentira, cambié de tema—. ¿Crees que podrías llevarme hasta mi coche? Anoche pinché una rueda y tuvimos que dejarlo en mitad de un barrio.

McKenzie apartó la vista de la libreta que tenía sobre las piernas.

—Claro —sonrió—. Voy a llamar a Noah, a ver si puede ayudarnos.

- —¿Noah? ¿El de la tienda de antigüedades? —No esperaba volver a oír su nombre.
- —Sí, se le dan bien los coches. Seguro que una rueda pinchada no es problema para él.

Sacudí la cabeza.

- —¿Cómo...? ¿Has estado hablando con él?
- —No desde aquella noche que nos trajo a casa, pero lo convencí para que me diera su número. Y mira lo bien que nos está viniendo ahora.

En el fondo me alegraba de tener algo con lo que distraerme, pero no esperaba volver a ver al chico gruñón, al menos hasta que tuviera que llevar algunos cuadros a la tienda.

Cada vez quedaba menos para ver a Milo y no tenía ni idea de lo que le iba a decir. Me estaba costando mucho descubrir qué escondía el collar. Si pudiera hablar con Bellamy... Tal vez él supiera algo al respecto.

No escuché nada de lo que McKenzie dijo de camino al coche, no conseguía apaciguar el mar de ideas que me rondaba por la cabeza. Me costó un poco recordar el camino, así que nos equivocamos un par de veces, pero al final lo conseguimos. Noah estaba esperándonos, sentado tranquilamente en su viejo Bronco.

—Debíais de estar muy borrachos para no acordaros de a dónde ibais anoche —se burló McKenzie cuando aparcamos detrás de mi viejo Cherokee.

Negué con la cabeza.

—Por última vez: no pasó nada. —Me mordí la lengua y volví a mirar el móvil. Seguía sin tener noticias de mamá.

Salimos del descapotable y Noah se dirigió a mi Jeep para revisar los daños. Mientras esperábamos, no pude evitar mirar la casa de donde Milo había sacado la moto. Me fijé en el espacio vacío y me pregunté si el dueño ya la había echado en falta. Me sentía mal, pero su donación involuntaria me había permitido escapar de un capitán pirata psicópata y su tripulación.

Estaba a punto de anochecer cuando Noah acabó de arreglar la rueda. Le di las gracias e incluso me ofrecí a pagarle, pero se negó. Fue mucho más amable que la noche de la persecución.

En el crepúsculo, me pregunté qué había querido decir Milo con «nos vemos mañana», así que estuve atenta a cualquier aparición inusual. No tardaría en volver. Esperaba que no creyera que había hecho muchos avances desde la última vez que lo vi. De vuelta en mi habitación, me

entretuve con el colgante, acariciando los pequeños surcos de la escama con el pulgar. Milo tenía que entender que necesitaba más tiempo. Odiaba decepcionarlo, pero algo egoísta en mí se alegraba de que se quedara un poco más, aunque solo me utilizara para redimirse en su siguiente vida o lo que creyera que estuviera haciendo.

Me senté ante el lienzo, que había colocado en posición horizontal para que el agua no se escurriera mientras pintaba. Tenía que terminar el cuadro de la estrella polar. La gala era en menos de veinticuatro horas, pero una parte de mí quería añadir algo pequeño. Convencida de que se secaría a tiempo, introduje el pincel de detalle en la pintura negra y dibujé con cuidado la silueta de una chica en el muelle. Empecé a añadir una segunda figura, pero mi mente lo impidió.

No podía tenerlo, por mucho que mi corazón quisiera buscar la manera. Siempre sería, literalmente, el fantasma de mis deseos, lo bastante cerca como para tocarlo, pero siempre fuera de mi alcance. Y pronto ese fantasma desaparecería para siempre. No había forma de evitarlo.

Solté el pincel y me alejé, dejando secar el cuadro por última vez antes de llevarlo a la sala de exposición por la mañana.

En aquel momento, el esperado sonido del móvil interrumpió mi soledad. Era mamá. Por fin.

Respondí antes del tercer tono.

- —Mamá —solté en un grito ahogado—, gracias a Dios. Llevo intentando hablar contigo todo el día. ¿Por qué nunca respondes?
- —Porque *no puedo*. ¿No te das cuenta? Ahora son mucho peores, Trina. —Sonaba desesperada.
- —¿Qué? Mamá. —Intenté tranquilizarla, pero sus palabras me pusieron nerviosa—. Mamá, ¿qué es mucho peor?
- —A tu abuela le pasó lo mismo… Esperaba ser más fuerte. Pensaba que…

Podía imaginarme su cara roja de tanto llorar y sus ojos inyectados en sangre. Probablemente llevaba días sin dormir. Ya éramos dos.

Una extraña sombra pasó junto a mi ventana mientras la escuchaba sollozar. Cerré las cortinas rápidamente, sujetando el teléfono con el hombro. Escuché un ligero golpe en el cristal al darle la espalda.

—Espera un segundo, mamá —susurré, mientras me acercaba a la ventana.

Con las manos temblorosas, abrí poco a poco la cortina y eché un

vistazo. Ahí, sobre el arco de ladrillos del balcón, dibujada con una especie de carbón negro, había una estrella de ocho puntas. Miré a mi alrededor en busca de Milo, pero no había nadie. Tenía miedo de que fuera una trampa, aunque Milo me había dicho que nos veríamos ese día.

Empecé a deambular por la habitación, sujetando el móvil frente a mi cara, intentando decidir qué hacer o decir a continuación.

—Todo va a ir bien, mamá.

De repente, fue como si volviera a tener diez años, calmando las pesadillas de mi madre, metiéndonos juntas en la cama y dejando que me abrazara. Por una vez, deseaba poder hablar con ella como lo haría cualquier hija con su madre. En vez de calmarla, me gustaría poder hablarle de mi semestre, aunque tampoco es que estuviera siendo muy normal.

Me acerqué a la cocina mientras ella lloraba en silencio. Vi a McKenzie a través de la rendija de su puerta, tumbada en la cama con los auriculares puestos y de espaldas a mí. Perfecto.

Me acerqué a la puerta principal y la abrí lo suficiente para asomar la cabeza. No vi nada más que el parpadeo de una lámpara en el pasillo. Salí con cuidado. De pronto noté que alguien me tocaba el hombro. Era Milo. Se llevó un dedo a los labios y miró hacia las sombras, como si cualquiera nos pudiera escuchar. En silencio, señalé el móvil. Asintió para indicarme que lo había entendido y le hice un gesto para que entrara rápido.

Volvimos a mi habitación en silencio y cerré la puerta. Milo se apoyó contra la esquina de la pared y yo me senté en la cama, sujetando el móvil contra mi oreja.

—Katrina, ¿estás ahí?

Me sobresalté. Mamá parecía estar más tranquila, aunque aún le temblaba la voz.

—Sí, mamá, estoy aquí. Perdona, es que... he oído ruidos fuera. Pero solo era un perro callejero.

Milo me miró ofendido. Gesticulé un «lo siento», encogiéndome de hombros.

- —Mamá —murmuré—. Dijiste que a veces el collar ayudaba a la abuela con sus pesadillas, ¿no? Hasta que dejó de hacerlo. ¿Cómo la ayudaba?
- —¿Dije... dije eso? —exclamó—. No sé cómo. Lo llevaba mucho y parecieron... ir a menos. Hasta que un día volvieron. Aquel día se hundió. Volvieron como para vengarse. Tengo tanto miedo de que también te pase a

- ti... Como le pasó a ella. Como me ha pasado a mí. Sé que no he estado muy presente, Katrina... Pero pensaba en ti... Tal vez si me hubiera creído lo del collar y hubiera intentado utilizarlo antes, habría funcionado.
- —No, no, no tiene sentido que te culpes. No fueron capaces de acabar con ellas durante generaciones. ¿Qué sabía la abuela? Cuando te dio el collar... antes de que lo guardaras, ¿te contó *algo* de lo que sabía?

Estaba desesperada. Recé en silencio por que recordara cualquier cosa del maldito collar.

- —Em... espera. Sí, lo hizo. Me acuerdo. Creo.
- —¿Qué fue? ¿Qué te dijo? —Las palabras brotaron de mis labios.
- —Algo sobre una caja —balbuceó. No la entendía bien—. Sí, una caja... Nadie ha conseguido abrirla nunca... Ella lo intentó.
- —¿Y eso qué tiene que ver con el collar? —Fruncí los labios, confundida.
- —No lo sé... solo... dijo algo sobre una caja cuando me dio el collar. ¿Puede que un joyero o una caja de música? No lo sé. No le presté atención. Por aquel entonces no me importaba.
  - —¿Qué caja? ¿Dónde?
- —No... no tengo ni idea. A lo mejor en el ático. Nunca intenté abrirla. Está cerrada. —Bostezó y de pronto su voz sonó preocupada—. ¿Por qué lo preguntas? Estoy tan cansada...

Empezó a tararear. Reconocí la nana al instante, y lo recordé todo de golpe. Me tarareaba aquella canción cuando era una niña, antes de que las cosas estuvieran tan mal. Empecé a cantar con ella.

Su voz fue apagándose poco a poco y la escuché respirar suavemente. Se calmó.

—Mamá, te veré pronto. Muy pronto. Vuelvo a casa pasado mañana. Aguanta... Por favor, quédate cerca de papá e intenta no pensar en los sueños. Eso es todo lo que son. Sueños. —Suspiré, intentando convencerme a mí misma—. Todo va a ir bien, te lo prometo...

Milo arqueó una ceja. Recordé lo que me había dicho en el faro sobre hacer promesas que no podía cumplir cuando me topé con su mirada escéptica. Pero tenía que consolar a mi madre de alguna forma.

—Buenas noches, Katrina. Te quiero. —Aquellas palabras tan claras me sorprendieron.

La respuesta se me quedó atascada en los labios. No quería salir, pero me obligué a decirla a pesar de su sabor salado y amargo.

—Yo también te quiero, mamá. —Inspiré. Aquellas palabras pesaban como el plomo. Cargaban con tanto dolor, tantos malos recuerdos... Pero empezaba a verlos con otra perspectiva. No la excusaba, pero tenía sentido. Yo también me había planteado si el alcohol acabaría con los sueños, pero luché contra el impulso de probarlo por ella. Cuando le dije que la quería, era verdad, pero se me hizo muy extraño. Aunque también sentí que por fin había cruzado un puente que llevaba mucho tiempo intentado pasar—. Llámame si me necesitas.

Con eso terminó la llamada. Miré a Milo, que me observaba con los brazos cruzados.

—Bueno, mi madre no parece saber nada que pueda ayudarnos. Y mi abuela, mi única esperanza, parece que se llevó todo lo que sabía a la tumba porque mi madre pensaba que era un estúpido cuento de hadas. —Me encogí de hombros, rozando el collar por un instante.

Milo descruzó los brazos y dio un paso hacia mí.

- —¿Has mencionado algo sobre una caja cuando hablabas con ella? Lo miré.
- —Sí, una caja que mi abuela creía que guardaba alguna relación con el collar... No tenía mucho sentido. Además, necesita una llave, así que...

Milo se enderezó y me miró. Habló con un extraño entusiasmo en la voz.

—¿Recuerdas que te conté que Cordelia destruyó los registros de Valdez cuando entró en cólera antes de arrojarse por la borda? —Asentí—. Valdez guardaba los registros en una caja. Una caja que ella le había regalado años atrás. A lo mejor no la destruyó… —Milo se acercó y se sentó a mi lado sobre la cama, con los ojos brillantes—. Puede que sea la misma.

Me masajeé la sien, intentando asimilarlo todo. Era demasiado.

- —No puede ser, ¿verdad? A menos que... —Parpadeé antes de detenerme—. Pero, aunque fuera la misma caja, dijo que no había forma de abrirla. No hay llave.
- —Oh, hay una llave. —Milo se frotó la mandíbula con el pulgar mientras hablaba, mirándome fijamente—. Y creo que sé dónde está.



### EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

Ya fuera por falta de sueño, sobrecarga de información, incredulidad o una mezcla de las tres, la habitación me daba vueltas. ¿Cómo podía mi madre tener la caja de Cordelia? ¿Cómo podía estar relacionada mi familia con una sirena vengativa de hacía siglos? Era imposible que fuera la misma caja. Tenía que ser una extraña coincidencia. Pero ¿y si no lo era?

Había buscado respuestas, y ahora que obtenía algunas, no quería creérmelas. Me asustaba aquella posibilidad, y no estaba segura de estar lista para conocer la verdad.

—Vale. —Tragué saliva—. ¿Y dónde está?

Milo se enderezó, aguantándome la mirada.

- —Valdez la guarda en sus aposentos. No sé exactamente dónde, pero sé que está ahí.
  - —¿Y crees que la podemos conseguir?

Milo frunció los labios y dejó de mirarme.

- —Podemos no. Puedo.
- —Es peligroso.
- —Es peligroso… para *ti*. No voy a dejar que te acerques al barco. Siempre está vigilado.

Me reí con frustración.

- —¡Exacto! ¡Y por eso necesitas que alguien te cubra las espaldas! No puedes hacerlo solo.
- —No, no me arriesgaré. Si quieres la llave, tienes que aceptar que lo haga a mi manera —dijo con una expresión sombría que oscureció el ambiente, ya de por sí poco luminoso.

Estaba tan concentrada en él que el suave golpe de la puerta me sobresaltó. Me incorporé al escuchar la voz de McKenzie al otro lado.

—Oye, Katrina, ¿tienes los apuntes de la clase de la señora Loftemberger?

Con los ojos abiertos de par en par, miré con pánico a Milo y después a la puerta.

—Em, no. —Me trabé—. Digo, sí... Eh, puede. ¿Cuáles exactamente?

Ahuyenté a Milo, indicándole que se agachara detrás de la cama, que se escondiera en el armario o algo por el estilo. Ni siquiera le dio tiempo a ponerse de pie antes de que McKenzie decidiera entrar. El corazón me dio un vuelco al ver cómo giraba el pomo. Me acordé de que no había cerrado con llave.

En cuanto empujó la puerta, se paró en seco y sus ojos se iluminaron, fijándose primero en mí y luego en el chico atractivo que estaba sentado en mi cama. Se le escapó una risita y miró al suelo fingiendo vergüenza. La mía, sin embargo, era completamente real.

—Oh —murmuró—, no sabía que tenías compañía. Giró la cabeza hacia Milo, con aquellas ondas pelirrojas enmarcando su rostro—. Tú debes de ser Milo. —Sonrió.

Milo dudó, y luego levantó la mano para saludar con un gesto torpe y una inclinación de cabeza.

- —Ese soy yo. —La saludó en tono nervioso.
- —Oh, madre mía, me encanta tu acento. Qué sexi —lo aduló McKenzie—. Katrina, la verdad es que me he puesto un poco celosa.

Me sentí incómoda cuando mi compañera se quedó en la puerta. Forzando una risa, le seguí el juego.

- —Ah, sí, me encanta. —Sentí que iba a vomitar.
- —Bueno, siento haber interrumpido. La próxima vez avísame para no encontrarme con nada raro. —McKenzie pestañeó y se echó el pelo hacia atrás, riéndose—. Os dejo solos, tortolitos. Y me pondré los auriculares... Ya sabéis. —Sentí un nudo en el pecho, cada vez más incómoda. Se dio la vuelta para irse, pero de pronto giró la cabeza—. Ah, y no te preocupes por

los apuntes. Me los puedes enviar cuando no estés ocupada. —Me guiñó un ojo y cerró la puerta al salir.

Casi hubiera preferido que McKenzie descubriera que era un pirata a lo que estaba pensando. Me ardían las mejillas de la vergüenza. Y el hecho de que me sintiera atraída por Milo lo empeoraba.

Nada más irse, solté el aliento que había estado conteniendo y me aparté de Milo, llevándome las manos a la cara.

- —Tu amiga tiene mucha energía —comentó, poniéndose de pie.
- —Dios mío, lo siento mucho —me disculpé—. McKenzie a veces… no tiene filtro.
- —¿Lo sientes? —Se rio—. No, no lo sientas. Ha sido de lo más divertido. Y me han gustado los cumplidos. —Hizo una pausa pensativa, y esbozó una sonrisa burlona—. ¿De verdad te encanta mi acento?
- —Bueno, no diría que me *encanta* —maticé con suficiencia—. De todas formas, me alegro de que no llevaras tu ropa habitual cuando te ha visto. Sacudí la cabeza y señalé los vaqueros y la camiseta ancha—. Me habría costado explicar unas botas y una espada. —Hice una pausa—. Por cierto, ¿dónde guardas toda la ropa?
- —¿Quién dice que la guarde? —repuso—. ¿Qué hace un pirata cuando tiene que camuflarse en el siglo xxı?
- —¿Quieres decir que la robas? —Levanté la barbilla de forma despectiva y me puse una mano en la cadera.
- —Robar es un término muy incriminatorio. —Milo se encogió de hombros—. Pero, sinceramente, ¿crees que esa es la mayor de nuestras preocupaciones ahora mismo?

Puse los ojos en blanco.

—Supongo que tienes razón.

Me acerqué a la ventana, rodeándome la cintura con los brazos. Sentí un escalofrío al recordar lo que estábamos hablando antes de que nos interrumpieran.

- —Bueno, entonces —dije, mirando el pasillo exterior a través de los huecos de la persiana americana—, necesitas mi ayuda para conseguir la llave.
- —No, no la necesito, Katrina. —Se quedó de pie donde estaba—. Déjame hacerlo solo. Por ti.

Me giré para mirarlo. Me escocían los ojos.

—Otra vez. ¿Por qué? ¿En qué te beneficia? —Alcé un poco la voz.

Milo pareció sorprendido por el tono agresivo.

- —Katrina, te lo he dicho mil veces...
- —Me has dicho que te quieres redimir. Sí, sí. Lo pillo. Pero esto... esto parece algo más. Y no te voy a dejar hacer esto por mí. Al menos, no solo. —Di un paso hacia él. Estaba muy guapo allí de pie, con cara de confusión, pero en aquel momento no importaba. Todo lo que quería era que me entendiera—. Esto va mucho más allá de lo que pensaba. Todo parece estar conectado de alguna forma, y no sé si eso me alivia o me aterroriza. Porque quiero salvar a mi madre... pero también te quiero salvar a ti.

Respiré profundamente. Vi el dolor en los ojos de Milo.

Su silencio me instaba a continuar.

—Me siento egoísta sabiendo que tengo lo que podría acabar con tu sufrimiento. Siempre he estado muy enfadada con mi madre por hacer daño a quienes deberían importarle. Y ahora yo estoy haciendo lo mismo. Pero siento que no tengo otra opción. ¿Cómo puedo salvaros a los dos?

Cerré los ojos por última vez para que no se notara mucho mi frustración, pero sentí caer una lágrima, brillando sobre mi mejilla. Me giré lo más rápido posible para que Milo no lo viera. Sentí una marea de emociones al acercar la mano al cierre del collar. Con la vista nublada, lo lancé con fuerza a una esquina de la habitación.

—¡Llévate la estúpida escama! Desde que la tengo, todo se ha ido a la mierda.

Milo dio media vuelta, fue hasta el rincón donde estaba el collar y se agachó para recogerlo.

Me arrepentí al instante. Acababa de darle la escama. Acababa de tirar mi única esperanza. Se iba a ir con ella.

Pero se giró y se acercó a mí. La luz de la habitación cambió cuando pasó por delante de la lámpara. Me tendió la mano sin decir nada, y cubrió las mías con las suyas. Dejó la cadena en mi palma y la cerró.

—No. Vuelve a ponértela. —Sacudió ligeramente la cabeza—. ¿Qué son un par de días más en las profundidades, si así tienes la oportunidad de descubrir lo que pasa y acabar con tu maldición?

Me quedé sin palabras. Había tenido la oportunidad perfecta para llevarse la escama. Se la había dado, y él no...

- —Katrina. —Su voz era cálida en la oscuridad—. Sé lo que se siente al perder a una madre. Y no voy a impedir que salves a la tuya.
  - —Pero... pero ¿y si al final no puedo renunciar a la escama? ¿Y si

tengo que destruirla o algo así, como querría Bellamy? A lo mejor... a lo mejor es la única forma de romper la maldición —tartamudeé.

Milo apretó la mandíbula, como si la idea en sí le fuera desagradable.

—¿De verdad quieres correr ese riesgo antes de estar segura? Abramos la caja primero. Antes de precipitarnos. —Dio un paso adelante y tomó el collar de mi mano.

Me sorprendió cuando pasó las manos por detrás de mi cabeza, por debajo del pelo y me rodeó el cuello con el collar. Me sacaba al menos quince centímetros, así que eché la cabeza hacia atrás para mirarlo. Me fijé en los detalles de su atractivo rostro. Mientras se esforzaba por abrocharlo, me di cuenta de que tenía una pequeña cicatriz adorable en la ceja.

—Por ahora este es su lugar —dijo con suavidad, mirándome a los ojos.

Luché contra el instinto de acercarme y tocarlo. Estaba segura de que ya había enganchado el collar, pero sus manos continuaban alrededor de mi cuello. Me acarició la nuca y la oreja al retirarlas.

Desconcertada por aquel tierno roce, deseé volver a tener sus manos sobre mi piel. Detestaba cómo me hacía sentir su mirada, su tacto y su voz cada vez que lo tenía cerca. Había tantas cosas que desearía poder cambiar... pero haber conocido a Milo no era una de ellas. De alguna forma, me hacía sentir invencible cuando estaba con él, lo cual resultaba irónico, teniendo en cuenta que era parte de la razón por la que mi vida había cambiado.

Lo observé, intentando comprender sus intenciones. Milo retrocedió lentamente, frotándose la nariz con el pulgar y bajando la mirada. Aunque no estaba segura por la tenue luz de la habitación, me pareció que sus mejillas adquirían un tono rojizo. ¿Acaso estaba luchando tanto como yo contra aquella atracción indiscutible? ¿O es que llevaba tanto tiempo sin sentir el contacto humano que se había dejado llevar por el momento?

De pronto se recompuso y desvió la conversación.

- —Conseguiré la llave mañana por la noche. —Movió los hombros al hablar, como si intentara relajar los músculos—. No sabes lo que me costó que Valdez me diera otra oportunidad antes de venir a buscarte él mismo. Le dije que, si me daba algo más de tiempo, conseguiría que me entregaras el collar, pero no es un hombre paciente.
  - —¿Sabe que Bellamy sabe dónde encontrarme?
- —No exactamente. —Milo se paseó por la alfombra gris de pelo—. Por una vez, los planes de Bellamy están resultando útiles. Preferiría morir a

dejar que Valdez ponga sus manos en la escama, y por tanto... en ti. —Me miró fugazmente a través de aquel mechón de pelo indomable que le caía por la cara—. Ha hecho un buen trabajo. La tripulación te está buscando en la costa sur, a unos dieciséis kilómetros de aquí, de modo que tenemos eso a nuestro favor. Pero es cuestión de tiempo que Valdez se dé cuenta. Si no fuera por la debilidad que siente por Bellamy, estoy seguro de que nunca le habría creído durante tanto tiempo, pero tiende a confiar mucho en su hijo.

Me quedé boquiabierta al repetir sus palabras.

—¿Su hijo? ¿Valdez es el padre de Bellamy?

Milo me miró con una sonrisa extraña, casi inapropiada.

- —¿Cómo no te has dado cuenta?
- —Bueno, ¡tú nunca lo has mencionado y él obviamente no me lo contó! —exclamé, justo al acordarme de algo. Recordé aquella extraña conversación entre Russell y Bellamy, en la que éste se había referido a él como «un amigo de su padre».
- —¡Uf! —Hice un gesto con las manos abiertas, como si agarrara el aire con exasperación—. Sí que le gusta guardar secretos.

Milo asintió.

- —Intenté decírtelo.
- —Bueno, aun así, no merecía que le clavaras la espada. —Le di un ligero empujón en el hombro al pasar por su lado para dirigirme al cuadro. Sabía que no era el momento de pensar en eso, pero me preguntaba a qué hora tendría que llevarlo al lugar de la exposición por la mañana. Sin embargo, me las arreglé para seguir con nuestra discusión—. A ver, su padre mató a su novia. Es terrible.
- —Nunca dije que no lo fuera. Entiendo la ira de Bellamy, pero tampoco me voy a meter en el cofre de Davy Jones por él. No si hay una salida.

Me di la vuelta para mirarlo, apoyándome en la mesa de pintura.

—Cuando dijiste que no sabías lo que Bellamy sería capaz de hacerme por el collar, ¿lo decías en serio? ¿De verdad crees que me haría daño?

Milo se encogió de hombros, apretando los labios como si las palabras se le hubieran atascado en la lengua.

—Sinceramente, no lo sé. En aquel momento solo quería que confiaras en mí. Estaba desesperado. —Milo se puso junto a la mesa—. Pero él también lo está. Desesperado y roto. Puede ser una mezcla peligrosa. No sé lo que te haría, pero prefiero no dejar que se acerque demasiado a ti para averiguarlo.

—Bueno —bajé la mirada—, ha estado aquí antes. Lo he visto por la noche alguna vez. Y no me ha hecho nada.

Milo se puso tenso y apretó la mandíbula.

- —¿Ha estado aquí? ¿En tu habitación?
- —S-sí.
- —¿Por qué no me lo has dicho antes?
- —Te lo digo ahora.
- —No... no... No debería venir aquí. Tienes suerte de que no lo hayan seguido. Yo no habría venido sin estar seguro de que la tripulación estaba a kilómetros de distancia. Te ha puesto en peligro. No piensa las cosas. ¿Y si te hubiera hecho daño? Yo...
  - —Pero no lo hizo. —Lo paré antes de que acabara.

Resopló como si intentara tranquilizarse. Tenía la mandíbula tensa. Volví a mirar el cuadro, aún pegado a la mesa.

—¿Ese es el cuadro para la exposición de arte? —Su cambio de tema me sorprendió, pero me pareció una distracción.

Estiré la mano y toqué el lienzo para asegurarme una vez más de que estaba completamente seco.

—Sí. ¿Qué te parece?

Milo se inclinó sobre la mesa y observó el paisaje. Aquel estúpido mechón de pelo seguía cayéndole por los ojos, haciéndolo aún más atractivo. Sentí vergüenza al ver cómo observaba el cuadro. Quería que respondiera a la pregunta antes de sentir el instinto de romperlo y tirarlo.

—Creo que es... —levantó la vista al hablar. Sentí cómo me latía el corazón—... hermoso.

Ignoré la sensación de calor inundándome el pecho y le respondí con un simple «gracias». Cuando volvió a bajar la mirada, tocó la estrella polar sobre el lienzo.

—Nunca he visto a nadie captar tan bien la luz en un cuadro. Y vi muchas obras de arte cuando trabajábamos con bienes de lujo.

Sonreí orgullosa.

—Aceptaré el cumplido. Tal vez le ponga tu nombre —bromeé.

Se rio, mostrando unos pequeños hoyuelos que me derritieron.

- —Sería un nombre terrible.
- —Porque eres un pirata terrible.

Me dio un codazo de broma.

—Puede…

- —Me alegro de que seas un pirata terrible —sonreí—, porque eso te hace un buen tío. Nunca te di las gracias por no llevarte mi collar ni hacerme *ghosting*… Bueno, tal vez no tanto por lo del *ghosting*.
  - —¿Ghosting?
  - —Significa desaparecer sin dejar rastro.
- —Oh. Bueno, si tu collar rompe la maldición, supongo que te puedes considerar *ghosteada*.

Mi sonrisa se esfumó.

Aunque estaba claro que bromeaba, darme cuenta de que desaparecería del todo si el collar funcionaba fue como una patada en el estómago. Borré la imagen de mi mente con toda la fuerza de voluntad que fui capaz de reunir. No es que no fuera consciente de que ayudarlo significaba dejarlo morir como debería haber sucedido hace trescientos años, pero pensar en ello me produjo una sensación amarga, tan salada como el agua del mar.

—Bueno —dijo, volviendo a la cama y dejándose caer—, que tu exposición de arte sea mañana por la noche puede jugar a nuestro favor. Creo que tengo un plan para conseguir la llave.

Me acerqué a la cama y me senté a su lado, con cuidado de dejar un pequeño espacio entre ambos. En vez de usar toda mi energía en prestarle atención a su plan y darle mi opinión, estaba concentrada en evitar la tentación de acercarme a él. No mencioné que no pensaba dejarlo ir solo.

No pude evitar fijarme en cómo me miraba cuando creía que yo no lo estaba observando mientras preparábamos el plan para robarle la llave a Valdez. Aunque no negaré que yo hacía lo mismo con él. Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

Tenía reservado un vuelo de ida y vuelta a casa por Acción de Gracias desde septiembre, y salía el día después de la exposición. Milo no tenía más opción que conseguir la llave al día siguiente por la noche. Para reducir el riesgo de que lo descubrieran, me dijo que esperaría hasta justo antes del amanecer para colarse en el barco. De ese modo, si algo salía mal, la tripulación no tendría mucho tiempo de actuar antes de ser succionados de nuevo a las profundidades. Y si lo lograba, dejaría la llave en el muelle.

—¿Estás seguro de que está en los aposentos de Valdez?

Tras repasar el plan más veces de las que podía contar, acabé apoyada en el cabecero de la cama, abrazada a una almohada y con las rodillas encogidas. Milo se había sentado con las piernas cruzadas a los pies del colchón, frente a mí.

- —Tiene que estarlo. Siempre la tenía cerca, sobre todo cuando hacíamos intercambio de cargamento. No creo que se haya deshecho de ella solo porque Cordelia se llevara la caja. En todo caso, me imagino que se habrá asegurado de guardarla en algún lugar seguro. Lo difícil será buscarla rápido y sin dejar rastro.
- —Por eso mismo deberías dejar que te ayude. Puedo cubrirte las espaldas mientras buscas. —Me incliné hacia delante, con la esperanza de que tuviera en cuenta la sugerencia.
- —No —respondió con firmeza—. Si te ocurre algo, todo lo que he hecho habrá sido en vano.

Me froté los ojos, incapaz de contener el bostezo.

- —¿Sabes siquiera dónde estará el barco? ¿Y si se desvían?
- —Lleva anclado en el mismo sitio desde hace tiempo.
- —¿Y dónde es eso exactamente?

Milo abrió la boca para contármelo, pero se paró de golpe.

—Si crees que me vas a engañar para que te diga dónde está, tendrás que esforzarte más. No te voy a poner en peligro digas lo que digas.

Sacudí la cabeza y volví a bostezar.

- —Pareces cansada. —Milo se apoyó sobre sus rodillas, inclinándose hacia delante.
- —Bueno, no es que esté durmiendo mucho estos días. Me has convertido en un ser nocturno.

Milo se enderezó.

—Perdón. Se me olvida que necesitas dormir. Yo casi he olvidado lo que era. —Se agachó para ponerse las botas que había tirado al suelo una hora antes.

Parpadeé y me incorporé.

—¿Te vas?

Milo se detuvo, desconcertado por la pregunta.

—Es tarde. —Señaló el reloj con la cabeza—. Tienes que descansar. Mañana será un gran día para ti.

El miedo se apoderó de mí cuando se levantó para marcharse. Sentí una presión en el pecho, como si presintiera que iba a tener una pesadilla aun estando despierta.

—Espera —rogué.

Dio un paso hacia la puerta, pero el sonido de mi voz le hizo dudar. Su mirada me transmitió una calidez que me envolvió como un abrazo.

—¿Qué pasa si no vuelves al barco? —pregunté, más alerta que antes —. ¿Qué pasa si… si te quedas?

Para mi sorpresa, dio la espalda a la puerta y me miró. Su mandíbula cambió de posición, como si se estuviera mordiendo la mejilla.

—Todos lo hemos intentado alguna vez. No acaba bien. No hay forma de escapar cuando el océano viene a reclamarnos.

Bajé la mirada y retorcí la sábana entre mis dedos. Milo se acercó sin previo aviso y se colocó frente a mí, proyectando una sombra amenazante. Me estremecí.

- —¿Me estás pidiendo que me quede? —Su voz ronca me puso la piel de gallina.
- —Es que... —Las palabras intentaban salir desesperadamente—. No sé. Creo... creo que... que tengo miedo. De mis sueños. Es una tontería, lo sé. Pero tengo miedo.

Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que de verdad tenía miedo de irme a dormir aquella noche. De alguna forma, sabía que me esperaba una pesadilla. Ya fueran las olas hundiéndome o el mar separándome de Milo de una vez por todas, tenía miedo de lo que estaba por venir.

Milo no dijo nada, pero yo sabía que me había oído.

—Tienes todo el derecho a tener miedo. —Se acurrucó suavemente a mi lado y puso mi mano entre las suyas—. Pero prometí que te protegería.

Sentí una marea de emociones. Los profundos ojos de Milo me miraron, y la calma y el caos lucharon por el control de mi corazón. El calor acogedor del cariño y el frío amargo de la duda se revolvían en mi pecho. Era incapaz de sentir una única cosa por Milo. Era peligroso, pero nunca me había sentido tan segura como cuando estaba con él. Estaba muerto, pero nunca me había sentido tan viva como cuando me tocaba. Era temporal, y sin embargo nunca había sentido nada tan permanente.

- —Pero ¿de qué sirve la promesa de un pirata? —Sonreí con suficiencia.
- —La palabra de un pirata lo es todo cuando está en juego su tesoro susurró, inclinándose hacia mí.

¿Tesoro?

Sentí un hormigueo al escuchar sus palabras y bajé la mirada con timidez. Me senté para analizar sus palabras y me di cuenta de que estaba observando la manta que asomaba entre mis sábanas. Era la que me había dado él, y sabía que la había reconocido, por su tierna sonrisa.

Volvió a mirarme y deslizó los dedos por mi mejilla. Fui incapaz de resistirme al contacto y me acerqué a él, hasta que nuestros cuerpos estuvieron a escasos centímetros. Levanté la mano para tomar la suya, que ahora trazaba mi oreja con suavidad.

- —¿Me sientes? —pregunté.
- —Casi. —Respiró—. Y es suficiente.
- —¿Suficiente para qué?
- —Para hacer que te desee.

Me quedé sin palabras. Ya no importaban. Su tacto lo decía todo. Pestañeé, con los ojos cansados, cediendo a su abrazo. Me acercó a él y puse ambas manos sobre su pecho, sintiendo sus fuertes músculos tensarse bajo la camiseta al respirar. Deslicé la mano por su hombro y le recorrí el cuello hasta llegar a aquellos mechones de pelo rubio. Enredé los dedos en su pelo y deslicé la mano hasta posarla sobre su hombro. Entreabrí los labios cuando empezó a recorrer lentamente la forma de mi boca con su pulgar. Con apenas milímetros entre nosotros, su cálido aliento bailaba sobre mi piel. Me ardía el cuerpo. Cerré los ojos e inhalé su familiar olor a ámbar, cuero y sal marina. Sus labios rozaron la punta de mi nariz y el corazón me retumbó en el pecho cuando acercó su boca a la mía.

De repente, tan rápido como se había encendido aquel fuego en mi interior, se apagó.

—No, no podemos hacer esto. —Sin avisar, se apartó justo antes de que nuestros labios entraran en contacto—. Lo siento. Lo siento. Por favor, perdóname.

Sentí que me ruborizaba y me quedé helada.

- —¿Lo siento? —Puse ambas manos sobre mis piernas como si hubiera tocado algo prohibido.
  - —Sí, lo siento. —Giró la cara—. No puedo seguir haciéndote esto.
- —¿Qué? No. —Sacudí la cabeza, aún algo aturdida y confundida por lo que acababa de pasar—. No... no, está bien.
- —No, no está bien, Katrina. —La forma en que pronunció mi nombre hizo que me estremeciera—. No puedo negar que has empezado a importarme. Y por ese motivo, no puedo hacerte daño.

Me balanceé de un lado a otro y lo miré, confundida. Por fin había admitido que le importaba. Y ahora no podía tenerlo. Las lágrimas de cansancio y decepción amenazaban con salir, pero las reprimí.

—Sea lo que sea que hay entre nosotros, tenemos que ignorarlo, porque

si rompes la maldición, desapareceré. Para siempre. Y si no rompes la maldición, seguiré siendo la sombra del hombre que fui. Sea como sea, te haré daño. No estamos destinados a estar juntos.

Algo oscuro me invadió el corazón. No había pensado en las consecuencias de enamorarme de Milo, pero tenía razón. No tenía sentido entregarnos el uno al otro si al final estaba condenado a desaparecer. Sintiera lo que sintiera por él, debía ignorarlo, porque no era justo para ninguno de los dos.

Lo miré intensamente mientras sentía cómo se me encogía el corazón. La única persona a la que deseaba estaba delante de mí y, de algún modo, estaba más lejos que nunca. Por muy doloroso que fuera, tenía que encontrar la forma de apagar esa llama y acabar con el insaciable deseo que despertaba en mí.

—Lo entiendo —murmuré—. Tienes razón. Pero es muy injusto.

Me tiré contra la pila de almohadas que había junto al cabecero, cerrando los ojos.

—En otra vida, estoy seguro de que podrías haber sido mía, Katrina. Pero el destino ha decidido lo contrario. —Milo se acercó en silencio a donde estaba tumbada, tapándome con la manta y colocándose a mi lado con el codo apoyado para sujetarse la cabeza—. Pero eso no significa que vaya a irme. Dije que te protegería, también de las pesadillas.

Me apoyé en él. Milo empezó a retorcer un mechón de mi pelo entre sus dedos y cerré los ojos.

Por primera vez en días, dormí en paz.



## EN LÍNEA RECTA

Me desperté con el ruido del agua, como si las olas entraran en la habitación. Parpadeé rápidamente y me incorporé de un salto, intentando averiguar de dónde venía el sonido. Milo seguía sentado a mi lado, observándome en silencio.

—¿Qué es eso? —exclamé con voz temblorosa.

La expresión seria de Milo me heló las venas.

- —Algo va mal. —Me aferré a la manga de su camisa—. ¿Qué está pasando?
- —Es hora de que regrese. —Me miró con expresión de dolor mientras su piel empezaba a adoptar el tono blanco y translúcido que había visto en Bellamy aquella noche en la playa.
- —No —musité—. ¿Cómo puede ser ya la hora? —Miré el reloj. Estaba amaneciendo.

La habitación permanecía a oscuras, y la suave niebla del crepúsculo perduraba. Aunque sabía que Milo no podía escapar del mar, no me esperaba que fuera así. No sé qué esperaba, pero no la angustiosa escena que estaba presenciando.

Milo me dijo adiós por última vez, con los ojos llenos de sufrimiento. Unas olas fantasmales aparecieron de la nada, rodeándolo como lianas. El ruido ensordecedor del océano inundó mis oídos. En cuestión de segundos, las olas se convirtieron en una niebla etérea y cuando todo desapareció, Milo ya no estaba.

Me senté en silencio sobre la cama, todavía sin creérmelo. Estiré la mano para tocar el lugar donde había estado, intentado convencerme de que había sido real. A pesar de que acababa de ocurrir, no quedaba ni una gota de agua, ni rastro de lo que acababa de pasar. Con el corazón acelerado, me puse una mano sobre el pecho. Seguía llevando el collar. Aquello me calmaba, y me hacía sentir que, de alguna forma, Milo continuaba allí conmigo.

Entonces recordé el sufrimiento que había visto en sus ojos, y pensé que estaba condenado a otro día de tormento. Me imaginé el mar, sin piedad, arrastrando su alma hacia las tinieblas. El dolor invadió mi corazón al pensar en él y en su destino. Tenía más razones que nunca para acabar con aquello. Tenía que romper la maldición. Dejarlo morir era la única forma de salvarlo. Pero, entonces, ¿mi madre sufriría su destino? No podía elegir. No quería ni pensarlo. Tenía que haber una manera. Tal vez la caja fuera la clave.

No conseguí dormir después de aquello. De todas formas, ya casi era por la mañana. Puse los pies descalzos sobre el suelo y me levanté. Me acerqué al cuadro y lo contemplé en la oscuridad. La exposición era aquella misma noche, pero ¿acaso importaba? Ni siquiera había pensado qué me iba a poner para la gala y con lo de mi madre, Milo y el plan para conseguir la llave, el evento parecía la menor de mis preocupaciones.

Cuando la luz del amanecer se filtró por la ventana, sonó el móvil. Solté una carcajada al leer el mensaje de papá.

¡Feliz día de tu exposición! Buena suerte, Trina... ¡Qué ganas de verte! Saludos de parte de mamá.

Sabía que ya llevaría en la mano un termo con café ardiendo y el mono lleno de manchas de grasa de camino al taller. Al menos una cosa seguía igual. No tenía el valor de decirle que estaba pensando en retirarme de la exposición, así que me limité a enviarle un emoticono de un corazón.

Me di cuenta de que yo también necesitaba un café si pensaba sobrevivir a aquel día, así que me dirigí a la cocina y me preparé una taza. Me senté en la mesa con la cabeza entre las manos. No podía parar de pensar en Milo y, para mi sorpresa, también en Bellamy mientras observaba la bebida marrón de mi taza. No sabía qué iba a hacer si no era capaz de acabar con su maldición. Era consciente de que no había forma de salir ilesa de aquello, pero era aún peor pensar que tal vez no pudiera acabar con su condena.

Estaba inmersa en mis pensamientos, removiendo el café sin siquiera darle un sorbo. El sol había salido, inundando la habitación de una luz blanca.

El dramático bostezo de McKenzie me sacó de aquel trance.

- —Hola. —La palabra salió de mi boca sin apenas esfuerzo.
- —Buenos días, linda. —Se sacudió el pelo y volvió a bostezar—. ¿Tu chico ha pasado la noche aquí?
  - —Más o menos —dije—. Se ha ido bastante pronto.
  - —Vaya. Espero que vaya todo bien.

Puso una silla a mi lado y se sentó.

—Sí. —Sonreí débilmente—. Todo va muy bien.

Charlamos durante un rato, aunque de nada relevante. De pronto, a McKenzie le saltó una notificación en el móvil.

- —¡Dios mío! Casi se me olvida. Hoy es la exposición, ¿no?
- —Sí. —Respiré—. Pero creo que no me voy a presentar. No estoy lista.
- —¿Qué? —Casi tumbó la silla intentado ponerse de pie—. No seas vaga. Llevas demasiado tiempo trabajando en ese cuadro como para no presentarlo.
- —Lo sé, lo sé. Pero tengo muchas cosas en las que pensar. Mi madre está rara últimamente, y me preocupa. Tengo un vuelo a Arkansas por la mañana. Necesito verla. Además, no tengo nada que ponerme.
- —Siento lo de tu madre, pero no alardear de tu increíble trabajo no va a hacer que ella mejore. —McKenzie me levantó de la silla y enlazó mi brazo con el suyo—. Y no te preocupes por no tener nada. ¡Ni que no me conocieras!

Me tropecé intentando seguirle el ritmo mientras me arrastraba a su habitación.

—Quédate aquí. Tenemos casi la misma talla. ¿Te acuerdas de Halloween? El disfraz de ángel te quedaba como un guante.

Me estremecí al recordar aquella fiesta. El evento que marcó el principio de aquella disparatada historia que vivía en secreto cada noche. Lo recordaba con la misma nitidez que cuando ocurrió.

—De acuerdo —acepté, curiosa por ver a dónde quería llegar

McKenzie. Se puso a rebuscar en su armario, analizando cada prenda.

—Creo que tengo algo perfecto. Lo compré para una gala en el club de campo el año pasado, pero acabé llevando otra cosa. No me quedaba del todo bien. Creo que te gustará.

Mis ojos se iluminaron al ver el vestido que mi compañera de piso sacó de su armario y sostuvo ante mí. No era una experta en moda, pero sabía reconocer una prenda cara en cuanto la veía.

Aquel vestido de noche plateado brillaba como las estrellas. Estaba deseando probármelo. Nunca había visto algo tan bonito.

—¡A ver qué tal! —Me lo lanzó como si fuera una camiseta, con percha y todo.

Lo traté con la mayor delicadeza posible, admirando la extravagante pedrería que cubría cada centímetro de tela y que deslumbraba hasta con la luz más tenue. Saqué la prenda de la percha y me desvestí rápidamente hasta quedarme en ropa interior. McKenzie se acercó para ayudarme a ponerme el vestido y subir la cremallera. Luego dio un paso atrás y me cogió de los brazos, colocándome frente al espejo de cuerpo entero.

Me quedé con la boca abierta. El vestido realzaba cada una de mis curvas, ajustándose a mi figura hasta los muslos, donde se convertía en una cascada de reluciente tela plateada que llegaba hasta el suelo. Parecía el océano iluminado por la luz de la luna.

—Eres una reina. —McKenzie sonrió.

Me giré hacia ella, sin palabras.

- —No te atrevas a decir que no vas. ¡Ya no tienes excusa! Milo no va a poder quitarte las manos de encima cuando te vea con esto.
- —Oh. —Mi entusiasmo desapareció al recordar que Milo no estaría—. No va a venir.
- —¿Qué? —Vi un destello en sus ojos azules—. Valiente imbécil. ¿Pasa la noche aquí y luego ni siquiera va a tu exposición de arte?
- —No, no es eso —dije entre dientes—. No puede. Es por... una cuestión familiar.

McKenzie arqueó una ceja, y supe que no se lo creía. Se cruzó de brazos.

—No te voy a decir qué hacer, pero ten cuidado. Yo solo digo que te preocupaba que ese tal Bellamy te quisiera únicamente para meterse en tus pantalones, pero tal vez sea Milo el que debería preocuparte.

McKenzie no tenía ni idea de lo que pasaba en realidad, pero aun así me

dolió que hablara de forma tan negativa sobre Milo. Y como si no estuviera ya lo suficientemente confundida, sus palabras no hicieron más que empeorarlo. Se acercó al espejo del armario y se puso máscara de pestañas en los ojos mientras hablaba.

- —Por cierto, ¿qué pasó con Bellamy?
- —Es una buena pregunta. —Hice una mueca de dolor, torciendo el brazo para llegar a la cremallera que había en la parte de atrás del vestido —. Le dije algo que no debía y no lo he visto desde entonces.
- —¡Qué mal! —McKenzie hizo un puchero y guardó la máscara de pestañas en su neceser de maquillaje.
  - —Ya… Hombres. ¿Qué le vamos a hacer?

Piratas. ¿Qué le vamos a hacer?

- —Bueno, ya sabes que si no tuviera que volver a casa hoy, me encantaría ser tu cita. Pero Surfside está a casi cinco horas en coche.
- —Lo sé. No te preocupes. Ya soy mayorcita. Puedo arreglármelas sola.
   —Me aparté el pelo y sonreí al ponerme de nuevo los vaqueros y la camiseta.
- —Katrina, si no vas, te lo recordaré el resto de nuestras vidas. Y quiero al menos una foto como prueba.

Empecé a ceder. La verdad es que quería ir, pero me parecía algo irrelevante comparado con todo lo que me estaba pasando.

—¡Vale, vale! Me has convencido. Pero ya voy tarde para preparar el cuadro.

Volví corriendo a mi habitación, despegué la cinta de los bordes del lienzo y lo metí con cuidado en un estuche de cuero. Salí corriendo por la puerta y bajé al Cherokee, comprobando los neumáticos por si acaso. Podría haber ido andando, pero no tenía tiempo que perder. Se suponía que las obras de la gala tenían que estar listas y expuestas a las diez de la mañana. Eran las diez menos veinte.

El estómago me daba vueltas y la carretera parecía subir y bajar como las olas. Me sentía culpable por encontrarme allí cuando mamá estaba en casa destrozada y Milo estaba a punto de jugarse el pellejo por mí. Pero McKenzie tenía razón. ¿Qué podía hacer yo por ellos en aquel momento?

Giré el volante hacia el Valencia Grand Hall. Antiguamente era un hotel para la alta sociedad, pero ahora, cuando no se usaba para celebrar actos extravagantes o bodas de lujo, estaba abierto al público como atracción turística.

No solía aventurarme a menudo por aquella zona del campus, así que me encontré con un nuevo mundo al cruzar el reluciente camino empedrado, rodear la fuente de mármol y subir los escalones blancos hasta el salón de baile. Cuando entré en el edificio, todavía recuperando el aliento, la gente iba acelerada, asegurándose de dar los toques finales. Me acerqué a la mesa rectangular de la esquina, donde una señora con una permanente estaba sentada frente a muchos papeles y un cartel que decía «Registro de artistas».

- —Hola, soy Katrina Delmar. —Me acerqué a la mesa, buscando mi nombre entre los papeles.
- —Casi pierdes tu oportunidad, cariño. —Aunque parecía como si se acabara de comer algo ácido, su acento sureño le endulzaba el rostro.
  - —Lo sé. Siento llegar tarde.
- —Bueno, *casi* llegas tarde. Y eso sigue contando. —Revolvió unos papeles mientras yo firmaba en una hoja—. Parece que tienes el puesto veinticuatro.
  - —¿Y eso dónde es exactamente?

La mujer señaló el pasillo que tenía al lado con un boli.

—Justo cruzando esas puertas, a la izquierda. Ahí estarán expuestas las obras de arte y se realizará la subasta silenciosa.

Asentí y seguí sus indicaciones. Con la pintura en la mano, atravesé las puertas de madera y me encontré con una sala diáfana enmoquetada en rojo y dorado, con cuadros alineados a lo largo de la pared y algunos repartidos por el resto de la sala como en un museo. No tardé mucho en encontrar mi sitio, pues la mayoría de los expositores estaban ocupados. Saqué mi lienzo y lo coloqué en el marco de cristal que estaba sobre un pedestal al final de la sala.

Me sentí muy orgullosa al dar un paso atrás y admirar el pequeño cuadro que había empezado siendo algo tan sencillo y había llegado a significar tanto para mí. Me alegré de habérselo enseñado a Milo la noche de antes, pero me habría encantado que pudiera estar ahí para verlo con las luces de la exposición en aquella gran sala.

Sabía que lo mejor era dejar de desear cosas imposibles para evitar decepciones. El objetivo era mostrar mi obra, nada más. Me recordé que era por eso por lo que había venido a Florida en un primer momento, por un nuevo comienzo y para empezar mi carrera artística, no para enamorarme de un pirata.



### **OLA MONSTRUO**

Volví al dormitorio para prepararme. McKenzie insistió en ayudarme con el pelo y el maquillaje antes de irse a su casa. La sombra de ojos me la hice yo. Podía aplicar fácilmente mis habilidades como pintora a la hora de difuminar los colores en mi piel morena.

Me pasé la brocha por los párpados con cuidado para crear una sombra natural que realzara mis ojos oscuros, con un ligero toque de brillo a juego con el vestido. Me miré en el espejo y apenas reconocí a aquella chica tan elegante. Mi pelo, en bucles sueltos semirrecogidos con un adorno en el centro, caía en cascada por mi espalda. Pero el *look* no estaría completo sin la escama plateada. Parecía hecha para aquel vestido.

—Uf, me estoy planteando seriamente volver a casa mañana para poder ir contigo —gritó, agachándose emocionada—. Estás preciosa.

Le recordé una última vez que estaría bien sola. De todas formas, no pensaba quedarme mucho. Aparecería, me quedaría junto a mi cuadro cuando empezara la exposición hasta que se iniciase la subasta y me iría para prepararme para el barco pirata.

—Gracias por ser mi hada madrina.

Sonreí con dulzura a McKenzie mientras nos despedíamos. La abracé. Esperaba que la próxima vez que nos viéramos todo fuera menos

complicado y no tuviera que ocultarle la mitad de mi vida.

—Estoy para lo que necesites, cariño. —Lo dijo bromeando, pero había sinceridad en su voz. Era una gran amiga, y en aquel momento me di cuenta de lo agradecida que estaba de tenerla a mi lado. Sin importar cómo acabaran las cosas, me animaba saber que al menos mi dulce y alegre compañera seguiría formando parte de mi vida.

Lo último que hizo antes de salir por la puerta fue sacar su antigua Polaroid, apretar su moflete contra el mío y hacer una foto de nuestras caras sonrientes. Me dio la foto y lo único en lo que pude pensar era en Bellamy y en la foto que llevó a nuestra «cita». Aquella cámara tenía la culpa de todo.

Faltaba poco para las seis y media. A finales de otoño, la noche caía pronto, así que el resplandor dorado del atardecer ya se estaba transformando en un azul medianoche cuando llegué a la exposición. Me bajé del asiento del conductor y el vestido se deslizó por el suelo del coche. No pensaba caminar las cuatro manzanas que separaban la zona este del campus del Grand Hall con tacones. Como no sabía cuánto tiempo podría sobrevivir con ellos puestos, había llevado unos zapatos de recambio.

Los demás artistas, en su mayoría estudiantes de primer y segundo año, llegaron con sus elegantes vestidos y sus trajes caros. A pesar de que mi aspecto era el adecuado para la velada, no era una de ellos. Cuando vi llegar los Porsches y los BMW, sentí vergüenza de mi viejo y destartalado Jeep. Aquel tipo de situaciones me recordaban lo mucho que la beca me había cambiado la vida.

Pasé entre otros invitados y me dirigí rápidamente a mi obra para enviarle una foto a mi padre. La fuente de la entrada se había convertido en el elemento central, llena de luces doradas que colgaban como cortinas de luciérnagas. Me levanté el vestido para subir las escaleras, con cuidado de no chocar con ninguno de los demás asistentes a la gala.

Cuando entré en el salón de baile, me quedé boquiabierta ante el encanto del lugar. Me detuve con los ojos muy abiertos, girando sobre mis tacones de aguja para no resbalarme con el suelo pulido.

La zona que esa mañana estaba a medio decorar se había transformado en un lugar de cuento de hadas. El suelo reluciente reflejaba las luces de la enorme lámpara de araña. Unos sofisticados arcos decoraban la sala, alternándose con fuertes columnas blancas de mármol. La suave melodía de unos violines acariciaba mis oídos dejando a un lado el bullicio de la sala. La historia del hotel se reflejaba como nunca antes había visto, y por un

momento me sentí como si fuera el siglo xix.

Me abrí paso entre los invitados con la mayor delicadeza posible y me dirigí a la sala de subastas, al final del pasillo. Cuando llegué allí, ya había un par de ofertas por mi obra en la hoja de pujas, aunque no las miré. El treinta por ciento iba para la escuela, y el artista se llevaba el resto, pero supuse que las ofertas que había por mi cuadro eran demasiado bajas como para marcar la diferencia. Además, aquel era el menor de mis problemas.

Me puse de pie junto a mi acuarela para enviarle una foto a papá. La gente se paraba a preguntarme si era la artista, qué técnica había utilizado para la luz de la estrella reflejada en el agua o cuánto tiempo me había llevado pintarlo.

Una mujer de mediana edad se detuvo a observar la obra con ojos penetrantes. Era guapísima, con aspecto de millonaria. Tenía el pelo negro, elegantemente recogido sobre la cabeza. Llevaba unas joyas resplandecientes y su vestido azul de seda se movía como si fuera líquido, recordándome al mar. De pronto habló y se presentó como la propietaria de un lujoso club de playa y de un puerto deportivo.

- —Me encantaría tener una pieza así en uno de mis complejos vacacionales —dijo. Su tono delicado y arrogante me recordó a la forma de hablar de las estrellas de cine en la década de 1940.
- —Gracias. Me siento halagada. Si quiere, puede pujar por ella en la subasta. —Sonreí.

—Claro.

Volvió a observar el cuadro y me preguntó dónde había encontrado la inspiración para una pieza así. No me había preparado una respuesta, pero hice todo lo posible por explicarle que tenía un amigo que hablaba de las estrellas de una forma inolvidable, y aquella era una forma de recordarlo.

Si de verdad fuera tan simple... Si pudiera expresar con palabras que la estrella polar del cuadro representaba la luz que quería que me guiara y que aquella noche con Milo bajo las estrellas todas mis preocupaciones se esfumaron... El faro era un símbolo de esperanza cuando todo parecía oscuro, y la chica en el muelle era la figura solitaria que lo observaba todo, rezando porque la estrella y el faro fueran suficientes para no hundirse cuando la marea acechaba.

La mujer asintió y desapareció entre la multitud. Me ruboricé. Probablemente hubiera sonado como una completa idiota intentando explicárselo. Me dejó un mal sabor de boca. Ya no estaba cómoda allí. Se

me revolvió el estómago y quise huir. Tenía cosas mucho más importantes con las que lidiar en aquel momento. Estar ahí, y sobre todo sola, no parecía lo correcto.

Decidí irme de la sala de subastas y echar un último vistazo al salón de baile antes de marcharme. Todas las maravillas que me rodeaban no podían ocultar los problemas que me ahogaban. Miré mi cuadro una última vez y volví al salón.

Me dirigí a la puerta, abriéndome paso entre la multitud, cuando de pronto una voz conocida pronunció mi nombre. Una sensación extraña me recorrió el pecho antes de encontrar el valor para mirar atrás.

Cuando me giré, lo vi allí, de pie entre el gentío. Bellamy.



# HASTA LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS

Dio un paso hacia mí. Todo a mi alrededor se quedó congelado. Me preguntaba si habría pasado junto a él antes, pero era imposible. Me habría dado cuenta. Estaba devastadoramente guapo en aquel traje negro, sujetando la chaqueta sobre el hombro de forma casual.

Clavó sus ojos azules como el cielo en mí y se acercó como una pantera acechando a su presa.

Busqué las palabras. Nunca tuve la oportunidad de disculparme por haberlo acusado de matar a Serena, y no sabía cuánto le había dolido.

¿Por qué diablos estaba allí?

Me miró el cuello y levanté la mano rápidamente para cubrir el collar. No intentaría llevárselo en un lugar como aquel. No con tanta gente. Cuando se acercó a mí, levanté la cabeza para mirarlo a los ojos. Le llegaba a la altura de la barbilla.

- —No te preocupes. —Su voz se suavizó. Tomó la mano con la que cubría el collar entre las suyas—. Esta vez no he venido por eso.
  - —¿Entonces por qué has venido? —quise saber.
  - —Por ti.

Me costó escucharlo con la música de los violines. Cogió mi otra mano

con un movimiento suave y me acercó a él.

- —Bailo fatal. —Me mordí el labio, girando la cabeza hacia otro lado. Era incapaz de seguir mirándolo a los ojos. Sobre todo después de lo último que le dije.
  - —También se te da fatal juzgar a las personas.
  - —Lo siento —me disculpé—. No tenía ni idea. Lo que te pasó fue…
- —No te culpo por sospechar. Al fin y al cabo, solo un tonto confía en un pirata. —Sonrió, guiñándome un ojo.

Antes de pensar en una respuesta, mis pies lo empezaron a seguir por la pista de baile, moviéndose con la música.

- —No eres tan mala. —Se rio, mirando nuestros pies.
- —Solo te estoy siguiendo.
- —Bien. —Sus ojos se oscurecieron—. ¿Hasta dónde me seguirías?

Inspiré. Sentí un escalofrío en mis hombros descubiertos al sentir que intentaba entrar en mi cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Se inclinó y bajó la voz. Nos movíamos al ritmo de la música.

- —Parece que has dejado que Milo corrompa esa bonita cabeza tuya. Veo que te tiene comiendo de la palma de su mano. ¿Colarte en el barco? Va a conseguir que te maten. Si no fuera por mí, no tengo ninguna duda de que ya te habrían encontrado. El que te está protegiendo soy yo, no él.
- —¿Cómo sabes eso? —pregunté en voz baja—. ¿Y por qué te importa lo que me pase?
- —Porque puede que te necesite en más de un sentido. —Deslizó la mano hasta la curva de mi cintura.

Era embriagador. E irritantemente confuso. Olía a ron y a salmuera y su roce hacía que mis músculos se tensaran. Había algo en él que siempre me hacía sentir como un ratón perseguido por un gato. Pero era incapaz de alejarme.

- —¿Y eso qué significa? ¿Qué es lo que quieres?
- —Quiero que te des cuenta de que hay otras opciones además de seguir a Milo a ciegas. La escama *es* mágica, y si tú, si nosotros, logramos averiguar cómo liberar ese poder, podríamos ser imparables. No puedes dejar que Valdez se acerque a ella.

Era difícil saber si hablaba en serio o si se estaba agarrando a un clavo ardiendo para intentar convencerme de que no rompiera la maldición.

—No estoy interesada en dominar el mundo, pero quiero acabar con las

pesadillas que nos atormentan a mi madre y a mí. Así que, si sabes cómo usar la escama, por favor, dímelo. Mi familia lleva décadas intentando averiguarlo. —Fruncí el ceño—. Milo dijo que nunca ha visto a nadie que supiera cómo usar la magia de las sirenas, excepto las propias sirenas.

- —Exacto —dijo Bellamy.
- —¿Exacto? —repetí.
- —Piénsalo, Katrina. ¿Por qué ibas a tener la escama? ¿Por qué te pasa todo esto? A no ser que... ¿Y si... —miró a su alrededor, como para asegurarse de que nadie lo oía, y se acercó lo suficiente como para que sintiera su respiración en mi oreja— eres una sirena?

Eché la cabeza atrás y me reí. Aquello era absurdo.

—Creo que, si fuera una sirena, ya me habría dado cuenta. Llevo viva diecinueve años y no me ha salido cola, así que creo que podemos descartarlo.

Me costaba creer que aquello estuviera saliendo de mi boca. Nunca me imaginé teniendo que argumentar que no era una sirena.

- —Pero por un momento imagina que *sí* lo eres. Podrías ayudar a tu madre. Y a ti misma. ¿Rechazarías la oportunidad de vengar lo que eres? ¿A tu propia especie? Después de todo lo que les hizo mi padre. Piénsalo. Las exterminó, una a una. Y con la escama tienes el último resquicio de la magia de las sirenas. No puedes desperdiciarla tirándola al mar para que Valdez se vaya de rositas. —Empezamos a bailar más lento, aunque seguimos moviéndonos por la pista.
- —No estoy dejando que nadie se vaya de rositas. —Negué con la cabeza—. Tu padre parece horrible. Y lleva trescientos años pagando el precio. ¿No es suficiente? Se hará justicia cuando muera. *Tiene* que morir. ¿No crees que ya es hora? Lo que le hizo a Serena… no podrá hacérselo a nadie más si se rompe la maldición.

Un atisbo de tristeza asomó en la mirada de Bellamy. Paré de bailar y lo miré, perdiéndome en el océano de sus ojos.

- —Bellamy, por fin podrás librarte de este dolor. Si rompo la maldición, no sufrirás más. Tú y la tripulación podréis descansar al fin.
- —¿Descansar? —Se le quebró la voz—. No quiero ni imaginar lo que le espera a un pirata después de la muerte, porque no puede ser nada bueno. ¿Por qué crees que Milo quiere salvarte? Eres su segunda oportunidad para compensar la vida que hemos llevado. Todos los piratas saben que su lugar está en el infierno.

- —Ya estás en el infierno. Lo puedo ver en tus ojos. Eres miserable y estás dispuesto a seguir siéndolo con tal de ver sufrir a tu padre. ¿De verdad quieres estar atrapado así para siempre?
- —Quiero que Valdez sufra para siempre. Y esta es la única forma que tengo de conseguirlo. —Bellamy me colocó el pelo tras la oreja con delicadeza. La orquesta empezó a tocar una melodía alegre mientras volvíamos a bailar—. Y podrías formar parte. Dame la escama. Juntos podemos descubrir su poder.

Pensé en Milo y en cómo me había pedido que rompiera la maldición. La tripulación me perseguía por el collar que llevaba al cuello. ¿Para qué lo querrían si no era para acabar con aquel tormento? Aunque... si Bellamy creía que se podía utilizar para algo más, ¿Valdez también? ¿Y si había algo más? ¿Y si la podía usar para algo terrible? Pero le había prometido a Milo que lo ayudaría. No iba a permitir que siguiera sufriendo. Me importaba demasiado como para hacer que se quedara.

—No —dije—. Milo me contó cómo es cuando el barco se hunde. No seré el motivo por el que siga pagando por algo que no hizo.

Bellamy me agarró la mano con fuerza, apretándome los dedos.

—Resulta sorprendente ver lo fácil que te has doblegado. ¿Por qué? ¿De verdad crees que le importas? Ni siquiera está aquí.

Sus palabras se me clavaron como dagas en el corazón. Pensaba que tenía motivos para creer a Milo después de todo lo que habíamos pasado, pero Bellamy me estaba haciendo dudar.

- —Me dijo que una vez fuiste su amigo —repliqué, frunciendo el ceño—. ¿Por qué no podéis perdonaros y olvidar?
- —Porque al parecer se ha ganado el corazón de una sirena y no lo quiere compartir. —Bellamy se inclinó hacia mí, sujetándome por la espalda y echándome hacia atrás con la música. Presionó sus labios contra mi cuello suavemente y me besó justo sobre el collar. Su voz me erizó la piel como un susurro en la oscuridad—. Pero, al fin y al cabo, soy un pirata, así que pienso hacerme con él de todas formas.

—Estás loco.

Bellamy sonrió, me incorporó y me acercó a él.

Me dejó sin palabras.

Y sin aliento.

Tenía la capacidad de paralizarme con su oscuro encanto.

Al mirar por encima de su hombro, vi una cara entre la multitud.

Milo.

Debí sonreír sin darme cuenta, y Bellamy dejó claro que lo había notado.

—No me hace falta adivinar por qué sonríes. Supongo que tu príncipe azul ha aparecido después de todo.

Milo se acercó, caminando con una autoridad que no veía desde la noche que desafió a Bellamy a punta de espada.

- —Katrina. —Milo me estaba mirando, aunque apartó la vista para dedicarle una expresión amenazante a Bellamy.
  - —Pensaba que no ibas a venir —dije.
- —Y no iba a venir. Pero veo que he hecho bien. —Bajó la mirada a la mano de Bellamy, que descansaba sobre mi cintura, y lo fulminó con la mirada—. ¿Por qué tienes las manos encima de Katrina?
- —Porque está bailando conmigo. —Bellamy lo miró con desdén—. Tal vez si hubieras venido a verla, habrías tenido el honor.

Milo se enfadó y se le tensaron los músculos del cuello y de la mandíbula.

- —Estoy intentando no hacerle daño.
- —Y aun así, la estás poniendo en peligro con esta pequeña búsqueda del tesoro en el barco de Valdez. ¿Acaso hay algo más peligroso? —Bellamy estaba demasiado tranquilo.
- —No va a ir. Lo estoy haciendo por ella. La estoy ayudando. ¿Qué has hecho tú por ella, exactamente?
  - —Se lo pedí yo —intervine.

Bellamy me miró.

—Se lo pedí —repetí—, porque quiero saber la verdad. Tú mismo lo has dicho, Bellamy. Tiene que haber una conexión entre todo esto. Milo lo hace por mí.

Bellamy me miró como si acabara de darle una bofetada. Se llevó las manos a ambos lados del cuerpo y dio un paso atrás.

—Veo que no tengo nada que ofrecer. —Nos miró a Milo y a mí.

Me dio un beso cariñoso en la mejilla. Sin mediar palabra y con la misma rapidez con la que había aparecido, se perdió entre la multitud. Noté que Milo lo observaba con una mirada amenazante, y pensé que, si Bellamy volvía, Milo lo mataría. Me costaba creer que no siempre habían sido enemigos. No me gustaba sentir que aquello solo echaba más leña a su rivalidad.

Bellamy era misterioso, como un vino tinto, tentándome con el placer de la embriaguez cuando lo tenía delante. Pero Milo era leche y miel. Siempre. Y lo saboreaba constantemente.

Milo observó a Bellamy hasta que desapareció por completo. Las llamas de ira en sus ojos se redujeron a suaves cenizas cuando dirigió su mirada hacia mí. Me miró de arriba abajo lentamente, y se me aceleró el corazón.

—¡Estás deslumbrante! —exclamó con dulzura al acercarse a mí—. ¿Qué te parece otro baile?

Tomé la mano que me había tendido. Parecía un príncipe, aunque uno tosco, con el cuello abierto y el pelo recogido en la nuca.

—Creo que aún me quedaba uno —bromeé, con una leve sonrisa.

Bailamos un vals por el suelo dorado, moviéndonos al son de la música. Todo a nuestro alrededor se desvaneció. Había mucho por lo que preocuparse, pero en ese instante, decidí que nada de eso importaba. Solo existía aquel momento entre nosotros, mientras me hacía girar suavemente entre sus brazos. Mi vestido tenía la espalda baja, así que pude sentir sus dedos rozándome la piel cuando me pasó la mano por la cintura. Antes de que terminara la canción, nuestros cuerpos estaban pegados, y sus dedos rodeaban los míos como si no fueran a soltarlos nunca. Aunque no dijo nada, nunca lo había oído con tanta claridad. Pegada a él, me abrazó contra su pecho.

- —No siento los latidos de tu corazón. —Suspiré, aspirando su aroma.
- —Eso es porque dejó de latir hace trescientos años.

Lo miré. Seguía sin entender por qué estaba allí, aunque me alegraba de verlo.

- —¿Por qué has venido después de todas las razones que me diste para no hacerlo?
- —He venido a decirte algo, Katrina. —Se alejó de mí y me miró a los ojos—. Me he dado cuenta de que... Bueno... ¿Hay algún lugar al que podamos ir para hablar en privado?

Asentí y me llevó fuera, a través de las grandes puertas de la entrada. Salimos al pequeño jardín, donde estaba la fuente. No había mucha gente en la calle, pues el aire frío de Florida en noviembre bastaba para disuadir a la gente. A mí, sin embargo, no me importaba. En Arkansas hacía mucho más frío en esta época del año.

Las luces parpadeaban sobre nosotros como estrellas. El murmullo de la fuente prevalecía sobre el zumbido amortiguado de la música. Estábamos solos.

- —Katrina... —empezó Milo. Nunca lo había visto tan indeciso.
- —¿Sí? —Me incliné hacia delante—. ¿Qué pasa?

Tomó mi mano entre las suyas.

- —He venido a decirte que he cambiado de opinión.
- —¿Has cambiado de opinión?
- —Sí. —Miró al cielo y cerró los ojos, respirando antes de volver a hablar—. No quiero que rompas la maldición.
  - —¿Qué? —Me atraganté.
- —Sé que es una locura. Sé que no tiene sentido después de todo lo que te he contado. Pero no puedo seguir negando lo que siento por ti. —Cerró el espacio que había entre los dos mientras hablaba. Yo seguía cautiva de su mirada esmeralda—. Desde la noche en que te conocí en la isla, no he podido dejar de pensar en ti. Y cuando te volví a encontrar, supe que tenía que protegerte. Admito que quería la escama, pero no a tu costa. Sí, quería acabar con la maldición tanto como el resto de la tripulación e intenté centrarme en eso. Pero cada vez que te veía me resultaba más difícil. Y ahora… —Agarró mi mano con las suyas, llevándosela a la barbilla—. Ahora no puedo perderte. Si nuestra maldición se rompe, moriré para siempre. Y no puedo dejarte ir.

Lo miré fijamente, con el corazón desbocado. Lo deseaba, y saber que él sentía lo mismo me llegó al alma. Quería entregarme a él, pero también sabía que, en aquella vida, nunca podríamos ser el uno para el otro.

- —Y si no la rompo, te pasarás el resto de tu vida muriendo todos los días. —Casi no pude pronunciar aquellas palabras. Sentí que se me cerraba la garganta.
- —Y harás que cada uno de ellos valga la pena. —Me tocó la barbilla con cariño y la levantó—. Katrina, moriría mil veces más si así pudiera estar contigo. Por ti soportaría el infierno una y otra vez. Cuando miro al cielo nocturno eres lo único que veo. Eres quien me guía cuando sube la marea. Eres mi estrella polar.

Casi no podía verlo entre las lágrimas que intentaba contener.

- ¿Qué podía decir? Allí, de pie bajo las estrellas, contemplando el alma del hombre que me había dicho aquellas cosas tan bonitas. Era un cuento de hadas. Pero no podía tener un final feliz.
- —Milo... —Era incapaz de hablar y contener las lágrimas a la vez, así que empezaron a deslizarse por mi cara al continuar—. No sabes cuánto he

deseado que me dijeras esto. Pero dejé de hacerlo porque sabía que era cruel por mi parte. —Cogí aire y tragué saliva—. No puedo pedirte que vivas esta vida de tormento solo para que podamos estar juntos.

- —No me lo estás pidiendo. —Soltó mis manos y me sostuvo la cara con las suyas—. Sé lo que digo. Sé lo que estoy dispuesto a dar para tenerte.
  - —Milo, no... No me puedes pedir que no rompa la maldición.
- —No tienes ni idea de lo mucho que me importas. —Respiró, acercando su cara a la mía.

Sus labios me tentaban, pero me resistí, intentando evitarnos aquel dolor.

—Y tú me importas a mí, Milo. Por eso tengo que salvarte. No puedo dejarte sufrir para siempre. Por mucho que me duela, tengo que dejarte morir.

Cuando las palabras salieron de mi boca, noté el sabor de mis lágrimas, y tuve que cerrar los ojos para que no cayeran más. Nunca había tenido que hacer algo tan difícil.

—No me importa, Katrina —susurró—. Sufriré por ti. Renunciaré al cielo por tocarte. Lucharé contra Valdez y su tripulación cada noche para mantenerte a salvo. Pero no puedo dejarte.

Intenté discutírselo, pero fui incapaz de convencerlo. Nunca me habían hecho promesas tan bonitas, ni me habían abrazado así. Cuando parpadeé por última vez para contener las lágrimas, abrí los ojos y contemplé su hermoso rostro.

Le acaricié la barba con la nariz y le rodeé el cuello con los brazos. Acercó tiernamente mi cintura a la suya.

- —No puedo hacerte esto. —Me tembló la voz.
- —Quiero que lo hagas —murmuró.

Posó sus labios sobre mi cuello y empezó a dejar pequeños besos sobre mi piel. Gemí suavemente por el roce de sus labios y la sensación de mi corazón rompiéndose. No podía aguantarlo más. Cuando sus labios se alejaron de mi cuello, me miró a los ojos, como si estuviera pensando en algo más que decir, pero no lo dejé.

Acerqué mi cuerpo al suyo y lo besé. Leche y miel. Nuestras bocas bailaban juntas bajo las estrellas. Su lengua recorrió mis labios e invité a los míos a saborearlo.

Deslizó su mano por mi cintura, explorando cada curva. Su contacto hizo saltar chispas bajo mi piel. Me acerqué y le acaricié el pelo mientras nos abrazábamos más fuerte. La ternura de su boca, su aroma, la calidez de su aliento, la fuerza y la suavidad de sus manos por mi cuerpo... me llevaron a un lugar en el que nunca había estado. Y sentí que me podría quedar allí para siempre.

Pero de pronto sentí una punzada de tristeza en el corazón y recordé que no teníamos un para siempre. Ni siquiera teníamos aquella noche.



## **LASTRE**

No sé durante cuánto tiempo lo besé. Podrían haber sido minutos. Podría haber sido una hora. Pero cuando nos separamos, una parte de mí había despertado, y no había marcha atrás.

Sentía que iba a llorar. Era cruel quererlo tanto pero saber que no podía ser mío.

Una estúpida parte de mí jugaba con la idea de que podría serlo.Si no rompía su maldición, ¿a dónde nos llevaría eso? A una vida viéndonos bajo la luna, a escondidas, solo para que el océano se lo llevara de vuelta al amanecer.

No. Esa no es una opción.

- —No llores —dijo Milo tiernamente, secándome las lágrimas de la mejilla con el pulgar.
- —No sé qué hacer. —Cerré los ojos, recobrando la compostura.No me gustaba que la gente me viera llorar, pero con él no podía evitar mostrarme tal y como era.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer, y me dolía muchísimo.

—No tienes por qué tenerlo todo claro, Katrina —susurró, rodeando la escama que llevaba al cuello con los dedos—. Vamos a por la llave y recemos porque te ayude a entender lo que significa todo esto.

Asentí, todavía abrazándolo.

—Vamos. —Su voz contenía la misma emoción que cuando me había explicado las constelaciones en la isla—. Disfrutemos de la noche mientras podamos.

Lo miré con curiosidad.

—A menos que quieras quedarte aquí un rato más. —Sonrió.

Miré el brillante edificio y luego otra vez a él.

- —Me apuesto lo que sea a que lo que tienes en mente es más interesante. Y me he traído ropa para cambiarme. No pensarías que me iba a colar en un barco con estos zapatos, ¿no? —Hice una mueca de dolor.
- —¿Qué? —Milo volvió a mirar en mi dirección—. No te vas a colar en ningún barco. ¿No accediste a dejarme hacerlo solo?
  - —Sí, pero esperaba que cambiaras de opinión.
  - —Bueno, siento decepcionarte a ti y a tu plan, pero no lo haré.
- —Si insistes —contesté, subiendo y bajando el tono para imitar su acento.

No dijo nada, pero me dio un codazo de broma. Miré una última vez la fiesta a mis espaldas y me dirigí hacia el coche con Milo.

Abrí la puerta del copiloto para recoger los vaqueros doblados, la camiseta y una chaqueta de punto que siempre se me resbalaba por los hombros. Tiré los tacones al coche y los cambié por unas deportivas.

—Espera aquí. —Milo me hizo una señal para que no me moviera y desapareció entre unos coches.

En menos de un minuto, escuché el familiar sonido de su Triumph girando por la esquina.

—Súbete, preciosa. —Sonrió, quitándose el pelo de la cara.

Sacudí la cabeza. Estaba loco, pero aquello no me impidió pasar la pierna por encima del asiento. Agradecí que el corte que llevaba el vestido en la pierna me diese movilidad, y me puse la chaqueta sobre los hombros para no pasar frío en el viaje.

—Agárrate. —De pronto apretó el acelerador.

Lo rodeé con los brazos y me aferré a él como si fuera la única otra persona en el mundo. Arrancó, y dejamos atrás la gala.

Al cruzar la bahía, sentí cómo el aire me arañaba la piel y la sal se me metía en la nariz. Me recosté sobre Milo en los giros y me agarré con más fuerza a él cuando aceleraba. Las calles estaban llenas, así que salió de la carretera principal.

Poco después llegamos a la orilla. La luz de la luna se reflejaba sobre la superficie cristalina del agua, haciéndola brillar. La arena era una extensión interminable, dándonos la sensación de flotar. Paramos junto a la orilla y me esforcé por ver más allá del horizonte infinito, intentando avistar el barco.

- —¡Pensaba que habías dicho que la orilla es peligrosa! —le recordé de broma, alzando la voz para que me escuchara por encima del viento.
  - —No lo es si no pueden alcanzarnos.

La moto avanzó poco a poco. A nuestra izquierda se podía oír el sonido de las olas.

Este Milo era diferente y rebosaba juventud. Desde que lo había besado, había cobrado vida. Era confiado, entusiasta y un poco engreído, pero me parecía adorable. Me preguntaba cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de nada de lo que el mundo le ofrecía.

Me aferré a la ropa que llevaba para cambiarme, tiritando por el viento. Al cabo de unos minutos, supe a dónde me llevaba. A lo lejos, vi la inquietante figura que sobresalía de la costa y se elevaba hacia el cielo. El antiguo faro.

Milo aparcó lo más cerca posible de las rocas y me ayudó a bajar de la moto. Casi me tropiezo con el vestido al intentar bajarme, pero él me sostuvo. Nos reímos sin parar, cogidos de la mano, dirigiéndonos hacia el faro.

No había bebido nada en la gala, pero estaba eufórica. Era mucho mejor que estar borracha. A cada paso, el vestido brillaba con la luz de la luna.

- —Si tan solo pudiera darte tu lugar en el cielo, estrella —dijo mientras se reía.
- —Eres muy cursi —bromeé—. Creo que ya es hora de que me cambie —comenté—. Hace frío.

No hacía frío. Pero el aire empezaba a colarse por el fino vestido.

—Sí —contestó Milo, señalando su pantalón de vestir y su camisa—. Yo también debería. Tengo que ir como siempre por si acaso me ve alguien de la tripulación. Sería difícil explicar por qué voy vestido así.

Fue hasta la entrada del faro y se agachó. Movió unos ladrillos hacia un lado y dejó al descubierto sus botas, su camisa del siglo xvIII muy bien doblada y sus pantalones piratas.

- —Así que aquí es donde guardas todo. —Sonreí.
- —Hasta ahora me ha funcionado. —Se rio. Miró a su alrededor, girando

la cabeza a izquierda y derecha—. Yo... em... me cambiaré aquí, tú puedes usar la entrada.

Me sonrojé.

—Sí, mi capitán.

Me guiñó el ojo, asintió y nos dirigimos cada uno a una zona para cambiarnos.

Suspiré, intentando bajarle la cremallera al vestido en la oscura entrada de la torre. Había conseguido moverla unos centímetros antes de darme cuenta de que estaba atascada. Por mucho que contorsionara el brazo, no conseguía moverla, y se me había cansado el hombro de aquellas posturas tan incómodas.

Supuse que Milo ya estaría vestido, así que fui a buscarlo para pedirle que me ayudara. Sin hacer ruido, me acerqué a donde estaba y me asomé por la esquina. Mentiría si dijera que no lo observé en silencio durante unos instantes antes de hablar. Cuando lo sorprendí, llevaba puestos los pantalones y las botas, y estaba a punto de ponerse la camisa.

—Puedes... —Se me trabó la lengua al intentar hablar—. ¿Podrías ayudarme un segundo?

Levantó la vista y, en vez de ponerse la camisa, se la llevó al hombro como si fuera una toalla. No pude evitar fijarme en su cuerpo. Tenía un abdomen musculado y marcado, que se tensó de forma tentadora al girarse en mi dirección.

Sabía que me estaba sonrojando.

- —¿Ayudarte con qué?
- —La cremallera del vestido. Está atascada.
- —Oh. —Se ajustó el cinturón y se sacudió el pelo, apartándoselo de los ojos—. Sí, claro.

Dio un paso adelante, aún sin camiseta. No podía dejar de mirarlo. La luz de la luna iluminaba su pecho tonificado. Su piel morena estaba cubierta de tatuajes, que le empezaban en el pecho y bajaban por todo el brazo. Todos representaban distintos símbolos, pero mi favorito seguía siendo la estrella.

Le di la espalda cuando se acercó. No fui capaz de controlar la forma en que mis músculos se tensaron cuando Milo tocó la cremallera. La bajó con un suave movimiento y el vestido se aflojó. Aún sentía a Milo detrás de mí. La camisa que llevaba al hombro cayó al suelo.

—Gracias. —Solté el aire que había contenido.

Se inclinó hacia mí.

—De nada —me susurró al oído.

Quería que se quedara allí. Giré la cabeza y lo besé. Me puse de puntillas para llegar. Me rodeó con sus fuertes brazos y me recosté contra su pecho. Su presencia era embriagadora, me hacía sentir invencible e indefensa a la vez.

Cuando acabamos de besarnos me quedé entre sus brazos, sintiendo cómo su pecho desnudo subía y bajaba contra mi espalda al descubierto. Solté un grito ahogado al sentir cómo sus suaves labios dejaban delicados besos sobre mi piel. Empezó por el hombro y fue subiendo por el cuello hasta llegar a la mejilla. Me giré lentamente entre sus brazos. El vestido cada vez descendía más.

Me ardía el cuerpo al sentir sus manos deslizándose por mi piel desnuda. Recorrió la curva de mi columna y bajó hasta la parte baja de mi espalda. La parte superior del vestido se deslizó hasta mi cadera.

Posó sus labios sobre los míos una última vez. Suspiré cuando me rodeó la cintura con la mano y la fue subiendo lentamente, rozándome el pecho con delicadeza. Aquel gesto me hizo temblar y se me aceleró el corazón.

El fuego entre nosotros se llevó el frío húmedo de mi piel. Nunca me había sentido tan vulnerable con alguien. No era para nada como aquel romance que tuve en el instituto.

Unos momentos después, me movió suavemente contra la pared del faro.

Nuestras manos se turnaron, recorriéndonos la piel como barcos en aguas desconocidas. Me acarició con ternura y sentí su aliento en el cuello mientras me besaba la piel con suavidad. Pasé los dedos por su pelo, apartando algunos mechones sueltos, y me perdí en sus ojos color avellana cuando se paró a mirarme. Saboreé cada respiración desesperada, cada caricia desenfrenada. Sentí cómo se me tensaban los músculos a causa de las caricias. En silencio, me recordé que nunca podría ser mío. No así, sabiendo que nos perderíamos el uno al otro. Y, sin embargo, eso me hacía desearlo aún más en aquellos fugaces momentos.

—¿Recuerdas…? —Hizo una pausa para besarme la frente—. ¿Recuerdas cuando te dije que la maldición me impide sentir? —dijo entre respiraciones lentas y pesadas.

Lo miré y asentí con el pulso acelerado.

—Contigo, puedo sentir... Siento... algo. Pero no de la forma que tú

crees. *Te* siento... casi en el alma. Y significa mucho más de lo que podría significar cualquier contacto físico.

Apoyé la cabeza contra la suya, inspirando su aroma y el olor a sal marina. Puse una mano sobre su pecho y empecé a trazar el tatuaje del pájaro bajo su clavícula.

- —¿Qué significa este? —pregunté, con voz temblorosa.
- —La golondrina —respondió, bajando la vista para mirarme—. Es la marca que obtiene un marinero cuando ha viajado ocho mil kilómetros por el mar.
- —¿Y el ancla? —Contemplé el tatuaje al que me refería en la parte alta de su brazo.
- —Es la marca de un comerciante. O la marca de aquellos que han cruzado el Atlántico. Yo he hecho ambas cosas, así que supongo que me merezco esta especialmente.
  - —¿Tú también tienes el corazón con las flechas? ¿Como Bellamy?

La expresión de Milo se endureció. Sentí cómo se tensaba al mencionar a Bellamy.

- —No —contestó—. Ese no lo tengo.
- —¿Qué significa?
- —Ese es personal para Bellamy. —Su voz sonaba cansada mientras me lo explicaba. No le respondí, pero sentí pena por Bellamy—. No tienes que preocuparte por él —añadió—. No sé por qué siempre parece estar en tu mente.
- —Hay tantas cosas en mi mente que no sabría por dónde empezar a describirlas. Pero no tienes por qué estar celoso.
- —¿Cómo no iba a estarlo? Cualquier pirata que se precie le robaría su tesoro a otro sin dudarlo.
- —Menos mal que yo no soy un tesoro que robar. Le entregaré mi corazón a quien yo quiera.
  - —Entonces rezo por ser el elegido, mi estrella.

Sonrió levemente y tomó mi cara entre sus manos. Le devolví la sonrisa. De pronto, me invadió un oscuro pensamiento, y mi sonrisa empezó a desdibujarse. El calor empezó a convertirse en escarcha.

- —Milo. —Su nombre brotó de mis labios—. ¿Qué pasa si algo sale mal? ¿Qué pasa si el plan no funciona? ¿Qué pasa si te pillan? ¿Y si se quedan con la llave?
  - —¿Cuántas veces tengo que pedirte que confíes en mí? Funcionará. Ya

lo verás. Conozco el barco como la palma de mi mano. He pasado el tiempo suficiente en él. No te preocupes, tendré...

- —¡No! —solté antes de que pudiera acabar de hablar—. Esta es *mi* misión. *Mi* problema. No quiero que lo hagas solo. Al menos déjame ir contigo para vigilar. Ya has sufrido bastante por mi culpa.
- —¿Sufrir? —Alzó las cejas como si hubiera dicho una palabra que no hubiera oído nunca. Miró hacia el océano, pero sus manos seguían sobre mí, deslizándose por mis brazos hasta sujetarme las manos—. Conocerte no es un sufrimiento.

Si las circunstancias fueran otras, sus palabras habrían sido miel para mis oídos. Sin embargo, la culpa que acarreaban fue como echar sal en una herida abierta.

Antes pensaba que no había ninguna razón para alejarte de aquellos a los que querías. Pero esa era la única forma de salvar al hombre que tenía delante. Estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio con tal de salvarlo de aquella condena eterna. ¿Significaba que lo quería?

—Deja de hacerlo más difícil —susurré de la forma más suave que pude, entrelazando mis dedos con los suyos

Necesité todas mis fuerzas para alejarme de él. Pero lo hice. Me zafé de su abrazo, incapaz de decir nada más, y volví a mi pila de ropa.

Me cambié, sorprendida de que Milo no me hubiera seguido. Después de ponerme los vaqueros y la chaqueta, me dirigí a la parte alta del faro. Subí las escaleras con cuidado, yendo lo más rápido posible sin caerme en aquella oscuridad. Necesitaba sentir el aire desde lo alto de la torre. Necesitaba ver aquel paisaje una vez más. Necesitaba pensar.

Cuando llegué a la cima, observé el mar eterno frente a mis ojos y me pregunté dónde estaría el barco en aquel instante. Me dio un vuelco el corazón. No sabía qué sería peor, si subir al barco o ir a Arkansas y abrir la caja. Obviamente, lo último dependía del éxito de lo primero. Y después llegaría lo más difícil de todo.

Mientras observaba desde la torre, sola, sin más compañía que mis pensamientos, un aleteo me sobresaltó. Una enorme sombra pasó por encima de mí. El corazón se me paró en el pecho cuando un enorme pájaro blanco con alas negras se posó sobre el faro en ruinas. Su mirada me dejó helada.

Era el mismo pájaro que me había estado observando en la bahía todos los días.

- —Es un albatros. —La voz de Milo me hizo saltar. Salió de la oscura escalera, con la mirada fija en el pájaro—. Es muy raro ver uno en estas costas del Atlántico. Se decía que transportaban las almas de los marineros muertos.
- —Ese pájaro —susurré— siempre está cerca. La semana pasada lo vi todos los días que no te vi a ti.
- —Supongo que velaba por ti en mi nombre. —Me guiñó un ojo. Un cosquilleo me recorrió la espalda—. También se pensaba que daban buena suerte.
- —Entonces supongo que es una buena señal que haya parado aquí. Necesitamos toda la suerte que podamos conseguir. —Agaché la cabeza antes de continuar—. ¿Cuánto queda?
  - —Poco más de dos horas. Tendré que llevarte a casa pronto.

El albatros echó a volar cuando Milo se apoyó en el muro. Me acerqué a su lado.

—Por favor —empecé—. Por favor, déjame vigilar desde la orilla. Me quedaré escondida. Pero no me hagas esperar en mi habitación mientras tú estás ahí. No creo que esté más segura allí de lo que lo estoy aquí contigo.

Se frotó la frente con la palma abierta, como si intentara calmar un dolor de cabeza.

- —Vale —cedió—. Pero solo si te quedas escondida. *Debes* quedarte escondida y hacer exactamente lo que te diga.
  - —Sí, mi capitán.
  - —Para de decir eso —dijo, riéndose entre dientes.

Cuando apoyé la cabeza sobre su hombro, me vino una extraña idea a la cabeza.

—¿Alguna vez te has tomado un *chai latte* de canela?

Milo me miró confundido.

- —Creo... creo que no. Nunca he oído algo así.
- —Bueno, creo que deberías probar uno. —Sonreí levemente—. Si algo va mal, y esta es la última vez que nos vemos, no me perdonaría jamás no haberte dado a probar un *chai* de canela.

Aún perplejo, Milo se empezó a reír.

- —No creo que sea mejor que el ron.
- —Oh, sí lo es. Además, tú me has enseñado todo: constelaciones, pájaros marinos gigantes, faros secretos... Ahora es hora de que yo te enseñe cosas de *mi* mundo.

—Me encantaría probar el... el *chai* de canela que tanto te gusta. —Se rio, aunque no fue una risa alegre. Era el tipo de risa que fuerzas para suavizar el golpe antes de decir algo desagradable—. Pero no lo saborearía. Sería un desperdicio.

Volví a caer en aquella realidad corrupta.

Ahora era *yo* quien hacía las cosas más difíciles. El *chai* de canela era otro triste recordatorio de lo que no podía tener, de lo que *nunca* podríamos tener, porque él estaba atrapado en aquel ciclo eterno hasta que la muerte lo liberara. Tenía que ser valiente por él.

Sin embargo, no pudimos evitar robarnos unos cuantos besos más a la luz de la luna antes de regresar a la orilla de la playa de Constantine, donde El Desdén de la Sirena nos esperaba a lo lejos, tras una oscura niebla.



#### CODO CON CODO

La silueta negra del barco navegaba mar adentro. El único farol que tenían sobre la cubierta daba un tono amarillo a las harapientas velas, pero por lo demás, era difícil determinar el aspecto del barco. Eran las cuatro de la madrugada y la playa estaba vacía. Nadie se pondría a buscar un barco pirata. Menos nosotros.

Milo aparcó la moto entre las sombras y me pidió que esperara detrás de ella. Caminó en silencio por la arena hasta llegar a los cinco botes de remos que había dejado la tripulación en la orilla y se aseguró de que no había nadie vigilando ni volviendo a los botes.

Me hizo una señal para que me acercara cuando decidió que era seguro.

—Supongo que de ahí viene lo de «vía libre», ¿no? —bromeé, aunque la idea de ir en un bote tan pequeño me daba nauseas.

Milo sonrió y se miró las botas. Se le ensombreció el rostro.

Me fijé en el tamaño de los botes. Parecía que cada uno podía llevar al menos a media docena de hombres. Los hombres de Valdez tenían que ser unos cuarenta. Y todos estaban en tierra, buscándome. Me pregunté cómo era posible que un fenómeno así hubiera existido durante tantos años sin que nadie se diera cuenta. Aunque tal vez si se hubieran dado cuenta. Supongo que de ahí salían las historias de fantasmas.

- —¿Es-estás seguro de que no hay nadie en el barco? —tartamudeé.
- —No, no estoy seguro —dudó—. Solo espero que Bellamy los haya convencido a todos para ir a tierra. —Se inclinó para ajustar los remos—. Ahora busca algún sitio donde esconderte. Allí donde estabas puede valer.
- —Buena elección, colega. Déjala en manos de alguien capacitado. —La voz arrogante de Bellamy nos asustó a ambos.

Apareció entre las sombras. Era la primera vez que lo veía con ropa de pirata. Llevaba un abrigo oscuro que lo cubría casi por completo, excepto aquellas botas de piel.

Milo inclinó la cabeza, dando pasos firmes hacia Bellamy.

- —¿Nos has estado siguiendo?
- —Todo lo contrario. Solo he venido a ver el espectáculo.
- —¿No se suponía que estabas alejando a la tripulación? —dije.
- —Ya lo he hecho, amor. No tienes nada de lo que preocuparte. —Hizo una pausa mientras miraba a la luna—. Al menos por ahora.

Hubo un largo silencio. Milo me tocó el brazo, tirando de mí hacia un lado.

- —Katrina, no te voy a dejar sola aquí con él y la escama. Te llevo de vuelta. Sabía que esto era una mala idea.
- —¡No! —grité, zafándome de él—. No tenemos tiempo. ¡Amanecerá en una hora!
- —Ya has oído a la muchacha. —Bellamy se metió en la conversación—. Hora de irse.

Milo miró a su alrededor, con una inseguridad que nunca había visto en él, y volvió a mirarme.

- —No puedo dejarte aquí.
- —Entonces llévame contigo. No tienes elección. Nos estamos quedando sin tiempo.

Milo dio un paso atrás, apretó las manos contra su cara y gruñó.

- —Ya has oído a la chica. Deja de intentar controlarla. Y yo que pensaba que eras un caballero. —La voz de Bellamy era tranquila, serena, y sonreía levemente. Aquello pareció irritar aún más a Milo.
  - —Katrina, yo...
- —Te diré algo, viejo amigo —interrumpió Bellamy, abriendo su abrigo para sacar una pistola de la correa de cuero que llevaba cruzada sobre el pecho. Di un paso atrás—. Yo vigilaré desde aquí. Si pasa algo sospechoso, lanzaré un disparo de advertencia.

Milo lo miró con los músculos del cuello en tensión.

- —¿Se supone que debo confiar en ti?
- —¿Qué otra opción tienes, colega? —Bellamy sonrió—. Además, ¿se te ocurre alguien que quiera el collar lo más lejos posible de Valdez?
  - —Vale —masculló Milo.
  - —Vale, ya está —intervine, molesta con ambos—. Ahora vámonos.

Con un escalofrío, me subí a uno de los botes. La madera era antigua. Me agarré a los bordes con todas mis fuerzas mientras Milo lo empujaba hasta el agua y se metía dentro rápidamente. Las crecientes olas mecían el bote. El sonido de los remos al mover el agua era lo único que mantenía a raya el silencio. Estaba sola en aquel vacío, a merced del mar.

Cuando llegamos al barco, pude ver el exterior putrefacto con claridad. Daba tanto miedo como la noche que lo vi surgir del océano. Los cañones se alineaban a ambos lados y los percebes trepaban por todo el lateral del casco. La bandera pirata ondeaba orgullosa en la brisa nocturna.

No sabía mucho sobre barcos piratas, pero tenía la sensación de que eso iba a cambiar pronto.

Cuando ya estábamos lo suficientemente cerca, Milo dejó que el bote se meciera hacia la nave y se inclinó sobre el borde para amarrarnos al barco.

—¿Lista? —me preguntó otra vez con ojos suplicantes.

Inspiré profundamente el olor a salmuera y pescado.

- —Sí.
- —Iré primero, por si hay alguien arriba —susurró.

Observé fascinada cómo se mantenía en equilibrio y se agarraba a la escalera de cuerda que colgaba del borde de estribor. Con la gracia de un acróbata, se impulsó hacia arriba y subió al barco.

Una vez allí, se asomó a la cubierta. Asintió con la cabeza y empezó a bajar. Me tendió la mano y me ayudó a trepar. El vaivén de la embarcación hizo que se me subiera el corazón a la garganta, pero me sostuvo con firmeza hasta que encontré el equilibrio. Tiró de mí hacia la escalerilla y me agarré a los gruesos nudos cubiertos de algas. Las manos se me resbalaban por la cuerda. Tuve que esforzarme por no gritar mientras la desvencijada escalera se balanceaba.

Encontré la fuerza para seguir subiendo, peldaño a peldaño. Cuando llegamos a lo alto de la parte trasera del barco, observé la cubierta. El olor a sal, madera podrida y hierro me inundó las fosas nasales. Los mástiles se alzaban sobre nosotros, con sus velas ondeando suavemente. Todavía me

resultaba casi imposible creer que todo aquello era real. Y, sin embargo, las suelas de mis deportivas estaban pisando la cubierta de un barco pirata de trescientos años.

—El camarote de Valdez está ahí. En el cuarto que hay en cubierta. — Milo miró hacia la izquierda. Había una puerta de madera en la popa. Extendió la mano para indicarme que me quedara quieta. Se acercó a los desvencijados escalones que llevaban a la puerta, llamó una vez, y la empujó suavemente para asomarse al interior—. Vía libre.

Di un paso adelante.

- —A lo mejor deberías vigilar —le dije—. Por si acaso.
- —Tienes razón. No confío en la señal de Bellamy —respondió—. Pero asegúrate de dejar todo exactamente como estaba. Valdez es muy organizado, así que se dará cuenta si hay algo fuera de lugar —susurró rápido, parecía nervioso—. Estaré fuera vigilando. Si los veo venir antes de que salgas, daré tres golpes a la puerta. Sales y nos volvemos en el bote.

Asentí con el estómago revuelto. Era yo quien había querido ir, y no iba a abandonar mi misión.

Miré a Milo una última vez.

—Si pasa algo, ten cuidado —le advertí.

Se abrió la chaqueta para mostrarme la pistola que llevaba atada al pecho y señaló la espada que llevaba a un lado.

—No te preocupes. Yo te protegeré. ¿Recuerdas?

Mis pies pesaban como el plomo. Crucé el umbral de los aposentos de Valdez con un escalofrío.

La puerta chirrió al abrirla y las tablas de la cubierta crujieron bajo mis pies. El suelo temblaba por el movimiento del océano, algo a lo que no estaba acostumbrada. Sentí que me asfixiaba en aquella oscuridad, protegida únicamente por la luz de la luna y una vela que había en el escritorio de la esquina.

Una hamaca enrollada se balanceaba suavemente en el ángulo opuesto de la habitación, cubierta por unas sábanas andrajosas que alguna vez fueron de buena calidad. Había un gran baúl pegado a la pared, pudriéndose bajo un manto de algas y percebes. A su lado, en mejor estado, había una pequeña estantería llena de mapas y pergaminos. En el centro de aquella habitación redonda había una mesa ornamentada muy deteriorada y unas sillas rotas. Las paredes estaban cubiertas de una especie de fango que le daba un inquietante tono verde a los aposentos.

Me llevé las manos al collar. Seguía ahí, pero tenía la sensación de que en cualquier momento podía aparecer un fantasma y arrancármelo.

Primero miré en el escritorio. Sobre la mesa había mapas antiguos, una brújula, un sextante y un catalejo. Pero ninguna llave. Me pregunté qué haría Valdez con todas esas cosas en la actualidad. Puede que solo fueran el recordatorio de un tiempo pasado. Puede que las siguiera utilizando, en su búsqueda por acabar con la maldición. Nunca lo sabría.

Abrí un cajón con cuidado, como si se fuera a romper si tiraba demasiado rápido. Estaba lleno de pergaminos en blanco y algunas plumas, pero vi algo que me llamó la atención.

No era una llave, sino una nota escrita en un trozo de pergamino. Tuve cuidado de no tocarlo. Parecía a punto de desintegrarse, así que me acerqué para ver lo que ponía.

Con la luna vuestro ascenso llegará, pues con la noche la marea subirá. Destinados a las profundidades de día, esta maldición por siempre duraría, a no ser que a las profundidades se devuelva lo que le arrebataron, lo que quedó de ella.

Reconocí la última parte. La maldición de la sirena. A su lado había una pila de papeles, con notas y comentarios acerca de la última línea «lo que quedó de ella». Al parecer, Valdez llevaba décadas, puede que incluso más, devanándose los sesos sobre su significado. Estaba desesperado por encontrar la respuesta, por romper aquella maldición inquebrantable que caía sobre él y sus hombres. A saber cuántas almas inocentes se habían visto envueltas en su búsqueda de la libertad. Pensé en Serena. Y ahora en mí. ¿A quién más había involucrado durante todos estos siglos?

Borré aquello de mi mente. No tenía tiempo para ponerme a pensar en cosas tan oscuras. Tenía que centrarme en encontrar la llave. Busqué en el resto de cajones, dejando todo en su sitio en la medida de lo posible, pero la llave no estaba en ninguno de ellos.

Después mire en el baúl. Lo abrí, pero no encontré nada más que ropa, botellas de cristal, pólvora, un par de espadas y trabucos. Desdoblé cada pieza de ropa, buscando en todos los bolsillos cualquier cosa que se pareciera a una llave antigua, pero tampoco tuve suerte.

Empecé a preocuparme. Milo estaba muy callado, y asumí que era una buena señal, pero no podía evitar sentirme inquieta al oír cómo crujía el barco.

Por último, busqué en la cama. Retiré las sábanas lentamente para no arrugarlas. No tardé en darme cuenta de que tampoco estaba ahí. Resoplé y me aparté el pelo de la cara, pensativa.

La inquietante luz de la luna entraba por la ventana de cristal, iluminando una zona en la que no me había fijado antes. Desde aquel ángulo, junto a la cama, vi un pequeño cajón en el lateral de la mesa que parecía fuera de lugar, como si se hubiera añadido después de que se construyera.

Me acerqué de puntillas, aunque no estaba segura de por qué intentaba ser tan sigilosa si no había nadie a bordo. En mi mente tenía sentido. Abrí el cajón como si fuera a salir una serpiente de dentro.

Cuando miré, vi una pequeña pila de cartas nunca enviadas. Todas dirigidas a Cordelia. Me picó la curiosidad y no pude contener el impulso de leer al menos una.

#### Mi queridísima Cordelia:

Qué cruel y despiadado por tu parte dejarme sufriendo durante tanto tiempo. Aunque solían decir lo mismo sobre mí. Puede que sí que estuviéramos hechos el uno para el otro, como tú querías. Sé que no hay misericordia para mí, y lo llevo con orgullo. No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Solo de haber elegido a una sirena demasiado fría e inteligente. Sin embargo, te hago una propuesta. Libera al menos a mi hijo de esta maldición y tendrás mi alma para siempre. Deja que Bellamy muera de una vez por todas, y dejaré de buscar la forma de librarme de tu castigo.

Alguna vez tuyo,

Capitán James Valdez

Casi se me cayó la carta al leer el nombre de Bellamy. Sabía que Valdez era su padre, pero leerlo en aquel pergamino fue un golpe de realidad. Me estremecí.

Estaba perpleja. ¿Sabía Bellamy que su padre estaba dispuesto a sacrificarse con tal de acabar con su dolor? ¿Acaso había escrito Valdez

aquella carta en un intento desesperado por engañar a Cordelia y que volviera al barco? O tal vez no supiera dónde enviarla. Las posibilidades eran infinitas, pero no podía parar de preguntarme si acababa de vislumbrar un resquicio de humanidad en Valdez.

Aquella era una de las muchas cartas escritas pero nunca enviadas. Aunque era la única que no estaba cerrada con el sello de lacre del capitán. Las otras estaban dirigidas a «María», pero no me atreví a romper los sellos para leerlas.

Tenía que darme prisa. Me estaba quedando sin ideas y no había ningún lugar más en la habitación donde buscar. Me fijé de nuevo en las cartas. Había una más gruesa que el resto, como si tuviera algo dentro. No quería romper el sello, pero era la única forma. Separé la cera del papel y saqué una llave de hierro del sobre. La sostuve contra mi pecho como si fuera un tesoro. Me costaba creer que fuera real. Los segundos corrían, pero abrí la carta para leerla por encima antes de volver a guardarlo todo.

#### Cordelia:

Puede que me hayas enviado al infierno, pero recuerda que me consideran el mismísimo diablo. No olvides que traicionaste a tu gente. Guiaste a las sirenas hacia mí, una a una. Traicionaste al mar, no a mí. La sangre de tus hermanas está en tus manos. Y por ello, tú también tienes una deuda que pagar. Lo que me consuela todas las mañanas, cuando el barco se hunde en las profundidades desoladas, es saber que aun así nunca tendrás lo que más anhelabas: mi amor. Porque verás, mi María se llevó todo mi amor con ella a la tumba. Y que me parta un rayo si ese amor renace por otra, mucho menos por ti.

Con amor,

Capitán James Valdez

No tenía forma de saber hasta qué punto era cierta la carta, pero me hizo sospechar que Cordelia era igual de formidable que Valdez. Cuanto más leía, más desquiciados y letales parecían los dos. No era de extrañar que ocurrieran tantas tragedias cuando entraban en contacto.

Un ruido sordo y repentino me sobresaltó. Como un disparo en la distancia.

Bellamy.

Cualquier otro secreto que se escondiera tras el pasado de Valdez tendría que esperar a otra ocasión, porque mi tiempo se había acabado.

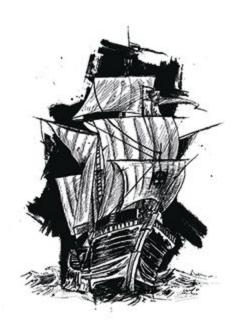
Metí la llave en el bolsillo más pequeño de mis vaqueros, asegurándome de que estuviera bien ajustada dentro. Tan rápido como me permitieron mis temblorosos dedos, volví a poner todo en su sitio. Observé la habitación por última vez para asegurarme de que nada pareciera estar fuera de lugar mientras me acercaba a la puerta.

Me pareció raro que Milo no tocara a la puerta ni respondiera al disparo, pero supuse que me estaría esperando fuera, listo para volver a tierra firme.

Al abrir la puerta, lo que vi estaba muy lejos de mis expectativas.

Milo me estaba esperando, pero también otra docena de piratas. Rodearon la puerta de la cabina, dejándome sin escapatoria. Allí, entre ellos, sonriéndome con los ojos desorbitados como un animal listo para atacar a su presa, había un hombre gigante con un abrigo escarlata. Me miraba por encima del cañón de un trabuco. Su voz me recordó al sonido del metal. Me erizó el vello de la nuca.

—Un placer conocerte al fin, muchacha. —Se quitó el sombrero y se dirigió a Milo—. Y gracias por organizar esta reunión, oficial Harrington.



# AGUAS TURBULENTAS

Me quedé plantada en el sitio, con miedo a moverme. Miré a Milo y al otro hombre. Era Valdez. Su potente voz hizo que me temblaran los huesos. Podría resultar incluso atractivo, pero su temible presencia eclipsaba su apariencia.

—Has ganado a Bellamy, Harrington. Puede que al final sí que supieras lo que estabas haciendo, aunque sabes que no me gusta perder el tiempo. Menos mal que ya estás muerto, porque si no, te habría matado hace días.

Milo estaba junto a Valdez, observando el desarrollo de la escena como si ni siquiera me conociera. Lo miré, esperando estar equivocada al pensar que había sido capaz de traicionarme de aquella forma. Apartó la vista cuando nuestros ojos se encontraron. No era capaz de mirarme. Se me hundió el corazón.

Me ardían los ojos con lágrimas de miedo e ira. Valdez dio un paso adelante, todavía apuntándome con su pistola. Luché con todas mis fuerzas por esconder mi miedo, pero mi respiración entrecortada me delató.

Valdez me miró el cuello como hipnotizado. Bajé la vista, con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco.

Intenté pensar en una forma de salir allí.

—Sí, señores. —Inspiró profundamente por la nariz y sonrió—. Es la

escama de la sirena sin ninguna duda.

—Entonces, ¿a qué esperamos, capitán? —dijo uno de los hombres con un grito seco y desesperado.

Los demás hombres gruñeron en consonancia.

Valdez levantó la mano para poner orden.

—Paciencia, ratas de cloaca —bramó—. Sigo intentando decidir qué hacer con esta joven belleza a bordo de nuestra nave. Sería una pena quedarnos con la escama y no disfrutar de los otros placeres que se nos han negado durante tanto tiempo... —Se pasó la lengua por los dientes y su mirada me puso la piel de gallina. Sentí cómo se tensaba cada músculo de mi cuerpo a modo de defensa.

Temblando, volví a mirar a Milo, que permanecía inexpresivo. Aunque me di cuenta de que tenía la mano cerrada en un puño.

—Es toda suya, capitán —soltó Milo—. Yo ya la he disfrutado.

Los piratas empezaron a silbar y gritar obscenidades.

Parpadeé, mirándolo con sorpresa. Empezó a arderme el pecho, llenando cada centímetro de mi ser de dolor y repulsión.

—Eres repugnante —dije entre dientes.

Desvió la mirada hacia el mástil, enfadándome aún más.

—No le faltes al respeto a mi tripulación, muchacha. —A Valdez le resultaba divertido—. Ponte de rodillas.

Quería escupirle en la cara, pero no tanto como darle una bofetada a Milo.

Milo sacó el alfanje de su funda y me apuntó con él, acercándose lo suficiente como para tocarme con la mano si quisiera.

—De rodillas. —Su voz era firme—. Órdenes del capitán. —Puso una mano sobre mi hombro y me movió hacia un lado, colocándome donde quería—. Abajo.

Su manera de decirlo fue como un golpe. No era un tono amenazante, sino más bien urgente, como si me suplicara que hiciera lo que me pedía. No podía discutir con una pistola y una espada apuntándome. Con mirada fría, me arrodillé.

Valdez guardó la pistola y empezó a quitarse el abrigo, mientras Milo me retenía a punta de espada.

—Me recuerdas a una mujer que conocí, poderosa y cruel. Hermosa, también. —Hizo una pausa y señaló la cubierta—. ¿Sabías que ella me regaló este barco? Podía hechizar a cualquier hombre para que la

obedeciera. Con una única canción hizo que toda una tripulación se tirara por la borda. Por mí. Y estaba justo donde estás tú. Excepto que, si no recuerdo mal, ella estaba completamente desnuda, y no se avergonzaba lo más mínimo.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero me pregunté si la mujer de la que hablaba era Cordelia.

Me miró entre aquellas densas y oscuras pestañas y se acercó a mí, soltándose el cinturón.

—Pero tú, muchacha, tú estás temblando como un perro mojado. Como si tuvieras algo de lo que avergonzarte. Como si tuvieras algo que no quisieras que me llevara.

Sujeté el collar con ambas manos y me rodeé con mis propios brazos. El suelo crujía bajo el peso de sus botas a medida que se acercaba a mí.

—Le dejaré hacer los honores, oficial Harrington. Considérelo una recompensa.

Milo usó la punta de la espada para levantarme el borde de la camiseta. Di un paso atrás, pero él me agarró la muñeca con su mano libre. Intenté resistirme, pero consiguió mantenerme quieta. De pronto se acercó a mi cuello. Casi pasé por alto lo que me susurró, pero le oí perfectamente.

—Confía en mí y agárrate.

Con un rápido movimiento de espada, se giró para cortar una cuerda de la jarcia que estaba atada a un gancho en cubierta. Me acercó a él con su brazo libre y le rodeé los hombros con los brazos. Se agarró a la cuerda y cuando esta se rompió, tiró de nosotros hacia arriba. Subimos a la cofa. Milo lanzó la espada a cubierta para tener la mano libre y poder agarrarse al mástil.

—¡Maldito seas, Harrington! *Desearás* poder morir después de esto. Voy a pasarme la eternidad asegurándome de que la tuya sea un infierno.

Valdez sacó la pistola y disparó, pero Milo y yo nos resguardamos en la cofa. Las balas de plomo astillaban la madera a nuestro alrededor para luego caer al suelo bajo nosotros. El olor a pólvora me inundaba las fosas nasales.

Miré a Milo mientras nos poníamos a cubierto. Me di cuenta de que había estado fingiendo para salvarme. Quería pegarle y abrazarlo al mismo tiempo.

—Eso ha sido cruel —le dije—. Pero… sé por qué lo has hecho. Me guiñó un ojo.

- —Te dije que te protegería. No dije cómo.
- —¿Qué ha pasado con lo de dar tres golpes?
- —Resulta un poco complicado cuando te tienden una emboscada. Había un bote esperando al otro lado antes de que sonara el disparo de advertencia de Bellamy.

Se oyeron más disparos y los piratas empezaron a soltar ordinarieces desde abajo, con la estridente voz de Valdez por encima de la del resto.

- —¿Ahora qué? —pregunté.
- —Ya casi está amaneciendo. Solo tengo que sacarte del barco.
- —¿Y qué hay de ti?
- —Ya lo sabes.
- —Quiero decir... ¿Qué pasará mañana por la noche? Cuando vuelvas, ¿qué te hará Valdez?

Milo cerró los ojos, como si intentara tragar algo amargo. Los piratas nos amenazaban, y un par de ellos empezaron a trepar por el mástil. Sonaron más disparos.

- —No te preocupes por mí. —Tomó mi mano entre las suyas y la besó —. Pero pase lo que pase, tienes que mantenerte alejada de la orilla. Cuando vuelvas de tu viaje, mantente alejada del mar. No puedes volver al barco. Nunca. Encontraré una escapatoria. De algún modo. Y cuando lo haga, iré a buscarte. Todas las noches. Te lo prometo.
- —¿No eras tú el que me decía que «no hiciera promesas que no podía cumplir»? —le recordé.

Se limitó a mirarme. Tiró de mí para ponerme de pie y miró hacia uno de los botes que había en el agua.

- —Ahí está tu transporte —balbuceó.
- —¿Qué?

No me lo explicó.

Uno de los piratas se estaba acercando a la parte inferior de la cofa. Blandía un alfanje, así que Milo sacó la pistola de la correa que llevaba en el pecho y disparó. El hombre cayó a la cubierta y soltó una maldición. Pero había más en camino. Valdez nos apuntaba con su pistola.

Milo tomó la cuerda de antes. Seguía atada a la jarcia del mástil.

—Agárrate. —Presionó sus labios contra los míos y nos fundimos en un beso.

Era excitante. Incluso con mi vida en un peligro inminente, me sentía segura entre sus brazos, acurrucados bajo la luz de la luna. El sonido de las

espadas y las balas se esfumó con la calidez sus labios. Gemí en silencio cuando me besó con una ferocidad incesante y me abrazó como si fuera la última vez.

Sin previo aviso, separó sus labios de los míos y saltó de la cofa, aferrándose a mí con fuerza. La cuerda era un péndulo y nosotros el contrapeso. Al pasar sobre la cubierta, disparó un puñado de veces más a la tripulación. Sentí que se impulsaba lo máximo posible sin dejar de agarrarme, y nos balanceamos hasta el borde del barco, donde un pequeño bote se mecía en el agua.

Llevó los labios a mi oreja con el mismo apremio que una persona que se dispone a apagar un fuego. Lo que me dijo me llegó al alma.

—*Siempre* encontraré la manera de volver a ti, Katrina. Mi estrella polar.

No me dio tiempo a responderle. Con aquellas últimas palabras, me soltó sobre el bote y dejó que la cuerda lo llevara de nuevo a la cubierta.

Oí espadas chocar. Me incorporé y vi a Bellamy sentado enfrente de mí, con los remos en las manos.

—Toma un remo, amor. Casi está amaneciendo —me indicó con calma.

Hice lo posible por ayudar a Bellamy a remar lo más rápido posible hasta tierra firme. La tenue luz del amanecer asomó sobre el horizonte, y el sonido del caos del barco se disipó a medida que nos distanciábamos. Podía escuchar el ruido del torbellino formándose para empezar su ritual y llevarse el barco a las profundidades.

Nos quedamos en silencio.

Había algo distinto en Bellamy. Vi cómo dejaba que el bote se moviera hasta la costa remando suavemente. Su habitual aire de confianza había desaparecido. Tenía una expresión rota que no le había visto antes.

- —Bell... —Me paró antes de poder decir su nombre.
- —No. —Bajó la cabeza y miró al agua—. Te he visto besarlo. No digas algo solo porque te doy pena.
- —Solo quería darte las gracias. —En parte mentí. Quería decirle algo más, pero no estaba muy segura de qué.
- —Ya sabes que quiero mantener la escama alejada de mi padre. —Se apoyó con el codo sobre su rodilla—. Pero… —se pasó una mano por el pelo— parece que Milo y yo al final hemos logrado ponernos de acuerdo en una cosa.

—En que vale la pena protegerte.

Le sonreí con suavidad, aunque era lo único que podía ofrecerle.

¿Sabía que Valdez había escrito una carta en la que ofrecía sacrificarse a cambio de su libertad? Me planteé contárselo en aquel momento, pero no me parecía apropiado. No había forma de compensar lo que Valdez le había hecho a Serena.

Antes de poder pensar en lo que iba a decir, Bellamy empezó a desaparecer ante mis ojos. De la misma forma en que las olas se habían llevado a Milo.

El bote en el que estaba subida se desvaneció justo después. De la nada me vi en el agua, aunque ya hacía pie.

Cuando me di la vuelta, el barco se hundía a lo lejos. La playa se quedó en silencio, de vuelta a la normalidad, y el sol empezó a salir. Como si nada de aquello hubiera pasado.



# CON EL ÁNIMO POR LOS SUELOS

Metí la llave en mi equipaje de mano al pasar por el control de seguridad. Aquel viaje me daba miedo por muchas razones. Me hacía ilusión ver a papá, pero sabía que ver a mamá después de tanto tiempo iba a ser incómodo. Y, sobre todo, sería imposible pensar en cualquier otra cosa que no fuera Milo a merced de Valdez hasta que volviera después de Acción de Gracias.

Pero primero tenía que acabar con la maldición que nos asolaba a mi madre y a mí. Me recordé que todo formaba parte del plan. Si de verdad podía salvarlo, Milo sería libre muy pronto, por mucho que me doliera dejarlo ir.

¡Ya en el avión! Estaré allí por la tarde.

Le envié el mensaje a papá antes del despegue, sin esperar su respuesta antes de cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás. Era un vuelo de casi cuatro horas, así que pensaba recuperar el sueño que tanto necesitaba después de aquella noche en vela. Me aferré al collar, rezando porque esta vez obrara su misteriosa magia y me protegiera de las pesadillas.

Cuando me desperté, el avión estaba aterrizando. ¿Cómo se suponía que iba a bajar de él en Arkansas como si todo hubiera vuelto a la normalidad? Como si mi vida no hubiera cambiado drásticamente por un encuentro imposible no hacía ni un mes. Unas horas atrás, casi me asesinan unos piratas en un barco centenario. Y, sin embargo, ahora solo era una estudiante de primero de carrera volviendo a casa por Acción de Gracias.

Esperaba que me hubiera llegado un mensaje de papá al aterrizar, pero para mi sorpresa, tenía una retahíla de notificaciones y tres llamadas perdidas cuando se iluminó la pantalla. Algo iba mal.

Salí corriendo de la terminal y atravesé el abarrotado aeropuerto mientras llamaba a mi padre. Me pesaban los ojos y me dolía la cabeza de puro agotamiento. La adrenalina me había dado energía toda la noche, y la breve siesta en el avión no ayudó mucho con el cansancio. Pero lo ignoré todo lo que pude. Intenté ponerme el teléfono contra la oreja mientras acarreaba la mochila y el equipaje de mano. Papá contestó enseguida.

- —¿Katrina? ¿Has aterrizado?
- —Sí, estoy yendo a la zona de recogida. ¿Estás ahí?
- —Sí, pero tu madre no ha venido. No está bien. Por eso te he llamado tantas veces.
  - —¿Qu-Qué quieres decir con que no está bien? —repetí.
- —Quiero decir que esta mañana estaba... llorando... chillando... histérica. He ido enseguida, pero estaba totalmente ida. No podía despertarla. Está peor que de costumbre. Algo va mal.
- —Oh, no... —Presioné el teléfono a mi oreja, apretando los dedos a su alrededor—. ¿Dónde está ahora?
- —En el hospital. —Suspiró—. No podía despertarla. Chillaba como si estuviera soñando o alucinando, pero no creo ni que estuviera despierta. Lleva inconsciente desde entonces.
- —Dios mío. —Fruncí el ceño—. Vale, estoy yendo a la zona de recogidas. Estoy... Espera... ¡Te veo! —Moví la mano en su dirección a medida que me acercaba a la cola donde estaba el Dodge Ram del 99 de papá.

La familiar brisa fresca de noviembre me rozó la piel, pero casi no la noté al subirme en el lado del copiloto y lanzarme a los brazos abiertos de mi padre.

—Te he echado de menos —dije contra su hombro. Olía ligeramente a aceite y a grasa de motor, y era el olor más reconfortante del mundo en

aquel momento.

- —Te he echado mucho de menos, Trina. Tu madre me estaba agotando.
  —Suspiró profundamente—. He intentado protegerte con todas mis fuerzas.
  No tendrías por qué preocuparte por todo esto.
- —No pasa nada, papá —contesté—. No quería que te preocuparas. Espero que haya una forma de sacar a mamá de esto ahora que estoy aquí, antes... —me aparté de él con cuidado y me apoyé sobre el asiento— antes de que sea demasiado tarde.
- —La esperanza es lo mejor que tenemos, Trina. Pase lo que pase, no dejes de tener esperanza.

Asentí rápidamente y le sonreí mientras conducía. Asumí que nos dirigíamos al hospital. Empecé a retorcerme los dedos mientras papá maniobraba para salir del tráfico del aeropuerto.

Respira.

- —No puedo evitar sentir que de alguna forma esto es mi culpa. Apoyé la frente contra el cristal de la ventana.
- —Hija, no. —Papá acercó la mano y la puso sobre mi hombro—. Ya hemos pasado por esto. *Nunca* ha sido tu culpa.
- —Lo sé. —Respiré hondo—. Pero tal vez si nunca me hubiera ido... Si me hubiera quedado aquí en vez de irme a Florida, podría haber evitado que hiciera esto... Si tan solo hubiera estado aquí.

No llegaba a entender por qué la recaída de mamá me pesaba tanto sobre los hombros. No era la primera vez. Y no era mi culpa no poder averiguar los secretos del collar. Claramente, nadie más había podido. Y, aun así, desde que me contó lo de sus sueños ahogándose, sentí que había una nueva conexión con ella que me contrariaba.

Cuando llegamos al hospital, me fijé en la entrada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado allí. La última vez, mamá se había roto la muñeca y golpeado la cabeza al tambalearse por el porche y caerse después de una de las típicas noches en las que ahogaba sus demonios en alcohol. Había llegado a casa justo después de la cena. Papá fue corriendo para llevarla y yo me volví corriendo de la fiesta de inicio de curso para estar con ella aquella noche. Los recuerdos eran de todo menos buenos, y empezaron a aparecer como una oscura sombra en el fondo de mi mente.

Nos acercamos a la puerta de la entrada, y me empecé a preguntar qué sentiría al verla por primera vez, consciente o no. Había estado fuera más de

un año, y aunque había escuchado su voz muchas veces estas últimas semanas, llevaba sin *verla* lo que parecían siglos. ¿Volvería mi enfado con ella? ¿O me daría pena como tantas veces atrás hasta que decidí hacerme a ello?

Giramos un par de veces por el pasillo y llegamos a la puerta de la habitación. Contuve la respiración mientras papá la abría. Los ojos de mamá estaban cerrados y el pelo, que le llegaba por los hombros, estaba recogido en una coleta lateral.

Me invadió la mente un pensamiento horrible. ¿Lo había hecho a propósito?

No. No podía ser. Aún no estaba tan mal... ¿no?

Me quedé junto a mi madre. Respiraba como si estuviera durmiendo. Me pregunté si estaría en paz. ¿O también tendría pesadillas estando así? Quería abrazarla y odiarla a la vez. Intenté contener la marea de emociones que llevaba dentro, mordiéndome el labio para contener las lágrimas que luchaban por salir.

—Grace —dijo papá.

Pero mamá no respondió. Solo se oía el sonido de nuestras respiraciones y el pitido del monitor al que estaba conectada. Me temía que no me quedaba mucho tempo para averiguar cómo salvarla.

Nos quedamos con ella hasta que se hizo de noche, turnándonos. Papá se negaba a ir a casa, pero se ofreció a llevarme para que descansara por la noche. Necesitaba dormir, como siempre, pero él no sabía que pensaba pasar el tiempo a solas en casa buscando en cada esquina del ático. Pensé en contarle lo de la caja, las fechas de las muertes... pero ¿cómo podía explicarle todo lo que sabía? No había nada que pudiera hacer para pararlo, y se pensaría que estaba tan loca como mamá si se lo contara. *Yo misma* lo pensaría si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Pero si supiera que el tiempo corría...

De camino a casa, miré la carretera, centrándome en las líneas amarillas sobre el asfalto que podía ver con las luces del coche al pasar por encima. Unas nubes grises se cernían sobre nosotros y daban al horizonte un aire melancólico. Casi todas las hojas de los árboles se habían caído, pero aún quedaban algunas doradas y rojas rezagadas aferrándose a las ramas.

—Entonces, ¿ahora qué? —Me giré hacia papá—. ¿Y si mamá no sale

de esta?

—No digas eso, hija. —Me aferré a la firmeza de su voz—. No pierdas la esperanza. Aún no.

Tragué saliva. Seguía teniendo la sensación de que era mi deber hacer algo al respecto. Tener esperanza no era suficiente. Durante mucho tiempo la tuve. Esperé que mamá cambiara durante muchos años. Y cuando eso no pasó, esperé poder olvidarlo todo y empezar de cero por mi cuenta. Cuando creía que había dejado el pasado atrás, apareció como si nunca se hubiera ido. Pero cada vez tenía más claro, en más de un sentido, que mi pasado no había muerto, que solo había estado enterrado bajo la superficie durante un tiempo. Había perdido la esperanza hacía mucho tiempo. Ahora luchaba por recuperarla como un niño que persigue un globo antes de que se aleje flotando para siempre.

Me puse a reflexionar sobre aquello mientras papá tomaba el mismo camino por el que solía ir al instituto. Fue como volver a primero de bachillerato, cuando era una donnadie sin habilidades sociales que intentaba llegar a su graduación, empezar de cero y pedir becas de arte por todo el país. Quería escapar de aquel pequeño pueblo que me había tenido enjaulada durante tanto tiempo. Era acogedor. Era seguro. Pero ese era el problema. Las jaulas también son seguras.

Y ahora nada parecía seguro, y por extraño que pareciera, mi instinto anhelaba la seguridad de aquel hogar aburrido en Ozark. Pero lo que yo quería no importaba. No había ningún lugar al que pudiera ir para escapar de todos los problemas a los que me enfrentaba. Siempre estarían ahí. En Arkansas. En Florida. Incluso en el fondo del mar, literalmente. Y ya era hora de dejar de buscar una salida. No podía seguir huyendo.

Estaba lista para nadar de frente contra la marea.



# TESORO ESCONDIDO

El motor diésel de la camioneta de papá rugía sin parar. Enfilamos el camino de entrada a la pequeña casa de una planta estilo rancho. Nunca había conocido otro hogar más allá de aquellas cuatro paredes hasta que me mudé a la residencia este año. Cuando apagó el motor, solo se escuchaba el sonido de los grillos bajo aquel cielo silencioso que nos contemplaba. No llevaba chaqueta, y empecé a temblar cuando el aire frío me rozó los brazos desnudos en el camino del coche a la entrada. Al pasar por la puerta, una sensación de familiaridad me envolvió.

La decoración estaba exactamente igual que el día que me fui, con las plantas falsas que contrastaban con los anticuados paneles de madera de las paredes. Por toda la casa colgaban fotos mías de bebé y algunas fotos antiguas de la boda de mis padres. Entré en mi antigua habitación. Muchas de mis obras seguían colgadas en la pared, justo donde las dejé. Mis calcetines desparejados tirados por el suelo. En la pared de la cabecera de la cama estaba mi propio intento de *La noche estrellada* de Van Gogh, que se extendía desde el suelo hasta el techo. Pinté aquella pared a mano cuando estaba en el colegio. Al parecer me había gustado dormir bajo las estrellas desde hacía más tiempo del que pensaba.

Encendí la luz de la habitación y tiré la mochila encima de la cama.

Intenté reprimir un bostezo, pero no lo conseguí. Mi cuerpo estaba cansado y mi mente, confusa. Mi padre estaba de pie, mirándome desde la puerta.

- —Volveré al hospital cuando te hayas instalado. —Señaló la mochila sobre la cama—. Por favor, no pienses que no quiero pasar tiempo contigo, Trina...
- —Créeme, papá, lo sé. —Lo tranquilicé—. Estaré allí mañana. Te llamaré cuando esté lista para que vengas a recogerme. —Me di la vuelta y empecé a sacar las cosas de la bolsa. Tiré la ropa por la cama, sin preocuparme por doblarla. Al no recibir respuesta de papá, mire por encima de mi hombro—. Vete. No te sientas mal, papá. Tienes que estar con ella.
  - —No quiero que pienses que no estoy contento de verte.
- —Papá, sé que lo estás. —Me puse de pie frente a él, sujetándome el codo con la mano contraria—. Pero ahora mismo mamá te necesita. Siempre has estado ahí para ella, yo me rendí. Si se despierta, te buscará a ti. No sé si yo estoy preparada.

Lo último que había dicho era en parte verdad. No estaba preparada, pero por muchos más motivos que ese. No mencioné la parte de necesitar tiempo para buscar por toda la casa una caja que no estaba ni siquiera segura de que existiera.

Cuando papá se fue, respiré intentando contener otro bostezo, y me dirigí a lo que había obtenido la noche anterior. Saqué la llave del equipaje de mano y la sostuve entre las manos. Era la primera vez que observaba aquella antigüedad. Analicé el exterior, oscurecido y desgastado por la corrosión y la sal. El hierro estaba trabajado con delicadeza, con remolinos moldeados en la empuñadura.

Después de por todo lo que había pasado para conseguirla, esperaba que valiera la pena. Necesitaba respuestas. Respuestas que luego se convirtieran en soluciones. Necesitaba que esta llave lo descifrara todo. Pero me daba miedo descubrirlo. ¿Y si no había nada de especial en aquel collar? ¿Y si no podía salvar a Milo? ¿Me pasaría el resto de mi vida sabiendo que su alma estaba condenada al mar para siempre? ¿Y si nada de esto tenía que ver con mi madre o conmigo y no era más que una alcohólica con alucinaciones sin salvación? ¿Y si aquel destino era inevitable para ambas?

El tornado de voces en mi cabeza giraba sin parar. Las preguntas. Los miedos. La pequeña llave en mi mano atraía todo.

Decidí no perder más tiempo y empezar por el ático, donde solo había estado una vez antes, de niña.

Tiré de la cuerda y vi cómo los escalones aparecían ante mí en señal de bienvenida. Me invadió una sensación inquietante al no haber nadie en la casa y entrar sola al oscuro ático. Desvié mi atención y me dirigí a la cocina a por una de las muchas linternas de emergencia de papá. No tardé mucho en encontrar una. Volví a los escalones unos segundos después con la linterna en las manos.

El aire viciado del ático no tardó en llenarme los pulmones. Era mohoso y estaba cargado. Agradecí que no fuera verano. En una esquina vi la pila de juguetes que había subido con mamá once años atrás. Entre otras cosas, las sillas viejas, pequeñas piezas de coche mugrientas y decoración del hogar aleatoria que parecía pertenecer al salón de una señora mayor ocupaban la mayor parte del ático. ¿Por dónde tenía que empezar? El desalentador montón de trastos que tenía enfrente me oprimía el pecho. Podía tardar siglos en encontrar la caja. Ni siquiera sabía cómo era.

—¿Dónde podría estar? —me pregunté a mí misma.

Suspiré, frustrada. Saqué cajas de todas partes y moví cada objeto que pude. Pero nada. No había ni rastro de la legendaria caja.

Me tiré al suelo y me senté resignada, con un remolino de emociones en el pecho que crecía como una ola. Aquel océano que estaba conteniendo se abalanzó sobre mí. Un llanto roto brotó de mí y resonó por todo el ático. Mis lágrimas salpicaron el suelo polvoriento cuando me incline hacia delante, cada vez de forma más constante y agitada. Me abracé fuerte a mí misma e intenté recuperar el aliento, meciéndome de un lado para otro.

No podía hacerlo. No podía salvarnos. Y estaba tan, tan cansada.

Me desperté al oír el claxon. Me ardían los ojos cuando los abrí y me di cuenta de que me había quedado dormida en el ático. Me puse de pie y bajé rápidamente al cuarto de baño para lavarme los dientes y ducharme. Me aseguré de cerrar el ático al salir.

—¡Trina, ya estoy aquí! —escuché decir a papá desde el pasillo.

Asomé la cabeza por la puerta del baño.

—Perdón, papá. Me he quedado dormida. No debo de haber escuchado la alarma.

A papá no le importó esperar hasta que acabé de arreglarme. Intenté actuar como si estuviera más descansada de lo que me sentía.

De nuevo en el hospital, repasé todo lo que recordaba del ático. ¿Qué se

me había pasado? Mi idea era buscar de nuevo aquella noche, pero cada vez tenía menos confianza en que la caja estuviera en manos de mamá.

Al anochecer, me acurruqué junto a la pequeña ventana que había en la habitación de mamá. Analicé el horizonte y me di cuenta de que los pálidos tonos naranjas y grises chocaban entre sí como olas en el cielo a medida que el sol descendía. Las volutas de colores se entretejían en el aire como hilos de seda. Me habría gustado tener un pincel a mano. Lo más parecido era el cuaderno de bocetos que llevaba en la mochila. La luna tomó el lugar del sol y dejé que mi corazón guiara mi mano. Tracé el contorno de un rostro, un pelo despeinado, una mandíbula fuerte y unos ojos ardientes que me observaban desde la página. Al dar forma a sus labios me vino a la mente el recuerdo del sabor a nectarina que aún notaba en los míos.

El olor a salsa marinara y ajo me sacó del boceto. Papá entró en la habitación con una caja de pizza y la dejó sobre la mesilla. Miró en mi dirección.

- —¿Quién es? —Vi que observaba mi cuaderno de bocetos.
- —Oh... Em. —Bajé el cuaderno para que no lo viera y sentí que me sonrojaba—. No es nadie.
- —Bueno, eso sí que no me lo creo. —Se rio—. Nunca te he visto dibujar así a una persona. Suelen ser mariposas o flores o nubes.

Solo tenía razón en parte. A veces pintaba y hacía bocetos de personas, pero los retratos no eran exactamente lo mío. Especialmente los retratos de hombres atractivos.

—Trina, no tienes por qué contármelo, pero no creas que tu viejo padre no se da cuenta. Llevo mucho tiempo enamorado. —Sonrió, mostrando sus dientes blancos bajo aquel bigote al mirar a mi madre—. Y te conozco lo suficiente como para saber que no te enamoras de cualquiera.

Pestañeé, intentando no mirarlo, pero me acerqué a él.

—Debe de ser alguien especial si ha sido capaz de captar tu atención.

Tenía los labios secos. Mantuve la boca abierta para responderle.

- —Es... diferente... a otros chicos.
- —¿Y cómo se llama? ¡Uy! No tienes por qué contármelo. No tengo ningún problema con los secretos. —Su acento se coló en aquellas últimas palabras y se rio.
- —No, no es ningún secreto. —Me rendí, con una suave risa que pareció más bien un resoplido—. Se llama Milo.
  - -Bueno, dile a Milo que, si causa algún problema, puede que esté a

catorce horas en coche, pero sé cómo llegar en tres si hace falta.

Negué con la cabeza y puse los ojos en blanco de broma.

- —No te preocupes —dije—, es genial. —Mi media sonrisa se borró y junté los labios—. Pero no es de la zona, y puede que tenga que irse pronto. Para siempre.
  - —Qué pena, hija. Si supiera lo que le conviene, se quedaría.

Sentí que algo se me clavaba en el pecho cuando mi padre habló. Sabía que Milo se quedaría por mí. Sin importar el dolor que le causara. Y por eso no podía perderlo.

Dejé que papá siguiera hablando.

—Hay algo que debes saber, Katrina. —Me erguí y lo escuché con atención. No solía llamarme por mi nombre completo—. A veces hacer lo correcto por aquellos a los que queremos duele. A veces, a nosotros. Otras, a ellos. Muchas veces, a ambos. Pero tenemos que hacerlo. Y tenemos que ser fuertes.

Papá no sabía nada de mis secretos en Constantine, pero sus palabras me atravesaron el corazón como una jabalina.

Papá tomó la caja de pizza con un humor completamente diferente.

—Y ahora, no sé tú, pero yo me muero de hambre. *Pepperoni* y piña. Espero que siga siendo tu favorita.

Asentí.

—Claro.

Papá me rodeó con el brazo y me besó a un lado de la frente. Es probable que hubiera notado el tono apagado de mi voz.

—No te preocupes, hija. Al final todo va a salir bien. Te lo prometo.

Aquellas palabras me recordaron a McKenzie. Con su reafirmación constante y su disposición a escuchar, me di cuenta de que ambos eran la razón por la que había llegado tan lejos. Y estaba más que agradecida de tenerlos, más de lo que ellos se imaginaban. Solo esperaba poder ser algún día la que le dijera lo correcto a alguien, igual que ellos lo habían hecho por mí tantas veces.

Después de comer, mamá se revolvió en la cama con algún quejido. Papá estaba dando cabezadas en una silla, roncando suavemente. Tomé la mano de mi madre, aunque no sabía por qué. Una parte de mí se alegraba de no poder saber si me oía o no, porque no sabía qué le diría si estuviera despierta.

Sus ojos empezaron a moverse, pero volvieron a cerrarse enseguida.

Respiró e intentó incorporarse. Abrió los ojos otra vez, en pánico, como si se ahogara.

Papá se despertó y contempló rápidamente la escena.

Solté la mano de mamá.

—Iré a por la enfermera. —Papá salió por la puerta, pidiendo ayuda.

Tenía los ojos clavados en ella, con los nervios a flor de piel. De repente me agarró la muñeca con ambas manos, aferrándose a mí con fuerza.

—No dejes que me ahogue. Por favor. Por favor. El agua está subiendo demasiado. Por favor... —rogó de forma entrecortada, aunque la entendí perfectamente.

Cuando papá llego con dos enfermeras por detrás, los ojos de mamá volvieron a cerrarse y volvió a caer sobre la almohada. Aunque parecía tranquila, sabía que las olas eran intensas en su interior.

Estaba teniendo pesadillas. Y la estaban hundiendo.

*Tenía* que encontrar aquella caja.

Cuando papá volvió a dejarme en casa, no perdí ni un segundo. Me puse manos a la obra en el ático, sin preocuparme por el desorden que dejaba al buscar desesperadamente. Saqué objetos y moví cajas. Me esforcé por mover una mecedora antigua que parecía tener algunos objetos detrás. Parecía un lugar donde una caja de madera encajaría perfectamente. Pero al rebuscar me di cuenta de que no era más que una colección de objetos de mi abuela.

Devolví las cosas de mi abuela a donde las encontré. Fue entonces cuando me fijé en una caja de cartón en la que ponía su nombre, Lydia, en la parte inferior de una pila de cajas en un rincón oscuro, detrás de las demás. Por el tamaño de la caja esperaba que contuviera libros o algo parecido. Había estado buscando entre las cosas de mamá. Hasta aquel momento no se me había ocurrido que tal vez estuviera guardada con las cosas de la abuela.

Me puse con la pila de cajas. Abrí cada una de ellas y miré dentro, pero no había nada que se pareciera a una caja de música o de joyas. Ni siquiera estaba muy segura de qué aspecto tenía.

La agobiante sensación de que el tiempo se me estaba acabando me desanimaba constantemente. Me decía que tendría que estar con mamá. Sabía que tenía razón. Pero si estuviera con ella, no podría estar aquí,

ayudando a desentrañar el misterio de esta maldición familiar. Eligiera lo que eligiese, sentía que le estaba fallando a alguien que me importaba, y notaba un gran peso en el corazón.

Volví a mirar en la última caja con el nombre de la abuela. Ahí, al fondo, bajo un viejo pañuelo desteñido que se habían comido las polillas, vi la esquina de algo de madera. Se me paró el corazón. Lo destapé y vi un rectángulo del tamaño de una barra de pan.

Saqué la caja con los dedos congelados, y me fijé en los diseños detallados que había en la cerradura, que coincidían con los de la llave. Claramente los había hecho la misma persona. Los observé con más detenimiento y caí en que la cadena que sostenía la escama de sirena en el colgante plateado que llevaba al cuello tenía aquel mismo patrón de remolinos y curvas. Un escalofrío me recorrió la espalda. Tras unir las tres cosas, no había duda de que había una conexión entre ellas.

Estaba a punto de descubrir mi relación con Cordelia y Valdez.



# LA X MARCA EL LUGAR

La cerradura crujió al abrirse por primera vez en siglos con un suave giro de la llave de hierro. Temía que la tapa se desprendiera de las bisagras cuando la levanté con delicadeza. Enfoqué la caja con la linterna e iluminé un montón de papeles amarillentos y destrozados. Estaban ordenados y sujetos por una cuerda a punto de desintegrarse al mínimo roce.

Con el máximo cuidado posible, saqué los papeles e intenté desatar la cuerda, pero se rompió al instante. Los papeles parecían ser una mezcla de cartas y registros mercantiles. Mostraban sobre todo los lugares donde El Desdén de la Sirena había tomado puerto y cuántas «unidades» se habían procesado y vendido. Muchas de ellas llevaban la firma de Dacen Harrington. Suponía que era el padre de Milo que vendía en nombre de Valdez. Pero no eran ni de lejos la mayoría de los papeles. El resto eran dibujos detallados hechos a mano con tinta de zonas concretas del mar, con énfasis en ciertos puntos más que en otros. Algunos estaban en el Caribe, otros en el Atlántico, incluso en el Báltico y otras zonas.

Como si fuera una señal, en la parte de abajo de la caja había un compartimento secreto que se estaba pudriendo, que alguien había añadido. Al mirar en él, me fijé en que dentro del marco tallado de la caja había un diario muy usado. Parecía tener al menos cien años, con su encuadernación

de cuero desgastado y las páginas rotas y amarillentas. Quería adentrarme en sus páginas llenas de secretos, pero me llevaría más tiempo del que tenía para estar en el ático. Pensaba llevármelo al hospital más tarde para leerlo allí.

Rebusqué entre los registros de ventas y notas de negocios, pero solo encontré un documento que llamara mi atención: una carta. La letra era elegante e inmaculada. Mis ojos la recorrieron, fijándose en cada palabra.

Mi querido amor, capitán de mi corazón:

Lo que me has pedido no es tarea fácil. Llevo la carga de traicionar a mis hermanas a cambio de tu amor. Pero si los momentos fugaces que hemos pasado juntos son un indicio de lo que será amarte para siempre, considero que el intercambio merece la pena. Confío en que dejarás a María y al niño, como hemos hablado. Seré la única que tenga tu corazón, mi amor. Con este pedazo de mí, te hago la promesa de que, mientras seas mío, seguiré compartiendo mi poder contigo para que lo conquistes todo. Cuando gobiernes en el mar, yo seré tu reina. Con esto, estás unido a mí.

Siempre tuya, Cordelia

Volví a leer las últimas dos frases. Un pedazo de ella. Era la escama. Tenía que serlo. Lo que quedó de ella.

Como confirmando mis sospechas, cuando levanté el diario que había debajo de las cartas, me encontré con un agujero tallado en aquella superficie de terciopelo oscuro desgastado. El hueco parecía hecho para un amuleto de una cadena, un collar.

Con la respiración entrecortada, me llevé las manos a la parte de atrás del cuello para quitarme el collar y ponerlo en el hueco. Encajaba a la perfección, hasta el más mínimo detalle de los bordes.

Ahora lo sabía. Valdez tenía razón. *Sí* era una escama de sirena. La escama de Cordelia. Y no era de extrañar que la quisiera. Todo esto quería decir que *podía* liberar a la tripulación de aquel tormento. Pero tenía que averiguar cómo usar su poder para salvar a mamá primero. Y aún quedaban preguntas por responder. Personales.

Empecé a pasar el dedo por los bordes del viejo diario. Estaban quebradizos por el paso del tiempo. Tendría que tener mucho cuidado para no estropearlo.

Cuando empecé a abrir el libro, papá me escribió para decirme que venía de camino para recogerme. El hospital estaba a unos quince minutos. Quince minutos muy valiosos. Así que me puse cómoda en el suelo, apunté con la linterna a las páginas y empecé a leer.



# SOS

La primera página era una entrada de mi bisabuela Nelda, que por aquel entonces era una adolescente. Tenía fecha del 25 de diciembre de 1943.

#### Querido diario:

En primer lugar, quiero darte un nombre. Un nombre propio. Algo más personal que simplemente «diario». En estos tiempos de guerra, todo el mundo anda con el ceño fruncido. Pero espero que vengan días mejores. Sé que vendrán. Así que te llamaré Esperanza. Como es la primera vez que escribo, deberías saber que es Navidad y que eres un regalo de papá. Espero escribirte todos los días. Pero si no puedo, por favor, perdóname. No hay mucho que hacer en Misuri, así que puede que no siempre tenga algo emocionante que contarte.

Mamá me ha dicho que papá quería que te tuviera para que no hable tanto de viajar por el mundo. Dicen que es peligroso, y que puedo viajar tanto como quiera leyendo y escribiendo. Puede que en parte sea verdad, pero aun así sigo pensando en ver las montañas nevadas y los océanos algún día. Bueno, es la hora de la cena de Navidad. Mamá me está llamando. Espero que haya hecho rollitos. Hasta mañana. Con amor,

Leí por encima las siguientes dos páginas. No había gran cosa más allá de la nieve y el día de Año Nuevo, cuando todo el mundo esperaba que aquel año fuera el fin de la Segunda Guerra Mundial. Parecía que había conseguido mantener su objetivo de escribir todos los días, pero solo durante un mes. Después de enero, pasó a escribir en fechas esporádicas, saltándose días, con entradas cada vez menos frecuentes, pero más detalladas. Hablaba mucho de querer viajar, pero nunca mencionaba a dónde concretamente. Al menos no hasta una entrada del verano de 1944 que me llamó la atención.

7 de julio de 1944 Querida Esperanza:

Nelda

Le he suplicado a mamá que nos lleve a la playa este verano. Se lo pido todos los años y siempre dice que no. Nunca tiene una buena razón, solo que la abuela Alma la hizo preocuparse con todas aquellas historias que le contaba cuando era una niña. Mamá también dice que la gente no puede viajar durante la guerra. Supongo que esa parte tiene sentido. Pero algún día voy a suplicarle hasta que no lo aguante más. Tendrá que llevarnos en algún momento. Cuando la guerra acabe. No puede quedar mucho ya. Pero hasta entonces seguiré imaginándomelo. Solo quiero sentir la arena bajo mis pies, buscar conchas, dar de comer a las gaviotas y...

El mensaje de mi padre me devolvió a la realidad. Ya era de día. ¿De verdad había pasado ahí toda la noche?

Había llegado. Puse el pulgar sobre la página para recordar por dónde iba e introduje un tique viejo entre las páginas. Antes de irme hice una foto a la caja con el teléfono. Por dentro y por fuera. Quería enseñársela a Milo cuando lo volviera a ver. Había pensado en llevármela a Florida, pero decidí

que no necesitaba otra cosa por la que Valdez quisiera darme caza.

Me apresuré a colocar todo como lo había encontrado, con el diario pegado al cuerpo. Bajé las escaleras de la buhardilla con un nerviosismo que no era típico en mí y cerré la trampilla justo cuando papá abrió la puerta principal.

- —Buenos días, Trina. —Sonrió, pero vi el cansancio en sus ojos. El pobre hombre se preocupaba demasiado. Sin duda, su corazón pertenecía a mamá, a pesar de todo el dolor que le había causado.
- —Hola, papá. —Me acerqué a él para darle un abrazo—. ¿Cómo está mamá?

Bajó la mirada y se pellizcó la frente.

- —Igual. No ha habido cambios.
- —Aún. —Puse la mano sobre su hombro y sonreí con dulzura.

Era raro ser la que ofrecía ánimos por una vez, pero sabía que lo necesitaba más que nunca. La verdad era que yo también. Seguía sin tener información útil sobre la maldición que recaía sobre mi familia desde hacía generaciones ni de por qué se suponía que la escama podía detenerla.

El camino de vuelta al hospital rozaba la incomodidad. La conexión que solía tener con papá no estaba. Sabía que intentaba actuar como si las cosas fueran normales, pero algo no iba bien, y el tema flotaba en el ambiente como una niebla oscura. Pensé en qué decir para romper el silencio.

—Entonces, ¿cómo lo vamos a hacer en Acción de Gracias este año? — pregunté, recordándole que quedaban solo dos días.

Normalmente, el festivo lo pasábamos los tres alrededor de la mesa de nogal del comedor con un pavo y puré de patatas, ya que ninguno de mis abuelos seguía con vida. El año anterior había sido diferente. Fuimos solo papá y yo, y una ristra de llamadas perdidas a mamá. Este año no pintaba mucho mejor, pero esa era la menor de nuestras preocupaciones.

- —No lo sé, hija. Si te soy sincero, ni siquiera lo he pensado. —Papá aflojó el agarre del volante y enderezó los hombros, como si intentara relajarse.
- —Bueno. —Me froté los nudillos—. Podría intentar hacer algo. Si mamá sigue en el hospital en Acción de Gracias, podemos comer allí. —No era ninguna chef, pero podía seguir las instrucciones de una receta como cualquiera. Y podía hacer un buen puré de patatas de sobre.
- —Veremos. —Papá asintió—. Lo importante es que estamos todos juntos de nuevo.

—Papá. —Inspiré—. Si mamá mejora ahora, pero vuelve a beber, ¿qué vas a hacer? —No tenía el valor suficiente de expresar todo lo que tenía en la cabeza. ¿Pensaba vivir así el resto de su vida? ¿En un estado de preocupación constante por su mujer, siempre a un trago de la muerte?—. Quiero a mamá, pero quiero que seas feliz. Su adicción te tiene tan encadenado como a ella.

Mi padre empezó a responder, pero de pronto reprimió las palabras. Vi cómo le temblaba el bigote mientras ordenaba sus pensamientos.

—Hay algo que quería contarte. Debería habértelo contado cuando llegaste. —Parpadeó y mantuvo los ojos en la carretera—. Pero estaba asustado. Y no quería asustarte a ti también.

Lo insté a continuar levantando las cejas.

- —Creo que tu madre intentaba...
- —¿Qué? ¿Intentaba qué?
- —Creo que se lo hizo a sí misma. Creo que intentaba quitarse la vida.

Me quedé boquiabierta y balbuceé una respuesta.

- —Crees... ¿Crees que lo hizo a propósito?
- —Encontré... encontré un frasco de pastillas y botellas vacías a su lado. Habría bastado para tumbar a un caballo. Los médicos dijeron que es un milagro que siga viva.

Me quedé sin palabras. Intenté buscar algo que decir, pero estaba en blanco. Sentí que me ardía la cara y parpadeé para intentar contener las lágrimas que rogaban salir.

Eso era lo que me había temido.

- —Entonces, ¿qué hacemos? —Se me rompió la voz al preguntar.
- —La verdad es que no lo sé, Katrina. —Era raro escucharle decir mi nombre completo, y eso significaba que las cosas no iban bien—. Intentaremos buscarle ayuda. Una mejor ayuda. Iremos paso a paso. Como siempre.

Respondí asintiendo suavemente con la cabeza un par de veces. Sabía que todo era inútil y que la maldición estaba empezando a llevarse a mamá como había hecho con sus antepasadas.

Entramos al aparcamiento del hospital. Ninguno de los dos dijo nada de camino a la habitación de mamá. Yo me quedé allí con ella y papá fue a hacer unos recados. Aproveché la oportunidad para abrir de nuevo el diario y seguí leyendo desde donde me había quedado. Casi no podía mirar a mamá sin derrumbarme, así que mantuve la mirada sobre las páginas.

11 de junio de 1944 Querida Esperanza:

No creo que mamá vaya a cambiar de opinión. Ayer, papá se puso furioso cuando se enteró de que había estado molestando a mamá. Dijo que me cambiaría por otra si volvía a sacar el tema. Así que me mantuve fuera de su vista un tiempo. Pero hoy le he preguntado a mamá si alguna vez había estado en la playa y me ha dicho que no. Supongo que no había pensado en ello, pero la abuela no tenía coche cuando mamá era pequeña. No podría haber ido a la playa aunque hubiese querido. Pero entre tú y yo, creo que en el fondo a ella también le gustaría ir un día. Aunque no lo admita.

Tuya, con cariño, Nelda

Cuanto más leía, más me daba cuenta de que la abuela Alma había dejado una gran impresión en la familia, aunque no sabría decir si seguía viva entonces o no. Su hija, Esther, parecía dispuesta a seguir sus pasos. Como resultado, la pobre y testaruda Nelda no hizo el viaje a la playa aquel año. Después de eso parecía que lo había dejado estar y, por lo que pude ver, abandonó la idea por completo. Leí el resto de entradas, llenas de viajes al parque, clases de baile, empezar tercero de secundaria y mentiras a su padre sobre practicar punto de cruz, pero me topé con una entrada que despertó mi interés más que el resto.

2 de agosto de 1944 Querida Esperanza:

Anoche tuve un sueño horrible. Me estaba ahogando, ¡en el océano! No podía respirar. Casi podía saborear el agua salada. Parecía tan real... Mamá vino a mi habitación cuando me escuchó chillar. Me despertó y me dijo que solo era una pesadilla. Pero no pude volver a dormirme. Tenía tanto miedo de volver a soñar lo mismo... Si eso es lo que se siente al ahogarse, a lo mejor no merece la pena acercarse al agua. Mamá me ha dicho que es un aviso. Ha dicho que

ella también ha tenido esa pesadilla. Tal vez tenga razón. Tal vez sea bueno que vivamos tan lejos de la playa. Creo que no hay nada que dé más miedo que ahogarse. Nelda.

Cuando acabé de leer la entrada, contenía la respiración como si soltarla fuera a provocar una explosión. El mismo sueño. Durante siglos.

Papá entró a la habitación y guardé el diario. No quería que me hiciera preguntas, así que hice lo que pude por mantenerlo fuera de su vista cuando estaba cerca. Pero pasé el resto de la tarde con ganas de abrirlo y seguir leyendo el resto.

Aquella noche volví a casa, y aunque mi intención era acabar de leer el diario de Nelda, tenía otra cosa en mente.



# TODO O NADA

Abrí el portátil y busqué en todos los documentos que había guardado hacía semanas en Isabel sobre las fechas de fallecimiento, la lista de nombres y la carta firmada con una G.

Pensaba que tal vez hubiera alguna pista en el diario de Nelda sobre quién era aquella G. Era la primera persona a la que me podía remontar. Puede que la plaga de sueños empezara ahí.

Imprimí todos los documentos y me encerré en mi habitación.

Me senté en la cama con todos los papeles esparcidos. Aún me quedaban algunas páginas del diario por leer. Tenía los ojos inyectados en sangre. Hojeé las páginas rápidamente, buscando algo nuevo. Leí más entradas sobre aquellos sueños en los que se ahogaba, un chico guapo nuevo en clase y el final de la guerra. El latido de mi corazón se aceleró con cada palabra. Me acercaba cada vez más a la última página.

La última entrada me rompió el alma en dos.

5 de junio de 1945

Esperanza:

Debería haberte cambiado el nombre. Ya no existe la esperanza. Ni siquiera soy capaz de ver entre mis lágrimas

mientras escribo esto. Ayer mamá se mató. Llevaba muy triste un tiempo, pero nunca pensé que haría esto. Padre dice que no se lo hizo a sí misma, pero sé que lo hizo. Yo la encontré...

Me costó descifrar el borrón de palabras con las manchas de lágrimas que cubrían toda la página.

... ¿cómo sigo sin ella? Padre no me escucha como ella. Nunca me entiende. Y sé que me cambiará por lo que voy a decir, pero a veces creo que esta familia está maldita. O puede que hayamos enfadado a Dios por algo y nos esté castigando. No lo sé, pero no quiero que me pase a mí. Juro que me iré luchando.

Adiós, mamá, nunca me quitaré tu collar, para tenerte siempre cerca.

Te quiero hasta las profundidades del mar. Nelda

Casi se me paró el corazón y tuve que darme un momento para recomponerme antes de volver a leerla. Tras leerla tres veces, me estremecí. Sabía que pasaba algo oscuro, y al parecer, llevaba así mucho tiempo.

Una frase retumbó en mi cabeza como las campanas de una iglesia. Aunque yo también lo pensaba, verlo escrito me produjo escalofríos.

Creo que esta familia está maldita.

Di vueltas a aquellas palabras en mi cabeza, asimilándolas. Me centré en una en concreto, de la que parecía no poder escapar estas últimas semanas: maldita.

Al parecer, ninguno de mis ancestros sabía cómo utilizar el collar. ¿Sabían siquiera lo que era? ¿De dónde había salido? ¿Acaso yo también estaba destinada a morir por mi propia mano tras vivir media vida sufriendo alucinaciones que empeoraban progresivamente?

Me di la vuelta, frustrada. Eran las tres de la mañana. Desearía que Milo estuviera a mi lado como la noche que planeamos robar la llave. No pude contener las lágrimas, ni siquiera al cerrar los ojos. No podía hacer nada para evitar perderlo todo: a mi madre, a Milo e incluso a mí misma. Nuestros destinos estaban sellados y, como todas antes que yo, no podía

hacer nada para evitarlo.

Cuando me desperté, estaba amaneciendo. Como el cielo, mi mente estaba más despejada. Podía pensar. Respiré profundamente.

Me senté, rodeada de papeles sueltos, mi cuaderno y el diario aún abierto por la última página. La carta con la firma de G que había impreso estaba sobre mis piernas. Me froté los ojos y me esforcé por leerla una última vez, con renovado interés y la mente más clara. Estaba fechada en 1796, el registro más antiguo que había encontrado, además de la fecha de Marina Samuels, a quien iba dirigida la carta.

Al revisar la página me di cuenta de que en la firma había una textura granulada en la que no había reparado antes. Casi ni se notaba, pero había algo en el nombre que no había visto en un primer momento.

Intrigada, volví al documento PDF de la carta que tenía en el ordenador y amplié la firma. Estaba segura de que había algo más, así que la amplié y la imprimí. Impresa, las marcas se notaban incluso más que en la pantalla del ordenador. Me di cuenta de que no podía descifrar el nombre entero a simple vista y decidí utilizar uno de mis pinceles de detalle para perfilar las sombras de la firma. Como había hecho en tantas otras ocasiones, mojé el pincel en agua, como si fuera a añadir unos últimos retoques a una acuarela.

Sentí un escalofrío a medida que las letras iban tomando forma. Me di cuenta de que la G no era una G después de todo, sino una C, conectada a... una o minúscula. Había un espacio y después una d. Faltaban dos letras que estaban totalmente borradas, así que las rellené con lo que creí más acertado. Seguí la tenue sombra del resto de letras. Intenté concentrarme y mantener los dedos firmes. Seguí con la mirada el nombre, que iba tomando forma bajo la punta del pincel. Tracé la última vocal y el estómago me dio un vuelco y sentí cómo se me contraía el pecho. Olvidé cómo respirar. La habitación empezó a moverse, como si estuviera de nuevo en el barco, meciéndome con el movimiento del mar. No pude apartar la vista del resultado, de la firma.

*Co... d... lia.* 

No era difícil adivinar las dos letras que faltaban. Completé la palabra con lo obvio y me quedé mirando el nombre sobre la página con incredulidad: Cordelia.



## ABANDONEN EL BARCO

Me alegré de estar sentada porque, si hubiera estado de pie, me habría caído de la impresión. Se me ocurrieron mil excusas para autoconvencerme de que estaba equivocada. Que el nombre podría ser otro. A lo mejor lo había malinterpretado. A lo mejor estaba viendo cosas que no eran reales.

Pero algo en mí sabía que aquello tenía todo el sentido del mundo. Por alguna razón, de alguna forma, la maldición que recaía sobre Valdez y su tripulación y la maldición de mi familia eran la misma. Aún no entendía muy bien por qué o cómo. Solo sabía que todo había empezado con una sirena vengativa, que tal vez fuera mi antepasada.

Pero había una cosa de la que estaba totalmente segura: ahora tenía más razones que nunca para romper la maldición de Valdez. También era la mía. Era la única forma de salvar a todos los que me importaban. Si no lo hacía, seguirían corriendo la misma suerte que habían sufrido durante siglos.

Y si quería que mamá sobreviviera, no podía perder más tiempo. Que le dieran a Acción de Gracias. De todas formas, ya se había ido al traste. Tenía que volver a Constantine. Tenía que mantener la calma y romper la maldición, por mucho que me partiera el corazón dejar que Milo se fuera para siempre. Tenía que liberar su alma. Y tenía que salvar a mamá de sí misma y de aquellos sueños.

Solo había un problema. No tenía cómo volver a Constantine. Mi avión no salía hasta el viernes, pero no podía esperar otros dos días. Y mi Jeep estaba en Florida.

Entré en la página de la aerolínea para ver los siguientes vuelos disponibles. Había muchos, pero al quedar tan poco para Acción de Gracias, todos costaban por lo menos cuatrocientos dólares. Dinero que no tenía.

De pronto recordé algo. El coche de mamá estaba aparcado fuera. Podría volver conduciendo. Serían catorce horas de pura agonía mental, pero era quedarme aquí sin hacer nada o volver con la misión de salvar a la gente que me importaba.

¿Pero cómo le iba a explicar todo esto a papá? Me haría parecer una desalmada, irme así de repente antes de Acción de Gracias con mamá en el hospital. ¿Pero qué otra opción tenía? Hacer daño a papá era la única manera. Tal vez nunca podría explicárselo, pero, por ahora, tenía que hacerle creer que aún no la había perdonado.

No me veía capaz de hacerlo cara a cara. Tampoco tenía tiempo. Me puse unos vaqueros, unas botas y una chaqueta fina. Me acerqué al cuenco que había junto a la puerta, donde estaban las llaves del coche de mamá. Las tomé, cerré la puerta de casa y me puse a jugar con ellas de camino al coche. Respiré profundamente el aire frío del otoño y me senté en el Sedán gris.

Fui a llamar a papá, pero me dio miedo que intentara disuadirme. Sabía que vendría a por mí más tarde, así que se lo quería decir antes para que mi partida no lo sorprendiera. Pero primero tenía que salir de Ozark. Tenía que estar lo suficientemente lejos como para no poder dar la vuelta. Por una vez, tenía que ser valiente y atenerme a las consecuencias.

El volante estaba resbaladizo por el sudor, y el corazón empezó a retumbarme en los oídos como el ruido de un tambor. Me sentía débil. No había comido, pero si lo hubiera hecho habría vomitado. Durante los siguientes quince minutos, intenté encontrar el valor para llamar a papá. Cada vez que me disponía a hacerlo, entraba en pánico y me acobardaba.

Cinco minutos más.

Pero los cinco minutos se convirtieron en treinta y cinco. Ya estaba en la interestatal en dirección sur. Podía imaginarme la expresión derrotada de papá. Iba a hundirlo. Cuando me escribió para preguntarme si ya estaba despierta, sabía que había llegado el momento. Lo llamé.

- —Papá —empecé, intentando controlar el temblor de mi voz—. Estoy despierta, pero no vengas a recogerme hoy. Tengo que irme un tiempo. Me he llevado el coche de mamá.
- —¿Qué quieres decir, Trina? —Noté el pánico en su voz—. ¿A dónde vas?
  - —Hay algo que tengo que hacer en Constantine.
  - —¿Estás volviendo a Florida? ¿Ahora?
- —Sí... —Me tragué el nudo que tenía en la garganta—. Sí, porque no puedo seguir viendo a mamá estando como está. Ella tomó esta decisión, y estoy cansada de siempre ser yo a la que le hacen daño. —Sentí un dolor en el pecho al soltar aquellas mentiras.
- —Pe-Pensaba que estabas bien. Estuviste hablando de hacer la cena de Acción de Gracias.
- —Sí, bueno, es que intentaba hacerte feliz. Pero estoy cansada de ocultar cómo me siento. Necesito alejarme un tiempo. Volveré, no te preocupes.
- —Trina, esto es serio. Tu madre no está mejorando. Sufrió muchos daños y...
- —Me da igual, papá. —Luché por no llorar. Aquellas palabras eran como veneno—. Ya está. Lo he dicho. Siempre gira todo en torno a mamá. Siempre ha sido así en esta familia. Estoy harta.

Era raro que mi padre se quedara sin palabras, pero no dijo nada. Sabía que acababa de romperle el corazón. Si intentaba decir otra palabra, empezaría a llorar a mares. Así que colgué.

Me permití llorar, con cuidado de que las lágrimas no me impidieran ver mientras conducía por la autopista. El cielo estaba nublado, lo que empeoró aún más mi ánimo. Era un viaje largo, y no estaba muy segura de lo que me esperaba al final.

Llegué a Constantine unas horas después de que anocheciera. Luché contra el cansancio de haber conducido tantas horas y aparqué en el muelle, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde para encontrarme con Milo una última vez. Le tenía que contar todo sobre la caja, el diario y Cordelia. Puede que ya lo supiera. Pero quiso darme la oportunidad de que lo descubriera por mí misma, y se lo agradecía. Si no hubiera sido por él, no habría sabido de qué tenía que salvar a mi madre. Ni siquiera habría sabido

que necesitaba que la salvaran. Le debía mucho, aunque solo fuera por eso. Iba a liberarlo, aunque él pensara que ya no era lo que quería. Iba a acabar con su maldición y a hacer que descansara. Pero al menos quería tener la oportunidad de despedirme de él.

Estaba a solas en el muelle, con los brazos a mi alrededor para mantener el calor. El aire del mar estaba helado, y las olas se agitaban como si se acercara una tormenta. Por instinto, comprobé cada poco tiempo que el collar seguía en mi cuello. Si no lo hubiera probado ya antes, lo lanzaría al océano ahora mismo, pero recordé lo que me había dicho Milo. Tenía que volver a las profundidades, significara lo que significase. Estaba claro que meterlo en el agua no era la solución, tal y como descubrimos la noche que luchó contra Bellamy.

La marea estaba alta y el mar agitado. Era demasiado peligroso bajar para tallar la estrella en los pilares del muelle. No sabía cómo avisar a Milo de que estaba allí. Pero tenía que darle el collar. Tenía que suplicarle que me dejara romper la maldición. Necesitaba que quisiera morir de muevo. Necesitaba salvarlo, aunque se me rompiera el corazón solo de pensarlo.

Como por arte de magia, una melodía inquietantemente familiar empezó a sonar en mi cabeza. La seguí, cantando en voz alta las palabras entre la niebla del oscuro mar. Canté al viento, mientras crecían las olas y las estrellas desaparecían. Canté aquella extraña canción con la melodía de la nana de mi madre. La canción de Serena.

Ven a verme una vez más junto a la orilla del mar. A la luz de la luna ámame y déjame. Y al amanecer, persígueme para toda la eternidad.

Cuando la última nota salió de mis labios, la niebla sobre el agua pareció espesarse y vi la silueta de un albatros entre la niebla. El collar empezó a brillar con un resplandor iridiscente. Estaba caliente, como si irradiara poder contra mi piel. Pero se desvaneció enseguida. ¿Había sido la canción?

Exhalé aliviada al sentir pasos detrás de mí. Cerré los ojos cuando los pasos se acercaron y un cálido aliento me rozó la nuca. Unos suaves labios

me rozaron la oreja y unos brazos fuertes me abrazaron. Eché la cabeza hacia atrás, para apoyarla contra su pecho. Esperaba encontrarme con su aroma a ámbar, pero en su lugar olía a algo especiado.

—Nunca pensé que volvería a oír esa canción. Sabes, sonabas casi igual que ella —dijo Bellamy con delicadeza. Sentía cada movimiento de sus labios sobre mi oreja.

Me alejé de él con un grito ahogado. Me miró con aquellos ardientes ojos azules y una sonrisa de suficiencia.

- —No tenía ni idea de que cantaras tan bien —añadió en un tono grave aterciopelado—, pero supongo que tiene sentido, sirena.
- —Para de llamarme así —le supliqué—. ¿Qué haces aquí? ¿Dó-Dónde está Milo?
- —Me decepcionas, Katrina. —Bellamy sacudió la cabeza y avanzó hacia mí—. Pensaba que estarías más contenta de verme después de todo lo que hemos vivido. No olvides que fui yo quien te ayudó a escapar.

Tenía razón. Me alegraba de verlo. Pero aquella alegría se veía eclipsada por el miedo que sentía por Milo y mi madre.

- —Lo siento. —Me llevé una mano a la cabeza—. Estoy preocupada por él. ¿Valdez le ha hecho algo?
- —No te preocupes —repuso Bellamy con frialdad—, no puede matarlo, ¿recuerdas?
- —Exacto, así que no puedo ni imaginarme el tipo de tortura que tendrá en mente como alternativa.
- —Bueno, te diré dónde está y cómo encontrarlo si me dices por qué estás aquí.
- —¿En serio? —Intenté no llorar y apreté los labios. No podía llorar, no ahí—. ¿Vas a chantajearme? ¿Y a ti por qué no te ha castigado Valdez por ayudarme?
- —No sabe que fui yo quien te llevó de vuelta a la orilla. Además, suele hacer la vista gorda con su hijo.
  - —Eso he oído.

Me crucé de brazos.

—Qué pena que yo no esté dispuesto a hacer lo mismo por él. Supongo que no heredé su compasión —ironizó Bellamy.

El viento empezó a levantarse y mi pelo se movió en todas direcciones. Hablé alto para que me escuchara.

—Sé que quieres que pague por lo que hizo. Lo entiendo. ¡Pero esta

maldición tiene que terminar! Tienes que dejarlo ir.

- —Ah, lo que me imaginaba. —Los ojos de Bellamy se oscurecieron—. Así que para eso estás aquí. Has decidido que vas a intentar romper la maldición.
- —Bueno... sí. —Dudé—. La maldición está conectada a la familia de mi madre. Si no acabo con esto, ella morirá.
  - —¿Qué... qué quieres decir? —Vi preocupación en la cara de Bellamy.
- —Quiero decir que... —inspiré— he descubierto que Cordelia es mi séptima bisabuela.
- —Y pensabas que estaba loco. —Bellamy dio un paso adelante, acortando el espacio entre nosotros, y me levantó la barbilla con la mano—. ¿Lo ves? *Eres* una sirena.
- —No. —Cerré los ojos—. No quiere decir eso. Puede que Cordelia fuera una sirena, pero eso no me convierte a mí en una. —Escupí las palabras como si fueran arena—. Bueno, ya te he dicho por qué estoy aquí. Ahora dime dónde está Milo.
  - —Está en el barco, amor.
  - —Llévame hasta él.
- —Creo que no. —Bellamy se apoyó en la barandilla del muelle—. ¿Te haces una idea de lo que te pasará si te vuelves a subir a ese barco? Si Valdez descubre que eres descendiente de Cordelia... —Su voz se entrecortó y se perdió en el sonido de las olas. Se quedó observando el agua, y de pronto sus ojos azules me miraron—. Te lo voy a pedir una vez más. Me estás haciendo casi suplicártelo. —Bellamy se puso recto y se separó de la barandilla. Dio un paso hacia mí y me tomó las manos—. Déjame destruir la escama. Vuelve a casa y estarás a salvo. Deja que Valdez se lleve lo que se merece. Deja que pase toda la eternidad sin esperanza, como me dejó a mí.

Noté la debilidad en mi voz al intentar contener las lágrimas de enfado.

—¡No! —chillé, mirándolo fijamente—. ¿No te das cuenta? ¡Si no rompo la maldición, mi madre morirá! ¡Yo moriré! Cordelia no solo maldijo a tu tripulación. Maldijo a sus propias hijas con unos sueños que hacen que se vuelvan locas. No se ha saltado ninguna generación. —Respiré el aire marino y me tranquilicé antes de volver a hablar—. Y si no rompo la maldición, Milo seguirá sufriendo para siempre. No se lo merece. Y tú tampoco, Bellamy.

Por primera vez desde que lo conocí, creí ver algún tipo de emoción en

Bellamy. Sus ojos se pusieron vidriosos y apretó la mandíbula. Su personalidad arrogante e ingeniosa se esfumó por un momento. Dejó de ser su armadura. Intentó buscar las palabras y me acercó a él hasta estar a escasos centímetros.

- —Por favor, déjame salvarte —susurré.
- —Ojalá pudiera.

Soltó mi mano y me pasó los dedos por la mejilla con delicadeza. El corazón me palpitaba de forma extraña. Estaba tensa e insegura, como siempre que estaba con Bellamy. Me incliné ligeramente hacia él, aunque mi mente y mi corazón estaban divididos.

Observé su hermoso rostro entre las sombras y luché por no dejarme llevar por su encanto. Fue entonces cuando bajé la guardia y no me di cuenta de lo que había hecho hasta que ya era demasiado tarde.

Se echó hacia atrás, con la cadena de plata entre los dedos y el colgante apretado contra la palma de su mano.

—¡No! —grité, llevándome las manos al cuello desnudo.

De pronto, sin ningún aviso, me vi en el suelo, con el peso de una enorme red encima. Estaba empapada, lo que hacía que pesara aún más. Intenté mirar a través de las algas atrapadas en los agujeros de la red y vi que Bellamy también estaba atrapado debajo.

Un grupo de piratas salió de la oscuridad. Ignoraron los insultos e intentos de lucha de Bellamy desde la red. Gruñí y supliqué, hice todo lo posible por salir del enredo de la red, pero pesaba demasiado y ellos eran demasiado rápidos. Me sacaron de un tirón. Mi cuerpo chocó contra el muelle mojado con un golpe que estaba segura de que me dejaría un moratón. Chillé. Nos arrastraron como si fuésemos un montón de peces muertos. Pero nadie escuchaba mis gritos en aquel muelle vacío.

Cuando quitaron las redes, después de arrastrarnos por el borde del muelle, miré a mi alrededor. Estábamos a bordo de El Desdén de la Sirena. La tripulación nos retenía a punta de pistola y espada. Inspeccioné la cubierta con la mirada y vi un cuerpo ensangrentado atado al mástil, con la cabeza colgando tan abajo que el pelo le ocultaba el rostro. Pero supe quién era al momento. Me miró con el rostro lleno de sangre seca.

Milo.



#### LA PALIZA

—¡Milo! —Mi grito cortó el aire.

Me lancé hacia delante, oponiendo resistencia al tripulante que me sujetaba del brazo.

—No te preocupes, muchacha. Sigue vivo. —Valdez salió de entre la multitud de piratas que lo observaban. Le abrieron paso y se colocó en el centro—. Una cosa buena de esta horrible maldición es que me permite tratar a los traidores como se merecen. Una y otra vez. Tu querido Harrington ha elegido amotinarse. Pasó noches alejando a mis hombres de ti. Nos hizo perder el tiempo. Nos puso en evidencia. —Valdez desenvainó su espada y cortó el muslo de Milo. Fue un corte profundo, que salpicó la cubierta de sangre al rasgar la tela y la piel.

—¡No, para! —supliqué.

Pensaba que ya me habría quedado sin lágrimas, pero me equivocaba. Se me empañaron los ojos al ver a Milo cansado y gritando de agonía. Supuse que ya se habría caído al suelo si no fuera por aquella gruesa cuerda que lo sujetaba por el pecho.

Valdez se rio. Su garganta hizo un ruido sordo y dio un paso hacia mí y Bellamy.

—Aunque, sinceramente, debería darle las gracias al señor Harrington

por perder todo este tiempo. Si no lo hubiera hecho, nunca nos habríamos enterado de tu impactante secreto, Katrina. —Me apartó el pelo de la cara con la ensangrentada punta de su espada y se acercó lo suficiente como para que pudiera sentir su aliento en mi piel—. Descendiente de Cordelia. Mmm. Eso explica por qué te pareces tanto a ella. Es fascinante saber que tuvo descendencia mientras yo estaba condenado a este agujero del infierno.

- —Como te mereces. —Bellamy escupió sobre la cubierta. Su espalda estaba contra la mía, y hasta aquel momento había permanecido en silencio.
- —¡Chico! —Valdez se apartó de mí y fue hacia Bellamy. Sus botas negras se movían sobre los tablones de madera de la cubierta—. Ya estoy harto de tus insolencias. Debería encadenarte con Harrington. Esta zorra te ha tenido comiendo de su mano todo este tiempo. Es su naturaleza.

Los piratas sobre la cubierta asintieron, expresando su aprobación al unísono.

Valdez se volvió hacia mí y sus ojos empezaron a recorrer mi pecho y mi cuello.

- —¿Dónde está la escama, furcia? ¿Tendremos que darnos el placer de desnudarte y registrarte para buscarla?
- —¡No te atrevas a tocarla! —gritó Milo desde el mástil, luchando contra sus ataduras.

Valdez sonrió.

—¿O tendré que destripar a tu amado delante de ti para que hables? Las lágrimas resbalaron por mi cara, sin darme tiempo a contenerlas.

—¡No, no! ¡No le hagas más daño, por favor! —Se me quebró la voz al decirlo—. He venido a romper la maldición. Te puedes quedar la escama. He venido a dártela, pero Bellamy me la quitó. Me la quitó antes de que nos secuestrarais.

Me estremecí al ver que Valdez reflexionaba sobre lo que le había dicho. Miró a Bellamy.

—Se... se me ha caído —tartamudeó Bellamy—. Debe de estar en el muelle.

No sabría decir si era verdad o no, pero se me encogió el corazón al pensar que había perdido el collar.

- —Está mintiendo —dijo Milo—. ¿De verdad estás tan cegado por tu amor por él que no puedes ver que tu propio hijo te odia? Está mintiendo.
- —Hazle callar —le ordenó Valdez a uno de los tripulantes. Un hombre que estaba junto a Milo le golpeó en la cara con una pistola. Me estremecí

al oírlo. Valdez nos miró a Bellamy y a mí detenidamente. Me recordaba a un buitre acechando a su presa—. Señores, metan a estos dos en el calabozo y registren el muelle.

Un hombre me agarró a mí y otro a Bellamy, empujándonos por la espalda con las espadas. Nos obligaron a cruzar el barco y entrar en la cocina que había bajo cubierta. Bellamy entró antes que yo, desapareciendo dentro del barco. Milo me miró cuando pasé por delante de él. Forcejeé contra el hombre que me sujetaba, rezando por tener un momento para hablar con él. Como si hubiera encontrado un atisbo de compasión en su interior, me dejó parar lo suficiente como para compartir un momento con Milo. Se me rompió el corazón como nunca antes.

- —Lo siento, Milo —susurré.
- —No te preocupes por mí, siempre he estado destinado a morir, de una forma u otra. —Se retorció contra las cuerdas que le sujetaban del pecho, intentando recobrar el aliento—. Pero tú no. Consigue el collar, dáselo a Valdez y sal del barco. Sálvate. No podría vivir si te pasara algo. Moriría mil veces para evitarlo.
- —Oh, no se bajará del barco, Harrington. Si es descendiente de una sirena, me quedaré su corazón mientras el resto de esta patética tripulación se hunde para siempre. No me la jugaré. —Valdez apareció detrás de nosotros y le habló a Milo en voz baja, como si no quisiera que el resto de la tripulación lo oyera. Pero yo sí lo oí, y se me heló la sangre.
- —¿Qué? —la voz de Milo se quebró y sus gritos se convirtieron en amenazas—. ¡No, Valdez! ¡No te atrevas a tocarla! Si le haces daño... Te juro por la tumba de mi padre...

Dejé de oírlo cuando se cerraron las puertas detrás de mí. El pirata me llevó a una celda oscura, destrozada y oxidada, con percebes aferrados a los barrotes. Me empujó hacia la celda con Bellamy, que estaba en el extremo opuesto de espaldas a la pared, oculto por las sombras.

El pirata cerró la celda y salió a cubierta. Me di la vuelta y me agarré a los barrotes, sacudiéndolos en un intento de liberarme. Cuando vi que no funcionaba, empecé a comprobar todos los rincones, buscando una forma de escapar. Pero no había nada en la celda, salvo un cubo oxidado que probablemente utilizaban como retrete.

Me di cuenta de que Bellamy no se movía ni hablaba. Parecía estar en trance, mirando hacia la pared. Sentí como el barco se mecía.

—Bellamy, por favor, ayúdame —le supliqué—. Acabo de oír a tu

padre decir que va a...

Bellamy se giró para mirarme, con los ojos llenos de ira y oscuridad.

—¡Él no es mi padre! ¡Me niego a aceptar a ese monstruo como mi padre!

Dio un pisotón y yo me alejé, temerosa de lo que pudiera hacer.

Me arrinconó contra los barrotes y gruñó.

—Me ha quitado todo lo que me importaba. Y ahora lo está volviendo a hacer. —Su voz se calmó al mirarme profundamente.

Empecé a temblar. Solo se me ocurría una cosa para evitar otro arrebato.

—Encontré... encontré una carta de Valdez para Cordelia, Bellamy. Quería salvarte.

Bellamy no dijo nada, pero se inclinó hasta que sus ojos estuvieron a centímetros de los míos. Se enderezó y empezó a reírse de una forma que me heló los huesos. Señaló su tatuaje del corazón sangrando, atravesado por dos flechas.

—¿Sabes lo que significa este tatuaje?

Negué con la cabeza.

- —La primera flecha que atravesó mi corazón fue la muerte de Serena. La segunda... Bueno, esa es por mi padre. Para mí está muerto.
- —Sé que Valdez es terrible, pero creo que te quiere a su manera. En la carta, le suplicaba que volviera para liberarte de la maldición. —Se me rompió la voz.
- —¿Te refieres a la carta que nunca ha enviado? ¿Crees que le importo a ese hombre? Solo era una forma de engañar a Cordelia para que volviera. Pero ni siquiera *ella* era tan estúpida —se burló—. Si de verdad le importara, ¿crees que querría arrancarte el corazón para poder seguir viviendo mientras su único hijo paga por sus pecados?

Tenía razón. Era egoísta y negaba la importancia que Valdez parecía darle a Bellamy en la carta. Era una tonta por pensar lo contrario. Tenía la cabeza hecha un lío. No sabía qué hacer o decir. Intenté aferrarme a algo de esperanza, pero no la encontraba. Pensé en Milo ahí fuera y en mi madre en el hospital. Les estaba fallando y me estaba destrozando por dentro.

Bellamy aún me tenía contra los barrotes entre sus brazos. Seguía respirando rápido, como si intentara contener a la bestia que tenía en su interior. No era el chico carismático y encantador que había conocido en la biblioteca hacía ya tantas noches. Ahora era una sombra de lo que fue: roto, confundido y fuera de control.

Esperaba que aún tuviera el collar. Era mi única esperanza.

—Sé que estás enfadado y dolido —dije.

Iba a pedirle el collar una última vez, pero me daba miedo que, si sugería eso en aquel momento, volviera a darle un arrebato. No podía arriesgarme. Si tenía la escama, tenía que llevarla encima. Pero podía estar en cualquier parte. La única opción que me quedaba era manipularlo, aunque me doliera caer tan bajo.

Me acerqué a él.

—No tiene por qué acabar así, Bellamy —musité, de la forma más seductora posible—. Tenías razón. No hay forma de escapar de esto. A no ser que averigüemos cómo usar la magia de la escama. —Pasé la mano por su cintura, por debajo de la camisa holgada y rocé su piel, en busca del collar—. A lo mejor podemos descubrir cómo, juntos —le susurré al oído, inclinándome hacia él. Mis dedos le recorrieron el pecho y el cuello, hasta llegar a su cara.

La forma en que me miró cuando lo toqué casi me hizo llorar. Nunca pensé que llegaría a ver cómo se le rompía el espíritu a alguien, pero fue lo que vi cuando se dio cuenta de que era yo la que le ofrecía una muestra de afecto. Me miró a los ojos, pero su mirada se perdió en mi interior, como si mis ojos fueran los de otra persona. Se acercó a mí respirando de forma entrecortada mientras asía con fuerza los barrotes de la celda.

De pronto sus ojos se suavizaron de forma extraña. Pensaba que iba a besarme, pero no lo hizo. Con la respiración agitada, aparté la mano de su cara y la bajé hasta estar a la altura de la otra, explorando su cuerpo en busca de cualquier rastro del collar. Me obligué a mantener la calma al bajar las manos más de lo que pretendía, acariciando la piel bajo sus pantalones. Recé porque mis dedos temblorosos sintieran la pequeña cadena o el colgante.

—Serena —murmuró Bellamy con los ojos cerrados y los labios pegados a mi cuello.

Casi me sobresalté al oír aquel nombre, pero me contuve. Cuando Bellamy abrió los ojos, eran de un azul vacío, desalmados, tan profundos y eternos como el mar.

Ni siquiera me había dado cuenta de que alguien había entrado hasta que oí un candado abrirse a mis espaldas. Me caí hacia atrás al abrirse la puerta del calabozo en la que estaba apoyada. Bellamy salió del trance y tomó mi muñeca con fuerza. Sin previo aviso, se dio la vuelta y le propinó

un puñetazo al miembro de la tripulación que había abierto la puerta, arrebatándole la espada de su funda.

—¿Crees que no sé lo que intentas hacer, Katrina? —Bellamy me enseñó los dientes—. Parece que has aprendido demasiados trucos de estos sucios piratas. O tal vez te estés dando cuenta de lo que puede hacer una sirena.

Me acercó a él, con un brazo alrededor de mi cuerpo y el otro sujetando la espada contra mi cuello. Me resistí, pero él apretó aún más la espada contra mi piel. Sabía que iba en serio.

Me obligó a subir las escaleras del calabozo, con la espada sobre mi garganta todo el tiempo. Me di cuenta de que el barco estaba lejos de tierra firme. Estábamos en mar abierto. Y vi a Valdez esperándonos sobre la cubierta.

- —Bueno, bueno —habló, su voz como un trueno. Estaba de pie junto a Milo, rodeado de su tripulación—. No hemos encontrado la escama, chico. ¿Dónde está? Ya casi amanece, así que habla.
  - —Nunca te la daré —espetó Bellamy—. Ni tampoco a *ella*.
- —Bellamy, ¡suéltala! ¿Qué estás haciendo? —La voz de Milo atravesó el sonido de las olas.

La brisa marina me movía el pelo, pegando los mechones sueltos a mis mejillas empapadas de lágrimas.

Bellamy miró a Milo.

—Si yo tuve que ver morir a la mujer que amaba, es justo que tú también lo hagas. Si no la mato yo, lo hará Valdez. Y no dejaré que vuelva a ganar.

Nunca hubiera imaginado a Bellamy haciendo aquello. Nunca pensé que dejaría que su dolor le llevara a hacer algo así.

- —No lo hagas —susurré, lo suficientemente bajo como para que no me escuchara el resto de la tripulación.
  - —Tengo que hacerlo —dijo entre dientes.

Sentía la espada temblar contra mi piel.

Vi cómo intentaba retener las lágrimas y tragar. Por un segundo pensé que iba a cambiar de opinión. Y lo hizo. Apretó aún más y bajó la espada hasta mi pecho, justo sobre el corazón.

—Adelante, chico —murmuró Valdez. Estaba sonriendo. Al parecer aquella situación lo entretenía—. Adelante. Sácale el corazón. Quédatelo. Al menos moriré viendo cómo te conviertes en el pirata que siempre esperé

que fueras.

Bellamy dudó, echando mi cabeza hacia atrás, como si quisiese tener mejor acceso a mi pecho. Si no me estuviera sujetando, tal vez me habría desmayado. Estaba mareada, y veía borroso de tanto llorar. Solo podía confiar en lo que oía. Oía a Milo gritar, suplicando con voz agónica, rogándole a Bellamy que parara. Oía a Valdez reírse. Oía la respiración acelerada de Bellamy, que me tenía sumida en aquella horrible expectación.

—Adelante, Bellamy —insistió Valdez—. Toma su corazón. Puede que incluso puedas utilizarlo para traer de vuelta a tu muchacha.

Sentí un cambio en Bellamy al escuchar las crueles palabras de su padre. Se puso pálido.

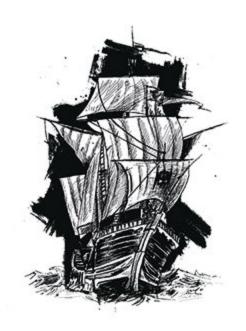
- —Bellamy... —Me atraganté—. No seas como Valdez. Tú no eres así. Serena no querría esto. —Aflojó el agarre y la espada que sostenía sobre mi pecho, pero seguía apuntado a mi corazón. Giré la cabeza y lo miré—. Tienes la escama, Bellamy. El barco está a punto de hundirse con todos nosotros. Se irá a las profundidades. Es demasiado tarde para pararlo.
- —Puedo destruirla. O... Y si... ¿y si puedo traerla de vuelta? —dijo con voz temblorosa, como si intentara convencerse a sí mismo. Sus ojos, enrojecidos, estaban vacíos.

Negué con la cabeza suavemente.

—No, no... No puedes. —En un momento de valor, tomé la mano que sujetaba la espada y la bajé. No opuso resistencia. Me incliné hacia delante y hablé entre susurros, tan bajo como pude—. Pero puedes estar con ella al fin —añadí, e inmediatamente posé mis labios sobre los suyos. Podía saborear la sal de nuestras lágrimas en aquel oscuro beso de rendición.

La espada cayó de sus manos y chocó contra el suelo de madera. Entrelazó su mano con la mía y cerró los dedos. Cuando me soltó, me di cuenta de que había dejado el collar en mi mano.

Valdez chilló, enfadado, y empezó a maldecir. Bellamy me apartó a un lado, levantó la espada con un grito de rabia y cortó las cuerdas de Milo.



# ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Corrí hacia Milo, casi colapsando a su lado. Bellamy estaba de pie frente a su padre.

—Lo siento mucho. —Lloré, apartándole el pelo del rostro magullado
—. Mírate... Quería despedirme. No quería que fuera así.

Tomó mi rostro entre sus manos.

—Lo único que importa es que estás a salvo. —Sonrió con aquella sonrisa torcida, con el labio partido y la mejilla amoratada—. Soy yo el que tendría que pedirte perdón. Prometí protegerte. Pase lo que pase, tienes que estar fuera del barco cuando se hunda. Pronto saldrá el sol.

El océano rugió. Había empeorado desde que Bellamy me había retenido a punta de espada. El aire había cambiado, igual que hacía semanas en la isla. El agua empezó a girar lentamente, meciendo el barco. Se estaba formando un torbellino.

Pegué mi frente a la de Milo, respirando su aroma, que se había mezclado con el olor a sangre y salmuera.

- —Katrina. —Suspiró tras decir mi nombre, como si solo pronunciarlo lo aliviara—. Te quiero, Katrina. —Su suave voz hizo que se me parara el corazón.
  - —Te... Te... —Busqué las palabras, pero no las encontraba. Cuando lo

hice, el capitán me interrumpió acercándose por detrás.

—¡Dame la escama! —me ordenó, de pie junto a mí.

Fui a darle el collar a Valdez, pero un extraño arrebato de valentía me dijo que no lo hiciera. *Yo* rompería la maldición, para asegurarme de que él no pudiera engañarme.

—¡No confío en ti! —le contesté.

Intentó agarrarme, pero Milo usó una daga que tenía escondida en la bota para evitar que llegara a mí. Temblando, me acerqué al borde del barco. Salté sobre la barandilla y me agarré a una red atada a la vela para mantener el equilibrio. Pensaba que iba a marearme, pero me mantuve firme. Miré a Milo para darme fuerzas para seguir adelante con mi plan.

El viento me azotaba la cara y la niebla salada del mar me irritaba los ojos. Los rayos surcaban el cielo en brillantes destellos, permitiéndome contemplar por un instante el torbellino de agua que se arremolinaba bajo el barco y se convertía en un abismo negro.

Oí un gruñido y miré atrás. Valdez y la tripulación aparecieron frente a nosotros. De algún modo, Milo había conseguido su pistola y Bellamy empuñaba su espada. Estaban de espaldas a mí, a unos metros de distancia, conteniendo a la tripulación y al capitán a duras penas. Alguien me disparó, pero falló.

—¡No le disparéis, idiotas! Aún necesito arrancarle el corazón... con vida.

Miré el collar una última vez y pasé el pulgar por la escama cuando la luz captó sus tonos iridiscentes. Levanté la vista y lancé el collar al agua, asegurándome de que Valdez y su tripulación lo vieran.

Todo el mundo sobre cubierta se paró en seco, incluidos Bellamy y Milo. Me agarré a la red, pues el movimiento del barco parecía querer tirarme por la borda. Los gritos y gruñidos de la tripulación cesaron. El clamor de espadas y dagas se detuvo. Solo se oían el viento y las olas. No sabía a qué estábamos esperando, pero tenía la impresión de que no era lo que se imaginaban. El collar desapareció en las aguas oscuras y el torbellino empezó a arrastrar el barco con fuerza, girando cada vez más rápido.

Tras un momento de silencio, la tripulación empezó a murmurar. Valdez gruñó, frustrado, y ordenó a sus hombres que apresaran a Bellamy y Milo. Milo disparó y Bellamy blandió su espada, pero quienes se llevaron los golpes fueron sustituidos por otros. Seis piratas agarraron a Milo y Bellamy, inmovilizándolos. Valdez dio un paso adelante y tomó la daga que se le

había caído a Milo. Me miró, luego a Milo y le clavó la hoja entre las costillas.

—¡Para de hacerle daño! ¿Qué más quieres de mí? ¡He intentado romper la maldición! ¡No ha funcionado! —grité entre lágrimas.

Valdez no habló, solo retorció la daga en su mano. Milo chilló, haciendo que se me helara la sangre. De su boca, mientras intentaba recuperar el aliento, empezó a brotar la suya.

- —Baja —intentó persuadirme Valdez—. Sálvalo. Tu corazón a cambio de él. Si no lo haces, *esta* será su eternidad. Nunca encontrará alivio. Desde el atardecer hasta el amanecer.
- —Katrina, no. No te atrevas… —Milo intentó hablar, pero se atragantó con la sangre.

Lo miré, a él y al charco color escarlata que tenía debajo. No hacía falta que bajara para que Valdez me arrancara el corazón. Ya lo estaba haciendo.

—Parece que estás entre la espada y la pared, muchacha —se burló Valdez—. No hay forma de salir del barco.

La mente me daba vueltas. No sabía dónde buscar la respuesta. Lo había intentado todo. Y Valdez tenía razón. Era demasiado tarde para escapar. No había forma de evitar el hecho de que aquella noche iba a morir de alguna forma. Repasé mis opciones. Podía dejar que Valdez me arrancara el corazón, podía aguantar lo suficiente y hundirme con la nave o...

Una frase se repetía en mi cabeza, pero no estaba segura.

- —¡Bellamy! —grité—. ¿Recuerdas lo que decía la maldición de Cordelia?
  - —Claro —respondió, a pesar de estar inmovilizado.
  - —¡Recítamela!

La tripulación parecía confundida, y Bellamy también.

- —¡Tú hazlo! —chillé desesperada.
- —Vale... Em... Con la luna vuestro ascenso llegará, pues con la noche la marea subirá. Destinados a las profundidades de día, esta maldición por siempre duraría, a no ser que a las profundidades se devuelva lo que le arrebataron... Lo que quedó de ella.

Repetí lo último de forma que solo yo pudiera oírlo.

—A no ser que a las profundidades se devuelva lo que le arrebataron, lo que quedó de ella.

Lo que quedó de ella. Lo que quedó de ella.

De pronto me di cuenta. Sabía lo que significaba. La maldición no se

iba a romper por devolver al océano lo que quedaba literalmente de Cordelia. Significaba que su legado, una sirena, la última sirena, tenía que devolverse al océano. Y los sueños. Los sueños eran para evitar que viniéramos aquí. Cordelia nunca quiso que se rompiera la maldición. Tal era su odio por Valdez. Así que también maldijo a su familia para mantenernos alejadas del mar. Y *yo* era lo último que quedaba de ella. Aquella escalofriante revelación me caló como el agua helada sobre mi piel.

La tormenta era fuerte y las gotas de lluvia empezaron a caer como balas. Las olas crecieron y el barco empezó a inclinarse. El torbellino empezó a arrastrar el barco. Me agarré a la red y entrecerré los ojos a causa de la lluvia. Me giré para mirar a Milo y a Bellamy por última vez. La tripulación me observaba con expectación. Todos querían morir, y no los culpaba.

Miré a Milo. La lluvia se había llevado el río de sangre. Me miró con miedo en los ojos cuando los hombres lo obligaron a ponerse de rodillas. Esperaba poder salvarlo de aquel destino. Esperaba que aquello funcionara.

Respiré hondo e intenté contener el miedo.

Me acerqué al borde del barco. Con el cuerpo rígido y el corazón latiendo con fuerza, solté los dedos de las jarcias uno a uno y me dejé caer al agua negra y agitada.



## MUERTE EN EL MAR

Lo último que oí fueron los gritos de Milo y Bellamy cada vez más lejos. No recuerdo la caída al agua, pero recuerdo cómo el océano me engulló.

Al caer, las turbulentas aguas se me clavaron como cuchillos. Las olas me arrollaron, empujándome hacia abajo con toda su furia. A pesar de mis esfuerzos por salir a la superficie, la distancia entre mi cuerpo y la línea del horizonte no hacía más que aumentar a medida que la corriente me arrastraba hacia abajo.

Seguía esperando despertarme en la cama, con sudores fríos, y que Milo estuviera a mi lado para calmarme. Pero el alivio no llegó. Mis pulmones ardían, suplicando por un aire que no encontraban en las oscuras profundidades del agua.

Esto ha sido un error.

Recé a quien estuviera escuchando para que mi sacrificio hubiera sido la respuesta. Me aferré a la esperanza de que mi madre ya no tuviera pesadillas y las almas de la tripulación pudieran descansar para siempre.

Luché contra la voz de mi cabeza que me decía lo contrario hasta mi último aliento. En las frías garras de la muerte, me aferré con desesperación a mis sentidos a medida que se iban desvaneciendo uno a uno. Con un grito ahogado, el dolor se fue en forma de burbujas. El agua oscura me arrastró

hacia el abismo.

No había forma de saber cuánto tiempo permanecí sumergida en el océano. Ni siquiera sé si lo que vi o sentí fue real. Pero en algún momento, abrí los ojos a lo que creía que era el más allá. Estaba flotando en un mar en calma. A mi alrededor, el azul cerúleo brillaba en forma de cortinas resplandecientes, lo bastante claras como para que la luz blanca del sol las atravesara y se extendiera hasta el fondo del océano. Con los sentidos agudizados, podía ver con la misma claridad que en tierra. Podía distinguir cada grano de arena bajo mis pies, e incluso las rayas y manchas de los peces que pasaban nadando. Cada movimiento del agua llegaba perfectamente a mis oídos. El agua salada en mi piel era tan natural como el aire. Y de algún modo... De algún modo, podía respirar. Solo que... no estaba respirando. Por alguna razón, no tenía que hacerlo. Era hermoso y aterrador a la vez.

Intenté moverme. Intenté nadar hasta la superficie, pero por mucho que lo intentara, mis piernas no me respondían. Unos momentos después, aquella escena empezó a desvanecerse. Pero era yo. Yo me estaba desvaneciendo. Me empezaron a pesar los ojos, pero intenté mantenerlos abiertos lo suficiente como para girarme y ver lo que me rodeaba.

En la distancia, vi algo que me recordó que todo aquello era real. Algo que me dio la paz de saber que mi plan había funcionado, y que no había sido en vano. A unos metros de mí, descansaba El Desdén de la Sirena en su inerte gloria.

Al fin.

Los había salvado. A ambos. Y esperaba que también a mamá.

Mi cabeza se cayó hacia delante y cerré los ojos, sucumbiendo una vez más. A través de los mechones fantasmales de mi larga melena que flotaban libremente a mi alrededor, creí vislumbrar algo extraño debajo de mí, en el lugar donde deberían estar mis pies. Me esforcé por verlo antes de volver a desmayarme. Algo plateado brillaba en lugar de mis piernas. Algo inhumanamente hermoso. Algo...

Cuando volví en mí, estaba boca abajo sobre la arena. La marea me llegaba hasta la cintura. El pelo mojado me cubría el cuello y la cara. Mi ropa estaba empapada y se pegaba a mí de forma incómoda con cada movimiento que hacía. Empecé a toser y a echar agua por la boca. Me dolía

todo el cuerpo, como si me hubiera pasado un camión por encima.

Hice una mueca, luchando por reunir las pocas fuerzas que me quedaban para ponerme en pie. Por la forma en que me dolían las articulaciones bajo la presión de mi propio peso, pensaba que me había roto los huesos. Lo peor de todo es que no tenía ni idea de dónde estaba. La playa no me resultaba familiar y no tenía el móvil para llamar a nadie.

Desorientada y dolorida, por fin conseguí incorporarme. El sol acababa de salir, desplazando lentamente el claro cielo violeta para dejar paso a franjas anaranjadas y rosadas en el horizonte del océano. Observé la zona, mirando hacia el cielo, y me fijé en una estrella que aún brillaba. Esbocé una sonrisa. Conocía esa estrella. Y la seguí, caminando por la costa en la dirección que marcaba.

A medida que avanzaba por la costa vacía, la arena seca y la sal me empezaron a picar. Comencé a temblar a causa del aire frío de la mañana. Mi cuerpo magullado gritaba de dolor a cada paso, pero lo que más me molestaba era la forma en la que el océano se burlaba de mí.

Estaba igual que siempre, con las suaves olas rompiendo en la orilla. La marea subía y bajaba con normalidad. Como si nada hubiera cambiado. Cuando, en realidad, escondía muchos secretos oscuros. Secretos que nunca podría contar. Secretos que había albergado durante siglos y que, en un instante, se había tragado por completo.

El solitario paseo se me hizo eterno. Cuando llegué a una orilla que me resultaba familiar, ya había amanecido. Debí de caminar durante al menos una hora antes de reconocer el muelle a lo lejos. Verlo me recordó muchas cosas que intentaba olvidar.

En solo un mes, mi vida había cambiado para siempre. En una noche, había roto antiguas maldiciones, tanto mágicas como generacionales. Y había conseguido hacerlo sin que me arrancaran el corazón unos piratas. Entonces, ¿por qué sentía que me lo habían arrancado igualmente?

Si seguía llorando, me iba a deshidratar. Pero me quedaba una lágrima. Una lágrima por Milo. Por el amor que había perdido, pero también por el amor que le di al liberarlo de su maldición. Una lágrima por Bellamy, y el dolor del que pasó tanto tiempo tratando de escapar. Una lágrima por Serena, que no merecía aquel destino. Y una lágrima por mamá y por todas las personas de mi familia que habían sufrido la venganza de Cordelia.

Dejé que la lágrima cayera mientras miraba al mar por última vez antes de subir al coche de mamá. Tomé el móvil y vi nueve llamas perdidas de papá, tres mensajes y un mensaje de voz.

—Trina, tu madre... ¡Se está despertando! No recuerda nada, pero va a estar bien.

Su mensaje me reafirmó una vez más que había hecho lo correcto. Sin embargo, cuando pensé en lo último que le había dicho a papá, sentí una patada en el estómago. Estaba demasiado agotada para pensar en cómo reconciliarme con aquello, pero sabía que ya lo resolvería más tarde. Por el momento, le envié el único mensaje que mi cerebro podía formular, para que supiera que estaba bien.

Feliz Acción de Gracias, papá. Vuelvo a casa.



## TODO EN ORDEN

Volví a casa el día después de Acción de Gracias. Estaba tan cansada que habría preferido volar, pero mamá iba a necesitar su coche.

Le dieron el alta aquel mismo día y dijo que había dormido mejor que nunca. Aunque no me explicó por qué, sabía exactamente a lo que se refería. Yo tampoco había tenido pesadillas. El descanso había sido liberador, y lo único que me apenaba era saber que mi abuela y las que la precedieron nunca llegarían a experimentarlo.

Sentados en la mesa, con la cena que habíamos pedido para celebrar Acción de Gracias, por fin sentí que volvíamos a ser una familia. Escuché la risa de mamá por primera vez desde que era una niña. Y la sonrisa de papá ocupaba todo su rostro. Yo estaba callada, todavía adaptándome. Pero me permití estar contenta. Me lo debía.

Después de cenar me fui a mi habitación.

Mamá apareció en el marco de la puerta mientras estaba abriendo el paquete que me había traído de Constantine. Lo guardé para que no lo viera.

- —Katrina... —Su voz, ligera, recorrió la habitación.
- —¿Sí, mamá? —contesté dudosa, aunque hice todo lo posible para que no se me notara.
  - —Me acabo de acordar. ¿Encontraste la caja que andabas buscando?

Me entró un escalofrío al oírlo.

- —Sí —dije tranquila—, era justo lo que esperaba.
- —¿Pudiste abrirla? —Parecía sorprendida.
- —Bueno... —Aparté la vista, arrepentida de haber hablado tanto mientras pensaba en una explicación—. Sí, pero créeme, no fue fácil. —No era mentira.
- —Vaya... —Se sentó a los pies de la cama—. Sabes, recuerdo a mi madre intentando abrirla cuando era pequeña, pero nunca pudo. Siempre se preguntó qué habría dentro.
- —Era básicamente un joyero para el collar, con algunas cartas y objetos antiguos. —Lo iba a dejar ahí, aunque algo me pedía que le contara más. Era justo que ella supiera de dónde veníamos tanto como yo. Sabía que nunca encontraría la relación entre las sirenas y los piratas. Me preguntaba si recordaba todo lo que me había contado en las conversaciones por teléfono en las que estaba borracha. A lo mejor contarle que todas las mujeres de nuestra familia habían pasado por los mismos problemas mentales que ella le haría sentir menos culpable por algo que estaba tan fuera de su control—. ¿Sabías que tenía un compartimento secreto donde estaba el diario de la bisabuela?
- —¿En serio? No tenía ni idea. Nunca me interesó mucho. Era una de esas reliquias que guardas sin hacerle mucho caso, como el collar. Aunque tal vez debería haber creído en esas estúpidas leyendas familiares. Tal vez las cosas no habrían ido tan mal. Quién sabe.
- —Deberías leerlo. —Miré la mesilla de noche con discreción y vi que la llave estaba ahí. No pensaba llevármela—. Creo que te darás cuenta de que la abuela y tú no sois las únicas que lo habéis pasado mal. Nunca ha sido culpa vuestra.
- —Todas sabíamos que venía de familia. Cada hija. Incluso corría el rumor de que una ingresó en un manicomio porque pensaba que el collar era mágico de verdad. Se convirtió en una historia de fantasmas dentro de la familia. Quién sabe si es cierto. Pero siempre ha ido pasando de generación en generación. Yo no quería tener nada que ver con aquello. Pensaba que eran todo supersticiones estúpidas. Pero hace un año... estaba tan desesperada... y fue cuando me marché. Fui a por el collar. Lo tenía la familia de tu abuelo en Misuri. Me sentía estúpida, pero tenía que intentar algo. Suena ridículo, pero por un momento llegué a creérmelo. Siento habértelo enviado. No sé por qué creí que funcionaría.

Mamá me sonrió de forma extraña pero cálida. Me sentía feliz y nerviosa a la vez. No estaba acostumbrada a hablar con ella sobria, y seguía resultándome incómodo. Pero me alegraba de hacerlo. De pronto sus ojos se entrecerraron.

- —Por cierto, ¿dónde está el collar? —preguntó.
- —Lo he dejado en Constantine —respondí. Tampoco era una mentira. Solo omití la parte de que estaba en el fondo del océano.
- —Bueno, eso demuestra que lo de las pesadillas no tenía nada que ver con el collar. Es obvio que no lo necesitábamos. Todo ha ido bien. Ya no tienes pesadillas, ¿no?

Pensé en contarle que la canción que había cantado en el muelle parecía haber liberado el poder del collar, pero decidí no decir nada. Mamá era muy escéptica. Y, además, ya daba igual.

—No. Ya no. —Me reí por la ironía.

De pronto, mamá me pilló desprevenida al hablar con una repentina seriedad.

—Estoy orgullosa de ti, Katrina. Sé que no puedo compensar todas las veces que no he estado ahí para ti, pero he encontrado un programa que me va a ayudar a mantenerme limpia de una vez por todas. Y creo que esta vez va a ser fácil. Lo creo de verdad. Porque ni siquiera he tenido ganas de beber desde que salí del hospital. Es como... como si me hubiera despertado completamente nueva. Como si me hubieran quitado un peso de encima. —Respiró aliviada—. Te prometo que no tendrás que preocuparte por mí cuando vuelvas a Florida. No dejes que nada, sobre todo yo, te aleje del sueño que empezaste a perseguir al irte allí.

Me parecía una extraña coincidencia que dijera eso. Después de todo lo que me había dado Constantine, no estaba segura de si debería volver. Me estaba planteando terminar el semestre e intentar hacer un traslado a otro sitio. No estaba segura de poder soportar todos los dolorosos recuerdos.

—Gracias, mamá —dije.

Encontré el valor para darle un abrazo. Se le iluminaron los ojos y me recibió con los brazos abiertos. Estábamos de pie en la habitación, abrazándonos con fuerza, sin olor a alcohol o resentimiento entre ambas. Había perdido la esperanza de darle un abrazo así hacía mucho tiempo, así que lo aprecié en silencio.

Cuando mamá se fue de la habitación, seguí con el paquete que había traído. Era *Pesadillas*, la acuarela que me había hecho ganar la beca que lo

había cambiado todo. Sujeté el lienzo frente a mí con firmeza y lo miré una última vez antes de partirlo en dos de arriba a abajo.

Me fui a Florida el domingo por la tarde. Mis padres me acompañaron al aeropuerto y pagaron el billete extra de avión por haber perdido el vuelo anterior. Fue genial poder decirles adiós a ambos a la vez, sin nada que se interpusiera.

Vi las nubes desde la ventana cuando despegó el avión. Me puse a pensar en qué me esperaba al volver a Constantine. Le prometí a mamá que acabaría el semestre, pero más allá de eso, no sabía qué iba a hacer. No creía que mi corazón pudiera olvidar. Y, sinceramente, no quería hacerlo.

Tras pasar la maleta por el control de seguridad, fui a la zona de recogidas, donde me esperaba McKenzie en su coche descapotado bajo el sol cegador y la música a todo volumen. El aire pegajoso de Florida me dio la bienvenida al subir al asiento del conductor, con cuidado de no hacer grandes esfuerzos.

- —Gracias por venir a por mí —agradecí con una sonrisa.
- —¡Para eso estamos! ¿Han ido bien las vacaciones?
- —Sí, han sido… —entrecerré los ojos por la luz del sol— memorables. Mi familia vuelve a estar unida y mi madre no está descontrolada, así que todo bien.

McKenzie se inclinó y me abrazó mientras los coches nos pitaban.

—¡Relájense! ¡Un momento! —chilló por encima del hombro, mirándolos enfadada. Sacó algo de la chaqueta que había en el suelo del coche y sonrió cuando me enseñó la vieja Polaroid—. Que se esperen. Tenemos que hacernos nuestra primera foto recogiéndote en el aeropuerto. Por tener constancia, claro.

Tenía la cara más roja que un tomate de la vergüenza que sentía al oír a los conductores insultándola. Pero le daba igual. Me incliné para que hiciera la foto lo más rápido posible y, con tan solo pulsar un botón, sacó su preciada instantánea.

Dejó la cámara y la foto sobre mis piernas y arrancó. A pesar de su forma de conducir, sonreí. Al menos, había algo que seguía igual.

En el viaje de vuelta a Isabel, McKenzie me entretuvo con historias de sus extravagantes vacaciones en la granja de caballos de carreras de su tía en Ocala, donde se reunió todo el mundo, incluso el teniente Burke.

—Y lo mejor de todo —comentó—, he roto con Ty.

Eso no lo había visto venir.

- —¿En serio? —La miré confundida—. ¿No tendrá Noah algo que ver?
- —No, no, ¡para nada! Noah no tiene nada que ver. No sé, no parecía valorarme, ¿sabes? —Se apartó el pelo de la cara, aunque el viento volvió a movérselo—. Además —añadió—, es de los que vuelven a rastras cuando se dan cuenta de lo que han perdido. Y eso será divertido.

Negué con la cabeza ante la seguridad y el humor de McKenzie. Pero me alegaba por ella. Nunca había sido muy fan de Ty.

El mundo se detuvo cuando me preguntó por Milo. Me quedé sin palabras.

- —Él... se... —Miré hacia la carretera—. Se ha ido. —No pensaba contarle aquello, pero me salió.
  - —Ohhhh. —McKenzie se apenó—. ¡Tía, lo siento! ¿Estás bien?

Asentí, intentando aliviar aquella sensación que tenía en el pecho.

—Sí —mentí—. Duele un poco. Pero estaré bien.

McKenzie captó la indirecta y dejó el tema cuando entramos en el aparcamiento de la EAI. Fue como si una gran nube se hubiera disipado sobre Constantine, pero ahora la llevara solo yo.

De camino al dormitorio me fijé en cada sombra, en cada esquina y pasillo, intentando convencerme de que tal vez fueran Milo o Bellamy. Pero sabía que era imposible, así que aparté aquella idea de mi mente y me centré en el suelo que pisaba. Saqué el móvil y abrí el correo de la Universidad para entretenerme.

McKenzie estaba buscando las llaves de la puerta cuando vi un correo sin abrir en mi bandeja de entrada. El título urgente y la marca en el mensaje me llamaron la atención. Me preocupaba haberme metido en un lío por no haber recogido el cuadro después de la gala. Había tenido asuntos más importantes con los que lidiar, así que me había olvidado por completo.

IMPORTANTE – Subasta silenciosa

Querida Katrina:

Nos ponemos en contacto con usted en relación con su obra, que se vendió en la subasta silenciosa. La mitad de los beneficios de la subasta se ha donado a la escuela, pero la compradora insistió en que la otra mitad fuera para usted. Es una oferta generosa. Tendrá que venir a recogerla en persona. Por favor, pase por la tesorería lo antes posible con su carnet de estudiante para cobrar su parte.

Volví a leer el correo, incapaz de contener un grito de emoción.

- —¿Qué pasa? —McKenzie se dio la vuelta, tan emocionada como yo sin siquiera saber el motivo.
- —¡Mi cuadro se ha vendido! Parece que por bastante. Tengo que ir mañana a recoger el cheque. —Sonreí. Tenía la esperanza de que me diera para comprar unas ruedas nuevas al Cherokee. Aquello alivió temporalmente el dolor que sentía en el alma.

Terminamos la velada con una sencilla cena de celebración a base de tacos caseros. Cuando me metí en la cama aquella noche, mi pie rozó la manta que Milo me había regalado. Qué extraño resultaba que, después de todo lo vivido, aquella estúpida manta hubiera permanecido intacta. Me acerqué la tela arrugada y aspiré el olor de Milo. Por costumbre, me llevé la mano al cuello para tocar el collar, pero el vacío que sentí hizo que me invadiera una sensación de tristeza al recordar que no era lo único que había perdido para siempre. Pensé en aquel momento en el que me senté con él en la isla, y en ese instante, deseé poder volver allí y contemplar juntos las estrellas.

La mañana anunció el comienzo de un nuevo día. Me enfrenté a mis emociones, intentando dejar atrás el pasado. Salí de la cama antes de lo habitual para ir a la tesorería antes de clase.

Me dirigí al edificio, admirando la belleza del campus. Fui hasta el recibidor y mostré mi identificación y el correo que había recibido.

—Un momento. —La señora se excusó, se dio la vuelta y desapareció tras la puerta. Cuando regresó, me puso un cheque en la mano y susurró—. ¡Debía de ser un gran cuadro!

Abrí el cheque en cuanto salí por la puerta. Con los ojos abiertos de par en par, me quedé de piedra al leer la cantidad escrita junto al signo del dólar.

—¿Veinte *mil* dólares? —grité para mis adentros.

¿Qué persona en su sano juicio pagaría tal cantidad de dinero por mi acuarela mediocre? Esperaba unos doscientos con suerte, pero esto no tenía sentido.

Miré la firma, confundida, y vi el nombre de la empresa en la esquina superior: Tesoro del Mar Club y Puerto Deportivo.

El nombre no me sonaba de nada, pero me hizo pensar en aquella mujer rica con la que había hablado aquella noche en la gala. Mencionó un club y un complejo vacacional, así que a lo mejor había sido ella. No estaba segura, pero tampoco tenía importancia. Lo que sabía es que tenía suficiente

para cubrir toda mi estancia en Constantine. Si me quedaba, claro.

Con un entusiasmo arrollador, guardé el cheque para cobrarlo más tarde, aún sin creérmelo. Mis pasos sonaban con más energía, a pesar de que aún me sentía como un saco de boxeo andante.

Entré en el edificio Maribel White y empezó a sonar un carrito por la esquina que me hizo aminorar el paso. Vi a Russell aparecer en el pasillo, empujando el cubo de la fregona y un cubo de basura amarillo.

- —¡Russell! —lo saludé.
- —Hola, señorita. —Paró el carrito—. ¿Qué tal su Acción de Gracias?
- —Probablemente haya sido la más emocionante hasta la fecha. —Me reí. Me incliné hacia él y bajé la voz, susurrando—. He roto la maldición.
- —Le advertí que se mantuviera al margen. —Negó con la cabeza—. Pero mentiría si dijera que no me alegro de que no me escuchara. Me ha ayudado a hacer que mi hija descanse en paz. Gracias.
  - —De nada —dije, triste.
- —Es hora de dejarlo todo atrás. —Puso la mano sobre mi hombro—. Y yo voy a empezar por vender mi barco. Llevo sin usarlo desde aquella noche. Bueno, creo que ya toca deshacerse de él. —Vi la tristeza en sus ojos marrones—. No conocerá a alguien que quiera comprar un barco, ¿no?
- —No, lo siento, no… —Paré a mitad de frase porque se me acababa de ocurrir una idea descabellada—. En realidad… ¿Cuánto pide por él? pregunté, sorprendiéndome a mí misma.
- —¿Quiere decir que le gustaría comprar mi antiguo barco? —Enarcó las cejas.
- —Quiero decir que hay un sitio al que necesito ir, y la única forma de llegar es en barco. Así que, ¿cuánto pide?



## A TODA VELA

Sabía que era una locura comprar el barco de Russell, pero me hizo una buena oferta, me enseñó a pilotarlo e incluso me lo llevó al puerto deportivo. Antes le tenía miedo al océano, pero ahora que lo había superado, aquella era la única manera de revivir un recuerdo lejano.

Dos días después, en la que resultó ser una de las tardes más calurosas desde hacía un tiempo, me subí al barco. A *mi* barco.

Tenía los nervios a flor de piel. Respiré hondo para tranquilizarme. No me podía creer que estuviera haciendo aquello. La misma chica que antes casi no podía ni mirar el océano estaba a punto de surcarlo sin ayuda de nadie. Aunque tenía algo de miedo por la falta de experiencia, me negaba a prestarle atención. En su lugar, me puse a pensar en el destino del viaje.

Miré hacia el horizonte, centrándome en la pequeña isla a lo lejos. No podía verla, pero estaba ahí. Comprobé una vez más que la aplicación de navegación funcionaba, me puse al timón y emprendí mi viaje inaugural. Tarareé en voz baja para calmar los nervios. El motor empezó a escupir agua y el barco surcó el horizonte.

Lo que se suponía que era un trayecto de media hora parecieron minutos. Nada más ver el banco de arena se me aceleró el corazón. Aunque sabía que no podía traer a Milo de vuelta, algo en aquella isla me hacía

sentirlo cerca. Reduje la velocidad y maniobré lo mejor que pude. Me acerqué a la orilla y eché el ancla.

No estaba acostumbrada a esa versión valiente y atrevida de mí, y me costaba creer que estuviera haciendo aquello. Sin embargo, había afrontado cosas mucho más peligrosas y aterradoras, como zambullirme en un torbellino en el mar. Lo que estaba haciendo era fácil en comparación. Me descalcé y caminé por el agua, con cuidado de que no se me cayera la mochila. Llevaba algunos recortes de lienzo y pintura, por si me entraba la inspiración.

Cuando llegué a tierra, vi algunos restos de basura y botellas de la fiesta de Halloween por la arena. Incluso los restos de carbón de la hoguera parecían intactos. Recordé el momento en el que pasé junto a la multitud ebria y seguí mis pasos hasta la zona donde conocí al pirata que lo cambió todo. Estaba de pie justo en el mismo sitio que aquella vez. Dejé la mochila sobre la arena y me arrodillé. Me senté en silencio, con el sol iluminándome y deseé poder pasar un último momento con él. Me quedé con la mirada fija en el horizonte, como si el barco fuera a emerger en cualquier momento y a traerlo de vuelta junto a mí.

Lo quería. Nunca lo había dicho en voz alta, pero era imposible negarlo. Y me mataba no habérselo dicho. Pero él sí lo había hecho.

Allí sentada, soñando con él, casi podía oír su voz susurrando mi nombre.

—Katrina.

No, espera. Podía oír su voz.

—Katrina.

Me di la vuelta al oír mi nombre. Allí estaba, a unos metros de mí.

—¿Milo? —Se me aceleró el corazón, lleno de alegría y desconcierto.

¿Me estaba volviendo loca? ¿O era real?

Sentí una presión en el pecho, seguida por una marea de emociones. Si me estaba volviendo loca, pues que así fuera.

—Te dije que encontraría la manera de volver a ti. —Dio un paso hacia mí.

Me puse de pie y corrí a abrazarlo, ignorando las agujetas.

Me abrazó con pasión. Lo rodeé con mis brazos cuando me levantó. Caímos al suelo en un beso que podría parar el tiempo, respirando el aroma del otro. Nos aferramos el uno al otro como si pudiéramos desaparecer en cualquier momento. Milo me besó y absorbí el dulce sabor de aquellos

labios que pensé que nunca volvería a probar. El calor de su tacto sobre mi piel hacía que el sol pareciera frío. Todo mi ser lo deseaba.

Nos separamos el tiempo suficiente para hacerle la pregunta obvia.

—¿Cómo? —pregunté entre lágrimas de felicidad, y apoyé la cabeza sobre su pecho para escuchar su corazón—. ¡Está latiendo! No estás herido. Estás… ¡Estás vivo! ¿Cómo?

Me rodeó con sus fuertes brazos y acarició mi pelo mientras hablaba.

- —Bueno —respiró hondo—, no estoy del todo seguro, pero supongo que la leyenda debe de ser cierta.
  - —¿Qué leyenda? —Me tumbé a su lado.
- —Que cualquier hombre que posea el corazón de una sirena puede burlar a la muerte.

Me sonrió con una confianza extraña y lo miré, incrédula. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Mi corazón era suyo, no había forma de negarlo. ¿Pero de verdad significaba...?

No, no era el momento.

No me iba a poner a pensar en ello.

- —Me prometiste que no volverías a esperar en el muelle. —Me dio un codazo suave.
- —Sabes que tengo la costumbre de hacer promesas que no puedo cumplir —dije, y apoyé la cara sobre su hombro—. ¿Llevas aquí todo este tiempo?

Asintió, y me besó antes de responder.

—Sí. Me desperté aquí. Era por la mañana. Llevaba siglos sin ver la luz del día. Ya pensaba que me tocaría nadar para ir a buscarte. —Volvió a besarme. Su tono era juguetón—. Lo peor es que me estoy muriendo de hambre.

Solté una carcajada.

- —¿Qué te apetece comer después de trescientos años sin probar bocado?
- —¿Aparte del ron, quieres decir? —Puse los ojos en blanco y le di un suave golpe en la pierna—. Vale, vale. Perdón. Me parece bien probar el *chattay* de canela que dijiste.
  - —Supongo que te refieres al *chai latte* de canela. —Me reí al corregirlo.
  - —Sí, eso.
- —Iremos a por uno después de que comas algo de verdad. Tengo un par de ideas. Hamburguesas, tacos, pizza, espaguetis... Elige.

- —Em... —Se rascó la nuca—. Elige por mí.
- —Pues pizza. —Sonreí.

Nos subimos al barco cuando el sol se estaba poniendo, listos para dejar la isla atrás. Milo tomó el timón y regresamos a Constantine. De camino, le conté el milagroso cambio de mi madre y que mi cuadro se había vendido por una cantidad desorbitada de dinero que me había permitido comprar el barco.

- —No es un galeón —comentó Milo, dándole un golpecito al timón—, pero necesita un nombre.
  - —Tienes razón —dije—. He pensado en uno.
  - —Vaya. ¿Y cuál es?
  - —La Esperanza. —Sonreí y me puse a su lado, junto al timón.
- —Es perfecto. —Sonrió y miró al frente—. Ahora voy a llevarte a casa. A toda vela.
  - —Sí, mi capitán. —Le di un beso en la mejilla.

El barco avanzó por el agua anaranjada.

Tras atracar en el puerto, Milo me enseñó a hacer un nudo de amarre y comprobó que los cabos estaban asegurados antes de irnos. Fuimos de la mano hasta Constantine, admirando las vistas del casco antiguo junto a la bahía. Paseamos sin prisa, riéndonos mientras le explicaba algunas de mis comidas favoritas. Disfruté del momento, de la sensación de libertad. El tiempo ya no nos limitaba. Teníamos aquella noche, la siguiente, y todas las demás a partir de entonces, sin maldiciones o mareas que nos separaran.

- —Así que, estás vivo. —Sonreí—. ¿Qué vas a hacer con esta segunda oportunidad?
- —No estoy seguro —hizo una pausa—, pero haga lo que haga, espero que sea a tu lado.
  - —Que no te quepa la menor duda.

Me incliné y lo besé. Cuando me aparté, lo miré fijamente a los ojos.

—Te amo —susurré.

Puso un dedo sobre mis labios y me volvió a besar. Seguimos hacia Constantine en busca de la mejor pizza de la ciudad.

Unos minutos después, nos dirigimos al Jardín Sur con una pizza de *pepperoni* con piña. Quería disfrutar al máximo de aquella noche calurosa y tumbarme en la hierba bajo un roble.

—Los pícnics en la playa están sobrevalorados, ¿no crees? —bromeé, y tomé una porción de pizza de la caja.

- —Estoy de acuerdo. —Se rio y dio un bocado a la porción que tenía en la mano. Abrió los ojos como platos y yo también me reí—. Esto… ¡está delicioso!
  - —Sabía que te encantaría.
  - —Creo que ahora mismo cualquier cosa me parecería un manjar.

De pronto, una voz aguda atravesó al aire como una campana.

—¡Madre míaaaaaaa! ¿Podéis ser más adorables?

McKenzie se acercó a paso ligero con un sobre en la mano. Miró a Milo.

- —Pero… pensaba que te habías ido.
- —Y yo... Pensaba que tenía que irme —respondió—. Pero no puedo estar lejos de ella.

Me sonrojé cuando me miró con aquella sonrisa torcida.

—Uf, tanto romanticismo me pone enferma —se quejó McKenzie—. Ojalá tuviera mi cámara. Bueno, tú quédate un tiempo y para la próxima os hago una foto.

Sacudí la cabeza con una sonrisa. Milo me miró con cara de confusión.

—Creo que piensa quedarse una temporada —dije.

McKenzie me miró.

—Y tú, mi amor, tienes que revisar más el buzón. Esto es para ti. —Se agachó para darme el elegante sobre, que llevaba mi nombre escrito a mano en el anverso.

Le di las gracias por la carta.

- —Bueno —continuó—, me tengo que ir. ¡Adiós, tortolitos! —Y con aquellas palabras, desapareció.
- —Te acostumbrarás a su energía. —Sonreí a Milo—. Veamos qué hay dentro. Puede que sea otro cheque —bromeé.

Abrí el sobre con delicadeza. Su textura era de calidad, suave y grueso. Parecía demasiado bueno como para romperlo como cualquier otro. Saqué la carta y la leí. El papel, de la misma calidad que el sobre, tenía dos simples líneas escritas a mano.

#### Querida Katrina:

Ha sido un privilegio comprar una pieza tan especial de una aspirante a artista con tanto talento. Estoy deseando ver qué más haces.

Pero no fueron aquellas palabras las que me dejaron sin aliento. Fue la espeluznante firma justo debajo, indiscutiblemente clara. Volví a pensar en la mujer de la gala con aquellos penetrantes ojos azules.

—Milo —susurré, sujetando la carta frente a él—, mira la firma.

Observó la carta y me miró sorprendido.

Leímos el nombre en voz alta al unísono.

—Cordelia.

# **AGRADECIMIENTOS**

Gracias a mi madre, por haber apoyado siempre mi extraña y loca imaginación, y leerme cuentos todas las noches.

Gracias a mi padre, por enseñarme a contar una buena historia y no tener miedo a hacerlo.

Gracias a mi abuelo, por hacer que recuperara el amor por la escritura con un simple regalo.

Gracias a mi marido, Cody, por motivarme y escucharme hablar en bucle de lo mismo mientras construía y deconstruía esta historia como una loca, y por observar las estrellas conmigo.

Gracias a mis mejores amigas, Briley y Caylin, por ayudarme a tomar decisiones cuando dudaba.

Gracias a todos aquellos que me apoyan, a los que leen las galeradas y a los lectores por creer en mí y recordarme que todas nuestras historias merecen ser contadas.

Gracias a la ciudad de San Agustín, Florida, por inspirar esta historia.

Y gracias al Capitán Jack Sparrow, por razones obvias.